

R-42.176



**AVENTURAS
DE UN PROSCRIPTO,**

ANT
XIV
657

ó

sean Viajes por la Sociedad.

Obro original escrita

POR

Don Perfecto Gandarias,

Magistrado

DE LA AUDIENCIA TERRITORIAL DE SEVILLA.

TOMO II.



SEVILLA:

IMPRESA DE DON JOAQUIN ROSELLÓ.

1842.



AVENTURAS
DE UN PROSCRITO,

8

de las Viñas por las Sacerdotas.

Una original escrita

por

Don Perfecto Pandurcas

Attestado

DE LA AUDIENCIA TERRITORIAL DE SEVILLA.

TOMO II.



SEVILLA:

IMPRESA DE DON JOSEPH ROSALES.

1816.

CAPITULO PRIMERO.

Llegada de Eleuterio á su casa. Emprende nueva expedición para Madrid: y se dá cuenta del raro encuentro que tuvo con un venerable anciano en las riberas del rio Tajo.

Habiendo Eleuterio llegado á su casa, luego que pasaron unos dias y descansó de su peregrinacion á la Andalucia, que así se puede llamar á su viaje, no habiendo conseguido en Sevilla el objeto que se propuso, emprendió nueva expedición para la corte con el fin de apurarlo todo, y ver si podia adelantar algo en Madrid.

Determinó su viaje, y puesto en marcha, el dia que llegó al rio Tajo, como el famoso puente llamado de Almaráz continuase caido, porque de estar caido resultaba levantarse otros, pudiendo sacarse de este monopolio un adagio nuevo, y decir: *De los males de los pasajeros, sale el provecho para los amos de los barqueros.* Como fuese tardío el pasage á causa de la operacion pesada de las barcas, por no estar ocioso Eleuterio, se ocupó en ver y examinar aquellos sitios, particularmente el magnífico puente obra nunca bien ponderada. Y así que lo hubo bien visto todo, se sentó á descansar junto á unas peñas donde había un pequeño prado entre las mismas, alfombrado con verde yerba y flores que le matizaban. Este sitio, la vista del rio, el susurrar fuerte de la corriente precipitándose por las pesqueras, los ganados que por sus riberas pastan, el embarque de la gente que

transita, todo presenta una perspectiva muy risueña y divertida para el curioso observador. Gozando de esta bella vista estaba Eleuterio, y dando descanso á su pensamiento fatigado, cuando oye que se ríen cerca de donde él estaba sentado. Mira á un lado, y vé á un venerable anciano con tersa calva, barba blanca y larga que le llegaba al pecho, que estaba entre unas peñas inmediatase chado en la fresca yerba, y con un papel recojido en la manocomo en accion de irle desenrollando; por manera que dicho anciano parecia el tiempo desenrollando las costumbres de los siglos.

Se acercó al anciano, y le preguntó ¿que hacia, y porque se reía tanto?— á lo que contestó aquel, me rio por tantas figuras como en este papel estoy viendo, que representan lo que pasa en el mundo.— No lo representarán todo, replicó Eleuterio, porque si así fuese, encontraría V. algunas que le harían llorar, y otras rabiarse.— Hijo mio, dijo el anciano, soy muy viejo ya, y nada me estraña; y el mejor partido que saco, es reirme de todo, porque bastante tengo llorado y rabiado antes de conocer el mundo. Siéntate, si gustas, que ahora estoy en el principio de las figuras empezando á desenrollar el mapa donde están estampadas. Esta es obra de mis años, y de mis esperiencias. Sin embargo, si tienes algo que advertirme ó que añadir al mapa, me lo manifestarás con franqueza, y te lo agradeceré mucho.

Sentóse Eleuterio junto al viejo, y este desenrollando el mapa todo, presentó varios grupos de figuras. La primera representaba un niño muy ceñido con bayetas, y apretado muy fuertemente con unas fajas á la manera de un burro cinchado: este niño estaba echado en una cuna, pero con tanta propiedad dibujado que parecia tener sueño, y que el calor de las bayetas é incomodidad de la apretadura de la faja no le dejaba dormir. Aquí tienes figurado, dijo el anciano, lo que se hace con el hombre al principio de su vida, y es un uso ó costumbre inventada en lo que llamamos sociedad culta.— ¡Válgame Dios, exclamó Eleuterio, que temprano se le esclaviza, y se le habitúa á vivir bajo la tiranía!.. ¡cuanto mejor fuera, y estarían mas desahogados los niños, respirando mas libremente sin esas ataduras y esos artificios que tanto los martirizan!.... Todo el empeño es contradecir y oponerse á la naturaleza en vez de ayudarla.

Otra figura representaba unos mozalbetes que cuidaban de unos niños como de seis á siete años, y los tenían en un juego llamado cané, donde jugaban hombres como canes: inmediato á este grupo había otro que representaba una mozuela con un niño en las faldas y un mozuelo á su lado que parecía estaba contando las puntadas de la camisa de la mocita. ¡Que escuela de sociedad tan culta, que estímulos tan fuertes para cuerpecitos tan tiernos!....

Otra figura representaba unos señoritos de mas de diez años, que desdeñándose de distraerse con juegos propios de su edad, y que naturaleza los indica para el desarrollo del cuerpo, su robustez y salud, se entretenían en ajustarse bien el corsé, y en hacer ciertos brebages para contrahacer la voz. = A estos los destinaría yo, dijo Eleuterio, para modelo de muñequitos de feria.

Otra figura que dió mucho que reir á Eleuterio, presentaba una reunion de coquetas que se estaban ensayando á plegar la boca con unos visajes que hacían, que parecía lo que se vé hacer á los mulos por aquel lugar comun luego que arrojan por él lo que han comido y digerido. Una de estas remingadas figuraba tambien estar cinchada, y como en accion de ir andando, y á cada lado del cincho habia unas argollas donde prendían unos cordeles, y de estos tiraban otras dos presumidas tan vivamente dibujadas que parecia estarse viendo tirar una ahora, otra en en seguida, para enseñar á hacer contorsiones á la primera. De modo que la reunion de estas tontas se asemejaba á un picadero.

Otra figura manifestaba otra reunion de señoritos y señoritas; y de la boca de una salia un letrero que se leía = *Es V. très humble* = Y el señorito que tiene de frente la contesta con el siguiente = *Y de V. madama très obeissant* = Otra tambien tenia en la boca otro letrero que decia = *Habes abanico* = Y su pareja el señorito que tiene al lado, contesta = *In me es madame* = Otra por otro letrero decia = *Estoy muy opaca con V., porque no es V. ingenuo* = Y su compañero el señorito la contestaba = *Voy á hablar á V., corazon de nácar mio, con toda diafanidad, para que V. vea en las aguas de mis cristalinas palabras, como soy tan ingenuo como el pavo* = Por manera que este grupo figuraba una escuela de mentecatería.

Pintada habia otra figura que significaba una tertulia compuesta de varias personas que tenian las cabezas comprinidas en las sienas denotando su juicio débil, con cabello corto manifestando pereza, de caras flamencas como de maniacos, de frentes pequeñas y estrechas, como las de los necios y flemáticos; de sienas hinchadas y redondas, como de ingenios cortos y confusos; de ojos prominentes, como los de los estúpidos; con narices y labios pequeños, como de genios serviles é inconstantes; bocas grandes, como de intemperantes; el pecho, brazos, piernas y pies muy bellosos, como de parloteros y libidinosos. Esta tertulia asi figurada por la pintura de las personas, por sus posturas, por los gestos dibujados en sus caras, indicaban estar murmurando, y ser una tertulia de murmuradores; porque estos pintados son conocidos. Tales son que en ninguna materia de virtud, ni alabanza agena toman gusto, sino en solo inofar, maldecir, y tratar mal al prójimo. De suerte, que á todas las otras pláticas y materias están dormidos y mudos, y en tocándose á la tecla de la murmuracion, luego parece que resucitan, y cobran nuevos espíritus.

Mas adelante habia otra pintura que figuraba ser un caballero muy bién vestido y rico recostado en un sofá, y al rededor otros muchos que estaban unos con incensarios quemando esencias, otros con vasos de agua de olor, otros con cigarros habanos en platillos de oro, y todos en accion de servir á tan gran personaje. Por el contrario, habia otro inmediato sentado al pie del tronco de un árbol, que por su cara y ropa daba señales de estar enfermo y pobre. Este, estaba solo y despreciado = ¿Entiendes lo que significa esta pintura? preguntó el anciano. Contestó Eleuterio que no la comprendía bien = Pues grabala bien en tu memoria, que mas adelante la esplicaré, y entenderás mejor.

Siguió desenrollando el mapa, y descubrió otro cuadro donde estaban pintados dos, y uno con vestido de color amarillo abrazando al otro. En seguida habia otro cuadro donde estaban dibujados otros dos, uno muy respetuoso y engrandecido, y el otro que por la cara parecia ser el mismo que daba los abrazos, pero con otro vestido distinto. Este último estaba muy arrimado á la oreja del primero, como declarándole alguna cosa en si-

lencio. No fué poco el que Eleuterio guardó meditando en esta figura. Así es que el anciano le dijo: ¿ parece que has quedado pensativo con la pintura? Entiendes por ventura lo que significa? ¡ Ojalá no la entendiera! contestó Eleuterio. Ella, dijo este, significa el falso amigo comprando la amistad por un abrazo, y vendiéndola con el chisme y enredo. = Pues ya que has acertado, dijo el anciano, voy á enseñarte otra.

Desenrolló mas el mapa, y se dejó ver un hombre pintado, tendido en una estera y arropado con una mala manta, que aunque macilento el rostro denotando no tener mucho sobrante, sin embargo se parecía mucho al que en una de las figuras anteriores estaba tendido en un sofá, servido y adulado por los que le rodeaban. Por cima de este pobre hombre iban otros saltando sin hacer caso de él ni mirarle, porque llevaban la vista tan fija hácia donde estaba sentado otro que por su magnificencia parecía un príncipe, que á este solo atendían, tanto que, unos á otros se empujaban por ganar la vez de ser el primero en llegar á besar todo cuanto fuese besable en aquel gran señor: el que por su cara parecía tambien ser el mismo que en la otra figura estaba sentado al pié del árbol, como enfermo y pobre sin que nadie se arrimase á él entonces.

Ahora me parece, dijo el anciano, que entenderás lo que significa la figura que antes vistes, y me reservé explicarte. Y que por consiguiente, entendiendo aquella, comprenderás lo que esta significa, por estar ámbas tan enlazadas. = Si, contestó Eleuterio, sino me engaño, una y otra figura significan la adulacion y el engaño. = Así es, dijo el anciano, en la otra figura el que estaba reclinado en el sofá, significa un hombre muy acomodado, al que con la golosina de sus riquezas, y la esperanza de su valer, acuden como moscas otros hombres para adularle y servirle, con el fin de complacerle y ayudarle, esto es, á gastar sus riquezas y que caiga mas pronto del poder. Ahora en esta figura está representado el mismo poderoso tirado en una estera y arropado con una mala manta, y lo que es todavía mas doloroso, que aquellos mismos que antes le adulaban, y á quienes tantos beneficios hizo, se representan ahora despues de la desgracia de su bienhechor, saltando unos por encima de él, y otros que le pisan, ni aun le miran; y se van corriendo á ejercer su vil oficio

con el otro, á quienes antes tampoco miraban cuando en su desgracia estaba sentado al pie de un árbol, y que elevado luego por la suerte ó por lo que se quiera, se apresuran á inciensarle, disputandose unos á otros la vez para ser el primero en llegar á los pies del nuevo idolo.

No creais, amigo, continuó diciendo el anciano, no creais en la fortuna, ni en los hombres. Estos cara á cara os faltarán á lo prometido: aquella os llevará engañado hasta burlarse de vos: contra el mas seguro de sus invasiones asesta sus crueldades: al mas absoluto le quita las jurisdicciones: al mas entronizado le derriba de su pompa. No creais en los lisonjeros: estos aun cuando erreis, os celebrarán acertado, y es gran desdicha, nos precipiten en los errores, los que deben elevarnos á los aciertos. Todo lo que el adulador dice es sencillez en la lengua, y dobléz en el corazon: habla bien para el mayor mal; y pondera con elocuencia al sabio, que nada con elegancia dice. ¡ Oh jóven! le decia á uno el filósofo Crates, al verle acompañado de muchos aduladores: solo van acompañandote muchos, porque cuantos te asisten obsequiosos, mas que á tu reverenciada persona, siguen finos á su interés.

La otra pintura que seguía, figuraba un salon en donde habia una mesa, y sentada á ella estaba pintada una muger muy seca con boca muy grande, ojos de perro hambriento, brazos muy largos, manos muy anchas, y los dedos sumamente delgados y largos. En la mesa habia una grande fuente de manjar blanco, y la dicha muger se lo estaba comiendo muy de prisa y á puñados. Junto á esta muger estaba pintado un hombre muy ceñudo con las manos metidas en los bolsillos, y como dando á entender su insensibilidad, ó por lo menos su mucha indiferencia respecto á las desgracias de su prójimo. Porque en el mismo salon habia otras figuras que representaban niños degollados, hombres heridos muriéndose, mugeres accidentadas y otros que defendían á los que estaban en el salon resistiendo á los ladrones que querían robarles.

Las dos primeras figuras, dijo el anciano, significan la ambicion y el egoismo. La ambicion está representada en la muger que con tanta ansia y con ámbas manos, y aun con los ojos, narices y orejas se quiere comer el manjar blanco, sin darle un

chupon á su íntimo é inseparable amigo el egoismo que es el hombre que con ella está sentado á la mesa, la una comiéndoselo todo, y el otro guardando sus bolsillos que le están defendiendo los otros, sin que él se mueva para nada, ni por nada sienta mas que por su dinero.

Seguía otro cuadro de figuras que representaban un hombre matando á otro; y otro maltratando y echando fuera de la habitacion á un enfermo porque este no pensaba como él en la clase de remedios que le aplicaba; y á uno y á otro agresor los cubría con una capa otro que estaba con ellos. = Estas figuras, dijo el anciano, no las entenderás hasta que te las explique con las que siguen, porque con estas están enlazadas.

Y desenrollando un poco el mapa se dejó ver otro cuadro donde habia otras varias figuras dibujadas; como era un hombre hincado de rodillas ante un Santo dándose con mucho compàs golpes de pecho; y otro hombre subido en una tribuna que por la boca le salian dos letreros á modo de vigotes, y en el letrero de la derecha se leía *humanidad*: y en el de la izquierda *beneficencia*. = Por las ventanillas de las narices le salian otros dos, por la de la derecha decía = *la propiedad personal del hombre, es la cosa mas sagrada*. = y por la de la izquierda = *las opiniones deben ser respetadas*. = por los ojos y orejas salian una porcion de letrerillos que decían = *caridad, paz, orden, justicia, moderacion, juicio &c.* En medio de los dos estaba otro alargando las manos como en accion de ayudarles á levantar. =

Ahora ya entenderás, dijo el viejo, lo que significan estas figuras. = Algo entiendo, contestó Eleuterio: el que está tan religiosamente hincado de rodillas, por su cara y por el puñal que asoma por las botas, me parece que es el mismo que estaba haciendo la muerte en la primera figura. = El mismo es, dijo el anciano, y significa la hipocresía religiosa. = El otro, continuó Eleuterio, que está subido en la tribuna, aunque desfigurado con tantos letreros como salen de su cara, con los cuernecitos que brotan por su frente, y con el vestido de tantos colores; sin embargo, por la berruguita que tiene en los labios, y el lunarcito que se vé en su nariz, parece ser el que en la primera figura aporreaba al enfermo porque este se resistía á los remedios que se le querían aplicar. = Es el mismo, dijo el anciano, y significa la

hipocresía política. Los letreros que de la cara le salen, y no del corazon, forman la cartilla que tiene aprendida para engañar á los tontos, haciéndoles creer que es tan amante del bien público, que no hay otro que le iguale: y con tanta desvergüenza quiere hacerlo creer, que no repara en que le vean los cuernos que tiene en la frente, y que le han nacido *ad libitum* por carecer de honor, y abundar en vileza. = Pues de estos hay muchos, dijo Eleuterio, yo los conozco bien, y tanto que à larga distancia los distingo. = Y ¿ cómo te amañas para conocerlos? preguntó el anciano: porque ellos son tan políticos, tan habladores, y tan chocarreros que parecen hijos de gitanos. = Yo, contestó Eleuterio, tengo muchos motivos para conocerlos: para esto observo sus acciones indiferentes y aisladas, los miro y escucho cuando estàn en sus casas; y entonces que estàn desnudos de los vestidos y galas con que se visten y adornan para salir al público, entonces es cuando yo veo à mi satisfaccion los lunarcitos y berruguitas que tienen sus cuerpos de demonios, y entonces es tambien cuando les oigo hablar como á energúmenos.

Muy bien hijo, muy bien, dijo el anciano, cuando yo era de tu edad no sabia tanto. = Pues váyase lo comido por lo bebido, contestó Eleuterio: tampoco abuelo padeceríais tanto. = Es verdad replicó el anciano, tuve buena mocedad, sin mas cuidados que los de guardar el ganado: mis diversiones eran muchas y continuas, las zagalas me querian y adoraban, y andaba siempre coronado de guirnaldas de flores que ellas mismas ponian en mi cabeza; y yo en recompensa componía cantares, y al son de mi flauta formaban unos bailes, que toda la campiña reia. Ya no me ha quedado mas que la memoria de tan felices dias, que al propio tiempo de alegrarme me entristece.

En esto el anciano dió un gran suspiro, y bajando la cabeza, empezó á humedecer con lágrimas sus secas mejillas. = No os aflijais, dijo Eleuterio, que no teneis motivo para tanto. Habeis disfrutado sin perjudicar à nadie, y como Dios permite; y luego recibiréis el premio de vuestras buenas obras, con los dones que gozareis en la vida eterna. Miserable de mi, desventurado, que nací en la desdicha, continúe en la desgracia; y sigo sin haber gustado con tranquilidad de las dulzuras que con liberal mano derramó Dios sobre la tierra, y hombres con desmedida ambicion no de-

jan que los demás disfruten, revelándose contra la voluntad de Dios, y queriendo ser superior á él. Mas no hablemos mas de esto y continuad, abuelo, haciendo la esplicacion de la figura que resta del cuadro presente: que si bien representa un hombre muy respetuoso sentado en un rico sillón, manifestando entereza, integridad, rectitud, pureza é imparcialidad, no le lavó bien la cara el pintor que en este segundo cuadro le dibujó, pues le dejó en la frente unas manchitas que por ellas es bien conocido; apesar de todos los atavíos y magníficos vestidos con que ahora está pintado; por sus dedos largos se conoce que es el que estaba cubriendo con una capa al asesino y al otro que aporreaba al enfermo. — No te engañas, dijo el anciano, es el mismo, y figura el favor apadrinando á sus ahijados.

Continuó el anciano desenrollando el mapa y apareció una Ciudad en medio de unos amenísimos campos, que parecian los eliseos, por sus verdes y floridos árboles, cargados de frutos, llenos de avecitas de todos colores, y regados por arroyuelos de agua cristalina. Marchaban á la ciudad con paso grave y meditado, y llenas de magestad, tres hermosuras como tres soles llenando el aire de ambrosía, é iluminando el campo de luz mas clara que la del sol. La que iba en medio llevaba un vestido todo blanco y largo, una espada en la mano derecha, y en la izquierda un peso. Las otras dos que le acompañaban, una con ojos de hermoso color celeste, y centelleantes con divina luz, estaba adornada de un vestido sembrado de ricas piedras, collar; y cinturón de diamantes, los cabellos, largos y rubios, entretejidos con perlas y esmeraldas; de modo que parecia un cielo estrellado. La otra con semblante noble y soberano, mezclado de dulzura y gentileza, cara blanca como la azucena, y sombreada con el carmin de la rosa recién abierta, resplandecian en su ropage aquellos hermosos colores, de que matiza al cielo el sol cuando amanece, y le halla aun ocupado de las obscuras sombras de la noche. Pues estas tres hermosuras, dijo el anciano, la del medio significa la justicia, la otra de ojos centelleantes es la sabiduría, y la otra es la virtud. Las tres van á poner orden, y hacer que reine la razon en esa ciudad que estás viendo en medio de ese campo tan delicioso: pero habitada por sabandijas, y monstruos como los que se ven á la puerta de la ciudad. Ya ves que la es-

tá guardando una bestia con muchas cabezas; en medio de la ciudad hay un castillo muy fuerte que sobresale entre todos los edificios, y en el castillo se ven asomados varios personajes unos muy panzudos y bellosos, otros con cejas muy arqueadas, bocas muy grandes, párpados muy abiertos y ojos saltones. Otros de cuerpos pequeños con cejas torvas, juntas y arqueadas, ojos volubles y leonados, barbas muy largas y ásperas, señales todas de gente atrevida. Entre esta chusma se dejan ver unas mugeres con sienas bellosas, calvas, ojos saltones, cuellos gruesos, caras grandes, narices de media vara, y un gran cigarro en la boca, y en una mano una bota de vino, y en otra un cuchillo, manifestando ser ellas unas mugeres endiabladas, y ellos unos hombres endemoniados llenos de vicios unos y otros, aunque todos llevaban escapulario. Y en medio de toda esta canalla se veia tambien, el que en la figura anterior estaba sentado en rico sillón y bajo dosel, que aunque entonces estaba muy grave, y en esta otra figura se pintaba muy airado, sin embargo se conocía ser el mismo por tener las narices muy abiertas, las venas muy hinchadas y patentes, el cuello muy craso, los ojos sanguíneos, los dientes muy largos, desiguales, y desordenados. Todas estas figuras que se ven en el castillo, dijo el anciano, significan los vicios y las pasiones encerradas con el furor, que en el anterior cuadro representaba el favor apadrinando á los pícaros, y que ahora temiendo entren en la ciudad las tres hermosuras, y le quiten el gobierno, se ha encerrado en el castillo con los vicios y las pasiones, y todo su estado mayor el egoismo, la ambicion, la hipocresía, y el fanatismo; y todos reunidos han conitado al ignorante pueblo engañandole con astucia, alagos, promesas, fiestas y convites, y con el vino y el aguardiente compuesto con yervas diabólicas le han trastornado la cabeza, convirtiéndole en un monstruo, que desconociendo su bien, se ofrece con peligro de su vida, á los que son sus verdaderos enemigos; y se preparan para impedir la entrada en la ciudad á las tres matronas que compadecidas marchan para hacer las veces de madres, y sacarle del poder tiránico de sus corrompidos gobernadores. El vulgo, dijo el anciano, no tiene ningun tiempo, ni consideracion en lo que hace: tan ciego es y tan necio que él mismo se brinda à que le ponga el yugo quien apretarselo quiere;

y lo que es todavía mas espantable, que espone muchas veces su hacienda y su vida por defender à su tirano.

Desenrolló mas el mapa el anciano, y se dejó ver un cuadro con las siguientes figuras. Estaban pintadas primeramente dos ilustres personas de especial gerarquía, con la adición de un Gentil hombre, que decía: *yo sirvo á estos dos*. Seguía un labrador que repetía: *yo sustento á estos tres*. Luego un mercader que pronunciaba: *yo engaño á estos cuatro*. Continuaba un letrado espresando: *yo revuelvo á estos cinco*. Despues estaba un médico diciendo: *yo mato á estos seis*. Le seguia un confesor que declaraba: *yo absuelvo á estos siete*. Y al fin de todos estaba un demonio, que asimismo decía: *yo me llevo á estos ocho*.

Desenrolló mas el mapa, y se dejó ver á S. Gerónimo retirado al desierto de Calce en Siria hacia el año de 374. Estaba tan bien dibujado que no habia necesidad de esplicacion, para conocer que era S. Gerónimo. La piel callosa y negra, el cuerpo descarnado, sus ojos hundidos, su rostro muy macilento, y el saco que tenia para cubrirse, manifestaban claramente quien era: hasta la soledad del sitio y su aridéz estaba perfectamente dibujado, que cualquiera conocería que aquel era un desierto de Ethiopia. Pasado un espacio estaba pintado un fraile Gerónimo, muy grueso, y encarnado, con rica media blanca plancheada, hábitos muy finos, y la camisa que se dejaba ver por el cuello de tela finísima de holanda. Estaba sentado en una silla forrada de terciopelo con almohadon de plumas, tomando un jicarón de chocolate con buenas magras de jamon. La habitacion toda ricamente alajada con mil primores; y una cama con cuatro colchones, sábanas de lienzo muy delicado, y colchas estampadas de todo gusto.

Ya conocerás hijo mio, dijo el anciano, lo que significa la estampa que acabas de ver. La primera figura es la imagen de S. Gerónimo; y la segunda representa à uno de sus hijos. No quiero hacerte esplicacion alguna sobre esto, porque por si mismo se esplica bastante; y con solo mirarlo es lo suficiente para conocer lo que significa, por ser una cosa que todos los dias se está viendo, y que quererla negar, dudar, ó desfigurar, sería pretender que en dia claro los que tienen buena vista no vean.

Como tocase la vez á Eleuterio para embarcarse, se despidió

con sentimiento del anciano, sin poder acabar de ver lo demás que contenia el mapa que habría desarrollado como una tercera parte.

CAPITULO 2.

*Cuéntase lo que sucedió á Eleuterio pasado
el pueblo de Navalморal.*

Tal vez habrá algunos que reparen y digan que las aventuras de Eleuterio fueron muchas en tan cortos viajes y muy continuadas, porque todos los días le sucedía una. Pero cualquiera que considere la época en que Eleuterio hacia estos viajes, no extrañará que fuesen tantas, ni aun cuando hubiesen sido muchas más, lo extrañaría. En lo moral sucede lo que en lo físico; que así como unos años son mas abundantes de frutos que otros, así en lo moral hay años en que abundan mas los sucesos que en otros. El que voy á referir, no tiene nada de particular por ser suceso muy comun que está sucediendo todos los días; pero tiene su singularidad en el modo que sucedió el hecho. Este es muy frecuente en países donde no se escrupuliza robar; y que en algunos se hace por costumbre introducida de muchos años. No fijaré yo la época en que fué introducida esta costumbre en España. Pero por regla de analogía pudiera decirse que fué introducida en tiempo de los moros, porque estos han sido siempre muy dados á la piratería; y como los moros dejaron tantas costumbres suyas en España, y muchas de ellas conservamos, se entiende de las malas, aunque vestidas á lo moderno por el estilo europeo que al pronto no se conocen, tal vez arraigaría en-

tonces la costumbre de robar, y que luego se haya ejecutado por inclinacion. Pero lo cierto es que se roba mucho, y de muchas maneras, y todos los dias se está robando. Mas el robo que se vá á contar es gracioso, y digno de referirse por sus circunstancias.

Iba Eleuterio montado en una burra, y llegando á la mitad del monte que está pasado el pueblo de Navalnoral, oyó rebuznar un burro; y á poco oyó tambien que un hombre habló diciendo ; Ah buen burro! ; Que bien mereces el pienso!.. Entre tantos burros como hay, y ha habido, ninguno ha rebuznado tan á tiempo como tu. Sin duda has barruntado gente, y avisas para que venga á socorrernos. Eleuterio que oyó estas palabras, aunque muy confusamente, pero que parecía estar cerca el que habia hablado, paró su burra, y se puso á considerar lo que podría ser. No estuvo mucho tiempo considerándolo; porque luego que el burro olió la burra, se le hincharon y estiraron sus músculos tanto, que á la fuerza de su elasticidad se rompió la soga con la que estaba atado, y dando coces, saltando matas, y enseñando los dientes salió al camino, y sin pedir permiso á Eleuterio, montó á las ancas de la burra, y abrazó por detrás al jinete. La fortuna que este tuvo, fué que, la burra hizo un movimiento tan extraordinario que el burro salió por un lado, y Eleuterio por otro. Luego dirán, dijo este levantándose muy poco á poco, que los burros son parados y no tienen pasiones: no hay que fiar de ellos, porque cuando se presenta la ocasion de satisfacer sus gustos, y de seguir sus inclinaciones, son muy mañosos en aprovecharse de aquella, y en el último recurso muy violentos en proporcionársela. No hay burro ninguno tonto para su propio interés.

El amo del burro que sintió el estrépito causado por este, y oyó las razones de Eleuterio, se impuso luego en lo que podría ser, y conoció que el amo de la burra era hombre prudente y racional que se hacía cargo de las cosas cuando así hablaba: y creyendo que sacaría un ventajoso partido de él, comenzó á esclamar diciendo.— ; No hay un alma caritativa que se compadezca de dos desdichados que estamos aquí atados de pies y manos, con las cabezas metidas en sacos, sin poder apenas respirar? Por Dios, por su madre la virgen, y por todos los santos,

que si hay alguna nos favorezca; porque si estamos así mas tiempo, nos ahogaremos. Con solo que nos quiten las ataduras, quedaremos obligados á tan grande beneficio, y la serviremos de cabeza. Nosotros somos honrados y hombres de bien; y si yo soy algun tanto malo, mi amo es tan demasidamente bueno, que con lo que le sobra de bondad, cubre las faltas que yo tengo.

Eleuterio que estuvo muy atento á esta plática, dudó sobre lo que haría en aquel caso temiéndose fuese alguna estratagemata de algunos picaros que quisieran sorprenderle por aquel medio. Porque estando tan introducido en la sociedad el artificio, el engaño, y todo lo malo, rezelaba mucho de cuanto habia dicho el amo del burro, porque una de las cosas con que se ocultan las maldades, es cubrirlas con la apariencia de lo bueno. Por último, pudiendo mas la compasion que los rezelos, despues que ató bien al burro y le dejó asegurado, lo que le costó mucho trabajo, se dirigió á donde salía la voz, y encontró en efecto entre unas matas del monte á dos hombres tendidos boca abajo sin que pudiesen volverse, porque los brazos los tenian abiertos en forma de cruz atados cada uno á las matas que habia á los lados, y lo mismo las piernas; y ademas las cabezas metidas en costales, y por el suelo rodando algunos efectos, indicando todo esto que aquellos hombres habian sido robados. Les quitó los costales, y cordeles con que estaban atados, y los ayudó á levantar por no poder ellos solos de tullidos que estaban. Les preguntó ¿ que de donde eran, y quien les habia atado ?

A lo que contestó uno que parecia ser amo del otro. = Yo soy un hacendado de Oropesa que dirigiéndome con mi criado, que es este que V. vé aquí, á practicar ciertas diligencias en Talavera de la Reina, llegando á este sitio, nos salieron cuatro hombres á caballo cargados de armas, con escarapela en los sombreros, y uno con caballo blanco. Asi que llegaron, nos mandaron echar pie á tierra, y metiéndonos en el monte, nos amenazaron mandando que nos echásemos inmediatamente boca abajo; lo que ejecutamos al momento mi criado y yo: luego nos ataron dejándonos del modo que V. nos ha encontrado, y tratándonos de ladrones, negros, judíos, se llevaron la ropa que les acomodó, el dinero, y mi caballo, quedando tambien atado el burro por pies y manos.

Por vida mia caballero, dijo Eleuterio, que por las señas que V. dà, los que han robado á VV. son los mismos que estaban de borrachera en una taberna de Navalnoral en ocasion que yo pasé por allí, y hará como tres horas. Entre los caballos que estaban á la puerta, uno era blanco muy enjaezado, y otro tordillo muy bien cortado con silla inglesa.

El tordillo es el mio, dijo el caballero, voy corriendo al pueblo á dar parte, y á que me lo restituyan castigando á los que me le han robado. = Mi amo no haga V. tal, dijo el criado, buen provecho les haga. = ¿Y lo habia de dejar así teniendo la ocasion en la mano para poder hacerme con lo que es mio? Serían dos males entonces, uno el haber sido robado con malos tratamientos, y otro quedarne sin mi mejor alhaja pudiendo rescatarla. = Pues del mal el menos, replicó el criado, mas vale que V. pierda el caballo y lo demás que le han quitado, que no esponderse á perder mas: yo les perdono los diez rs. que me han llevado con el ceñidor que hoy estrenaba, y me habia costado catorce rs. = Pero, preguntó el caballero, ¿que males hay que temer porque uno reclame lo que le han robado? = Una friolera, replicó el criado, se entrará V. en un pleito con ellos, para lo cual se gastará V. lo que valen una docena de caballos buenos; y luego si los ladrones se escapan ó los dejan ir, y encuentran á V. le quitarán el pellejo. Esto es tan fácil de suceder, como difícil, que le vuelvan á V. el caballo. Por último, mi amo, los que nos han robado, es gente que la justicia nada tiene que ver con ellos, ni ellos con la justicia. = ¿Porque hombre? Bueno andaría el mundo entonces si así fuese. ¿Que sería de la sociedad si no se castigasen los mal hechores? ¿quien querría vivir en ella? ¿desgraciados los hombres de bien si el crimen quedase impugne! = ¿Y V. cree que es otra cosa lo que pasa? Si V. lo cree así, vive V. muy equivocado. Y repito que los hombres que nos han robado, lo hacen con carta de seguridad, que V. no tiene para salir á ver lo suyo, y ellos pueden registrar lo ageno. No reparó V. el trapito encarnado que llevaban en el sombrero? = Si reparé, contestó el amo. ¿Y que quieres tu decir con eso? = Quiero decir que por el hilo se saca el ovillo, esto es, que los que nos han robado son siervos del Señor, y el Señor los protege. = Te entiendo, dijo el amo, y no

hay otro remedio mas que dejar que obre la paciencia.==

Es el mejor partido, dijo Eleuterio; y lo que V. debe ahora de hacer, es montar en el burro, y en amor y compañía marcharemos para Talavera; porque no conviene estemos mas en este monte, espuestos à que acaben de quitar á VV. lo que les han dejado, y á mi la borrica, que es todo mi mayorazgo.

Convino el caballero con lo que Eleuterio propuso, y montando aquel en el burro, y este en su burra, y el criado en la cruz de los calzones emprendieron la marcha para Talavera de la Reina. Y el caballero que no podia borrar de su memoria el caballo que le habian robado, porque se estaba mirando en él cuando le tenía, no dejaba quejarse de su suerte, y de decir que si él hubiese sabido antes de salir de casa lo que habia de haber sucedido, andando hubiera hecho sus diligencias en los pueblos, y no habría espuesto su caballo, porque otro tan bueno no era fácil encontrarse.

Dejese V. de eso mi amo, dijo el criado, ya no hay que pensar en eso: á lo hecho, pecho: ya se acabó el tiempo en que se adivinaban las cosas. Y ahora me acuerdo del juicio que traía un calendario, que por venir á pelo en esta ocasion, y porque tengamos algo con que distraernos, lo voy á recitar con licencia de V., y la de ese señor que no sé como se llama== decía:==

Si no mienten las historias

Huvo Astrólogos antaño

Que lo por venir leían,

Como en un libro, en los astros.

Tal habia que con solo

Ver la noche de S. Pablo

Una estrella, ya podia

Tejer la historia de un año.

Y decir si en él habria

Pestes, incendios, naufragios,

Guerras, pleitos, casamientos,

Mongíos y malos partos.

¡ Dichosos aquellos siglos

Libres de azares y acasos,

Cuando de todo á los hombres
Avisaba el calendario!

Y no que en el que vivimos

El Almanak mas exacto

Cuando mas dice: tronada,

Agua, nieve, viento ú vario.

Que mas? Ni aun decirnos saben

Que Planeta ó que Astro

La presidencia del Cielo

Le toca el presente año.

Mas como yo no soy hombre

Que en dos pelillos me atasco,

Vaticinaré portentos;

Que el oírlos será un pasmo.

Habrà frio en el invierno:

Habrà calor en verano:

Y en otoño y primavera

Ni bien tinto, ni bien blanco.

Lloverà cuando agua caiga,

Hará sol en dia claro,

Y habrá viento cuando el aire

Sople en el mar ó en el campo.

Habrà sanos: habrá enfermos

Habrà hambrientos; habrá hartos;

Y cual Dios quiera que sean

Será la cosecha y año.

¿Que tal? preguntó el criado ¿Viene á pelo este juicio del año?

Muy bien viene, contestó Eleuterio. Y tu por lo que parece le has traído á cuento para probar que seríamos dichosos, si supiesemos lo por venir; y que no siendo esto tan posible, es preciso conformarse con la suerte. Pero yo digo que aunque no estemos en aquellos tiempos dichosos de que habla el juicio del año que acabas de recitar, sin embargo podemos vaticinar aquellas cosas que son anexas á los tiempos, así como el mismo juicio del año vaticina frio en el invierno, calor en verano &c. Por lo que, yo me atrevo á vaticinar ahora, que habrá robos

mientras haya ladrones; ladrones mientras haya padrinos; padrinos mientras haya inmoralidad; inmoralidad mientras haya indiferencia hacia el bien público; y por último que habrá esto y mucho mas, mientras el tiempo vaya como vá, y no venga otro mejor. Las necesidades es verdad son muchas, pero es mayor el vicio. Cinco años he estado yo en el estudio de un Abogado, y en la multitud de causas criminales sobre robos que entraron en su estudio, y que las examiné yo, pocos robos encontré hechos por necesidad, siendo así que no faltaba miseria entonces. Está experimentado que por necesidad solo se roba un pan, un chorizo, alguna berza, ó alguna que otra friolera, que el que la coge, lo hace siempre con vergüenza y sentimiento, como yo lo ví muchas veces en el año de once que tanta necesidad hubo. Pero nunca un necesitado sale à un camino público acompañado de ocho ó nueve majetones, bien vestidos y muy armados, con buenos caballos y muy enjaezados, robando à cuantos encuentran, hiriendo y matando cuando están de mal humor, y haciendo otras atrocidades cuando se encaprichan en cometerlas.

Por lo que he oido á V., preguntó el caballero á Eleuterio, saco en consecuencia que es V. Abogado ¿es verdad?— No señor, contestó Eleuterio, no lo soy; pero he seguido la carrera de leyes, y la tengo concluida.— Entonces volvió á preguntar, ¿en que consiste que no es V. ya Abogado?— ¿Y en que consiste, replicó Eleuterio, el que V. siendo un caballero tan rico, vaya ahora borricalmente?— Es muy clara la razon, contestó el caballero; y V. ha visto en que consiste; en que unos picaros me han robado el caballo.— Pues en lo mismo consiste, amigo mio, que no sea yo Abogado: en que otros picaros me han privado de un derecho adquirido à fuerza de vigalias, y del patrimonio que he gastado.— Ya le entiendo á V., dijo el caballero; y los sentimientos de V. simpatizan con los míos. A mi tambien me han quitado muchos derechos, y me dejaron à pedir limosna. Pero habiendo despues un tio mio que estaba soltero, dejádome por heredero de cuantiosos bienes, remediaron mi necesidad; y ahora ando cobrando deudas á mi favor como heredero, que le aseguro á V. que si las hubiese de cobrar todas, mucho sería el dinero que juntase. Mas es tanta la escasez de

metálico, y están tan arruinadas las casas, que es dificultoso pueda cobrar de todos mis acreedores agoviados con tan continuas y crecidas contribuciones, que nunca cesan, aunque cesen los motivos porque se impusieron; y por el contrario se aumentan.

¡ Oh amigo !... exclamó Eleuterio, en esto de contribuciones pocos Reyes se parecen á un Theodorico, siempre enemistado con la ambicion de las gabelas. A un Trajano, cuya gloria ensalzaba Plinio, porque desatendía las causas de su Real Patrimonio, inclinándose á las de sus subditos. A un Dario, que cuando en fuerza de la precision pedia algun tributo, preguntaba si el reino se hallaba en estado de poder soportarle, para reducirle á la mitad. No es comun llevar ya los años á un Moises, que mande retener á voz de pregon los donativos, despues que cesó la pública urgencia, por que fueron impuestos. Pocos se parecen á estos gefes, y muchos sí á un Antigono que usurpe las haciendas: á un Pisón, que robe la república: á un Achéo, que la tiranice: á un Nabat que la saje; y á un Roboan que la desuelle. Los ministros que rodean á los Reyes, y pudieran contenerlos, no son pocos los que en vez de hacer esto, descansan con las fatigas de los pueblos: rien con su llanto: respiran con su angustia: comen con su hacienda; y en fin, autorizan en un todo algunos la plaza de tiranos, con el carácter de válidos. He aquí, amigo mio, el origen de las necesidades públicas. La falta de patriotismo.

Ciertamente que es así, dijo el caballero, porque la España ha sido siempre, y será la envidia de todos los estrangeros, por sus ricas, variadas, y abundantes producciones. Su suelo fecundo pocas veces se muestra ingrato con sus habitantes: la naturaleza no ha querido que estos escaseen cosa alguna: la España en fin ha sido siempre rica cuando no ha empezado á ser pródiga, independiente cuando no ha consentido en ser esclava, y feliz cuando ha procurado conservar sus propias riquezas y su independencia. Por lo que, si se vé ahora tan miserable y tan falta de recursos, ¿ en que consistirá? El suelo es el mismo, las mismas sus producciones, el temperamento y disposicion de los habitantes para cultivar el terreno, y beneficiar las primeras materias dándolas mas valor, no ha variado; porque el clima que entonces influía, influye del mismo modo ahora. Luego si sub-

sisten todos estos elementos que son las fuentes de las riquezas de una nacion, y esta nacion tiene necesidad, es claro que consistirá en que no sabe aprovecharse, en que prodiga sus riquezas esparramándolas por el suelo estrangero, yendo à comprar á este, y por consiguiente haciéndose dependiente de él, cuando debia ser todo lo contrario supuesto que la España es tan abundante en todo, y tanto que las demas naciones carecen de muchas cosas que á España sobran. Por manera que se puede decir sucede lo que á un mayorazguista que no tiene gobierno en su casa; porque poseyendo pingües territorios, los tiene abandonados y no tiene un maravedis. Sus criados que habian de estar dedicados al cultivo de sus olivares, viñas y tierras, los tiene empleados á unos de porteros, à otros de pajes de escoba, á otros de caballeros, á otros de lacayos de libría, á otros de cocineros, á otros de pillos de cocina, à otros de ayudas de cámara, y á otros de otras mil cosas. Siendo el resultado, que teniendo el mayorazguista viñas, olivares, dehesas, y tierras de labor, tiene que salir su mayordomo á buscar de prestado ó fiado, el vino, el aceite, el garbanzo, el pan, la carne &c. Y que el paje de sala anda todo el dia hecho un corredor por las tiendas preguntando por la cinta estrangera de esta clase, el abanico parisiense de la otra, porque su amo ó su señorita aunque tienen muchas cintas ricas, muchos abanicos, y otros muchos géneros de valor, no valen nada porque son todos fabricados en España.

Supongamos ahora que el mayorazguista ó sus hijos entran en cuenta consigo mismos, y que conocen que son pobres por sus gustos y caprichos; que teniendo tierras de labor que llenen sus trojes de toda simiente, viñas que den los mas esquisitos vinos, olivares que llenen las bodegas del mas substancioso aceite, colmenas que contribuyan con la mas delicada miel, toda clase de ganados que le enriquezcan con carnes y lanas, mulas y caballos para labrar la tierra, y conducir los frutos sobrantes al mercado, es claro que si el mayorazguista reflexiona, y consigue desterrar de su imaginacion las ilusiones que le preocupan y pervierten su razon, entrará en cuenta consigo mismo y hallará que sus males son voluntarios, porque dentro de su misma casa tiene las fuentes de la riqueza criandose en ella de cuanto necesita el hombre para vivir: conocerá por último que si no tiene un ma-

avedí y vive de prestado, es por el mal gobierno de su casa: porque sus antecesores fueron poderosos con los mismos mayorazgos sin otros bienes, porque fueron muy zelosos en beneficiar sus haciendas; y que fueron felices cuanto se puede ser en la tierra, porque sus principales distracciones consistían en gobernar bien su casa, trabajando por la prosperidad de esta, no consintiendo holgazanes en su familia, no haciendo gastos inútiles y superfluos, ni menos dando lugar á que la ambicion se introdujese en su familia, para evitar tráficos secretos que perjudicarían sobre manera á los intereses de la casa. Convencido el mayorazguista de todo esto, variará de rumbo en el gobierno de ella, estableciendo un órden sólido é inalterable, cuidando mucho que no se introduzcan usos y costumbres que barrenen sútilmente su sabia economía, y trastornen el órden natural y positivo que ha establecido.

Esto que haría un mayorazguista, lo puede tambien hacer una nacion que se halle en el mismo caso. La España que como he dicho, no ha debido sentir la miseria por ser su suelo tan feraz, y su clima tan benigno para la cria de cuanto se produce en otras partes, ha tenido la desgracia de verse muchas veces miserable en medio de sus riquezas, teniéndose que sujetar, y que depender de otras naciones que se aprovechaban de sus tesoros. En tiempo de Carlos 5º la España estaba en la mayor miseria por la avaricia y rapacidad flamenca que estraía del reino sumas considerables de dinero. Continuaron los males en los demas reinados de tal modo, que al subir Felipe 3º al trono encontró al reino sin dinero, sin poblacion, sin agricultura, sin comercio, sin industria, y llena de vicios por todas partes que venian á acabar de destruir las fuerzas que la necesidad habia empezado á aniquilar. Con tal rapidéz la España habia caminado hacia su decadencia, que apenas conservaba ya vestígios de su antiguo esplendor. Por desgracia Felipe 3º era un Príncipe de un talento muy limitado, y de un genio indolente, por manera que contribuyó no poco á que tomasen considerable aumento los males. Dedicado únicamente á fundar conventos, y dotarlos con pingües rentas movido de una piedad equivocada, pues ha causado la relajacion de la disciplina monástica tan pura y edificante en tiempo de los primeros monges, abandonó las riendas

del gobierno encomendándolas à personas que tuvieron tan poca prevision, que adoptaron precisamente los medios que por solo ocurrir al presente apuro, perpetuaron la miseria general. A una nacion empobrecida ya con esorbitantes imposiciones, se la recargó de nuevo con tributos sobre los comestibles y artículos de primera necesidad, que fué lo mismo que condenarla a todos los horrores del hambre. Se duplicó el valor de la moneda de vellon, con lo cual subió tambien un doble el precio de los géneros, y se dió ocasion á que los extranjeros introdujesen en cambio de la plata enormes cantidades de moneda de cobre fabricadas por ellos. Asi es que por una consecuencia inmediata é inevitable, los campos harto descuidados, ya por falta de brazos, se convirtieron en eriales, quedaron desiertos los talleres, y fueron absolutamente abandonadas aquellas manufacturas, que aunque en corto número y en situacion bien deplorable, habian podido salvarse de la ruina que las amenazaba: y como hay una íntima correspondencia, y recíproca accion entre la agricultura, la industria y el comercio; en un pais en que al paso que se multiplicaban las travas hasta lo infinito, escaseaban las producciones de la tierra y de la industria manufacturante, era preciso que el comercio quedase entorpecido, y aun del todo aniquilado. De aquí habia de seguirse precisamente, que como las riquezas corren siempre á buscar los paises en que reina la industria, no entraban en España los tesoros del nuevo mundo, sino como de paso para las naciones extranjeras, y no dejaban en ella sino los vicios, la esterilidad y la miseria. No solo continuaron en adelante en suma decadencia la agricultura y la industria, cuyo fomento era tan interesante á una nacion constituida en el extremo de la pobreza y del abatimiento, sino que en el reinado de Carlos 2º en vez de alentar el comercio con oportunos reglamentos, aparecieron una porcion de pragmáticas, ya reduciendo el valor nominal de cierta clase de moneda, ya prohibiendo su curso, ya franqueándole con ciertas restricciones; de suerte que resultando incierto el cambio por esta inconstancia, no pudieron menos de entorpecerse las negociaciones. Las urgencias del estado obligaron á vender las principales dignidades y empleos, y el dinero fué ya un título superior al del mérito, degenerando por último hasta el valor y disciplina militar, últimos y preciosos

restos del poder Español. Por último vino el reinado de Fernando 6.º quien apenas se desembarazó de la guerra que sostuvo, dejándose guiar por la razón, y viendo el miserable estado de España, entró en cuenta consigo mismo, y convirtiendo toda su atención á restablecer el comercio, á aumentar la marina, y estender la navegacion, á fomentar las manufacturas, á emprender la construccion de algunos caminos públicos y canales, á promover las artes y todo lo perteneciente al gobierno económico, consiguió reparar los atrasos del erario; reinó en paz y en justicia, é hizo felices á los pueblos, siendo su ministro el Marqués de la Ensenada. Luego Carlos 3.º hijo de aquel, convencido que España es naturalmente rica, y que si en tiempo de sus abuelos estuvo pobre, consistió en el mal gobierno que tuvieron, como se acredita con el que despues su padre habia tenido, siguió imitando á este, y acabó de hacer la felicidad de la nacion Española.

De todo lo dicho se debe inferir que cuando hay medios para hacer una cosa, si no se hace, es porque no se quiere, ó porque alguna preocupacion ciega para no ver los medios, ó porque se les dà otro uso. Y no hay que argüir con las flotas que venían de América en estos reinados; porque ya está dicho que España se aprovechó poco. A mas que la España ha sido rica y feliz sin las Américas: y en las épocas en que dejaba de serlo ya por la debilidad del gobierno, ó por los vicios de los gobernados, volvía sin los auxilios de América, á su ser, así que salía del letargo que la adormecía.

Mucho gusto en oir á V., dijo Eleuterio, no hay duda que conviniendo en ideas, simpatizamos. Ha traido V. con oportunidad los hechos mas interesantes de la historia, hechos que nunca cansarán por repetidos, pues son lecciones que todos deben saber, y tener muy presentes, para que se sepa bien que nuestra nacion nunca puede ser pobre, como ella sea rica en virtudes, y abundante en espíritu nacional. Los males que tienen una causa puramente física, no son tantos como se piensan; mas son los que sentimos originados por causas morales. Y estas son las que traen mas generalmente la desgracia y ruina de una nacion, aunque sea la mas poderosa. La relajacion de costumbres es una corrosiva causa del bien público. El primer cuidado del gobier-

no debe ser mantener la sana moral en los ciudadanos. Porque corrompidos estos, la industria se entorpece, las fuerzas aflojan, las obligaciones se olvidan, los sentimientos se debilitan, y vegetando en la ociosidad no hacen mas que imitar las extravagancias de otros que juntas á sus propios vicios, presentan en el mundo civilizado el cuadro mas ridículo y despreciable, siendo la risa y el juguete de aquellos mismos que con frioleras los engañan, sacando buena ganancia de ellas, y aprovechándose de la indolencia, del adormecimiento, y de la desunion que introducen en la familia de una nacion. Tan grande es la influencia que la moral tiene en la nacion, que ella es el alma de las sociedades civiles; y sin moral, el cuerpo político es un bruto que consume y destruye, sin producir cosa alguna buena.

El segundo cuidado de un gobierno debe ser cuidar de la seguridad de las personas y de las propiedades. Donde no hay esta seguridad, no puede haber voluntad de trabajar, ni de vivir en un pais, cuyos intereses se miran con indiferencia. Y esta seguridad se proporciona ó los ciudadanos, castigando severamente no solo á los salteadores de caminos, sino tambien haciendo sentir todo el peso de la ley á los poderosos que aprovechándose de su poder, roban y persiguen al desválido ciudadano, ó usurpan á los pueblos sus derechos, chupándose su sangre. En una palabra que la justicia sea recta siendo igual. Ecsaminando Smith las verdaderas causas de la prosperidad de la Gran Bretaña, pone en primer lugar, la pronta é imparcial administracion de justicia, que hace que los derechos del último ciudadano sean respetados del mas poderoso, y que asegurando á cada uno el fruto de su trabajo, dá el mas eficaz impulso á toda especie de industria. Los Atenienses discurriendo sobre el modo de reanimar su comercio, y atraer á los estrangeros á sus puertos, le aconsejó Xenofonte que observasen rigurosa justicia con todos.

A la seguridad debe el gobierno darla una compañera, que es la libertad, para que los ciudadanos se puedan dedicar á aquello para que son mas aptos, que ninguno mejor que el mismo interesado lo conoce, porque el propio interés le llama y coloca en el lugar que le corresponde, y al gobierno no le toca mas que proteger y auxiliar la disposicion de cada cual, alentándole con premios, y auxiliándole con alguna cosa mas si puede ser.

Pero de ningun modo coartar la libertad con pragmáticas, reglamentos, travas, y privilegios exclusivos. Una nacion no puede gozar de verdadera prosperidad, si no se hallan juntas la seguridad y la libertad. Pues esta dobla el valor y las fuerzas del hombre; y por los grados de libertad se mide la riqueza de un estado. Ahora sí que esta libertad no ha de ser tan ilimitada que degenera en libertinaje. Porque así como la libertad justa y racional hace feliz á una nacion, así todo se pierde si degenera en libertinaje: y las mas de las veces se destruye la libertad por sus excesos, que por sus enemigos.

Todo se lo hablan VV., y yo voy aquí reventando por hablar, dijo el criado. = No debes estar quejoso, replicó el amo, porque tu distes principio á la conversacion, y has tenido una buena parte en ella recitando nada menos que todo el juicio de un año. = Y si VV. me hubiesen dado lugar á hablar, hubiera recitado mas de mil romances que tengo aprendidos; porque es tan prodigiosa mi memoria, que nada de cuanto leo se me olvida. = Pues mas vale, dijo Eleuterio; que leas cosas mas interesantes que romances y juicios del año, porque ya es tiempo de que se salga de esa miseria de lectura, á que se reduce la instruccion del pueblo, y que este lea obras que les instruyan y aprovechen, y no papeles que perviertan su razon. Pero por último, si tantos deseos tienes de hablar, que has de reventar si no te se deja, puedes hablar lo que quieras. =

Tomó la palabra el criado, y poniéndose á recitar romances, no lo dejó hasta que llegaron à Talavera, y todavía no quedó satisfecho.



CAPITULO 3.

*Ensayos de Eleuterio el día que salió de
Talavera de la Reina.*

No pasó muy buena noche Eleuterio en Talavera, porque tuvo que hacer la cama en un corredor medio descubierto. Por manera que el frío de la noche por una parte, y el mucho ruido de la gente por otra, no le dejaron dormir. Por lo que, así que fué de día, se levantó, y saliendo de la posada se fué al refino mas inmediato á desayunarse con un rosquillo y dos cuartos de aguardiente para calentar el estómago. Volvió á la posada, aparejó su burra, la que tampoco lo pasó bien, porque la cebada valía cara, hechó encima las alforjas, que si hubieran pesado mas, Eleuterio habría tenido que cargar con ellas; y ajustada por el huésped la cuenta, que fué muy breve en hacerlo, le pagó Eleuterio, porque si bien pobre era muy puntual en pagar, y despidiéndose se puso en camino de Madrid tras de su burra. Como iba á pie y cavizbajo vió una onza en el camino, que fué como ver un tesoro para él: la alzó del suelo, y como onza sin dueño, la hizo suya guardàndola en su bolsillo: pudiéndose decir aquí, *que al que madruga, Dios le ayuda.*

A dos leguas de Talavera caminando para Madrid, hay una casa de postas, y como haya que subir un poco de cuesta, Eleuterio y la burra se fatigaron un poco; y mucho se habría alegrado esta que se le hubiese antojado á su amo hecharla un pienso de una rica cebada que estaban mudiendo unos hombres á la misma puerta de la casa de postas. ¡Qué rebuzoo dió la

pobre y habrienta burra, y como enseñó los dientes cuando vió cebada tan rica!.. Las alforjas y los aparejos hubiera dado por medio cuartillo. Bien conoció Eleuterio el sentimiento que á la burra causaba la vista de la cebada; y como hombre prudente no quiso, aunque con bastante pesar suyo, darla pienso por no esponer la onza en un despoblado, porque habiendo dado al huésped de Talavera el poco dinero suelto que le quedaba desde que salió de su casa, tenía que cambiar la onza, y esto á mas de ser dificultoso en aquel sitio, era muy espuesto. Y lo que hizo montar en la burra, y picarla en el nacimiento de la cola con la punta de la vara, para que esta sensacion junto con llevarle en cuesta debilitase el sentimiento que la vista de la cebada habia causado al pobre animal. Pero ni por esta: la burra no salía de su paso, ni tampoco borraba de la memoria la cebada que habia quedado demasiado impresa en sus cascos. Eleuterio con esto se desesperaba creido que á fuerza de picarle la habia de hacer andar, y esperaba que luego que llegase á un prado sería otra cosa. Pero la hambre hacía tambien rabiár á la burra; y esta aunque sin fuerza para andar, no la faltaban para rebuznar, como quejándose del castigo injusto que su amo la daba con la punta de la vara. Y como la gordura del pescuezo no la impidiese torcerlo para todas partes, lo volvía de cuando en cuando para morder la albarda, y aun tambien meter el hocico en las alforjas, que aunque las llevaba en la gurupera, alargaba tanto el pescuezo que llegaba con el hocico á ellas, que parecía elástico como el de los galapagos que le encogen y alargan cuanto quieren. Por manera, que Eleuterio con el deseo de llegar pronto á un prado donde esperaba encontrar comida para su burra, se desesperaba porque esta no andaba, y rabiaba de hambre. En esto les alcanzó un coche que tambien habia salido de Talavera, é iba para Madrid cargado de petimetres y petimetras con mucha algazara dentro de él, los que así que vieron á Eleuterio tan apurado y enfadado con la burra, se mofaron y rieron tanto como es costumbre reirse los tontos de la mala andanza de otro, é insultar al desgraciado.

Cansado ya Eleuterio de pinchar á la burra, y esta de volver el pescuezo para morder la albarda, se iban muy poco á poco por el camino, cuando un hombre escotero que venía de Madrid,

se acercó á Eleuterio pidiéndole el favor de encender un poco de yesca para un cigarro. Veré si tengo, dijo Eleuterio; y registrándose las faltriqueras sacó un eslabon ya muy gastado, una piedra negra de las que hay en el camino de Madrid, y una pedadura de yesca. Se puso á chispear, y mientras encendía, le dijo el hombre. = ¿ Parece que anda V. muy despacio? = No consiste en mi contestó Eleuterio, si no en la burra que me lleva: bastantes diligencias hago yo por andar de prisa, porque mi genio no es para estar parado; pero ya se vé, así como tampoco consiste en mi el hacer y conseguir otras cosas que pretendo, por mas diligencias que hago y mas razon que tenga, del mismo modo no puedo conseguir que la burra ande mas á prisa. = Mala cosa es, dijo el hombre, tener que lidiar con burros. = Y tan mala que es, replicó Eleuterio, tener que sujetarse á su paso, y ser gobernado por sus asnadas. Pero no es este el peor daño, porque algunas veces atinan aunque por casualidad como el burro de la fábula: lo mas dañoso es, que son tan hambrientos y ambiciosos que nunca se ven hartos, y se comen hasta las pajas de las albardas. = Supuesto que V. vá á Madrid, dijo el escotero, lo que V. debe de hacer es poner de venta la burra luego que llegue, porque allí los burros tienen mucha salida, y aunque el burro sea muy malo, se vende al instante. Y á Dios quedar que el camino es largo, y hay necesidad de andarlo. Juan Portillo me llamo, mi oficio es buscar de comer; vivo en la posada que me alojo, soy vuestro servirdor y mandar si teneis algo que mandarme. =

Con esta despedida continuó su camino; y Eleuterio volvió con el mismo afan á arrear la borrica, y á picarla con la vara que le servía de espuela. La burra no por eso aviva; y cada vez mas habrienta y mas rabiosa torcía el pescuezo y roía la albarda, que era una maravilla. Cansado ya Eleuterio de dar con las piernas en el vientre de la burra, y de tanto mover su cuerpo, la dejó andar á su paso, y se puso á pensar en sus asuntos. Tan pensativo iba que no advirtió que la burra se habia salido fuera del camino buscando que comer, que era el asunto que á ella mas le interesaba. Pero ¡ quien lo creyera!.. La maldita burra así que comió dos bocados de yerva, cobró tanto aliento que sin avisar á su amo, y como milagrosamente sale de pronto

corriendo con tanto brio por aquel campo, que parecía el caballo del diablo: tira al suelo con Eleuterio, caen las alforjas, la albarda se le viene á la barriga, y esta fué la causa de que parase; que si no era muy probable no hubiese parado de correr hasta Madrid, y habría alborotado á toda la corte.

Los burros son de tal condicion que de nada se espantan; y el miedo les hace correr estraordinariamente, y alborotan tanto que á nadie dejan tranquilos con sus rebuznos. Pero al mismo tiempo se quedan parados y sin accion euando viene una nube descargando agua, y resonando con truenos. Sucedió que en el mismo sitio por donde pacia la burra, estaba entre unas retamas dormiendo la siesta un hombre: este que hubo de despertar en aquella ocasion, se fué á levantar, y la burra espantándose hechó á correr en los términos que se ha dicho. Al pronto el hombre, que ni había visto, ni sentido llegar á la burra, se asustó tambien creyéndose que le perseguían. Se levanta con diligencia, y lo primero que vé, es á Eleuterio tendido como un muerto, un poco mas adelante unas alforjas en el suelo, y mas allá la burra parada con la albarda en la barriga. Se acerca á Eleuterio, le ayuda á incorporarse, y le pregunta ¿qué era aquello? ¿que le habia sucedido?— Y contestando Eleuterio dijo que ni el mismo se lo podía explicar; pero que discurría que yendo el distraído ó dormido, la burra habia dejado el camino Real, y dirigiéndose por aquel sitio se habría espantado.—

Se pusieron á coger la burra, y quitándola la albarda, y recogiendo las alforjas, se sentó Eleuterio á descansar y tomar un bocado mientras daba lugar á que la burra comiese un poco donde tan buena yerva habia. El hombre de la retama no necesitó que le convidasen, porque se sentó á la vez á merendar. Y ya en amor y compañía, Eleuterio le preguntó ¿cual era la causa de encontrarse en aquel sitio tan solo?.. ¡Ah! compañero, exclamó el hombre, y dijo— He tenido muchos nombres, y no pocos oficios. El primero que tuve, fué acompañar á unos señoritos donde ellos querían, y me decían les acompañase, sirviéndoles yo de guia, escudero, y de cuanto habia que hacer: y entonces me llamaban Juan Garcia el vago. Despues me ejercité en el contrabando; y cuando tenía la desgracia de caer en manos de alguna ronda, mis señoritos acudían luego, y empenñan-

dose por mí, conseguía la libertad: y entonces me llamaban Juan el contrabandista. En este oficio estuve diez años hasta que me agregué á una partida de ladrones, que eran amigos míos y gente toda muy honrada, y me nombraron capitán de la partida. Mis hazañas fueron muchas; hice robos estupendos, mataba á cuantos hombres hacían la mas pequeña señal ó movimiento por escaparse ó querer resistir; las mugeres si eran viejas ó muy feas llevaban que contar de mí; y si mozas y bien parecidas mucho que callar. Por último, tanta fama adquirí que me llamaban entonces Juanillo brazo de hierro, y mi nombre llegó á oídos del Rey, que ofreció un premio al que me cogiese vivo ó muerto; y si yo me presentaba y por mí se hacia presa la partida, á mas de indultarme, se me daría un considerable premio. Esto se pregonó, como es de costumbre, y se fijó por edictos en las esquinas de todos los pueblos. Pero antes de pregonarse, y á muy pocas horas de haberlo así mandado el Rey, yo lo supe. ¡ Como habia de estar un capitán tan famoso, sin relaciones ni agentes en la corte y ciudades principales!.. ¡ Qué habria sido de mí y de toda mi partida, si hubiesemos vivido aislados, sin contar mas que con la tierra que pisásemos!.. Claro es que habríamos sido luego cogidos. Mis señoritos me querían mucho, y como personas de valer, hacian por mí cuanto podia hacerse, no olvidándose de lo mucho que yo les habia servido; y agradecidos á estos servicios, como caballeros, y á lo que yo les recompensaba con los fondos de la partida, me daban las noticias que yo necesitaba para mi gobierno, y ellos me sacaban adelante de todo. Hubiera pasado una juventud alegre, con una vejez descansada que esperaba, si no hubiera dado á unos cuantos revolucionarios la locura de querer reformarlo todo. En esto estuvo mi desgracia. Cuando yo estaba en la mayor prosperidad, mudaron las cosas en términos que, ya mis señoritos, ni ninguno de mis amigos pudo favorecerme, de modo que habiendome llegado á faltar sus auxilios y apoyo, me ví perdido con toda la partida. A pocos dias empezó á perseguirnos una tropa que titulaban voluntarios nacionales, y aunque nos dijeron que eran soldados de papel, nosotros experimentamos lo contrario; porque no emplearon mucho tiempo en dar con nosotros, y aunque nos batimos fuertemente, fuimos vencidos, desarmados y prisioneros. Mi

fortuna fué que no estuve mucho tiempo preso; y que me liberté de salir con mis camaradas á hacer papel en la tragedia que representaron en la plaza pública. El angel de mi guarda vino á abrir las prisiones, y restituido á mi natural libertad, volví á volar por el mundo.

Sucedió que el juez y el escribano de mi causa, que habian quedado en sus destinos apesar del revoltillo que hubo entonces, eran muy íntimos amigos de mis señoritos, que sin embargo de las malas doctrinas de los liberales, ellos conservaban las buenas costumbres, y trabajaban ocultamente en restablecer lo que los liberales habian destruido. Como eran ya muy prácticos en los amaños, y sabian enredar y desenredar cualquier negocio, no les costó mucho trabajo el ponerme en la calle, donde me tenían ya preparado un caballo, con armas, y maleta con ropa y algunos doblones que me entregaron. Yo no supe ni entonces, ni despues como hicieron el enredo. Ellos me dieron buenos consejos, me instruyeron en lo que tenía que hacer, para lo cual me entregaron un plan de operaciones con algunas cartas para sus amigos, y dirigiéndome por donde debia ir, me hallé en pocos dias al frente de una respetable partida que reuní, y con ella me puse sobre la raya de Francia, donde encontré á los que buscaba, que me recibieron y obsequiaron como se deja conocer.

Para mayor goze y bien mio congeniamos así que nos conocimos, porque los mas eran de mis costumbres y profesion. A los dos dias de haberme unido á ellos, me hicieron teniente coronel de un golpe. Así que entramos en España, empezé á dar pruebas de mi valor. Una noche puse fuego á una casa de campo de un liberal, en donde habia encerradas mas de seis mil fanegas de trigo, y dos mil de cebada. Otro dia que iba toda la division reunida, entramos en un pueblo, y no perdonamos ni á niño, ni á doncella, ni á viuda, ni á ancianos: á unos matamos, á otras violentamos, á otros aporreamos: y quien mas se distinguió en todas estas proezas como mas ejercitado en ellas, fui yo. Habiendo encontrado al cura, que era negro, metido en una madriguera, le saqué de ella hurgándole con la punta de la espada, le hize fuerza á que se despojase de todas sus ropas, y despues que quedó como su madre lo parió, emprendí con él á

latigazos, y buscando abrigo en los demas compañeros míos, estos imitando mi ejemplo le hacían andar de aquí para allí huuyendo ya de unos, ya de otros; por manera que era un gusto como nos divertíamos jugando con él á la pina. Por caridad le dejamos, pues por todo su cuerpo corría sangre de tanto pincharle con las espadas. De estas hazañas hicimos muchas, y yo fui premiado nombrándome coronel de un regimiento de caballería. Pocos años disfruté la coronela. Me habia gustado mucho aquel órden de cosas, y método de vida que tenia cuando andaba con las tropas que llamaban facciosas, no obstante los muchos malos ratos que nos hicieron pasar los perros de los liberales.

Mas no pudiendo acomodarme á la reforma que el Rey quiso hacer en nosotros con el pretexto de regimentarnos sujetándonos á rigorosa ordenanza, me enganché en otra faccion que se preparaba contra el mismo Rey, á quien poco antes habia yo defendido, y el mismo que tanto me habia premiado. Yo le hubiera sido siempre fiel, si él me hubiese dejado vivir á mi modo y á mis anchas, sin tener obligacion de responder á nadie de mi conducta. El mal es verdad que ha sido para mí; porque tanto quise, que todo lo perdí. La nueva faccion se la llevó el demonio, con la advertencia, que los que nosotros teniamos por enemigos del Rey y de la religion, fueron los que mas hicieron por estas dos cosas, defendiendo al Rey, y dando en esto prueba de serles mas fieles, y mas obedientes á las leyes que nosotros, apesar de estar mas agraviados. Por último, yo he podido escapar del peligro que mi vida corría, y ahora ando profugo sin saber que hacerme. Me ha parecido que V. es hombre de bien, y por esta razon no he tenido dificultad en hacerle esta confianza, esperando que V. me aconsejará lo mejor.==

El lector considerará, como quedaría Eleuterio luego que empezase á conocer la clase de sujeto que era el coronel de la retama que así puede llamársele, porque estaba dormiendo junto á una retama cuando la burra llegó á él. Cada uno de los hechos que este iba refiriendo de su vida y milagros era un trago de amargura para Eleuterio; y horrorizándose de tantas atrocidades como aquel refería, esperaba que por conclusion de su historia, como apéndice de esta le asesinase, sin poderse defender si lo llegase á intentar, por no tener siquiera una mala navaja con que

poder hacer frente. No sabia como salir de aquel apuro, y dejar á aquel hombre. Quanto mas le miraba, mas horroroso le parecia, sin atreverse á aconsejarle como se lo habia suplicado; porque conceptuaba que esto era una añagaza para enredarle en la red negra de sus perversas intenciones. Mas al fin, se resolvió à una cosa, y fué levantarse corriendo, y ponerse á aparejar su burra; y mientras esto hacia, le dijo= Hermano, nada puedo ahora aconsejar á V. que le sea mejor y mas cierto, que corriendo se oculte en el monte; porque ha de saber que tengo un oido tan esquisito que sin ver las personas aunque estén muy lejos, oigo lo que hablan: y precisamente acabo de oir á unos soldados de caballería que vienen en busca de V. segun lo que les he oido decir.=

Con esto el coronel se levanta precipitadamente, y haciendo lo que Eleuterio le aconsejó, deja à este, que pudo seguir libremente su marcha, si bien temiendo volviese el caballero coronel à presentarse en el camino.



CAPITULO 4.

Anochece á Eleuterio en el campo, y haciéndosele tarde para llegar á una hora regular á Santa Olalla, resuelve quedarse á prado, y pasar la noche al abrigo de unas peñas. Llegan al mismo sitio un Agote y una jóven andaluza: cuéntase la historia amorosa de estos.

Aunque la burra se habia dado una buena panzada de rica yerva en el vallecito, en todo el tiempo que Eleuterio y el coronel de la retama estuvieron comiendo y contando este su historia, como estaba tan flaca y la jornada era bastante larga para andarla una burra en un dia, no era posible adelantar en lo poco que restaba de tarde, lo que habia atrasado por la mañana. El Sol se puso á poco tiempo de haberse Eleuterio separado del coronel; la noche vino con su obscuridad cubriendo la tierra, y para llegar al pueblo faltaban dos leguas que andar. Paróse Eleuterio á pensar lo que debia hacer, y considerando que los mismos peligros corría quedándose en el campo que caminando cinco ó mas horas de noche y por sitios malos para llegar á la poblacion, y viendo que á un lado del camino habia un buen dormitorio para él y para la burra, determinó pasar la noche á prado.

= En este sitio, decía él, estaré libre de pulgas, de pisadas, de bulla, de humo, y de otras muchas mas incomodidades que se pasan por lo general en las posadas de España, y que al salir de ellas se pagan á peso de dinero. Haré mi cama entre estas peñas con la enjalma de la burra, la manta y la capa; y para que el rocío de la noche no me caiga, ó si llueve no me moje, haré un techo de retamas de las muchas que en este sitio hay y cerraré el lecho con un corral de piedras para que el aire tampoco me moleste; y mientras reuno todos estos materiales, haré lumbre en el lugar donde he de hacer la cama, y este fuego servirá para dos cosas: para asar las dos patas de carnero que compré en Trujillo, que juntas con un poco de cebolla y algun mendrugo de pan que ha sobrado de la comida de hoy barán mi cena; y al propio tiempo servirá tambien la lumbre para calentarme mientras duermo, porque acuérdome ahora de lo que he visto hacer á unos amigos míos muy aficionados á la caza, que cuando se quedaban en el campo hacían candela en el mismo sitio donde se dormía para calentar el lugar, que no se echaba menos la cama de casa por lo abrigado que quedaba.

Los hombres diligentes y laboriosos encuentran siempre remedio á sus necesidades; y mientras estos viven, los perezosos mueren, porque la pereza es el olvido de la vida. El que se ingenia en las desgracias, compone las felicidades propias. No hay cosa mas noble ni mas socorrida que la industria activa; y no hay mayor bajeza, ni mayor miseria que la holgazanería.

Si Eleuterio hubiera sido hombre preocupado, de aquellos nobles que se desdeñan de trabajar, y se avergüenzan de hacer oficios comunes, aunque se estén muriendo de necesidad, sus trabajos habrían sido mayores. No era de esta clase de hombres: sabia que el trabajo está en el órden de la naturaleza, y sabia acomodarse á todo, porque la esperiencia le habia enseñado que todos los hombres hasta los mas poderosos están sujetos á las vicisitudes de la vida. Reunió talamas y palos secos, y sacando un poco de paja de la albarda, puso en movimiento los pedernales, y en dos palabras tuvo hecha lumbre. Arrimó en seguida una piedra para sentarse á calentar, y habiendo fumado un cigarro con mucho descanso y sosiego, se puso á hacer el corral de piedras, ó mas bien, á acabar de cerrar la alcoba,

porque la peña formaba naturalmente una bóveda, que cerrándola por un lado quedaba hecho un buen cuarto de dormir. Concluida esta obra, sacó de las alforjas las dos patas de cerro, y cuando ya estaban asadas, y él muy dispuesto à comerselas con el poquillo de pan y cebolla, he aquí que oye pisadas de caballos. ¿Si serán coroneles, se pregunta, que vendrán à acabar de comer lo que el de la retama dejó, y me dejarán sin cenar? Si solo parase en esto de comerse lo poco que el otro ha dejado, lo sentiría, pero no tanto como el que me quisieran regalar á su modo y estilo. Nada tengo que me quiten y les haga falta, mas siento lo que me pueden dar, pues alguna cosa ha de haber en el mundo que no se quiera recibir aunque la den con buena voluntad. Huir no puede ser, porque ya están encima. Guardemos silencio, y esperemos el golpe ó los golpes, que yo me contentaría con que fuese uno solo, con tal que me conservasen la vida. Dios me saque con bien de esta visita.

Con este recelo discurría Eleuterio persuadido que los que se acercaban á su rancho, eran ladrones que iban ejerciendo su oficio, esto es, robando, matando, y cometiendo otros escesos propios de su profesion, pues tenia muy presente cuanto habia oido al coronel de la retama, cuya historia le habia horrorizado en términos que se horripilaba hasta de la mas breve circunstancia de ella, y mucho mas en aquel caso que se persuadía fuesen ladrones los que se acercaban. Pronto salió de dudas y sospechas, porque llegando los que le habian parecido ser ladrones, se levantó para recibirlos, y luego que vió à una señorita montada á la inglesa, con muchas plumas en el sombrerillo que cubria su cabeza, y un vestido de buen gusto, y que con ella caminaba un caballero vestido de leviton y sombrero de copa, y que dos mozos les acompañaban conduciendo equipaje, varió de pensamiento formando juicio mas seguro á vista del modo que caminaban aquellas personas. El caballero se apeó, y acercándose con cortesanía á Eleuterio, dijo à este, que habiendo estado caminando todo aquel dia, y faltando mas de dos leguas para llegar al pueblo, y siendo bastante entrada la noche, no se atrevian à andar mas, por lo que le suplicaba les permitiese descansar por algunas horas en aquel chozo, y se lo agradecería infinito despues de pagarle.==

No chozo, contestó Eleuterio, un palacio con todas las comodidades y asistencia quisiera poseer en esta ocasion y en este mismo sitio para hospedar á VV., pero por mi desventura ni aun chozo poseo. Esto que se os ha figurado chozo, no es sino una peña hueca que forma naturalmente una bovedita, dentro de la que tengo encendida candela con ánimo de apagarla cuando me fuese á acostar, y cerrando lo descubierto de esta pequeña bóveda con ramas y piedras dormir tan abrigado como en una casa. Ahora me disponia á cenar un poco de pan duro y unas patitas de carnero, que apesar de lo mucho que se han golpeado en el camino con los taconazos que yo he dado á las alforjas para hacer andar la burra, no estarán ellas muy blandas por los días que hace las compré, sin contar el tiempo que estarían sin venderse en la tabla del carnicero. Esta parca cena, y esta mala habitacion todo está á vuestra disposicion, y yo lo cedo con la mejor voluntad y mayor gusto.==

== Buen amigo, dijo el caballero, goze V. de su albergue, que no es justo que trayendo yo criados que trabajen, y habiendo disposicion en este sitio para hacer otros abrigos como este donde podamos todos estar recogidos y descansar, le perturbe- mos en su quieta y pacífica posesion.==

== Nada de eso, repuso Eleuterio, VV. han de dormir esta noche en esta alcobita rústica que es lo mas acomodado de la peña, y que ya está caliente: á mas que esa señorita vendrá muy cansada, y no es bien que espere á que hagan lugar donde acomodarse. Siéntense VV. en estas piedrecitas, y descansen, que yo no tengo ya tanta necesidad.==

== Y colocando bien unas piedras, puso en ellas la manta y capa, y los hizo que se sentasen.==

== Ya que V. nos obsequia tanto, y que preciso es aceptar sus ofertas, tambien lo es que V. nos honre acompañándonos á cenar, aunque V. tenga la molestia de esperar á que los criados acomoden los caballos, y preparen la cena.==

El honrado será yo, repuso Eleuterio, haciéndome digno de la compañía de unas personas tan atentas y tan corteses como son VV. ¿Que honra puedo yo dar con mi pobreza? La pobreza, como dijo un sabio, es el mayor de los males que han salido de la caja de Pandora, porque se detesta tanto el aliento

de un pobre como el de un pestilente.

—No depende de nosotros el ser pobres, dijo el caballero, pero si el ser honrados. La pobreza voluntaria es deshonor, y aun delito; pero no aquella que no está en nosotros el evitarla, porque los tiempos y los sucesos la traen. El que por su culpa cae en pobreza, sufrir debe el desprecio aun de los mismos que se utilizan de su desperdicio. No por ser ricos han de ser atendidos y apreciados los hombres. La virtud es la que se debe considerar aunque esté en el pobre. Ninguna cosa hay mayor ni mas digna de respeto en la tierra, que es la verdadera virtud: ella se hace apreciable, aun de aquellos mismos que no la quieren imitar: por si misma se hace amar. La verdadera nobleza, la justa distincion, los merecidos títulos son los que se adquieren por las virtudes morales y cívicas. El hombre que por tan bellas cualidades se hace acreedor al aprecio de los buenos, lleva en si mismo la mejor recomendacion, y todos están en el caso de respetar al hombre de bien, al hombre virtuoso.

—Asi debiera de ser si todo estuviera en el lugar que corresponde. Entonces los ciudadanos mas útiles, los mas virtuosos, los de un verdadero mérito, serían los mas grandes, los mas distinguidos. Todos los hombres al nacer, traen un derecho á optar á esta grandeza, á esta distincion. Sus obras, sus prendas, le han de poner en posesion de esta nobleza, á no privarle de ella sus vicios y sus malas obras. Y en esto es en lo que está la justa igualdad, la igualdad posible y compatible con la sociedad. Las distinciones y la nobleza trae su origen del mérito. Un soldado que con su valor libró á su patria, ó la sirvió, esta le premia y le distingue. Otro ciudadano que con su aplicacion y talento se hizo útil á la sociedad, tambien le premia y distingue: en una palabra todo ciudadano que por sus virtudes y servicios ha merecido bien, ha sido recompensado con alguna distincion. Y esto es tan cierto, que no hay mas que ver las ejecutorias de los nobles, y registrar los archivos de los grandes, y se encontrará el principio de unos y otros que empezó en un hombre humilde, que luego por sus virtudes, por su valor, por su ilustracion, y por su mérito se elevó á una clase alta. Verdad es que esta grandeza, que estas distinciones, que

esta subida á las categorías, debe muchas veces su origen al favor y otras estrañas causas; pero siempre se procura que aparezca mérito, aunque se suponga: porque sería ridículo y disonante nobleza sin mérito, obtenerla sin merecerla. Tan natural es la nobleza al mérito, que no puede concebirse la primera sin el segundo. Y por esto la nobleza heredada no suele ser tan respetada, como la que se adquiere por si, ó se mantiene con la propia virtud; pues como quede de esta una muy pequeña parte ó nada al transcurso de algunas sucesiones, ya falta aquella principal y natural causa que constituye la nobleza, y por la que se hace querer y respetar. =

= Muy racional es amigo, dijo el caballero, quanto V. dice: y habiendo su discurso de V. llamado mi atencion, me ha empeñado mas para que insista en que nos acompañe á cenar; y que si posible es, y no tiene V. inconveniente en referirnos su historia, nos la cuente, porque á no engañarme yo mismo debe ser curiosa, y yo presumo que alguna desgracia le persigue á V. segun el estado en que le veo tan diferente al que le corresponde, atendiendo á las maneras, á la honradéz y á los sentimientos, con que se ha explicado. Todo me hace creer que V. es una persona bien educada, que ha recibido instruccion, y que su clase de V. no es la de un pobre voluntario. Asi que vuelvo á importunarle suplicándole de nuevo que nos haga el favor de referirnos su historia, si gusta y no hay inconveniente en ello, y asi daremos lugar á que los criados hagan sus haciendas, y nosotros ocuparemos el tiempo de modo que no nos sea pesado, y sí muy grato con su instructiva conversacion. =

= No se ha equivocado V. caballero, dijo Eleuterio, cierto que me persigue la desgracia, como VV. verán en la historia de mi vida, y que voy á referir por complacer á VV., cosa que no hago con todos, pues mucha parte de mis desdichas son originadas de la demasiada confianza que hacía en muchos que se me vendian por amigos, y que tanta influencia han tenido despues en el mal éxito de mis negocios. Puedo decir por experiencia propia que el que no tiene enemigos se los fabricará su misma confianza. Razon porque me he hecho algo reservado, por ser la desconfianza hija de la desgracia; y esta nos hace mas entendidos, siendo una maestra de la que se aprende mu-

cho. Pero en VV. he descubierto honradéz, y no tengo inconveniente en referir mi historia, como lo voy á hacer con mucho gusto supuesto que VV. lo desean; aunque será muy en compendio por ser bastante larga; y yo deseo tambien que VV. me cuenten luego la suya, si es posible, y de mi hacen confianza.==

Cumplió Eleuterio con lo prometido dando brevemente cuenta de su historia; y el caballero correspondiendo por su parte contó tambien la suya en los términos siguientes.==

HISTORIA DE D. JUAN F...

Yo nací por el año de 1800, en el valle de Bastan en la Navarra. Mis padres eran carpinteros, y si bien pobres eran cristianos y honrados. Eramos cuatro hermanos, y á todos nos querian con igual amor. No descuidaron absolutamente nuestra educacion, ó mas bien procuraron y se desvelaban por criarnos bien. Por las noches mi padre nos instruía en los principios de la religion cristiana demostrándonos su verdad, su sencillez y pureza, desnuda de las supersticiones con que la ambicion ayudada de las preocupaciones la han desfigurado. Las lecciones morales eran muy frecuentes, porque en el mismo taller durante el trabajo nos las daba con sus sanos consejos, aplicacion y ejemplo. Aprendimos tambien á leer, escribir, y contar en la escuela apesar de las cortas facultades de mis padres, los que nos dedicaron al oficio de carpintero. Pero yo que manifesté inclinacion á viajar, y no oponiéndose mi padre que llevaba la mácsima de no violentar la vocacion de sus hijos diciendo que la misma naturaleza descubriría la aptitud de cada uno, y por consiguiente que el violentar la inclinacion de la criatura, era lo mismo que oponerse á la naturaleza, y obligar á la persona á hacer una cosa para la que no es apropósito, me concedió su permiso para pasar á América luego que se lo insinué, y fui á embarcarme á S. Sebastian á la edad de doce años. Tuve tal suerte que pude entrar luego á bordo de un buque de guerra que me condujo

felizmente á Méjico. Así que me ví en esta ciudad busqué acomodo en casa de un maestro carpintero que me recibió por oficial conociendo mi inteligencia en el oficio. Adelanté tanto y me acredité en términos que puse taller separado ganando cuanto quería, sin contar con otras agencias que yo tenía; y con unas y otras ganancias llegué á juntar un capital, lo bastante para que con él me dedicase esclusivamente al comercio y dejase la carpintería.

Creció mi capital, y yo me iba haciendo poderoso, cuando al principio de 1824, la anarquía me puso en la necesidad de abandonar á Méjico, y venirme á España. Llegué á Cádiz con todo mi caudal, y pensando que uso hacer de él, resolví por último establecerme en Sevilla. En esta ciudad fijé mi residencia despues de haber pasado un año en Cádiz liquidando cuentas con mis corresponsales. A poco tiempo de haber fijado mi residencia en Sevilla, tuve la feliz ocasion de conocer á esta señorita que veis aquí de la que me enamoré teniendo la dicha de verme correspondido. Mas su padre hombre rico y á mas con ejecutoria muy antigua se opuso fuertemente á que su hija casase conmigo. Las razones que el tenia para negarse á dar su consentimiento, aunque á mi jamás me las manifestó, diciéndome solo y disculpándose con que no era tiempo de casar á su hija, sin embargo yo supe que las razones que tenia para impedir el matrimonio de su hija conmigo, se reducían á que siendo yo oriundo del Valle de Bastan era descendiente de los Agotes de Navarra, y por consiguiente que traía origen de la raza de judíos ó de moros por lo menos.

Quando me dijeron que en esto fundaba su negativa el bueno del señor, quise haberme personado en su casa para despreocuparle y decirle que conocí á mi visabuelo, y que tanto este como mi abuelo, mi padre, mi madre, y toda mi familia si pobres, habian sido honrados, nobles en sus pensamientos, grandes en obras benéficas que hacían partiendo el pan con el necesitado, ilustres en sus acciones habiendo servido á su patria con desinterés y muchas veces con bastante peligro de sus vidas, librando mas de una vez á sus compatriotas de la cuchilla enemiga. Le habría dicho por último, que en infinitas familias de la grandeza en Europa, y sin salir de España, si se quiere averiguar, se en-

contrarían ascendientes judíos, moros, idólatras, bastardos, y de toda clase de razas, y que à no venir de ellos como vienen conocidamente muchos, no serían grandes señores y príncipes, y estarían ahora confundidos en la clase mas inferior, así como lo están descendientes de otros hombres verdaderamente nobles, ilustres y grandes, que tal vez no tuvieron otra culpa que el haberlo sido, para que ahora sus descendientes vivan en la miseria ocupando su lugar otros menos dignos. Todo esto le hubiera dicho á aquel buen señor, y mucho mas. Pero conociendo yo que tenia que combatir con una preocupacion muy generalizada y bastante arraigada en los corazones de tantos, temí que metiéndonos en disputas, empeoraría mi suerte. Me resigné por entonces à esperar mejor ocasion para esplicarme, y busqué algunos de sus mas íntimos amigos, que no estaban tan preocupados como él, para que le hablasen y le conveuciesen con la razon. En efecto me sirvieron hablando á mi favor, y empeñándose con interés por mi. Mas aunque apuraron todas las razones, y las espresaron con toda la fuerza de la elocuencia, nada pudieron adelantar por aquella vez. Pasados algunos dias volvieron á insistir, y entonces concibieron alguna esperanza de que accedería á la demanda; porque les dijo que pasados tres meses que necesitaba para pensar, y resolver en un asunto tan delicado, determinaría. Cuando me dieron esta noticia, me alegré mucho apesar de ser plazo largo para un amante apasionado. No obstante me las prometí muy felices esperando resultados favorables de la diligencia y buenos oficios de los amigos. Estos no omitian medio por salir airosos de su empeño, y trabajaban cuanto podian á fin de que yo quedase bien. Pero todo fué inutil, y llegó el dia de la temeraria y fatal resolucion del padre, causando con ella las consecuencias que produce en tales casos una oposicion irracional é injusta.

Pasados los tres meses fijados para decidir, el padre de mi esposa pronunció con resolucion y firmeza la fatal sentencia declarando que de ningun modo permitiría que su hija casase conmigo: que habiendo pensado muy detenidamente en este asunto, y aconsejándose de su confesor el R. P. Fray F. . que era religioso muy entendido y tenia en la memoria todo el libro *centinela contra judios*, se habia convencido que el matri-

monio de su hija conmigo era desventajoso y á mas perjudicial para toda la familia que quedaría deshonrada con un enlace como este: que por consiguiente, no consentiría de modo alguno que su hija efectuase este matrimonio; porque primero haría un disparate con ella que dar lugar á que se casase con un hombre descendiente de Agotes.

Esta noticia me llenó de amargura, y me ví el hombre mas triste y aburrido del mundo mientras duró la dolorosa impresion que causó en mi alma. La esperanza, último bien que el hombre pierde, volvió á reanimar mi abatido espíritu, y dándome alientos, el amor me prestó sus alas. Me resolví á ver y hablar á mi bella, á mi idolatrada Cecilia, que este es el nombre de mi esposa, y para conseguirlo salí de mi casa donde me habia encerrado sin querer ni tener gusto de ver, ni oír á nadie. Determinado á verla y hablarla, me dirigia á su casa cuando á la mitad del camino reflexioné que el paso que iba á dar, era un paso precipitado que comprometia á Cecilia si por casualidad su padre estaba en casa y me veia: porque este se enfadaría y encolerizaría sobremanera viéndome en ella, y el resultado sería funesto para la pobre Cecilia que vendría á pagar mi temeridad siendo ella inocente. Esta reflexion tan poderosa me contuvo, y me hizo variar de pensamiento, y tomar otras medidas. De pronto me ocurrió que no habia medio mas seguro para saber si estaba en casa el padre de Cecilia, que buscar un muchacho y que este preguntase por él manifestando á los criados para que no se lo negasen, que tenia muchas cosas, muy interesantes y urgentes que comunicar al amo en persona. Adopté este medio que el ingenioso amor me sugirió, y llamando al primer muchacho que ví, le instruí de lo que habia de hacer para que representase bien el papel que le encomendaba, y aunque el chico era listo y propio para el caso que daba muestras de no ser la primera vez que representaba en esta clase de comedias, sin embargo para evitar que le sacudiesen el polvo cogiéndole en mentira, me pareció conveniente advertirle, que si los familiares le decían que estaba el amo, ó se encontrase con este en casa, contestase solamente que no deseaba saber mas por entonces, que luego volvería con lo que tanto le interesaba. No tuvo necesidad el muchacho usar de este ardid,

porque le dijeron que el amo acababa de salir de casa, y no volvería sino muy tarde. Vino corriendo á mi el muchacho con la noticia, y ambos quedamos muy contentos, el con la esperanza que le hize, y yo con la buena nueva que traje.

No quise perder un momento, entré sin pedir permiso en la habitacion de Cecilia, que estaba con la pluma en la mano escribiéndome. No puedo yo explicar la conmocion que causó en ella mi repentina é inesperada presencia, ni tampoco la impresion que hicieron en mi alma las lágrimas que habian brotado de sus hermosos ojos y los tenían empañados, marcándose en ellos el profundo dolor que sentía en su corazon. Me pareció entonces mas bella, mas cándida, mas encantadora que nunca, y cien corazones que yo hubiese tenido, con cien corazones la habría amado. Las tres horas que estuve en su habitacion pasaron como en el reloj el minuterero pasa de un minuto á otro: tan ligero me pareció el tiempo que estuve en su compañía. Las lágrimas y los suspiros fué el language de nuestro desgraciado amor. Era forzoso retirarme, y dejar á mi amada tan llena de gracias, pero tan llena de amargura. ¡Que esfuerzo tuve que hacer para despedirme dejándola en su afliccion!... La esperanza de poderla ver todos los dias á aquella misma hora, consolaba à ella y á mi me daba ánimo. Mas ¡ah! este me faltó en la mas crítica ocasion!...

Bajaba yo las escaleras de la casa cuando el padre que habia entrado las subía al propio tiempo. Nos encontramos los dos, nos conocimos, nos sorprendemos, y por un poco de tiempo nos estuvimos mirando en silencio hasta que la sorpresa dió lugar al desahogo del padre de Cecilia. = ¡Infame, me dijo como te has atrevido á poner los pies en mi casa profanándola tan vilmente? ¿Te has olvidado que te he prohibido la entrada en ella? ¿No sabes que aunque se junte el cielo con la tierra, mi hija no será jamás tuya?... Si lo ignoras, y te has olvidado que tengo prohibido que entres en mi casa, por la última vez te digo, que no vuelvas á pisar los umbrales de ella, ni ha acordarte mas de mi hija, que nunca será tuya, y sí dentro de pocos dias de otro. Te advierto que si otra vez tienes el atrevimiento que has tenido ahora, no tendré compasion de tí. Guardate de mover otra vez mi colera con tu imprudencia y osadía, porque las

que han sido ahora reprensiones dulces, se convertirán entonces en obras amargas. = Y volviéndome las espaldas empezó á subir, y queriendo yo darle una satisfaccion, volvió la cabeza para interrumpirme diciendome con voz de trueno y semblante severo. = Ya te he dicho lo que tienes que hacer, y si no te echas pronto fuera, daré órden à mis criados que te ayuden con la fuerza. =

Estos modos de esplicarse y estas amenazas acalararon mi imaginacion, ecsaltaron mi fibra, y me irritaron tanto que habría tomando venganza, á no temer por mi querida Cecilia. Quise mas sufrir mis propios agravios, que esponerla à la colera de su padre, quien se habría irritado mucho mas si yo me hubiese empeñado en ecsigirle satisfaccion, y en este caso ella hubiera sido luego el objeto de las venganzas. Porque tales somos los hombres, que cuando no podemos vengarnos de nuestro principal enemigo, lo hacemos con el que está inmediato, ó con quien tiene alguna relacion aquel. Salí, pues, de aquella casa que causaba en mi dos afectos tan contrarios, el del amor, y el del odio. Retiréme á mi casa todo agitado llevando impresa en mi mente la imagen de Cecilia triste y llorosa, y penetrado mi corazon de dolor considerando el peligro en que quedaba por lo ocurrido, siendo tantos y tan varios los pensamientos que me ocurrían para sacarla de aquel peligro, que se atropellaban unos á otros sin poder fijarme en ningunos.

Pasados dos dias desde el lance referido, dias los mas afflictivos y de mayor tormento que he tenido en mi vida, pasé por un café á tomar una taza de té. Senteme no muy lejos de la entrada, y á poco ví entrar unos señoritos chachareando tanto que unos á otros no se entendían, haciendo tantos movimientos y esguinces que las piernas de unos se enredaron con las de otro, y ámbos dieron en tierra con sus dengues. No pude menos de reirme apesar de que el humor que tenía, no era de risa. Los tales señoritos que fueron la burla de todos los que estábamos en el café, se quedaron muy satisfechos de que habian caído con gracia, tan majaderos eran, que se les figuró que las risas eran aplausos. Sentáronse inmediatos á mi mesa, y en su conversacion ó mejor dicho en su acostumbrada algarabía, oí, que pronunciaron el nombre de Cecilia. Al oír yo este dulce nombre tan

mágico para mi, me pareció que una chispa eléctrica habia conmovido todo mi cuerpo, y el corazon empezó á latir... ¡ El nombre de Cecilia han pronunciado estos titeres !... ¿ Si estará entre ellos, dije yo para mi teniendo tan en la memoria aquellas palabras del padre: *que no me acordase mas de su hija, porque jamás sería mia, y sí dentro de pocos dias de otro, si alguno de estos será aquel otro que pretende la mano de Cecilia?* Escuchemos con atencion, y saldremos de la duda. Dificultoso fué entender lo que hablaban, de tanto como hablaban. Por último vine á comprender que el objeto de su conversacion era el mismo de mi amor, era esta misma Cecilia que me premia ahora con tanta constancia y heroicidad abandonando la casa de su padre y las muchas riquezas de este por seguirme. ¡ Pero cual fué mi indignacion cuando llegué á entender que mi Cecilia la habia encerrado su padre en el cuarto mas obscuro y retirado de la casa, teniéndola á pan y agua, porque se negaba absolutamente á recibir por marido á uno de aquellos dos saltimbanquis que habian caido entrando en el café, y que ya se las estaba apostando para cuando se uniese á ella!

No pude tener paciencia para estar oyendo mas, y sin concluir de tomar el té, sin pagarlo, y sin sentir ya el dolor de estómago que tenia, pues me dolía mas la prision en que estaba mi Cecilia y la suerte que la preparaban, salí precipitadamente del café, me fuí á casa del comerciante mas amigo que tenia en Sevilla, y reduciendo en dos dias todos mis bienes en dinero, y el dinero en letras para Bayona, supe felizmente que el padre de Cecilia marchaba á Cádiz quedando encargada la carcelería de su hija al ama de casa que era muger de satisfaccion para él. Aprovechéme de esta ocasion, y como tenia yo la llave de oro, no hubo mucha dificultad en sacar á Cecilia de su prision, y que recogiendo las joyas que la pertenecian, me siguiese con los dos criados que nos habian servido, y que tomando los caballos que esperaban en Triana, nos casamos en Santiponce.

Para hacer mas disimulada nuestra ausencia, me pareció conveniente dirigir la marcha por Estremadura y sacar pasaporte que me ha facilitado un amigo que tengo en aquella provincia. Hasta ahora no hemos tenido novedad en el camino. Y cuando

vimos la llamarada de la candela que estabais encendiendo, creimos fuese alguna cabaña de pastores la que aquí habia, y determinamos dirigirnos á esta por faltar mucho para arribar al pueblo, y ser hora ya muy abanzada. Ahora me alegro haberme equivocado creyendo antes que esta era una cabaña, pues he encontrado otro hospedage mejor habiendo encontrado á V., porque desde que os ví, empecé á formar un concepto favorable de vos, el mismo que se ha ratificado despues con la narracion tan sencilla é ingenua de vuestra historia, que tanto á Cecilia como á mi nos ha sido tan sensible.

No lo ha sido menos para mi, dijo Eleuterio, la vuestra que me acabais de contar tan circunstanciadamente sin omitir nada aprovechando el haberse quedado dormida vuestra esposa, porque al estar despierta, habriais dejado mucho por decir, evitando motivo que la acongojase. Muy parecidas son nuestras desventuras, son hijas de una misma madre. La preocupacion las abortó para daño nuestro, y la preocupacion reina como tirana en el mundo, y ella puede mas que todas las buenas leyes. Estas no pueden con aquellas; pero sí puede mucho la instruccion, ya por medio de una racional libertad de imprenta, y ya por medio de una educacion mas general y uniforme que se dé á los ciudadanos. Cuando las leyes no están en armonía con la educacion, cuando esta no sostiene á aquellas, si no causan algun mal, por lo menos ningun efecto bueno producen. ¿Y que diremos si las leyes no son estables, porque las buenas que dá un Rey padre de sus pueblos, las destruye otro sin mas razon que su capricho ó el interés de su ministro? Carlos 3º, dirigido por el espíritu de una sabia legislacion, y penetrado íntimamente de aquellos sentimientos de humanidad y de justicia, sin los cuales hubiera dejado de ser el príncipe mas respetable del mundo, usando dignamente de su poder para proteger lo inocencia, y sostener los derechos de la naturaleza, no solo prohibió que se insultase, se despreciase, y se infamase á los Agotes, si no que mandó espresamente que se les diese buena acogida, se les proporcionasen medios para unirse con los demas, y se les tratase como á ciudadanos, y sujetos aptos para cualquier empleo del estado. Pero de que ha servido esta ley tan humana, tan justa, y tan cristiana. De nada, ningun efecto ha

producido. Porque otras las contradicen luego; y así es que en las pruebas de limpieza que se hacen en Navarra, se pregunta ¿si el pretendiente descende de Agotes?

El concilio Toledano 16, celebrado en el siglo séptimo, y al que asistieron setenta y seis Obispos, dió por nobles y horros de tributos á todos los judíos que de corazon abrazasen la religion cristiana, fundándolo en aquella razon de equidad tan injustamente desatendida por la opinion. En el siglo XV, el Papa Nicolao V. que á la autoridad del pontificado juntó incontestablemente la de una sabiduría respetable, sabiendo el desprecio y la ignominia con que los judíos eran tratados en España, espidió *motu proprio* una bula, en que confirmando las justas providencias de tres de nuestros Reyes, manda que como nobles y dignos de toda consideracion sean admitidos á los empleos, honores y distinciones que los demas, y declara, que los que sienten otra cosa son sembradores de la cizaña que estirpaba el Apóstol, y sostenedores de una doctrina antievangélica. Pero, ¿que aprovecha todo esto, si hay eclesiásticos que no quieren confesarlos, ni administrarles los sacramentos, y apartándose del espíritu de la Iglesia y del Evangelio, espíritu de union, de mansedumbre y de caridad, miran como zelo por la religion el tratar de infames á los judíos, ó á los que dicen traer origen de estos?

Esta es la causa por la que España ha perdido tanto en lo espiritual y en lo temporal. Por rigorosa justicia, por la conveniencia pública, y sobre todo por respeto á la religion de Jesucristo, no ha debido permitirse que ciertos libros hayan salido á luz, particularmente el *centinela contra judíos*, extraño aborto de un hombre ignorante, que quiso hacerse autor malzurciendo un ridiculo y despreciable tejido de necedades, de supersticiones, de cuentos de viejas, y fábulas indecentes.

No se puede negar que los judíos cometieron la maldad mas abominable, la ingratitud mas grande, y el atentado mas horrible con el deicidio. Los que tuvieron parte en esto fueron indubitablemente reos del delito mas atróz, y dignos de la mayor infamia, aquellos se entiende, que no se arrepintieron, ni se convirtieron despues. Pero ¿tuvieron parte en ello todos los judíos que habia entonces en Jerusalem, entre los cuales, despues de

muerto el Salvador, dice S. Lucas, que habia muchos hombres religiosos; y de los cuales, y de otros judios, que à millares se fueron convirtiendo, se compuso aquella primitiva, numerosa, y nobilísima Iglesia madre y origen de todas las del mundo, y de la que tenemos á grande honra y felicidad el descender cuantos nos preciamos de cristianos? ¿tuvieron parte la madre santísima de Jesucristo, los Apóstoles, á escepcion de uno, la Magdalena, y otras muchas personas piadosas calificadas de tales en el Evangelio, que siguieron y adoraron al Salvador del mundo, que le ungieron, que honraron su sepultura, y lloraron su muerte? ¿Y todas estas personas, solo por ser judios, han de llevar tambien la infamia de las injurias, y la muerte de Jesucristo? ¿Se podrá pensar mayor desatino? ¿Donde está entonces la justicia distributiva? ¿Y quien nos probará, que los judios que viven hoy no son descendientes de alguno de estos, ó de las otras santas familias judias amadas de Jesucristo, y de su madre, y distinguidas en las cartas y recomendaciones de los Apóstoles?

Si por ser judios se quiere que hereden la infamia de los que crucificaron al Salvador del mundo, sin haber tenido parte en ello, ¿porque no han de heredar la honra y la gloria del mismo Salvador, que tambien era judío, y que en su testamento declaró espresamente ser su voluntad, que las heredasen todos los hombres? En prueba de ello el mismo Jesucristo sabiendo con evidencia lo que habia de suceder, para dar ejemplo, eligió sus Apóstoles entre los judios, y les confirió el mando de la Iglesia universal. San Pedro como cabeza de ella, y siguiendo el espíritu de su maestro, á pocos dias de su muerte propuso la eleccion de un nuevo Apóstol en lugar de Judas, y haciendo entrar en suerte dos judios, cayó sobre uno que fué San Matias. El mismo S. Pedro quando el dia de Pentecostés predicó aquel sermon en que hizo cargo á los judios de la muerte del redentor, preguntado por ellos ¿que remedio tendrían? ¿que les quedaba que hacer? Les respondió espresamente. = *Arrepentios, bautizaos, y recibireis el don del Espiritu Santo, porque las promesas del Salvador alcanzan, como á los demas hombres, á vosotros, y á vuestros hijos.* = En consecuencia de esto los mismos Apóstoles eligieron judios para sucederles en sus obispados, y

para fundar otras Iglesias. Por lo mismo, tener por infame la raza de los judíos y de los moros, ó de cualquiera otros que no hayan sido cristianos, solo porque descienden de aquellos, es una opinion antievangélica y antisocial. Pues ¿quien ha de abrazar una religion sabiendo que se le ha de mirar en ella como sospechoso y como infame? ¿Quien ha de querer venir con sus riquezas y con su industria à establecerse en una nacion sabiendo que ha de ser mal recibido, y en donde se le ha de mirar mal, y se le ha de tener por vil? Asi la opinion que el descender de judios ó de cualquier otro que no haya sido critiano es una cosa vil, fea y afrentosa; es una opinion ofensiva, injusta, cruel, tirana, contraria al derecho natural, injuriosa à la razon, perjudicial al estado, y contraria al Evangelio.

Y lo dicho no se opone á la distincion de clases y condiciones. Por el contrario, digo, que estas son precisas en el mundo, y muy conformes á los principios sentados. Porque así como la virtud y el vicio se distinguen naturalmente, y la primera debe ser acatada por todos, y el segundo menospreciado, así el hombre virtuoso, el hombre de mérito debe ser considerado y distinguido del hombre vicioso y perdido. Estas distinciones son muy naturales al órden civil, y muy precisas para que la sociedad se mantenga y progrese. La igualdad como la entienden algunos, es una igualdad fantástica que ni aun en el estado de pura naturaleza ecsiste: el proyecto de un mundo platónico es un sueño. Y las distinciones y rangos, como las entienden otros que las hacen bajar del cielo á engrandecer á ciertas personas y determinadas familias, es el delirio de una cabeza preocupada y servil.

La igualdad moral es la que debemos buscar; mas es preciso que primero la entendamos para que no nos suceda que huyendo de un escollo tropezemos en otros mayores. Las pasiones humanas son naturalmente enemigas del hombre, y si se las deja obrar, tiran derechamente á su entera perdicion. Con que necesario era un moderador que contuviese su ímpetu, y refrenase su licencia; era necesario, pues, armar los derechos del órden natural contra el furor de sus embestidas. Los hombres impulsados por estos motivos de su bienestar á mas de los motivos naturales, se reunieron en sociedad, y el órden político y civil

servió de barrera á las pasiones. Se eligieron gefes, se nombraron magistrados, y se pusieron otros oficiales, unos para mandar, otros para velar sobre las leyes, otros para hacerlas obedecer, y todos para trabajar de concierto en la felicidad comun de los pueblos confiados á su cuidado. Pero siempre se eligieron, se nombraron, y se distinguieron á los hombres que lo merecian por su propia virtud. No me cansaré de repetir que las dignidades, los empleos, los honores, las señales de consideracion pública deben concederse solo á los que las merecen y se hacen acreedores por sus virtudes relevantes. La virtud sola dá justos y legítimos derechos á la grandeza.

El mayor y el menor aprecio que se debe á algunas personas en el órden social son precisos en el mundo, son la consecuencia de la virtud que se hace estimar en todas partes y en todos tiempos, llegando luego este mayor ó menor aprecio á formar las clases y condiciones en la sociedad civil. El mal está en que el favoritismo y las gracias roban este aprecio al verdadero mérito, y en que se pasan los términos de la razon, de la equidad, y del derecho natural cuando se establecen las clases y condiciones. Antiguamente las honras y títulos tanto militares como civiles, no se daban si no á los que eran muy dotados de virtud, probados, y ejercitados en ellas. En España no bastaba para ser caballeros, serlo por linage, á los cuales llamaban donceles; era necesario haber experimentado bien su virtud y suficiencia: porque si en uno resplandece la virtud y en otro la nobleza, ¿quien dirá, que haya de ser de peor condicion la virtud, y de preferirse la nobleza de nacimiento? Pues como dijo Ovidio = *lo que no hicimos nosotros, apenas lo podemos llamar nuestro.* = De Antistenes se refiere que decía, *que los que eran virtuosos, eran tambien nobles, porque tenían el principio y origen, del cual nace la verdadera nobleza contra aquellos, que por las riquezas y blasones de sus mayores solamente quieren ennoblecerse.* Falanis, que aunque tirano fué docto, dijo tambien = *Yo una sola nobleza hallo, que es la virtud, y lo demas es fortuna; y que asi la honra ha de tomarse de las virtudes del ánimo, y no de la nobleza de los pasados, abscurecida por los vicios de los sucesores.* = Que fué decir lo mismo que habia dicho Juveual = *que la virtud era la sola y única nobleza; porque de que sirven,*

decía, *los retratos y Bustos de vuestros antepasados, y las pinturas de sus proezas, y hazañosos hechos, de sus earros triunfales, y caballería, oficios y dignidades, si vos vivís mal? Y à esto viene bien el dicho de Iphicrates respondiendò á Hermodio de un oprobio que le habia dicho. = Mi linage le dijo, comienza en mi, pero el tuyo acaba en ti. = Por manera, que si no se hallan unidas la nobleza y la virtud, si no que andan separadas, preferirse debe la nobleza de costumbres á la de linage. Por lo que está muy bien dispuesto por una ley del ordenamiento viejo, que los oficios de honra se han de dar á los que fueren fallados buenos y virtuosos, y no por ser hijos de los oficiales, ó alcaldes. = Y segun S. Gerónimo para con Dios aquella sola es suma nobleza, ser resplandeciente en virtudes. Y esto mismo dijeron S. Ambrosio y S. Crisóstomo. Y en el libro de los Reyes, dijo Dios = Los que me menosprecian, serán ignobles.*

Ya ve V. amigo mío, que le debe servir esto de consuelo y satisfacción, porque las razones que se han manifestado, son muy poderosas, y como todas condenan la mala doctrina y conducta de aquellos que miran como á infames á los que traen distinta descendencia que la nuestra. Materia es esta, caballero, que me estatía hablando toda una noche; pero ya es hora de dejarla, y que supuesto V. descansa en su conciencia y en su propia virtud, cuidado alguno debe á V. darle las preocupaciones de los demás.

Lo que no me ha parecido bien es la huida de Cecilia abandonando la casa de su padre. Esta resolución, y V. disimule mi franqueza, ha sido poco premeditada. Porque si bien la situación de Cecilia era en extremo triste y crítica, y su padre demasiado tenáz y duro, sin embargo habia remedios mas suaves que aplicados habiendo hecho uso de ellos, habrían causado mejor efecto. Acudir á la justicia implorando su auxilio, esta protegiendo á la oprimida Cecilia, la habría sacado de su prisión, y hecho lo demás. Este remedio con el que las leyes protectoras de la inocencia y de los derechos de todo ciudadano, suplen el irracional disenso de los padres imprudentes y temerarios, es el que en semejantes casos adoptan todos los que se ven en la necesidad que VV. se han visto. Mas ya no tiene lugar: el amor justifica á VV., y este mismo amor ayudado del

tiempo harán que el padre de Cecilia entre en razon, y que viéndose con nietos, estos nuevos afectos de la sangre borren su resentimiento.

CAPITULO 5.

Cuéntase lo que le pasó á Eleuterio en Sta.

Olalla con el Alcalde y la onza.

Antes que viniera el dia, ya estaban los criados de D. Juan preparándolo todo para la marcha. Eleuterio que los sintió, dejó la cama de retama donde habia dormido aquella noche descansando mejor que en una posada. No tardaron mucho D. Juan y su esposa en seguirle tambien saliendo de su retrete. Se fueron todos á reunir en la cocina, que así puede llamarse el rincon de la peña donde habian hecho lumbre, y encontrandose en ella, se saludaron unos y otros dándose los buenos dias, y felicitándose por lo bien que habian dormido. Se desayunaron en seguida con un sabroso almuerzo que tenian ya condimentado los criados; y concluido el desayuno D. Juan con su esposa se pusieron en marcha despidiéndose con muchas atenciones y ofertas de Eleuterio, que quedó amo del rancho por no poder seguir á aquellos á causa de la mala cabalgadura de este. Mucho sintió no poderlos acompañar, y quedarse tan solo despues de haber disfrutado de la amable compañía de sus huéspedes: porque si la soledad es triste y perniciosa por la melancolía que imprime en el ánimo, se hace sentir su peso todavía mas cuando se dejó se ausenta una persona que se estima. Pero ¿ como Eleuterio habia de poder seguir con su mala burra á sus nuevos amigos

que iban en buenos caballos? Y no era lo peor que la burra fuese flaca, si no que tambien la albarda necesitaba repararse por lo maltratada que quedó en el dia anterior. Tuvo, pues, Eleuterio que rellenarla con yerba seca que buscó, y coserla lo mejor que pudo para que pudiese servir; y en todo esto ocupó la mayor parte del dia. De modo que no pudo ponerse en camino si no muy tarde, por lo que tampoco pudo pasar de Sta. Olalla, donde tuvo que quedarse para su desdicha, como se verá, no habiendo andado aquel dia mas que tres leguas. Llegó muy cerca de noche; y para aprovechar la mañana del dia siguiente, quiso dejarlo todo prevenido, y así que acomodó la burra en la cuadra de una posada salió á comprar vino, porque el coronel de la retama se bebió todo el que llevaba en la vota. La llenó con tres cuartillos, y para pagarlos, sacó la onza que se habia encontrado en el camino antes de llegar á la casa de posta que está junto á Talavera.

Nunca hubiera sacado la onza, ó por lo menos en parte que no la hubiese visto el tabernero de Sta. Olalla. Este asi que la vió, se le fueron los ojos á ella, y alargando la mano para aprisionarla, empezaron los dedos á bailar de alegría. Pero acordándose el tabernero que tenia que volver diez y seis duros menos dos reales, que era el costo del vino, se puso triste y bajó la cabeza, quedándose con la onza en la mano muy empuñada sin hablar y sin moverse. Eleuterio cansado de tanto aguardar el cambio de la onza, le preguntó que si no le daba la vuelta. Apretado entonces el tabernero con esta pregunta no teniendo 348 reales que volver, y por otra parte decidido á no soltar la onza, discurrió un medio muy seguro para conciliar estos dos extremos en justicia, y fué valerse de su autoridad.

El tal tabernero era alcalde, y lleno de gravedad, y con toda la voz de un alcalde preguntó á Eleuterio ¿que quien era, y á donde iba? = Eleuterio bien educado satisfizo con mucha cortesania. = Volvió el alcalde á preguntarle ¿si llevaba pasaporte? = Le contestó que sí. = Veámosle. = Negóse Eleuterio diciendo que no tenia obligacion alguna á manifestárselo, y que le hiciese el favor de darle la vuelta de la onza que le habia entregado para pagar los tres cuartillos de vino. = Desobedece V. á los jueces, dijo montado en colera el tabernero. = Yo,

contestó Eleuterio, los respeto, y me jacto de ser tan obediente como el primero, á las autoridades.= Mal se conoce replicó el alcalde, cuando V. me desobedece.= Yo no conozco á V. por autoridad, dijo Eleuterio, si no por un tabernero, y... Ahora veremos, levantando el grito el Alcalde si soy algo mas.

Y entrando en un cuarto salió con una capa y sombrero puesto, que ambas à dos cosas parecían prendas de contrabandista, y en la mano un junco muy largo, delgado y derecho, y con mucha prosopopeya, dijo á Eleuterio.= ¿Y ahora me reconoce V. por autoridad? = Como que ahora lo dudo mas, contestó, y mas bien me parece V.... Que le parezco yo à V., le interrumpió el alcalde; y saliendo à la puerta dió una voz de favor al Rey, y al momento acudieron tres hombres que parecía haber salido de una letrina por el mal olor que echaban.

Llevaban unos fusiles tan llenos de orin como sus caras, unas correas tan mugrientas que provocaban al vómito, y unos vestuarios tan empapados en vino y aceite que con los tres vestuarios habia para poner el abasto de los dos ramos.= Llevarle, mandó el Alcalde luego que cercaron á Eleuterio y le tenian en medio; llevarle á la cárcel.= Lo llevaron entre los tres galafates con balloneta calada que parecían unos asadores de negras y maltratadas que estaban; y habiendo dejado en la cárcel à Eleuterio, se retiraron á remojar los vigotes de lechuzos à la taberna del señor alcalde, que les tenia preparadas unas aceitunas para que bebiesen con ellas media arroba de vino. Al primer cuartillo guardaron un poco de silencio, tapando la boca con puñados de aceitunas. Pero cuando ya se iban concluyendo, y ellos poniéndose calientes, empezó la bulla y el escàndalo, y entre los vivas al señor alcalde, y mueran los perros negros, ajeaban y blasfemaban de Dios y los santos, vomitando veneno por aquellas bocas de escorpiones. Duró el desorden hasta que pudieron abrir los ojos, sostenerse en pié, y mover las lenguas de víbora. Beodos ya se despidieron à su modo del alcalde; y este ponderando su valentía, su nobleza y el ilustre cuerpo à que pertenecían, los despidió con una arenga en términos gitanescos, y concluyó con hecharles un vaso de vino para despedida. Sallieron de casa del señor alcalde, y cayendo y levantándose con los fusiles al hombro, se fueron à dormirla à una estercolera.

Pasó Eleuterio toda aquella noche y todo el dia siguiente en la cárcel haciendo reflexiones bien tristes, porque no pudiendo olvidar á su familia, conocía cuanto iba à padecer esta, si se formaba la causa por el estilo y segun práctica de aquellos tiempos. Pues aunque su conciencia estaba tranquila y su inocencia patente, temía sin embargo mucho de los que le habian preso, porque eran enemigos declarados de la virtud y perseguidores encarnizados de los inocentes, sin mas religion que su panza, ni mas amor á la justicia que su ambicion. Bien conocidos los tenia Eleuterio por lo que luego se vió.

Al amanecer del dia siguiente entró el carcelero en la prision en que estaba Eleuterio, y afectando compadecerse mucho de este, le dijo, que iría á verse con el señor alcalde y á suplicarle que no siguiese la causa, y le pusiese en libertad. No se ocultó á la penetracion de Eleuterio que el carcelero era un hipócrita, y el alcalde otro picaro, y que los dos unidos trataban de quedarse con la onza. Pero persuadiéndose al mismo tiempo que era preciso disimular, y conformarse con las circunstancias, dió las gracias al carcelero por el interés que decía se tomaba, manifestándole no poder premiar sus buenos officios pero que se los pagaria otro dia. El carcelero usando del tono hipócrita à que estaba ya acostumbrado, con falsa risita le contestó, que con cualquier cosa estaba premiado, que no tuviese cuidado, que se tranquilizase, que iba inmediatamente en busca del señor alcalde, y pronto volvería con el resultado.

Habiendo quedado otra vez solo Eleuterio en la prision, esclamaba y se decía asimismo. ¡Que comun se ha hecho la falsa política!.. ¡quien creyera que hasta en los pueblos mas pequeños se habian de encontrar hombres capaces de un estudio, de una atencion, y trabajo continuo que supone aquella!.. Tanto se ha generalizado ya que vá perdiendo toda su fuerza, de modo que los hombres viven ya con tanta precaucion, que cuando unos van à engañar à otros, se encuentran engañados por estos últimos: y si alguno menos precavido ó mas tonto sale engañado, mañana mas prevenido se venga con otro engaño del que ayer le engañó. Tan usual se ha hecho este arte que anda en manos de todos, y sus reglas son ya tan sabidas que llegará pronto el dia que sean tan inútiles como han sido perjudiciales. Y enton-

ces cuando llegue este dia ¿ que se han de hacer tantos como viven del enredo? Yo no obstante que estoy ahora sepultado en este entierro de vivos, consumido de tanto padecer anteriormente, y mi alma herida gravemente con tantas aflicciones, veo un por venir dichoso, y me siento con un valor que no es propio de mis fuerzas debilitadas ya de tanto padecer; y con una alegría interior que parece forastera para un alma despiritualizada de tanto sufrir. (*) Antes que hubiera entre los hombres un órden establecido por las leyes, ¿cual era el semblante del mundo? La violencia, las rapiñas, los asesinatos. Y para figurármelo mejor, le representaré como era con todos los estragos que puede producir un ejército de pasiones desenfrenadas. Ninguna seguridad para la vida, ningun resguardo para los bienes, ningun asilo para el honor. La fuerza que ha dado al leon el imperio sobre los demás animales, le daba tambien sobre los hombres al primer Nembroth, que se sentia con bastante poder para sujetarlos. Pero ved aquí que se levanta una barrera para contener el curso del desorden. Luego que los hombres hubieron inventado el remedio de las leyes para dar fuerza á la razon, luego que para ejecutarlas se armó con la espada de la justicia un Magistrado Supremo, aquí un Príncipe, allá un Senado, en otra parte un consejo popular; en una palabra, luego que se puso el órden civil para restablecer en sus derechos al de la naturaleza, ¿ que dichosa mutacion de escena!... La subordinacion sucede al desorden, la regla à la confusion, la justicia á la fuerza, la seguridad pública á la inquietud general, el reposo de los particulares à los sobresaltos continuos. Todo en fin se pone tranquilo bajo la proteccion de las leyes, y las pasiones se desarmarman. Mas, ¡ó tiempo mil veces dichoso!... Los hombres se adormecieron con tanta felicidad, y las pasiones volviendo á agitarse por la ambicion, alagadas por la tiranía, volvieron á armarse contra el género humano, aunque ya por otras vias y rumbo, y usando de otros medios. Los hombres sorprendidos con

(*) Advierto al lector que el suceso que se refiere en este capitulo, y las reflexiones que hacia consigo mismo Eleuterio, fué en el año de 1828.

tan repentina novedad, no pensaron, y se dejaron esclavizar: y aunque despues quisieron sacudir el yugo, la perfidia enmascarada con la virtud les ha amedrentado engañándolos. Pero este arte de engañar, ó llámese política de gabinetes, ó como se quiera llamar, se ha hecho ya tan comun que no solo el mismo arte ha descubierto la maldad de sus autores, sino que ha corrompido el mundo volviéndole á un estado igual al que tenia antes del reinado de las leyes. Mas el heroismo le restablecerá, y esta época gloriosa me la anuncia el corazon como prócsima, y la razon me la presenta como necesaria. Pero desgraciados los hombres si no viven siempre alerta, y si se dejan adormecer con el soporifero del vicio, porque volverán á caer en esclavitud, y luego á morir en desorden! =

En estas reflexiones estaba Eleuterio cuando volvió el carcelero con semblante triste aparentando el sentimiento que tenia por darle la noticia de que el alcalde estaba incesorable, y empeñado en continuar la causa. Eleuterio que sabia que á los hombres disimulados como el carcelero se han de buscar agua arriba, para hallarlos en la corriente de la verdad; que tuercen en utilidad suya lo que empiezan con fineza para utilidad de otro, erigiendo con fundamentos de este un elevado edificio al interés de ellos; en una palabra, Eleuterio que conocia que el carcelero era un hipocrita de lo fino y tan gran picaro como el alcalde, y que ambos iban á una, no se asustó por las nuevas que aquel le llevó; y así contestó que tendría paciencia si el señor alcalde se empeñaba en seguir con la causa adelante; que su conciencia estaba tranquila, y por consiguiente que podia hacer lo que quisiese, menos perturbarla por delitos atroces que supusiese.

El carcelero viendo tanta entereza en Eleuterio, se iba poniendo triste de veras sintiendo no le tocase la parte que se habia creido tener en la onza. Así es que dijo á Eleuterio que no habia que perder del todo las esperanzas porque tal vez con una gratificacion al alcalde se ablandaría. = Tal es esta canalla de gente que aunque picaros, todos quieren aparecer como hombres de bien, y para cubrirse no reparan en descubrir á sus compañeros en las maldades.

Eleuterio estuvo un poco dudoso: pero conociendo que podian

incomodarle mucho y hacerle gastar mas si se empeñaban en continuar la causa, y que luego aunque se declarase inocente, nadie le habia de resarcir los daños y perjuicios causados, interesándole por otra parte mas que todo llegar lo mas pronto á Madrid, convino en la proposicion del carcelero, quien se fué corriendo á casa del alcalde, y avenidos los dos recibieron su media onza que quedó presa, y Eleuterio en libertad.

Libre ya de la intriga se retiró á su posada, y vió á su burra viva, gracias á sus buenos dientes que con ellos pudo roer la soga con que estaba atada, y rota vaguear de un pesebre en otro comiendo la cebada de los caballos que estaban hartos. A poco llegaron á la misma posada otros huéspedes, un boticario, un médico, y un Sr. Marqués. No habiendo proporcion para estar separados, se juntaron todos en un mismo cuarto, único capáz que habia y cenaron á un mismo tiempo, y en una misma mesa, y por poco no se vieron en la necesidad de comer en un mismo plato y con una misma cuchara, segun el servicio que se encuentra en la mayor parte de las posadas, donde se quiere ganar sin trabajo, y ser beneficiados simples á costa de los pobres huéspedes.

Al concluir la cena, empezó la conversacion, porque antes habian estado con alguna cortedad unos y otros, y ademas ocupados en comer. Parecen como naturales, y son como las generales de la ley, las preguntas que se hacen los caminantes cuando están reunidos en las posadas, preguntándose donde se camina, de donde son naturales, los nombres y apellidos, y el oficio que cada uno tiene &c. No faltó este requisito en aquella ocasion, y cada cual fué declarando su nombre y profesion. Eleuterio que declaró la suya, fué críticamente el punto de la conversacion que tubieron sobre mesa.

El boticario que parecia el mas hablador, dijo, que la abogacia era una profesion perjudicial, como todas las demas ciencias políticas: que desde que los hombres se dedicaron á los estudios civiles y abandonaron la farmacia, no ha habido paz en el mundo, ni buena salud; que las sutilizas de las ciencias, particularmente en la jurisprudencia respecto á los pleitos, arruinan las familias, y destruyen los pueblos.

El médico por su parte tomando la palabra, apoyaba al boti-

cario diciendo, que tantas formulas y tantos procedimientos judiciales como habia para seguir un pleito, eran otras tantas imposibilidades que hacian inaccesible á los ciudadanos la llegada al templo de Themis: que los abogados cuando se hacen cargo de defender la causa del rico injusto, del opresor poderoso, y del pleiteante de mala fé, contra el pobre, el inocente, y el débil se vanaglorian de los infames triunfos que consiguen sobre la justicia por medio de horrosas connivencias y confabulaciones, de enredos criminales, de traiciones, de trampas, de fugios, y de formulas insidiosas.

Ya le tocó hablar al Sr. Marqués que por haberse quedado el último comiendo y bebiendo no habia podido ser el primero en usar de la palabra; y empezó explicando su genealogía que la hizo subir hasta Júpiter diciendo era su primer ascendiente, y la explicaba de un modo que daba gana de creer lo que decia, y mucho mas por lo que manifestaban sus ojos que parecían dos fraguas de encendidos que los tenia, y como atemorizaba con ellos á quien le mirase, porque parecía que con ellos quería decir = *respetadme, porque si no puedo estermiaros.*

Y no iba, segun reglas de analogia, muy estraviado el Sr. Marquesito, ni tampoco era extraño que á cualquiera que le oyesse y mirase, le pareciera ser verdad lo que decia respecto á descender de Júpiter. Bien sabido es, que este padre de los dioses fabulosos, y Rey de los hombres, entre otros nombres que tuvo se llamó *Fulminator*, por los muchos rayos que arrojaba, con que se hacia temer de los hombres. Por consiguiente, si los ojos del Marquesito arrojaban fuego, y con ellos amenazaba, era entonces un vivo retrato de Júpiter, y muy hijo de su padre, y bien haya quien á los suyos se parece. ¿ Quien podia dudar que era hijo mayor de Júpiter pareciéndosele tanto? Nadie; si el mismo Marquesito no hubiese con otras pruebas mas positivas manifestado ser hijo de otro Dios, á quien la fabula pinta con una lanza en la mano cubierta de pampanos, ó yedra.

Sucedió, lector querido, que despues de haber el Sr. Marquesito explicado su larga genealogía, como un preámbulo importante é indispensable para la inteligencia de lo que iba á decir, entró en materia diciendo = Señores, ya VV. saben de quien desciendo, y quien yo soy. Tampoco ignoran VV. que mi pri-

mer padre Júpiter llegando á su noticia las muchas maldades que los hombres cometian en el mundo, bajó del cielo para castigarlos, como lo hizo sujetándolos á otros hombres que vinieron á poseer la tierra, y mí padre volvió á subir al cielo, dejando á sus descendientes por tenientes suyos. De aquí vienen nuestros títulos, nuestro dominio, nuestra grandeza, y nuestra divinidad. Por lo que nosotros somos dueños absolutos de la tierra, todos los demas hombres están sujetos á nosotros, y nosotros á ninguna cosa. Los Magistrados, los Abogados, y todos los que profesan ciencias, son personas bien escusadas, ó por lo menos que nada valen en comparacion con nosotros los Marqueses, y con decir que la necesidad les lleva á las universidades, como los Gallegos vienen á Castilla, y los Asturianos á las Andalucías, y...

No pudo concluir porque un vómito que le vino tan repentino, fuerte y abundante no le dió tiempo mas que para levantarse, y cuando iba llegando á la puerta del cuarto medio cayendo para un lado y para otro, se lo hechó encima á la huéspedica que iba entrando á la sazón.

De esto tomó pié el boticario para decir que el Sr. Marquesito se habia equivocado en su genealogía diciendo que era hijo de Júpiter, porque daba mas prueba de ser hijo de Baco, segun aquel adagio que dice = *De casta le viene al galgo el ser rabilargo.* =

Yo convengo en lo mismo, dijo entonces el médico; pues aunque el Sr. Marquesito se parece en los ojos á Júpiter, no es de estrañar esto; porque Baco fué hijo de Júpiter que se lo ingirió en el muslo, y lo parió á su tiempo, como la fabula lo refiere. =

Yo señores, dijo Eleuterio, lo que creo es que todos los hombres són hijos de sus obras, y el Sr. Marquesito es buena prueba de esto que digo. Apesar de sus títulos y de toda su grandeza es el hombre mas ridículo por su vanidad, y mas reprehensible por su conducta, tanto que, hasta en las cocinas, en las cuadras, en los zaguanes de las posadas anda rodando su título como un zapato viejo, despreciándole y riyéndose de él hasta los mozos de paja como se està viendo ahora con este majadero. Yo conozco á un medio pariente suyo que es tambien Marqués. Si VV.

le conociesen, le tendrían respeto y veneracion, y al mismo tiempo amor: porque sus títulos no son usurpados, sino que se le deben por sus talentos, por sus servicios, por sus cualidades apreciables, y por un mérito poco comun. ¿Y confundiremos á este con aquel? ¿porque el primero sea malo, diremos que tambien lo es el segundo? ¿si una persona que pertenece á una clase, es mala, se inferirá de aquí que toda la clase es perjudicial? Nada de esto se puede decir sin temeridad. Pues, señores en el mismo caso estamos respecto á mi profesion, Sería injusticia notoria comprehender en la condenacion que VV. han hecho de los Abogados, á todos los que profesan la jurisprudencia. Entre ellos se encuentran los mas que son hombres de bien, nobles y virtuosos, que se compadecen de los males que causan los letrados de mala intencion, y condenan lo absurdo de las fórmulas y procedimientos judiciales, y se escandalizan de los enredos, trampas, y ladronicios de otros. Castiguese enhorabuena á estos, en vez de premiarlos. Pero respetese siempre la muy ilustre profesion de la jurisprudencia, nobilísima por su origen, y grande por su fin. No se diga que es una profesion inútil cuando sus profesores han sido siempre los mas justos acreedores de la estimacion publica, como de quienes depende su conservacion. Los buenos, nobles, y virtuosos Abogados previenen con sus sanos consejos el mal de la turbacion; apagan con sus rectas decisiones el fuego de las ya encendidas discordias; velan sobre el sosiego público; se aplican á conocer los remedios para curar las enfermedades del cuerpo político; de ellos pende el consuelo de los miserables; y los pobres, viudas, y huérfanos hallan contra la opresion, alivio en sus aflicciones encontrando quien los defiende de gracia.

Creer que los pleitos se concluirían concluyéndose los Abogados, es un error. Estos no han causado los pleitos, sino que por causa de los pleitos ha habido necesidad de que haya Abogados. Los pleitos son una enfermedad propia de la sociedad. No siendo posible que en esta por pequeña que sea, todos sus individuos tengan unos mismos intereses, sean iguales en talento, que congenien y sean todos buenos, de modo que guarden un perfecto equilibrio: no es posible tampoco que deje de haber pleitos, aunque dejase de haber Abogados. Por sencillo, y bueno

que era el modo con que los Israelistas trataban sus negocios, no faltaba entre ellos engaños, trampas, falsedades, pleitos injustos, y calumnias. Estos males son efectos naturales de la corrupcion del género humano; y quanto mas ingenio y astucia desplagan los hombres con su civilizacion, tanto mas sujetos están à ellos. Así es que estos males han sido siempre mas comunes en las grandes ciudades. Huyendo David de Jerusalem por la revelion de Absalon, representa el furor y la discordia, paseándose dia y noche por sus murallas; en medio de ella la pena y la injusticia, en sus calles la usura y el engaño. Pues si esto sucedía en aquellos siglos de oro, cuando los hombres vivían tan sencilla y naturalmente, que sus ocupaciones eran las mas inocentes, y sus tratos los mas puros, ¿que será ahora en que todo se piensa, menos en obrar con buena fé, ahora que la vida del hombre es tan agitada, que sus tratos y negocios son tantos y tan complicados, ahora en fin que pululan los mañosos por todas partes, y que las boticas se han convertido en laboratorios de venenos civiles? Mucho pudiera decir sobre este particular, sino fuese tan tarde, se estuviesen apagando ya las luces y conociese yo que VV. tienen hastante con lo que he dicho, porque al buen entendedor pocas palabras le bastan.



CAPITULO 6.

Roban á Eleuterio cerca de Navacarnero: se reúne con unos estudiantes; y se refiere la graciosa aventura que tubieron con unos ratones.

Solo caminaba Eleuterio montado en su burra el día que salió de Sta. Olalla; y ya muy cerca de Navacarnero, fué asaltado por dos ladrones, lo primero que le quitaron, fué la media onza compañera de la que le robaron el tabernero y el carcelero. Le registraron escrupulosamente con el ansia de encontrarle mas dinero, y como ni una peseta mas hallasen, se pusieron rabiosos, porque segun ellos daban á entender, creían llevase mas intereses. Y esta creencia de los ladrones era motivo para sospechar que la media onza con que se quedó el tabernero atraía á la otra media. Con la rabia que les causó ver sus esperanzas frustradas, le apalearon ya que no pudieron conseguir lo que buscaban, la poca ropa la tiraron por el suelo, y se llevaron la burra con las alforjas.

Luego que se retiraron los ladrones, y que Eleuterio pudo respirar un poco, exclamó: ¡O valiente, noble caballero, y bien hablado de D. Quijote! ¡que no vivieras ahora para dar auxilio á los menesterosos y desvalidos! Y tu sencillo y á la pata la llana de Sancho Panza, ¡que bien me vendría verte venir ahora montado en tu rocín, y que bajándote de él, me le cedías para que yo montase, y ayudándome á levantar, pues estoy peor y

mas moñido que tu quedastes despues que te mantearon en la venta, me acompañabas con tu amo hasta ponerme en seguridad en el pueblo mas inmediato!.. ¡oh tiempos aquellos! Entonces la viuda, la doncella, el huérfano, el oprimido, y todo desvalido encontraban protectores que los defendiesen. Digan lo que quieran, yo diré siempre, caballeros invictos, que la humanidad, la valentía, la justicia, el honor, y el noble entusiasmo en fin, por defender á la inocencia y á los desamparados, eran las cualidades que sobresalían en vosotros, las que os distinguían. Ahora todo es... ¡ay!... ¡que dolores siento en mi cuerpo!... Pero consolaos huesos míos que aquí viene un pastor con una borrica que os conducirá en sus costillas, y huesos encima de otros huesos llegareis á la choza, y en ella descansareis, si es que no está dentro alguna jaque que os acabe de quebrantar.

En esto llegando el pastor muy cerca de Eleuterio, como viese á este, hizo que no le habia visto, y dando á la burra un palo al lado izquierdo del pescuezo, la hizo marchar con otra direccion. Lo que observado por Eleuterio empezó á llamar al pastor con grandes voces, mas este se hacia el sordo. Y cuanto mas Eleuterio se desgañitaba llamándole, y diciéndole que bajo palabra de honor le pagaría bien el beneficio que le hiciese, el pastor mas palos daba á la burra para que avivase el paso, y á cada palo que daba, la decía = *anda burra que las palabras emboban.*

Eleuterio que todo lo veía y observaba apesar de estar tendido como un difunto en el suelo, se desahogaba exclamando. ¡O siglos dichosos de la caballería andantesca!.. Todo el mal que haciais, se reducía á desconchar las paredes de una venta, ó romper las aspas de un molino de viento. Pero las haciendas y pueblos enteros se queman ahora por un espíritu de venganza, que tal es la ferocidad de los hombres por destruir y arruinar: ahora la violencia y la opresion andan por donde quieren y como quieren sin que nadie se lo estorbe; ahora el honor es un trasto viejo, y por eso se halla solo en los rincones; ahora la mentira es la razon, y por consiguiente con la que todo se gobierna; y por último las palabras ya no consuelan, sino que emboban como ha dicho el pastor á su burra, y yo por mi desgracia lo estoy experimentando.

Ya venía la noche cubriendo con su negro manto la tierra, sin que persona alguna pareciese á auxiliar á nuestro pobre apaleado, el que estando haciendo fuerza para levantarse, y buscar lugar donde pasarla, oyó gente que con mucha algazara iban por el camino real, con direccion á Madrid. Se estuvo quedo, y cuando ya estaban cerca, les dijo con voz muy dolorida.— Caballeros andantes, por la pasion de Cristo que os compadezcáis de este infeliz, y le ayudeis á levantar.

Como estaba sin comer y apaleado, era tan triste la voz con que suplicaba, que los que venían por el camino, que eran unos estudiantes, al pronto se sorprendieron, pero no tanto ni todos, que uno el mas atrevido, contestó inmediatamente.— Anima del purgatorio, pues así lo pareces segun tu voz triste, si tus penas no se han de concluir hasta que un caballero andante te ayude á levantar, nosotros carecemos de virtud para poderte servir; porque si bien somos andantes, nos falta ser caballeros: una burra tan solo llevamos que es la que conduce los rosarios y otras chucherías de ocho estudiantes que aquí vamos.

¡O buenos amigos y compañeros míos!... ¡cuanto mas me alegro ahora que seáis estudiantes!... Yo tambien lo soy dijo Eleuterio, y no anima del purgatorio como os habeis figurado. Y si no lo quereis creer, acercaos y os convencereis ya por mi talante, ya por los papeles que tengo, que por cierto están sucios por tantas manos puercas que los han manoseado en tantas veces como los he presentado, sin haber todavía podido sacar fruto alguno.

En efecto se acercaron, y se convencieron de la verdad de su dicho, porque la ropa no daba indicio de otra cosa, y à mas los papeles por donde acreditaba sus muchos años de estudio. Tambien encontraron cubierto el suelo de otros papeles, y preguntando á Eleuterio que papeles eran aquellos, si eran suyos, les refirió el encuentro que habia tenido con los ladrones, como le habian apaleado, y que lo que mas sentía, que le habian roto el alma, habiéndole roto alguno de los papeles que eran apuntes que iba haciendo con el objeto de componer una obra que pensaba titular; *Aventuras de un Proscrito ó sean Viajes por la Sociedad*. Porque siendo esta un laberinto, importa mucho á todos saber como se ha de andar por él sin perderse; y el

ovillo de hilo que para esto puede servir, son las esperiencias y noticias de los que por el laberinto han andado.

Preguntáronle como se llamaba y á donde iba, y diciendo su nombre y que iba á Madrid á hacerse licenciado, se alegraría mucho poder ir con ellos.

Y tanto que vamos, dijo uno de los estudiantes, y tan alegres, y ahora mucho mas por servir á tan buen compañero. Nosotros vamos con el objeto de pasar en la corte todo el mes de Octubre, y ver si en este tiempo conseguimos abrir de genio, y hechar fuera la vergüenza; porque es verdaderamente un estorvo esto de la vergüenza para vivir en el mundo. Así, compañero nuestro, montad en la burrita que ya no falta mas que media legua corta para llegar á Navacarnero, y mañana, si Dios quiere, el alcalde lo permite, y algun follon no nos prende, llegaremos á Madrid.

Eleuterio montó en la burrita, y si como el pueblo estaba cerca hubiese estado mas léjos, ni Eleuterio llega á Navacarnero, ni la burra tampoco; porque tan delgados estaban los dos, y tan afilados tenían los huesos que Eleuterio hería con los suyos á la burra, y con los de la burra se mataba Eleuterio.

DE LO OCURRIDO EN NAVACARNERO.

Ahora, amado lector, es necesario que no te duermas, y leas con cuidado lo que se vá á referir. Ya llegaron á Navacarnero los estudiantes y Eleuterio en medio montado en la burra, que parecía la entrada de Jesus en Jerusalem. Se hospedaron en la primer posada, cenaron unos huevos pasados por agua que los pasaron ellos por sus tragaderos con tanta ligereza como el jugador de manos ejecuta sus habilidades, porque tanta era la hambre que tenían. En seguida se fueron á dormir al pajar. Allí hicieron la cama al apaleado Eleuterio con los aparejos de la burra, y los demas se acomodaron en la paja. Haría una hora

que se habian recojido, cuando he aquí que un rebaño de ratones tan grandes y fuertes como gatos monteses, luego que metieron los aparejos de la burra en el pajar, los olieron al instante por la pringue que tenían, y aguardando la ocasion de investirles, lo pusieron por obra así que conocieron que el sueño habia embargado los sentidos de los escolares.

¡ Pobre Eleuterio!... Todos los ratones se dirigen á su cama, la rodean, hacen presa de ella con sus afilados dientes, y á paso redoblado se la llevan arrastrando con Eleuterio en ella dormido. Pero mis señores ratones á querer gatear con la presa por una pared del pajar, se dejan caer á Eleuterio, que no por lo que sus carnes pesasen, sino porque la largura de sus piernas lo impedian, no se lo llevaron por los tejados. La caída fué bastante para que despertase. Y sin saber donde estaba, lo que le sucedía, y sin poderse mover, empieza á dar grandes gritos. Los ratones se asustan, sueltan los aparejos de la burra que se llevaban, y los dejan caer encima de Eleuterio. Si gritos daba esto antes, mas dió luego que se vió arropada la cabeza con los suaderos de la burra, sin acordarse adormitado de lo que eran aquellos trapos, pareciéndole de pronto ser camisas embreadas que le habian hechado para prenderle fuego.

A los gritos que Eleuterio daba, los estudiantes, particularmente uno que sintió el golpe de una teja que los ratones cayeron sobre su cabeza cuando iban de huida por el tejado del pajar, se pusieron sobre sus pies muy prontito, porque ni las sábanas ni mantas les embarazaron para levantarse, y persuadiéndose que les atacaban ladrones del campo ó del pueblo, aunque no tenían que temer por lo que les quitasen, sí por lo que les diesen, regazaron sus manteos al brazo, lo que tambien hicieron con mucha celeridad, porque los tales manteos parecían por lo transparentes y finos, unas mantillas de gasa: y en esta forma empuñando sus garrotes salieron del pajar. ¡ Ojalá no hubiesen salido! ¡ Pero quien es el hombre que prevee los resultados que son efectos de causas que están fuera de la jurisdiccion del limitado juicio humano?

Sucedió que estando acostados unos arrieros á la puerta del pajar, como es uso y costumbre, los estudiantes que salían medio dormidos y asustados, no vieron á los arrieros; de modo que

pisaron á estos, pero no tan suavemente que no despertasen. Los arrieros que se sintieron pisar, despiertan, é incorporándose, ven á la luz del candil que alumbraba el zaguan, á los estudiantes muy armados de garrotes, y creyendo que les insultaban, se levantan, agarran las varas, y empiezan á menudear varadas en las costillas de los estudiantes, y estos á descargar garrotazos en las cabezas de los arrieros. Los demas huéspedes se alborotan: sale corriendo de su cuarto en calzoncillos el amo de la posada, tropieza con unas cargas de cristal fino de unos Andaluces, y le rompen algunos: los Andaluces se irritan, y pegan con el amo: este vocea, y sale su muger en camisa á defenderle; pero al mismo tiempo se encuentra con la criada que salía rebujada en un pañuelo del cuarto donde dormia un fraile, á donde habia entrado aquella buscando una cosa que le hacía falta: el ama que era gorda, bien regalada y envidiosa riñe con la criada, y quiere pegarla: el fraile se pone en medio de las dos diciendo que aquello es una casualidad, y que así no haga tan malos juicios, que como piensa tan malamente de un religioso: la criada aprovecha esta ocasion, escapa, y se vá á esconder al pajar: Eleuterio que estaba allí tendido, y sintió se habia acercado á él una persona, la hechó mano creyendo fuese uno de sus enemigos, y no se equivocaba: la moza trata de huir, y Eleuterio si mal parado hizo de las tripas corazon, y la aseguró mas, y sino entró en la plaza, sería porque no quiso, pues no hubiera encontrado resistencia.

Toda la posada ardía en guerra, y las llamaradas salían ya prendiendo fuego en los edificios vecinos. Un boticario que vivía por bajo, y movido de la curiosidad se habia asomado al balcon, y como dijese á otro vecino cirujano, que tambien se habia levantado á observar el alboroto, que fuese á poner paz en la posada, contestó al boticario, que como no iba él. = Entonces este le dijo que cuando fuesen por botica para curar á los heridos no les llevaría interés por el papel con que las rebujase. = El cirujano replicó que cuando le llamasen para curarlos, lo haría sin llevarles nada por las hilas. = El boticario le llamó inhumano, egoista. = El cirujano no se quedó atras, porque puso de ladron público al boticario, que este se vió ya tan ultrajado que agarrando los botes viejos que tenia arrimados en un rincón

los tiró al cirujano. Y este cojiendo los huesos y calaveras que tenia en su cuarto hizo lo mismo con el boticario. De manera que despertando al ruido las mugeres de los dos, se levantan, y enteradas de la riña de los maridos, salen ambas à la calle, se enzarzan, y agarrándose à los cabellos se levantan las camisas, y ya una pega dos azotes, ya otra pega cuatro, y así andubieron menudeándose azotes por un buen rato.

Otros vecinos, entre estos un tendero que à toda esta grande bulla se habian asomado à sus ventanas, se enredan tambien en disputas sobre quien habia de ir à dar parte à la justicia, sacaron sus trapos à relucir, y despues de haberse llenado con todas las desvergüenzas é injurias que se pudieron decir, empezaron à hacer titeres con los pucheros de la cocina haciéndoles dar mil vueltas por el aire, y caer por monteras en las cabezas de unos y de otros. Pero no paró en esto solo, sino que tambien se enredaron otros que à una esquina encapados estaban aguardando ocasion de entrar en la fiesta para cobrar el barato de la riña. De esta gente hay mucha en los pueblos, que viven de noche à costa de los que duermen y riñen. Estos caballeros de capa y puñal, administradores de todo lo que pueden pillar, y esactos en hechar su cuentas antes de entrar à espoliar, y repartir con anticipacion à cada uno su parte para evitar luego cismas entre tan cristiana gente, se equivocaron esta vez: esto originó una disputa entre ellos, y la disputa causó otra riña, aun mas sangrienta que la de la posada, y la del boticario y cirujano, porque en estos no había armas, y aquellos caballeros las tenían. Por último, un honrado hombre que pasaba para Madrid en aquella ocasion, impulsado milagrosamente por el amor à la paz y à sus semejantes, se detiene y dá parte al Juez. Este luego que se enteró de la gran batalla que se estaba dando en la plaza de Navacarnero donde estaba la posada, trató de vestirse, y despues de muchas dificultades que se le ponian por delante, como él decia, ya por último se resolvió à salir con unos pocos de vecinos que pudo reunir, y llegando al sitio de la nueva troya, no hubo dificultad en rendir y hacer prisioneros à Griegos y Troyanos, porque tan rendidos y heridos estaban unos y otros que no tenían ya fuerzas con que resistir, y porque tal era la confusion que esta sola por sí bastaba para rendir y acabar con aque-

llos bandos, como sucede siempre en todas las escisiones.

Sin embargo, conducidos à la carcel, hubo de suscitarse una nueva quimera, porque el tendero que habia estado en Salamanca avecinado en tiempo que estudiaba Eleuterio, hubo de conocer à este, y conociéndole le llenó de desvergüenzas, llamándole tramposo que se habia marchado de Salamanca dejándole à deber 30 rs. de un pañuelo que habia sacado de su tienda.

Eleuterio vino luego en conocimiento de quien era el tal tendero, y despues de saludarle muy cortésmente, le confesó que era cierto le debia los 30 rs. del pañuelo, pero que era una calumnia que se hubiese marchado de Salamanca sin quererse los pagar: que esto habia sido un olvido, y la prueba de ser así que no negaba la deuda; pero que si á cuentas iban, mas le debia el tendero, porque aun no le habia pagado la perdida que tuvo en una pieza de paño que habia sacado de su tienda para dos vestidos, estando picada y falta de varas. La muger del tendero que tambien iba en la comitiva de los presos salió luego cacareando, y haciendo mil contorsiones con el cuerpo, y revoleteando las manos á modo de diestro platillero, se dirigió à Eleuterio llamándole negro, judío, que como se entendía insultar à su marido y à ella cuando nadie habia tenido que decir ni de su marido ni de ella, por ser personas honradas y comedidas en todo.

El pobre Eleuterio para quien estaban siempre reservados estos amoríos, y los buenos encuentros, no tuvo mas remedio que callar, y lo mas que hizo, fué irse poco á poco acercando al señor corregidor, temiendo que aquella muger, segun la veía, le arrancase algunos pelos para hacer sortijas y venderlas en la tienda. El corregidor á todo esto sin hablar palabra, estaba como quien vé visiones. Recobrado algun tanto de su sorpresa, les dice= Señores algun demonio anda entre VV.: yo estoy espantado de todo lo que veo y oigo, sin haber podido todavía comprehender cosa alguna, pareciéndome un sueño todo lo que pasa con VV.

Todo es nada señor corregidor, dijo Eleuterio.= ¿ Como que es nada? replicó el corregidor: ¿ que es poco treinta personas aquí presas, y la mitad de ellas heridas? = Vuelvo à decir, señor corregidor, que todo ello es nada.

Entonces sino es nada, ¿que significa tanto estrago como estoy viendo, á unas arrancado el pelo, à otras arañadas sus caras, à otros con las tripas fuera, á otros con las cabezas abiertas, y à todos ó cuasi todos encueros?— Sr. corregidor, nada, respiro que todo ello es nada.— Pues espíquese V. hombre de Dios ó del diablo, acabe V. de decir lo que es; no me haga perder el juicio con la paciencia que ya me falta.

He dicho, señor corregidor, que todo lo pasado es nada, porque el origen de todo este alboroto, son unos ratones que vinieron á robarme.

¿Y donde están esos ratones que no los veo aquí presos?— Huyeron, señor, por el tejado; y solo haciendo lo que hacen los gatos, es como V. S. podrá cogerlos; que es averiguando por el dia donde tienen sus cuevas, para por la noche azecharlos en sus entradas y salidas.

Los llamaré por edictos y pregones, y así me evito tanta molestia y trabajo.

Sr. corregidor, considere V. S. que los ratones se comen los papeles, y maldito si les dá miedo ni cuidado algun aunque sean los papeles reales órdenes, porque se ensucian en todo papel.— Pondré ratoneras con cebo: y juro que al que caiga, lo he de ahorcar.— Eso ya es tactica, y parece remedio mas adecuado y eficaz.— Así lo haré, y mientras prendo á esos picaros ratones que me han alborotado el pueblo, recibiré las declaraciones à los presentes reos, empezando por la indagatoria de V.

Eleuterio dió su declaracion contando todo como habia pasado, y en los siguientes dias se fué recibiendo á los otros, y resultando mas delinquentes los caballeros de capa y puñal, por tener ya otras causas anteriores abiertas, se continuó con estos la de los ratones, sobreseyendo para con los demas, condenando á estos en la prision sufrida, costas proporcionalmente, y resarcimientos de daños y perjuicios. A los estudiantes se les embargó la burra para el pago de las causadas por su parte, y puestos en libertad, continuaron su viaje á Madrid.

Me parece, lector amado, que tendrás por fabuloso todo cuanto en este capítulo se ha referido. Pero yo te juro en el cerrojo de Sta. Agueda, que es la pura verdad: y muchos autores graves testifican lo mismo que yo he referido: y tu si tienes memoria,

y has fijado la atención en las muchas cosas que en el mundo pasan, lo habrás visto tambien. Y sino dime ¿es cierto que en España se crían muchos ratones tan ladrones como caco, tan lucios como el burro mohino, y tan desvergonzados como gorriatos? ¿es cierto tambien que los estudiantes es gente por lo general de poco dinero, y que muchos caminan à pié, si acaso en una borriquita, y duermen en pajares? ¿Es asi mismo cierto que aun cuando el hombre no quiera pecar, las ocasiones, los objetos, y los ejemplos le hacen caer en tentacion aunque sea fraile cartujo? ¿Es imposible tampoco que en una posada donde se reúne mucha gente, en un alboroto que á media noche se mueva, salga cada uno de la cama del modo que se encuentre en ella, tropiezen unos con otros, y cada uno vuelva por su hacienda, y aquel se incomode y rabie, si ve que se la destruyen? ¿Es acaso ficcion que faltando la paz en una casa, vá faltando en las demas, y como si faltase el equilibrio social en toda una ciudad, en toda una provincia, en todo un reino, se vá sucediendo el alboroto?

Bien seguro estoy, que no me negarás nada de cuanto te he preguntado. En este supuesto, tampoco me negarás que es costumbre muy recibida en los pueblos ponerse en las ventanas à ver y curiosar lo que pasa en la vecindad para por la mañana hacer platillo de lo que se ha visto ú oido por la noche: tampoco me negarás que es tan débil la union que hay entre nosotros, ó esto que llaman sociedad es tan superficial que mas bien parece nos hemos reunido para reñir, que para ayudarnos en nuestros trabajos: tambien me concederás por la misma razon, que las palabras de humano, liberal, honrado, benéfico &c. &c. no son mas que palabras que se prodigan mucho en las riñas, y con ellas se adornan las defensas y los discursos: pero maldito si otra cosa pasa en el mundo mas que lo que pasó entre el boticario y cirujano de Navacarnero, que uno á otro se declaraban lo que eran, y lo que migaja mas, migaja menos somos todos. En fin no debes ignorar que hasta el diablo se pone alas y parece un Angel, siendo un demonio. ¿Luego porque razon has de tener por fábula lo que se dice en este capítulo, cuando todo lo que en él se refiere es lo mismo que acabas de concederme?

De nada te admires y espantes, lector mio; y si oyes decir que los burros vuelan, creelo à pies juntillos; pues en mis tiempos los he visto yo volar y elevarse à mucha altura, y rebuznar muy à sus anchas desde lo mas encumbrado. Y si oyes decir que se crian en esta tierra aguilas reales tan rapantes que se llevan pueblos enteros entre sus uñas, creelo tambien; porque de todo hay, y de todo se cria en el mundo. En conclusion, todo cuanto oigas que sea fuera del orden, debes creerlo; y por el contrario debes dudar si los hombres son lo que deben ser, porque esto si que es *rara avis in terra*.

CAPITULO 7.

Encuentro que los estudiantes tubieron en el camino con un paquetito y cuéntase lo que les sucediò con él. Llegan à Madrid; y se da razon de los medios que se valieron para mantenerse.

Mas ligeros que ruedas de diligencia iban Eleuterio y sus compañeros los estudiantes camino adelante para Madrid, sin sentir los cardenales que sacaron de Navacarnero, caminando tan distraidos con lo que les habia pasado, y hablando y pensando en lo que habian de hacer para poder subsistir en la corte. Dos leguas habrían andado cuando encontraron un paquetito á caballo que parecía un miquito segun su cuerpo, cara y movimientos, y un criado que le acompañaba sirviéndole de escudero. Le

saludaron muy cortésmente, y si bien nada contestó el señorito, el criado suplió la falta con un *vengan VV. con Dios* tan largo que se conocía no haberse desayunado con agua sola. Siguieron todos juntos el camino adelante, el señorito sin hablar palabra, y el criado hablandolo todo. Por este supieron que su amo era un Coronel de Reales Guardias: que hacía dos años habia entrado en el cuerpo, de alférez, y en año y medio habia ascendido á coronel: que unos amigos le habian convidado á una cazería, y se volvía á Madrid á curarse un constipado sin haber disfrutado de la diversion; porque el mismo dia que llegaron á la casa de campo donde sus amigos le estaban esperando, le empezó á doler la cabeza, y determinó volverse á su casa para librarse de las malas noches é incomodidades que se sufren en el campo; pero que el creia que su amo no habiendo pasado las viruelas, tendría miedo no le saliesen en la cazería, si con el aire se las pegaba algun venado ú otro vicho.

Esta conversacion llevaba el criado y los estudiantes, cuando á un tiro de bala antes de llegar á Móstoles, ven un coche á la entrada del pueblo, y á tres frailes bernardos que se disponian para entrar en él, y el calesero á ayudarlos á subir. El señorito que vió esto, figurándosele que los frailes eran madamas, sin encomendarse á Dios ni á Sta. María, pica espuelas á su caballo, y á carrera tendida con el latigo levantado iba dando voces y diciendo: detente villano, no toques á esas beldades, solo á los de mi altura les es permitido esa libertad: vosotros estais destinados para servir de banco, y que en vuestras costillas pongan el pié para subir; pero dar la mano solo está reservado á los que por sus venas circula sangre del color de la mia: desiste, hombre vil y temerario, de tu intento y osadía, porque de lo contrario serás victima que sacrificaré á mi enojo. — El calesero ó ya porque no oyó las femeniles voces que daba el señorito, ó ya porque entendió que con él no iba nada, no dejó de dar la mano y ayudar á los frailes para entrar en el coche. Mas al cerrar la puertecilla, catate al señorito coronel que llega al mismo tiempo sacudiendo latigazos al calesero, llamándole fementido, rufian, mal criado, desobediente, atrevido, infame, libertino &c.

El pobre calesero sin poder saber la causa de aquella tan repentina tempestad, no supo que hacerse al pronto: pero no es-

tuvo mucho tiempo parado; y sin pedir licencia al señorito, le agarra por un brazo, le saca de la silla del caballo, le dá una docena de vueltas en el aire, y empuñando la vara del latigo, le dá tantas varadas y tan de prisa en las costillas, que parecía tocaba un redoble con la velocidad que menudeaba las varadas. Es bien seguro que dá fin del señorito, á no haber acudido luego los estudiantes, y los frailes haber salido, y mediado en la contienda. Estos volvieron á entrar en el coche, el calesero se montó y acomodó bien en el pescante, arreó sus mulas, el señorito quedó tendido en el suelo, y los estudiantes le rodearon para consolarle.

Ya llegó el criado que se habia quedado atrás rezagado por miedo no le sucediese á él lo mismo que acababa de suceder á su amo; y sacando la bota dió de beber á este, y le decía= ¿Pero señor no conocisteis que eran frailes, y no damas las que subian al coche? = No es fácil distinguir las dos cosas, dijo un estudiante; porque por la hechura de las mangas de los vestidos se confunden mucho; y ya me ha sucedido en Badajóz equivocarme teniendo por fraile bernardo á una señora; y por el contrario, tener por dama en otra ocasion á un dominicano por sus medias blancas plancheadas y ricas, zapatos de petimini, y suaves olores de esencias de rosa y clavel.= Pero aunque sea así, replicó el criado, ¿porque mi amo ha de tomar tanto empeño en servir á las damas? = Calla mentecato, replicó el señorito; bien se conoce que eres plebeyo, que por tus venas no corre sangre ilustre como por las mias, y que te has criado sin educacion.= No señor; pero lo que yo digo que el servir á las damas y á todo el mundo es muy bueno, pero que ha de hacerse sin perjuicio de tercero, al calesero no me parece hubo motivo para pegarle= ¿como que no hubo motivo? dijo enfurecido el señorito. A mi voz debió haber obedecido, y sino me oyó debió haberme oido.

Y que es verdad, tiene V. S. mucha razon, repuso el criado como buen socarron queriendo enmendar lo que habia dicho y adulando á su amo continuó diciendo. El calesero no obró bien, y los latigazos que V. S. le dió, estubieron muy bien dados. Yo aseguro que no se le han de olvidar; y que el calesero ha de estar en lo mas oculto de Portugal, y ha de oir á V. S. cuando

desde Madrid le dé veces. Y que risa que me daba viendo á V. S. pegar latigazos al guapeton del calesero: él se quedó como bobo sin saber de donde le habia venido el aire. Imposible es que halla en el mundo un militar mas gallardo y valiente que V. S.

A nadie temo, contestó el señorito; y es bien seguro que el cochino del calesero no habría quedado para contarlo, si al mismo tiempo que iba à concluir con él, no se levanta la polvareda que le ocultó cuando hechó á andar el coche. Pero tengo el sentimiento, que habrá gentes que no se harán cargo de que yo, ni nadie puede pelear con los elementos, y que cada uno dirá à medida de su capricho lo que guste.

No se debe hacer caso de lo que hable la gente, dijo Eleuterio. Lo que conviene ahora es que V. S. trate de sangrarse sin perder mas tiempo. El mundo anda así: hoy toca á unos el dar palos, y mañana toca el que se los den à ellos: de modo que no hay porque hacer caso de lo que en el mundo pasa. Seis dias hace me pegaron á mi una paliza; en la noche del mismo dia se la pegaron á mis compañeros; y estos se la pegaron á unos arrieros. Hoy pegó V. S. á un calesero, y el calesero pegó luego á V. S. Por manera que nadie en este mundo puede decir de esta agua no beberé.

El señorito coronel no convino en la sangria que Eleuterio le aconsejaba: por el contrario quería sin pérdida de tiempo llegar á Madrid, reunir su tropa, y marchar con ella en busca del calesero, ahorcarle donde le encontrase, y en seguida á toda su parentela. Uno de los estudiantes que era profesor de medicina, y no habia querido hablar palabra hasta entonces, dijo: gusta V. S. señor coronel servirse de mis conocimientos médicos? Pues si estos no me equivocan, aseguró que V. S. tiene mucho humor *gastitis*; y tanto por esta causa, cuánto por la de los palos que han dado à V. S., la sangria está muy indicada. Y dando fé à las reglas de fisonomía, vuestras cejas arqueadas, vuestra grande boca y prominente, vuestros párpados muy abiertos, vuestro pecho ancho, vuestro paso tardo, cuello erguido, vuestros hombros vibrados, vuestros ojos saltados, indican tambien la sangria; porque todas estas son tambien señales claras de vuestro temperamento sanguíneo ó acreo.

Muy enhorabuena, contestó el señorito, V. señor médico tendrá razon en lo que dice; pero yo no tengo ahora necesidad ni de sangria ni de médicos, sino de quien defienda mis derechos.

Tambien hay entre mis compañeros, repuso el estudiante, quien es capaz de defender los derechos de V. S.: aquí está el Sr. Bachiller Eleuterio que vá á Madrid á revalidarse de Abogado; y sino mi otro compañero Nicasio, Bachiller que es en teología y es mas sutil que Scoto; y con sus silogismos en *bárbara celarent* hará ver á todo el mundo que V. S. no mató aunque haya matado, le parió su padre y no su madre, y si necesario es y á V. S. le interesa, persuadirá y convencerá à todas las gentes de que V. S. está embarazado.

Tanto aborrezco á los médicos desvergonzados, replicó el señorito, como à los Abogados atrevidos. Lo que á mi interesa, es gente de armas y de fuerza.

No falta tampoco entre nosotros, contestó el estudiante, quien sepa formar un plan de ataque y de defensa: mi camarada D. Segundo estudiante ingenioso y aprovechado, es un matemático tan consumado que es muy capaz de formar en un verbo un plan de fortificacion, y levantar en dos periquetes muralla, abrir foso, y construir parapeto y banqueta en la cabeza de un tiñoso.

Repito á V. señor estudiante hablador, dijo el señorito, que yo no entiendo de letras, y mucho menos de matemáticas que me suenan á cosa de mágia. Yo sin necesidad de esas tonterias, se como defenderme, y no me falta gente que me ayude: todos los majos de Madrid son mis amigos, y un tosido de estos vale mas que quanto VV. pueden valer juntos. Trae muchacho el caballo, que ya estoy impaciente por verlos; y contarles el lancecillo, y como mosqueaté al calesero.

El criado arrimó el caballo, montó el señorito con mucho trabajo, y se fué saliendo sin decir, Dios guarde á VV. Los estudiantes se sentaron para formar acuerdo sobre el modo de desayunarse no teniendo un cuarto, y haber salido de las prisiones de Navacarnero sin tomar bocado. Se puso el punto en discusion, y despues de haberse discutido muy brevemente, porque el hambre apretaba, pues no hay cosa que mas aguze y que mas prontamente determine que la necesidad, y si en los cuerpos legislativos se sintieran los males de los pueblos, sus diputados no

hablarían tanto, y aprovecharían mas el tiempo yéndose derechos al origen de los males y remedio de estos como hicieron los estudiantes que pronto encontraron el medio que les proporcionó el comer. Convinieron en que cada uno entrase por distinta calle en el pueblo para luego venirse á reunir todos en la plaza: donde reunidos juntarían la limosna, y con ella se compraría hasta donde alcanzase. Así lo hicieron: y con dos reales menos un cuarto que pudieron juntar, compraron un pan de dos libras, y un cuarteron de sardinas frescas por el rocío que les habia caído aquella noche, no porque estuvieran recién sacadas del mar, que está muy distante de Móstoles. En seguida entraron en una aguardientería, las asaron, y con el poco de pan se las comieron, tocando á media sardina cada uno; y con un cuarto de aguardiente encima, se fueron saliendo mas contentos que unas pascuas taconeando para la corte.

Antes de pasar el puente de Segovia, hicieron alto para descansar á un lado del camino. Allí hicieron juramento de vivir unidos todo el tiempo que estuviesen en la corte, dándose los mas tiernos y sinceros abrazos y enhorabuenas por su feliz llegada á la capital del reino. Y como no tuviesen mas auxilios que los de la providencia divina, volvieron á celebrar acuerdo sobre los medios que habian de adoptar para subsistir. Querían que Eleuterio como mas antiguo diese primero su parecer; pero este se negaba conviniendo en lo que sus compañeros acordasen. Y como observaran en Eleuterio que estaba pensativo fija la vista en Madrid, le preguntaron en que pensaba que le veían triste, y si era la primera vez que iba á la corte.

Contestó Eleuterio que ya habia estado otras varias veces, pero que ahora fijaba mas la atencion por lo mismo que la habia visto por dentro. En este momento, continuó diciendo, busco con mi pensamiento las ventajas de la sociedad en que vivimos, y no las encuentro: no acierto en la presente ocasion á distinguir el estado natural del estado social: yo no veo ahora mas ventajas que las que pudiera ver en el estado natural: hombres desgraciados por no encontrar quien los proteja; criaturas muriendo de hambre por no haber quien los socorra; familias enteras despojadas de sus bienes por un poderoso; hombres sepultados vivos por la intriga; la inocencia perseguida; el criminal

gozándose en su triunfo: en una palabra, el engaño, la ambición, la adulación, la hipocresía, el vicio pudiéndolo todo, y la virtud y la justicia sin poder nada. Esto es lo que se presenta á mi vista, y en lo que estaba considerando ahora.

No hay que pensar en eso, dijo uno de los estudiantes, penas á un lado, y que se muera la muerte; y nosotros tratemos de vivir lo que se pueda, y para conseguirlo, acordemos lo que hemos de hacer en la corte para mantenernos. Con la limosna no hay que contar, porque el que tiene voluntad, no tiene dinero, y el que tiene dinero no tiene voluntad: á nosotros nos conviene andar unidos, y para esto es preciso discurrir un medio por el que podamos adquirir nuestra subsistencia sin separarnos. Si nos ponemos á servir, no conseguimos estar juntos; porque se pasarán días, y tal vez semanas sin vernos: si entramos en alguna oficina de escribientes, nos sucederá poco mas ó menos lo mismo. Un medio he pensado yo, que tal vez sea el único que concilie los intereses de todos: y es que busquemos una guardilla de las mas baratas, nos hagamos con cabos de velas de sebo que venden por una friolera los criados de las casas grandes; y por la noche nos ocupemos en hacer chucherías que se pueden vender por el día. Para comer barato, nos ajustaremos con algun cocinero de las mismas casas grandes, y con nada tenemos hecho el gasto. Y conviniendo en esto, debe cada cual decir la habilidad que tenga para luego empezar los trabajos.

Todos convinieron en tan feliz idea, y muy contentos fueron declarando la habilidad que tenían. Uno dijo que sabia pintar; otro que sabia hacer cadenas y sortijas de pelo y cerda de muchas labores; otro que sabia hacer mondadientes muy bonitos; y Eleuterio dijo sabia hacer juguets para muchachos.

—Pues señores, dijo el autor del pensamiento; ya no hay porque temer: tenemos ya medios para subsistir en la corte ¿que mas deseamos?... Los hemos encontrado pronto, sin calentarnos mucho las cabezas con inútiles disputas y largas discusiones, que nos hubieran empeorado, porque no puede haber acierto donde hay oposicion tenáz y sistemática ¿de que nos quejamos?... Demos gracias á nuestra buena union, á nuestra franqueza, á nuestra buena fé; porque si entre nosotros hubiese habido apego á nuestro propio dictámen, reserva en alguno, ú otras miras

en otro, no hubieramos convenido en un siglo, nos habriamos dividido, y teniendo el remedio en la mano, no nos habriamos aprovechado de él. Porque el demasiado amor propio es el mayor enemigo de la razon, y el que contribuye mas á engañarnos que los artificios de los demás: y los intereses particulares han dañado, y dañarán siempre á los consejos públicos, porque hacen que se olviden con facilidad estos. Así ya que hemos sido tan felices que hemos acertado tan pronto y tan bien, pongamos en ejecucion nuestra industria. Yo se hacer de trapos viejos, nalgas para señoras, y pechos para hombres. Cabalitamente nos favorece la fortuna con las habilidades que poseemos: aunque esta noche nos quedemos sin cenar, y mañana no tengamos que almorzar, luego no nos ha de faltar. Las cadenas son muy estimadas aunque sean de hierro, y pesen mucho; por lo mismo es mercadería de mucho gasto. Los mondadientes es tambien género de necesidad que tiene salida; porque abundan los cocodrilos ó caimanes, y estos necesitan mondadientes. Ya saben VV. que en los dientes del cocodrilo se entremeten muchas briznas de la carne que ha comido, que le dan mucha pena; y que hay una avecilla llamada por los antiguos *Trochilus*, la cual abriendo el cocodrilo la boca, hace de un camino dos mandados, que es mondar á él los dientes, y mantenerse ella con lo que de ellos saca. Nosotros como pajarillos tenemos que hacer ahora otro tanto que la avecilla *Trochilus*, y mantenernos con lo que saquemos de los mondadientes que nos compran tantos cocodrilos como hay. El Bachiller Eleuterio ha dicho que sabe hacer juguetes para muchachos: tambien es esta buena mercancia, porque los muchachos dan cuanto tengan por un muñeco. De las caderas para mugeres, y pechos para hombres, no hay que hablar, porque ya ven VV. en todas partes que son estas dos cosas de primera necesidad. Por lo que, el genio del dia es favorable á nuestra industria, puesto que los productos de esta se acomodan bien al gusto y circunstancias del pais en que hemos de venderlos.==

== Todo está bien pensado, dijo el Bachiller Nicasio; pero encuentro una dificultad muy grande, que es necesario hacer gastos para proporcionar las primeras materias, y nosotros carecemos de capital, y sin este nada podemos hacer; porque sola la

industria no es bastante para producir los productos. Esta se hubiera visto reducida siempre à un estado de inaccion, si el hombre industrioso no hubiese poseido de antemano ciertos productos. =

= No me opongo à lo que dice el Bachiller Nicasio, contestó el compañero autor del proyecto. Pero no tratamos ahora de empresas en grande que necesiten muchas anticipaciones: pensar en esto, sería pensar en un cuasi imposible no habiendo facilidad de poderlas hacer; y aun contando con algun dinero, no deberíamos hacerlas, à no ser con mucho desahogo: pues aunque los planes estén bien pensados, y sean ventajosos, si por alguna causa son impracticables, se hacen en su ejecucion perjudiciales. No conviene apurar las fuerzas de una vez, y quererlo todo à un tiempo; porque el que mucho abarca, poco aprieta. Al convaleciente que la larga enfermedad le tiene debilitado y por lo mismo sin fuerza suficiente para hacer la digestion de los alimentos de que es capáz un sano, no se le deben dar sino muy poco à poco: y con mas razon esto, quanto que el estómago habituado à otros alimentos mas digeribles estrañaría los otros aunque mas sustanciosos. En este caso nos hallamos: y así es necesario empezar por cosas faciles que nosotros podamos digerir. Las que yo he propuesto me parece que lo son: la industria està en nosotros; y las primeras materias abundan, y no necesitamos comprarlas. Solo les falta el trabajo, y si no nos ponen alguna traba, à buen seguro que mañana ya tenemos dinero. El Bachiller Eleuterio cargando de barro que hay aquí en este campo en abundancia, ya tiene la primera materia, y esta misma noche puede hacer una veintena de santitos bonitos que à real que se vendan mañana cada uno, son veinte rs. que sacarán menos los italianos. El otro compañero que hace mondadientes, puede ir recogiendo los huesos que se encuentre por las calles, y esta noche hará lo menos cuarenta mondadientes, que à medio real que se venda cada uno, son otros veinte rs. que entrarán menos en Alemania. Yo que sé hacer caderas y pechos, iré recogiendo los trapos que halla por las calles, y labandolos bien, y uniéndolos unos con otros si son pequeños, haré todas las noches media docena de cada cosa, y à peseta que venda cada par de caderas, y pechos, son doce peseta que

embuchetarán menos, las modistas francesas. El que sabe pintar, dibujará con almagra y otras tierras, y con jugo de flores de varios colores que hay muchas ahora en el campo, unos doce figurines cada noche, que vendidos à real cada uno, se les priva á los Ingleses de esta ganancia. Y para que las demas mercaderías tengan mas pronta salida, se pone un letrero muy grande con letras gordas á los figurines que diga son de la última moda, y recién llegados de Inglaterra y de Francia. De este modo corre la noticia, y á la novedad corren todos, y se apresuran ansiosos á comprar figurines. Estos han de estar pintados con muchas cadenas y sortijas de pelo y cerda: los que representen hombre con muchos pechos y un mondadientes en la boca; y los que figuren hembra, con muchas caderas: y de este modo todos se darán prisa, los hombres á comprar pechos y mondadientes, y las mugeres caderas, cadenas de pelo y sortijas de cerda: y para que no falte pelo con que trabajar, se pintarán pelonas á las mugeres, para que así se corten todas el pelo, y no falte primera materia.

Aprobado por unanimidad este plan para poner en ejecucion el otro, entraron en Madrid muy alegres, y luego se acomodaron en una guardilla de los barrios mas retirados. Cuando llegaron, ya llevaban barro que cogieron en el Manzanares, huesos y trapos que se proporcionaron en el camino, y una cola de caballo que cortaron à uno de Guardia de Corps que había muerto, sin que tampoco les faltase pelo, porque recogieron el que se habian arrancado riñendo dos manolas. Por manera, que todos pudieron ocuparse así que llegaron, y toda la noche la pasaron trabajando; por la mañana del otro dia ya sacaron á la puerta del Sol sus mercaderías, que muy pronto vendieron: porque el pintor se dió tales trazas y se esmeró tanto que sacó los figurines mas bien plantados y pulidos que hasta entonces no se habian visto otros mas bien dibujados en la corte. Tal fué la fama que adquirieron en breve tiempo, que si media onza pide por cada uno en los primeros dias, á media onza los vende. Pero sacó bien el fruto de las dos primeras noches de trabajo, vendiendo cada figurin á duro. A esta proporcion se vendieron tambien las otras mercancías de santos bonitos, cadenas de pelo y sortijas de cerda, mondadientes, caderas y pechos,

dando valor á todas estas cosas los figurines. De todo lo que vendieron en ochos dias, sacaron mas de tres mil rs.

Pero estas ganancias no duraron mas que este poco de tiempo; porque fué tan poderosa la liga que se formó contra ellos, que aguaron la prosperidad de los industriosos estudiantes. Los franceses, ingleses, italianos, modistas de esta parte, modistas de la otra, todos considerándose ya perdidos con los adelantos de la compañía estudiantina, entraron en zelos y cuidados, y formando alianza unos y otros estrangeros que vivían con los caprichos y necesidades de los españoles, se conjuraron tan mañosamente contra los escolares, que tuvieron habilidad para arruinarlos. Verificándose en esto aquella sentencia que por inscripcion está puesta sobre una fuente de la ciudad de Palermo. cuya inscripcion dice así= *Quien alimenta estrangeros, se come á los suyos.*

Tal fué el peso de los impuestos que cargaron sobre la industria estudiantina, que la ahogaron. Y no fué este grande daño solo: el mas sensible fué la desunion de los mismos escolares, que en vez de unirse mas en la ocasion crítica, se desazonaron tanto que, partiendo las ganancias, se salieron de la corte tomando cada uno diferente direccion; menos Eleuterio que se quedó practicando sus diligencias en Madrid. Un interés adelantó á esta compañía, y otro interés de otro género la destruyó.

¡ Poderoso interés !... Nada te se resiste, cuanto intentas, otro tanto alcanzas, todos te adulan todos te inciensan, hasta los Reyes te hacen homenaje. Lo que tu dices, es la verdad: lo que tu aconsejas, es lo mejor: lo que tu dispones, es lo mas acertado; tu eres solo en el mundo, y tu solo te bastas. Pero aunque tanto puedes, con tu mismo poder te destruyes, sin conocerlo; pues prefieres ser cinco por el momento, por no aguardar à valer cuarenta mañana.



CAPITULO 8.

*Sule Eleuterio de Madrid hecho Abogado:
y se cuentan los varios y divertidos sucesos
ocurridos en la primera jornada.*

Así que Eleuterio recogió el título de licenciado, y que le aduanó con ecsamen de su bolsillo, sin atender á sus tripas que gruñían como una manada de cerdos, y con mucha razon porque eran las dos de la tarde cuando salió de la aduana y cumplian veinte y cuatro horas sin echarlas de comer, se puso en menos de dos credos desde la calle de Alcalá en la de S. Gerónimo. En la puerta del meson de los huevos, parador de los extremeños, hizo alto con un sonido tan estruendoso dentro de su vientre, que asustó á los mozos de cordel y caleseros que á la puerta de la posada estaban esperando quien los ocupara. ¡Qué ruido tan estrepitoso sería el que hiciesen las tripas de Eleuterio para asustar á corazones tan tiernos!.. Lo que yo puedo asegurar como testigo de vista, que cuando Eleuterio pasó por la puerta del Sol parecía un barco de vapor segun el ímpetu y estruendo que llevaba pareciendo el rugido de sus tripas al ruido que hace la màquina del vapor cuando camina. Encontró en la posada lo que deseaba, que era un ordinario que le condujese á Estremadura, y que estaba preparándose para salir al día siguiente; porque si bien Eleuterio no tenía equipaje que conducir, y era tan andarín como un valenciano, sin embargo le pareció que debía caminar de otro modo, por no desacreditar la

ilustre facultad que ya profesaba, aunque no dejaba él de conocer lo desacreditada que estaba por el modo de caminar en los asuntos, muchos de sus compañeros. Se ajustó con el ordinario, y convinieron en que al otro día á las diez de la mañana estaría Eleuterio en el puente de Segovia, donde saldría aquel con la galera que tenia que cargar en otra parte.

No faltó Eleuterio al sitio y hora convenida; paseo abajo y paseo arriba, ya se arrima aquí, ya se para allí, y el ordinario sin llegar, las horas pasaban. Incomodado estaba Eleuterio con tanto esperar, y con razon, porque hambre y esperar hacen rabiar, y ya sentía no haberse marchado solo y á pié. Cansado de tanto esperar, ocupó su imaginacion en hacer calendarios, preguntándose así mismo. = Y bien Eleuterio ya tienes el título de licenciado pasado por todas las aduanas, y por la de Madrid, por aquel edificio tan grandioso y magnífico que está en la calle de Alcalá: ya no tienes porque acongojarte. Ciencia otros que tienen menos que tú, han adquirido muy pronto el crédito de Jurisconsultos, y ganan muy buenas pesetas ¿que temes ya? = Estas reflexiones le distraían haciéndole menos fastidiosa la incomodidad de esperar tanto á la galera, y alegrándole daba un paseo con mucho tono de licenciado y echaba un cigarro con aire magistral. Pero luego venía á interrumpir su alegría aquel adagio que dice = *Fortuna te dé Dios hijo, que el saber poco te basta.* = Esto volvía á poner de mal humor á Eleuterio, haciendo el siguiente silogismo. = Es así que yo no tengo fortuna, luego no me sirve el título, ni me bastan las letras, por consiguiente no puedo confiar ni en lo uno, ni en lo otro.

Con este silogismo desmayaba, y dejando de pasear, se arri-maba á las paredes del puente tan cabizbajo á chupar el cigarro que luego se le apagó por el desaliento con que fumaba. Vino luego á su memoria otro adagio que dice = *Al hombre osado la fortuna le dá la mano.* = Este adagio le dió aliento, porque recordó un catálogo de hombres que sin mas que su osadía favorecida por la ocasion se habian elevado al mas alto rango. Con esto Eleuterio volvió á levantar cabeza, y encendiendo el cigarro con mucha gentileza empezó á pasearse con tal talante que parecía un segundo Pirro. Mas ; oh fatal situacion la del desventurado!... No solo le atormenta el mal presente, sino los

futuros trabajan su imaginacion, le afligen y quitan el sosiego. Pocos minutos pasaron sin que Eleuterio volviese á entristecerse, porque vinieron á su memoria otros adagios de fatal pronóstico. Si como está en la mano del hombre el acordarse, estuviera tambien el olvidarse, padecería menos.

Ya quiso Dios que llegase la galera al puente de Segovia, donde paró para acomodarse la mucha gente que llevaba. Cada viajero se acomodó en ella lo mejor que pudo; y poniendo cada uno á su lado la merienda y bota, el que la llevaba, el ordinario se subió al pescante, y dando la voz preventiva de *chiquitas*, pronunció en seguida la ejecutiva de isaaaa... dando al mismo tiempo un fuerte latigazo con lo que las mulas empezaron á galopar, luego à trotar, á poco al paso regular, y por último hasta que las mulas cogieron el paso suyo natural, que era el de unas mulas viejas y cansadas. Todos iban en silencio, y lo mas que hacían era mirarse unos á otros, de modo que parecía llevar algun cuerpo muerto y que iban haciéndole el duelo, porque hasta el mayoral de la galera que iba hecho un patriarca muy sentado en el pescante, así que las mulas tomaron el paso regular, cruzó los brazos, bajó la cabeza, cerró los ojos, y durmiéndose abrió las narices para roncar. No duró mucho este silencio: la gente empezó á cansarse, y ya uno se mueve de aquí, ya otro de allá; ya á una le dà gana de verter aguas, ya à otra de descargar el vientre: ello fué que el mayoral abrió los ojos gruñendo, y esperezandose hizo parar las mulas; bajaron los que tenían necesidad de bajar, y hecha la diligencia se volvieron á subir á la galera, y acomodarse de nuevo. El mayoral dió las voces de ordenanza y latigazo correspondiente, y las mulas hicieron lo que siempre.

Cuando ya llegaron al paso regular, el mayoral subió à la galera, sentóse bien, y echando mano à unas alforjas dijo = Señores, ya me parece que es hora de desayunarse. A esta indicacion todos echan mano á sus alforjas, y el que no las llevaba, à un trapo atado donde guardaba la merienda; por manera que figuraba una revista de ropa por la prontitud y uniformidad con que se ejecutó aquel movimiento tan igual, que los soldados mas veteranos al quitarse la mochila para ser revistada por los gefes, no lo harían mejor. Es verdad que luego para abrir las

alforjas y sacar de ellas la merienda, no fué el movimiento tan pronto y simultáneo. Y yo creo que este entorpecimiento pudo consistir en que siendo preciso, siguiendo las reglas del bien parecer, el que cada uno ofreciese la merienda y brindase con ella á los demás, todos estuviesen cortos en hacer estos ofrecimientos, y sin duda les daría vergüenza, unos por falta de expresiones bastantes para ofrecer, y otros por no tener mucho que ofrecer. Por último, ya uno cogió de su merendera una gallina muy gorda y muy entendidamente guisada, y trinchándola muy pulidamente, dió la pechuga con mil flores y requiebros á la mejor parecida de las damas que en la galera iban, y con las otras repartió lo demás de la gallina, bautizando á cada una ya con el nombre de Venus, de estrella, de lucero &c. Despues cogió un trozo de carne, y lo repartió entre los hombres; y en seguida de un brinco saltó al campo.

Todos los que iban dentro de la galera se asustaron creyendo le hubiese sucedido algo. Mas el mayoral les dijo no tuviesen cuidado, que estaba un poco falto de juicio aquel caballero, pero no tan perdido que no se le pudiese tolerar. Que él le habia llevado muchas veces desde Talavera de la Reina que era su pueblo, á Madrid; y ninguna vez le habia dado que hacer, y sí mucho que reir. Y pasado un largo rato volvió el que se tenía por loco, á subir á la galera con la misma ligereza que habia bajado. Le preguntaron porque se habia echado fuera de la galera de aquella manera tan espuesta que pudo haberle causado un grave daño. A lo que contestó, porque no tuviesen vergüenza en comer delante de él. Entonces la dama mejor parecida le dijo= Por esa razon que V. dà, toca ahora à nosotros salirnos de la galera para que V. tampoco tenga vergüenza en comer, supuesto que nada ha comido.= No tengo gana alguna, la contestó el loco, estoy muy satisfecho con contemplar vuestra hermosura, madama.= Esta bajó los ojos, y con voz meliflua, dijo= favor que V. me hace, caballero, y poniéndose el pañuelo en la boca, hizo como que la daba tos.= A esto otra señora ya de edad, pero muy petimetra aunque muy fea, que tambien iba en la galera, y llevaba puesto un gorro muy fino y cargado de plumas y flores que resaltaban mas con la ancha cara de la señora, sus narizes de nabo, sus

ojos de lagarto, y su boca de esporton, que por lo que tenía de muger parecía Calisto convertida en Osa, con mas envidia que mil, dijo en ocasion que tosía la otra. = Señor caballero, hasta ahora no hemos tenido el gusto de saber como V. se llama, si V. quiere espíritus aquí los llevo yo, y tambien llevo azúcar candé para madama Juanita: de todo voy preparada, porque como he caminado mucho, sé lo que pasa en el camino cuando vá mucha gente reunida de todas edades, secsos y condiciones; que á unos les dá dolor de corazon, otras se constipan, y así otros ataquillos que suelen dar; y por lo mismo yo voy siempre prevenida para estos casos que son tan frecuentes en los viajes. =

= Señora, yo tampoco tengo el gusto de saber cual es vuestro nombre, pero creo corresponderá á vuestra, sino alta, ancha persona, contestó el loco; yo agradezco vuestros ofrecimientos; y por ahora no me parece que madama Juanita necesita de vuestros remedios, ni yo tampoco tengo necesidad de ellos; porque ni Juanita está constipada, ni yo con dolor de corazon, como V. se ha creido. Si V. se siente de algun mal, puede aplicarse esos remedios que sus muchos años le han dado á conocer, y su mucho andar por el mundo la han puesto en necesidad de usar de ellos. Yo me llamo D. Eduardo Peñafiel, servidor de las animas benditas, de las que soy muy devoto, que á las malditas las odio con todos mis cinco sentidos. =

= Y V. Sr. D. Eduardo, preguntó la señora de los remedios que iba junto à él sentada, ¿ ha visto alguna vez las animas benditas y malditas? =

= Si señora, y ojalá que nunca hubiese visto à las últimas; y ahora me parece que estoy viendo muy cerca de mi una muy maldita. =

Y al acabar de decir esto se levanta aceleradamente dando un fuerte grito y diciendo que le querían aprisionar para asesinarle, se fué á sentar al lado de Doña Juanita. Los de la galera que ya estaban prevenidos por el mayoral y sabían la enfermedad de D. Eduardo, se reían á mas no poder, menos la señora de los remedios ó Doña Osa que se quemaba interiormente con la colera que la ahogaba, tanto que no pudiendo

sufrir, dijo con enfasis. = Vaya que el Sr. D. Eduardo parece un condenado en los infiernos, ó por lo menos que ha estado alguna vez en aquellos lugares de condenados, y algun diablo mógicaco se enamoró de él, y le vino persiguiendo sin dejarle sosegar en este mundo que nosotros habitamos. =

= Habeis acertado, señora, contestó Eduardo; en nada de cuanto acabais de decir, os equivocais. Yo he estado en los infiernos; y allí se enamoró un demonio de mí, tanto que, luego que salí de aquellos tenebrosos países, salió tras de mí el demonio enamorado, y no ha dejado de perseguirme y atormentarme en cuantas partes he estado; y hasta en esta misma galera ha venido á perturbar mi sosiego, y porque lo desdeño, me quiere asesinar. Pero tengo un Angel que me quiere mucho y me defiende, y es tan parecido à Doña Juanita que parece el mismo Angel de mi guarda. =

Y diciendo esto, dà otro fuerte grito, que me coge, que me coge, que me quiere llevar, decía, que me quiere asesinar el demonio enamorado: ampárame y defiéndeme Angel mio. = Y abrazándose á Doña Juanita que estaba á su lado, se mantuvo abrazado à ella un buen rato. Los de la galera, risa y mas risa, y la señora Osa rabia y mas que rabia; tan llena de cólera estaba que 20 botellas del vomipurgativo de Mr. L. Roy no habrían sido bastantes para hacerla arrojar toda la que tenía; y así es que con corage dijo = Un loco hace cientos: antes no iba mas que uno en la galera, y ya todos los que aquí van se han vuelto locos. =

Eleuterio que no habia hablado una palabra, la contestó entonces diciendo = Señora procuraremos por su buen juicio de V., y para que V. no le pierda volviéndose loca como V. dice nos hemos vuelto los demás, el Sr. D. Eduardo la distraerá refiriendo alguna historia diwertida ó novela, y yo le suplico que cuente lo que le pasó cuando estuvo en los infiernos, y de este modo nos divierta mas =

= Con mucho gusto, dijo D. Eduardo, contaré á VV. lo que ví en los infiernos: estadme atentos; y si alguna cosa refiriese que parezca imposible é inverosímil, no la creais, sino quereis creerla, porque en esto de creencias cada uno tiene las suyas, por mas que aparenten algunos tener las de otros

cuando les conviene creer como ellos. Yo cuando entré en los infiernos era de noche y llevaba mucho miedo, y por consiguiente no es extraño que las cosas que ví, unas me pareciesen pequeñas y otras mayores, que para mí todas fueron muy grandes y muy estupendas; porque el mismo miedo sin necesitar de antejo de larga vista las presentaba à mi imaginacion muy abultadas.

CUENTA DON EDUARDO LO QUE VIÓ, Y LE PASÓ EN EL INFIERNO.

Luego que llegué á los infiernos, cuyo viaje hice sin gasto alguno, y sin necesidad de entrar en la barca de Caron, por haber pasado los rios Acheronte, Cocito y lago Estígio volando montado en un aguila, me salió á recibir à la puerta, donde el aguila me dejó, un amigo que tenía en los mismos infiernos de ayuda de cámara del demonio principal, que por eso dice el adagio, que bueno es tener amigos aun en el infierno. El amigo me presentó á su amo, que creo era lucifer príncipe de los demonios; y así que le ví, empecé á temblar tanto que, si mi amigo el ayuda de cámara no me sostiene, me hubiera caído, y ya que en este mundo no he tenido celebridad, hubiera dado golpe en el infierno. ¿Y cuantos por darlo en este mundo, lo dan tambien en el reino de los demonios? Muchos son los que por hacerse célebres, se condenan; y entonces dan golpe aquí, y allá.

El amo de mi amigo era la figura mas horrible que puede imaginarse. Tenía una cabeza doble mayor que la de un Elefante; sus cabellos eran serpientes enroscadas; la frente guardaba proporcion con su enorme cabeza, y con tres ojos en la misma frente como tres bolas de fuego; las narices no parecían narices, sino caños de una fragua; su boca era como ventana de calabozo; los dientes como quijadas de lobo cada uno; en fin su

cuerpo era como el de una serpiente cubierto todo de escamas, tan trabadas que cerraban la entrada al aire. Su estornudo era un relampago; sus ojos vermejeaban como los albóres de la mañana; de su boca salían llamas como teas de pez encendidas; de sus narices salía humo como el que sale de un horno de cal; y con su resuello hacía arder las brasas.

Así que me vió, me preguntó si llevaba pasaporte y carta de seguridad. Le respondí temblando que no. ¿Y quien no tiembla á presencia de los demonios? Muy bien, me dijo con una voz como un trueno, ni te hace falta viniendo acompañado con mi favorito el ayuda de cámara: á mas que en estos tiempos las cartas de seguridad y pasaportes no se han impreso para los hombres de bien, sino para los ladrones y asesinos que son los que mas caminan: y por otra parte tampoco en el infierno se necesitan pasaportes, ni otras seguridades, porque como no hay redencion para los malos, todos quieren ser buenos. Vaya dá una vuelta por los infiernos, me dijo, y el gran Pluton te guie.

Y sacándome agarrado para que no me cayera mi compañero el ayuda de cámara de lucifer, me llevó á otra estancia donde me lavó los pies y las piernas con un agua como azufrosa, y con aquel lavatorio dejé de temblar, y me sentí mas animoso. En seguida entramos en aquellas mansiones tenebrosas, llenas de horribles y espantosas quimeras, herizándoseme otra vez los cabellos á oír la desordenada gritería de infinitas voces lúgubres entre el sonido de los martillos de los verdugos atormentadores. Allí ví á unos cuantos hombres juntos sentados en sillas de hierro hechas fuego, no como la de los ministros de los Reyes de la tierra, que estas tienen almoadones que se pegan, y aquellas no los tenían y que un demonio les daba un vaso lleno de hiel, haciéndoles fuerza para que la bebiesen, y diciéndoles = *Bebed esto en lugar de las bebidas y refrescos que tuvisteis en vuestras saturnales funciones á costa de los pueblos que saqueasteis cuando gobernabais en la tierra.* = Llegáronse luego otros dos demonios con una trompeta cada uno, y soplándoles en los oídos, le salían por ellos, por los ojos y narices llamas de fuego; y les decían = *Esto sea por los cantares insultantes con que os complacisteis atormentando á los*

hombres de bien, y por las delaciones con que calumniasteis al inocente.— Pusiéronles en seguida unas serpientes al rededor del cuello y de los brazos, diciéndoles— *Esto sea por las cadenas y grillos con los que tuvisteis aprisionado al justo.*— Llegó otro demonio con un tintero lleno de alquitran y una pluma de hierro hecha ascua, y empezó á escribir en las caras de aquellos condenados, y les dijo— *Esto sea por los informes y representaciones que hicisteis en contra de los buenos patriotas.*— Los condenados con la fuerza de los tormentos daban fuertes aullidos, maldecían á Dios, y blasfemaban contra él: maldecían el dia en que nacieron, el padre que los engendró, y á la madre que los parió.

Entramos en otra parte, y ví á otros condenados metidos en un estanque de fuego daban fuertes bramidos, y uno de ellos decía— *¡ cuando me sacarán de aquí!*— Y el demonio le contestó— *Vaya por cuando tu estando de Juez en la tierra detentas de profeso y con malicia los asuntos de los pobres por causarles mas perjuicios de los que ya les habias causado con tus injustas providencias.*— Otro de los condenados se quejaba tambien, y preguntaba con el acento de la desesperacion.— *Y yo porque estoy aquí penando tan indebidamente.*— Y el demonio le respondia— *Porque cuando estabas en la tierra te veía rezar haciendo ostencion de un rosario muy lujoso con cuentas muy gordas llamando la atencion, y luego te ví que en Sevilla asesinastes á uno que era mas pio y religioso que tú que estás aquí ahora padeciendo por hipócrita.*— En fin todos los condenados desesperados y blasfemando, clamaban porque los sacasen de aquellos lugares, y decían— *¡ No hemos ya purgado bastante nuestras culpas?*— No, contestaban los demonios, este no es el purgatorio; es el infierno donde estais y donde debeis vivir eternamente: luego que vuestro cuerpo se haya purificado en el estanque de fuego y azufre, sadreis de él para ir á padecer las penas de daño, ó del alma. *Y este baño sea por tan injustas impurificaciones como hicisteis cuando erais Jueces calificadores en la tierra.*

Pasamos á otro lugar del infierno, y ví en él lo mismo que Sta. Francisca Romana reparó cuando llevada del Sto. Arcángel Rafael fué á ver las penas que se sufrían en el infierno:

que entre varios pecadores con diversos modos atormentados, los Sacerdotes que habiéndose apartado del camino del Evangelio que tanto recomienda la humildad, la paz, el amor al prójimo, y la caridad para con todos los hombres, se habian portado en la tierra de un modo contrario á los divinos preceptos; los ví metidos en tinas de pez y azufre hirviendo, y que otros eran estendidos sobre camas de hierro ardiendo llenas de agudos clavos, y que los demonios con horquillas agudas los traspasaban; que todos los que tenían el sagrado caracter eran degradados por los ministros infernales, y cabeza abajo eran arrojados en una fosa profunda horrible por la obscuridad, edor, é inmundicias, y que con tenazas de hierro eran forzados á entrar en un tenebroso horno; que á otros arrancaban los ojos, orejas, y corazones, y los ponian en medio de pederuales hechos un fuego.

Por último, horrorizado yo con tanto como habia visto, y temiendo que los demonios me echasen mano por alguna equivocacion, porque si en la tierra un error produce males sin cuento, en el infierno una equivocacion producirá un mal eterno, temiendo yo esto ya porque se les figurase que yo era uno de los condenados, ó ya porque pensasen que yo me complacía en ver padecer á aquellos desgraciados, y por consiguiente que era digno de pena por tan cruel sentimiento, le dije á mi amigo el camarista me sacase del infierno que ya habia estado bastante en él, y para visita era suficiente tiempo. En efecto, mi amigo aunque con repugancia, porque quería que estuviese mas con él, me sacó por unos callejones tan estrechos que teniamos que ir uno tras de otro. De manera, que yo yendo detrás me agarré tan fuertemente á él, que no le dejaba andar: pero el miedo que yo tenía creyendo que los demonios venían tras de mí, me hacía dar tales empujones para adelante que así nos pusimos en poco tiempo en una de las puertas, no por la que habia entrado sino por otra donde me estaba esperando un Angel tan hermoso como Doña Juanita que poniéndome en sus alas me sacó luego de tierra de los infiernos. El miedo que yo tenía de que algun demonio viniera detrás de mí, no era un miedo infundado; porque uno de aquellos diablos se enamoró de mí, y luego que supo que yo habia salido de los in-

fiernos, salió el tambien en busca mia, y no hace mas que perseguirme. =

Y dando un grito el loco al concluir de contar su viaje à los infiernos, se volvió á abrazar de Doña Juanita, y mirando á la señora de los remedios, decía á toda voz: que veo venir al demonio, que me coge, que me lleva, ampárame Angel tutelar mio. = Y á todo esto mas apretado abrazo daba á Doña Juanita.

Todos los que en la galera iban, menos la señora Doña María ó la de los remedios que rabiaba, los demás llegaron muy divertidos á Móstoles, no habiendo podido abanzar mas, lo que no le pesó á Eleuterio pues temía hacer noche en Navacarnero acordándose de lo ocurrido en el mismo pueblo con él y sus compañeros los estudiantes cuando el lance de los ratones á su paso para Madrid, y conocía que si le veían, lo habia de pasar mal; por lo que dió por muy bien empleado todo el tiempo que estuvo esperando á la galera en el puente de Segovia desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde. Así no hay mal que por bien no venga, y tal debe ser, para que con una sensible comparacion conozcamos el mérito de las cosas buenas y nos aficionemos á ellas.

Luego que llegaron al pueblo de Móstoles, mientras preparaban la cena y disponían las camas, salieron juntos todos los viajeros á pasear por el pueblo, y D. Eduardo loco ó no loco con Doña Juanita de bracerero. Los dos iban solos delante hablando, y la demás gente detrás de ellos, de modo que D. Eduardo y Doña Juanita parecían dos grandes señores, y los otros la corte. Y así lo creyeron muchos del pueblo, y como la curiosidad sea tan natural à todos, y se incite mas por las circunstancias de algunas épocas en que todos están interesados, cuando aquellos se retiraron á la posada, la encontraron llena de gente que habían ido á ver y á ofrecerse á los que tenían por grandes señores. Y D. Eduardo que no tardó mucho en adivinar lo que significaban aquellas visitas de los vecinos de Móstoles empezó á darse tono, y aprovechando la ocasion de estar todos en mucho silencio ecsaminando atentamente á los huéspedes, dijo á Doña Juanita con voz ni muy alta ni muy baja, pero con gravedad y en un tono que pudieran oírle todos.

Serenísima y escelsa señora; por lo que veo en esta posada, me temo que mala cena y peor cama vais á tener esta noche. Mejor os hubiera estado, no haber salido de Madrid quedándoos disfrutando de la comodidad de vuestros Reales Palacios y alegría de sus jardines: ya sabeis la causa que motiva mi viaje, y las razones que tengo para caminar de este modo tan contrario á nuestro rango; no puede ser caminar de otro modo, porque así conviene al Rey, á nosotros, y á todo el reino; y si vuestra alteza no se hubiese empeñado, ó por mejor decir, si el amor que me profesais como esposo vuestro no fuera tanto que, todo lo llevais con paciencia por el gusto que teneis en acompañarme, no trairía yo para mi servicio mas que un solo criado.==

La Doña Juanita que era muy discreta, contestó en el mismo tono, y en iguales términos diciendo== Serenísimo señor: todo para mí es gloria estando á vuestro lado: ni el frio, ni el calor, ni las malas comidas, ni las duras camas, nada siento estando en vuestra compañía. No habría estado tan bien si me hubiese quedado en Madrid. Vuestra ausencia despues de haberme hecho derramar un torrente de lágrimas, me hubiera martirizado sobre manera, y hecho caer en una mortal melancolía que me habría llevado al sepulcro. Por lo que, esposo y señor mio, no teneis que afligiros por mí, que yo voy muy gustosa y bien hallada en vuestra compañía.==

Los vecinos de Móstoles que oyeron explicarse de aquel modo á D. Eduardo y á Doña Juanita, acabaron de convenirse que eran príncipes de la sangre real; pues aunque oyeron tambien á la señora de los remedios que murmuraba, no hicieron caso, y mas con esto se confirmaron en su pensamiento, por ser tan propio de las doncellas y familiares de los grandes señores forjar chismes, y murmurar hasta de sus amos. Pronto llegó á noticia del cura, del alcalde, y del escribano, y de todo Móstoles que los viajeros que habian llegado al pueblo metidos en una galera como si fuese una compañía cómica, no eran sino dos grandes príncipes y su servidumbre. El cura, el alcalde, y el escribano echaron á risa la noticia que les dieron ú oyeron de boca de algunos vecinos que aseguraban que D. Eduardo y Doña Juanita eran príncipes de la real sangre, ya

porque como mas entendidos no querían perder de su inteligencia creyendo como los demás vecinos, y ya porque habiendo el escribano tenido en su poder los pasaportes habia visto que cada uno de los que venían en la galera era de distinta familia y de diferentes lugares. Mas como luego llegase el sacristan, hombre de voto en consejo, y este dijese con la formalidad de hombre bueno, que él mismo habia oido la conversacion que los dos Príncipes habian tenido por mas que se reservaban de hablar, reserva que les descubría mas; y como por otra parte el cura se acordase de haber leído que en otro tiempo los Reyes y Príncipes eran mas activos y que disfrazados veían con sus propios ojos lo que en sus reinos pasaba; y como por último el alcalde hubiese recibido órdenes, que segun la inteligencia del escribano que habia estudiado lógica por el P. Goudin, y no se le habia olvidado hacer silogismos *en bárbara celarent darii ferioque*; y como las mas de las órdenes sean como los pronósticos de los agoreros y profecías de las adivinas que tienen toda la aplicacion que se las quiere dar, y se interpretan como se quieren cuando la voluntad no es conforme con la ley, ni la ley con los principios, el escribano pues entendía que aquellas órdenes tenían mucha relacion con los Príncipes que viajaban de incógnitos, é interpretándolas á su modo lógico, sacaba por consecuencia y no dudaban ya tanto él como el cura y el alcalde, que D. Eduardo y Doña Juanita eran Príncipes, que obligados á celar por el bien del reino y por comision del Rey, caminaban disfrazados para visitar los pueblos, y enterarse mejor de las dilapidaciones de los administradores de las provincias, como intendentes y demás funcionarios públicos.

Y bien pensado, el cura, el alcalde, y el escribano no calculaban mal, porque habia motivos muy bastantes y datos muy fijos para calcular de aquel modo. Y como la familia real era entonces tan numerosa, no era extraño que no conociesen á todos apesar de vivir tan cerca de la corte: porque? cuantas personas habrá que viviendo en Madrid, no conocerán á todas las personas reales, por no haberlas visto en su vida? Lo cierto es que así como aquellos pensaron, así obraron. El escribano quedó encargado con el sacristan de adornar la mejor habitacion

del cura con las colgadas de la Iglesia y plata de ella: el ama del cura muger del sacristan, de preparar la cena á los Príncipes; y el cura con el alcalde tomaron el cargo de pasar á la posada á rendir vasallage á los nuevos Príncipes.

Favoreció mucho para continuar mas en el engaño, que unos que acompañaban al cura y al alcalde habian estado antes con el sacristan en la posada, y oido lo mismo que este oyó á D. Eduardo y á Doña Juanita, y habian visto á mas que los otros viajantes trataban con diferencia á los dos, y que uno habiéndose acercado con mucho respeto les dijo, que ya estaba el cuarto preparado para que lo ocupase el Angel custodio Reina de las mugeres. Con esto el cura y el alcalde se acabaron de convencer que D. Eduardo y Doña Juanita eran Príncipes; pues siempre que formamos esperanzas en alguna cosa por el provecho que nos puede resultar de ella, el interés entonces promueve nuestros deseos, los deseos producen las ilusiones, y las ilusiones nos hacen ver las cosas como ciertas, y hacer lo que hizo el cura y el alcalde de Móstoles que llegando muy rendidamente á los figurados Príncipes, se hincaron de rodillas á sus pies. D. Eduardo y Doña Juanita mandáronles que se levantasen, y les preguntaron ¿quienes eran, y porque hacían aquello? =

= Excelsos Príncipes, contestó el cura, aunque vuestra humildad nos ha ocultado la grandeza de vuestras personas, y aunque nosotros primeras autoridades de este pueblo no hemos sabido llegar antes á postrarnos rendidamente á vuestros pies, lo hacemos ahora con el amor y veneracion que se merecen tan buenos y dignos Príncipes. =

= Que decís, señor cura, me habeis dejado pasmado con lo que he oido: nosotros no somos Príncipes; somos unos particulares que vamos de viaje, y cada uno lleva su negocio, y por cierto que con muy poco dinero. =

= Serenísimo señor, volvió á insistir el cura, no nos priveis de la felicidad que el cielo por extraordinarios medios proporciona esta noche á vuestros rendidos vasallos. Aceptad, señor, el pobre hospedaje que os tenemos preparado luego que tuvimos la dicha de saber que estavais en este pueblo. =

= Ya he dicho, replicó D. Eduardo, que estais equivocados.

¿No conoceis que si fuésemos Príncipes como os habeis figurado, caminariamos con mas ostentacion, en magnificos coches, rodeados de grandes del reino; seguidos de lucidas tropas, y nuestro viaje se habría anunciado con grande ruido y aparato?

— Señor, la humildad con que V. A. camina, os hace mas grande: por el valor, y por el amor á sus vasallos se hacen idolatrar los Príncipes: no tienen defensa mas segura que el amor de sus súbditos: la bondad y la justicia guardan al Príncipe, y son su mejor apoyo: el fausto quando la nacion está apurada, la acaba de arruinar. A mas que vos, serenísimo señor, como sabio caminais de modo que conviene camineis para ver por sí mismo los males que aquejan á la nacion, y conocer las causas que los produce, para poner el oportuno remedio.—

— Señores, dijo D. Eduardo, VV. se han empeñado en que esta señora y yo somos Príncipes que viajamos de incógnitos para así poder ver mejor lo que pasa en el reino; y yo no sé en que razon pueden fundarse para estar en tan errada creencia, quando razon alguna no hay para formar tan equivocado concepto de nosotros.—

— Si que hay, serenísimo señor, dijo el cura; y el señor alcalde y yo venimos á esta posada guiados por una estrella, al modo que los Reyes magos lo fueron por otra para ir al portal de Belen á adorar al Redentor; y lo mismo que ellos venimos nosotros ahora para adorar á VV. AA., y ofrecerles lo mejor de este pueblo que es lo que llaman caños de Móstoles. Nuestro empeño, no es empeño; es sí una obligacion con la que queremos cumplir, y lo hacemos con toda nuestra grande voluntad y mayor gusto. El de V. A. si que es empeño en querer ocultar lo que sabemos cuasi por inspiracion,—

— Pues señores, dijo D. Eduardo, si VV. se aferran en que somos Príncipes porque así lo creen, y cuasi por inspiracion dicen lo saben, seámoslo en hora buena. Tal vez lo seremos ignorándolo nosotros: muchos son hijos de Reyes sin saberlo ellos, y otros muchos son Reyes, sin ser hijos de Reyes. Así vamos donde VV. quieran llevarnos, pero con condicion de que nadie sepa que somos Príncipes: y desde ahora para en adelante protestamos de no querer usurpar derechos que no nos

pertenecen, para de este modo alejar responsabilidad que no es nuestra; y de esta protesta protestamos tambien que ha de darnos testimonio el escribano. =

Todo lo prometieron el cura y el alcalde quedando muy satisfechos y contentos con la resolucion de D. Eduardo, quien con Doña Juanita se regocijaban interiormente de la buena noche que esperaban tener á costa de la tontería y simplicidad de aquellos dos. Como en efecto así sucedió, porque ambos á porfia pusieron una abundante y rica cena, sin faltar cama adornada con todo primor, donde dormieron D. Eduardo y Doña Juanita como unos Príncipes.

En esto los engañados fueron los mismos engañadores: cosa que está sucediendo muy frecuentemente, por ser tan general engañarse los hombres así mismos con sus propias ilusiones que hacen nacer en el alma los deseos del corazón movido del interés. Y tan ingenioso es este que hace que el hombre calcule trayendo á cuenta hasta lo mas remoto en lo futuro. ¡ Mas cuantas veces se vé engañado en las esperanzas que sus calculos le hicieran concebir! ¡ y cuantas otras le hacen perder lo que ya posee! Las mas de las veces lo que se desea, hace perder la memoria de lo que se posee. Diganlo sino el cura, el alcalde y escribano de Móstoles que creyendo que D. Eduardo y Doña Juanita eran unos Príncipes, y calculando el provecho que podrían tener otro dia obsequiándolos, pues el cura empezó á desear y esperar lo que menos en una canongía, el alcalde en una administracion de provincia, y el escribano en una encomienda: gastaron los tres en la cena, almuerzo, y haspedage con que obsequiaron á los Príncipes, valor de las subsistencias de un año, quedándose sin jamones y vino en sus despensas, sin azúcar y chocolate en sus roperos, sin carbon en las carboneras, y sin pavos ni gallinas en sus corrales. Por lo que conviene mucho seamos contenidos en nuestros deseos, porque subiendo siempre de punto por fuerza han de pasar de la esfera de lo difícil, y entrar en lo que es moralmente imposible.

CAPITULO 9.

*Cuéntase lo que pasó en una posada de
Maqueda con un Fraile Dominicó
y otro Franciscano.*

La noche siguiente á la de Móstoles, Eleuterio, D. Eduardo y Doña Juanita, y cuantos iban en la galera, pararon todos en una posada de Maqueda, donde tuvieron que estar reunidos por no haber proporcion de otro hospedaje cerca, ni quien se ofreciese con su casa. Y ya porque llegasen tarde al pueblo, y fuera de hora para ser ecsaminados por la curiosidad de las gentes que los mas de los vecinos estaban ya recogidos; ó porque ni el cura, ni el alcalde ni el escribano de Maqueda fuesen tan simplones como los de Móstoles, se acabaron allí las regalías de D. Eduardo y de Doña Juanita, por no haber habido quien los eligiese Príncipes; y por consiguiente reducidos á la clase de los demás, tuvieron que pensar y ocuparse como los otros viajeros en los medios de pasar la noche lo mejor que fuese posible. Pero ya que les duró tan poco tiempo el principado, y que no tuvieron en Maqueda la dicha de que les confirmasen en sus títulos y señoríos, pudieron haber sido una cosa igual en aquella noche que paramos en Maqueda; porque D. Eduardo pudo haberse enganchado de fraile Gerónimo y Doña Juanita de monja. La fortuna les convidó con otra prebenda tan buena como el principado, favor que ellos no quisieron aceptar.

Fué el caso que como la jornada habia sido larga, y hacia bastante aire frio, se entraron en la cocina de la posada como oficina la mas abrigada, y donde tuvieron la suerte que aquella noche no habia mas huéspedes que ellos, y dos frailes que habian llegado un poco antes y estaban muy sentados calentándose en un rincon del hogar con una pantalla por delante para que el calor de la lumbre no les ofendiese las vistas. Estos dos frailes uno era dominicano y el otro franciscano. Ambos instaron á Doña Juanita luego que la vieron cansada y con frio, á que tomase asiento junto á los dos. Mas ella bien hallada con D. Eduardo no quería separarse de él, y como la oferta no se entendiese con este, Doña Juanita se negó. Los frailes volvieron á instarla con mas interés para que tomase asiento junto á ellos, y sin interrumpir el descanso en que estaban, esto es, sin moverse de sus asientos, con aquella calma y tranquilidad propia de conciencia de varones santos, dijo el dominicano. =

= Señora; nuestro principal deber es la caridad cristiana; despues de servir y amar á Dios, estamos obligados á servir y á amar á las criaturas. Nosotros siervos de Dios somos nos pobres que nada poseemos, y si poseemos es en comunidad y haciendo voto de pobreza que es lo mismo que no ser dueño de lo que se posee; pero con lo que tenemos, socorremos las necesidades de aquellas personas que nada tienen, ó aun cuando algo tengan, no tienen todo lo que necesitan; estas obras de caridad las hacemos con todo gusto y buena voluntad, y no las publicamos: y por este nuestro religioso silencio son tan apreciadas nuestras obras y tan deseadas. Nos critican y llaman glotones que vivimos de mogollon que en todas partes á donde vamos tenemos hermanos y hermanas que nos hospedan y mantienen: y ya ve V., señora mia, que esto no es tan cierto cuando hoy estamos con tanta incomodidad en esta mala posada sufriendo tanto, comiendo y viviendo á nuestra costa: y si en alguna parte hermanos y hermanas nos hospedan y dan de comer, tambien nosotros damos, y todo se compensa aunque no sea mas que con el gusto de tenernos en sus casas, en la que no dejamos de hacer alguna buena obra. Ahora vamos el R. P. fray Bartolomé de la orden de nuestro seráfico San

Francisco, que aquí está conmigo, á los capítulos generales que se celebran el de los franciscos en Alcalá de Henares, y el de mi órden de dominicos en Valladolid. Hasta la corte vamos reunidos comiendo juntos; pero esto no obsta para que vos señora nos acompañeis. La cena de esta noche reducida á jamon especiado, unas perdicitas, lomo conservado en manteca, alguna que otra mas friolera con algunos dulces, quisiera yo fuese mas abundante en otros manjares; mas tan escasa como ella es, y la estrechez de nuestras mangas dan de sí, mi gusto y mi mayor satisfaccion será que V. la disfrute, y yo suplico á V. muy rendidamente que se digne aceptar tan humilde y pobre oferta. Cama aunque mala como todas las que hay en las posadas, la mia será siempre la mejor, porque voy muy prevenido de sabanas muy limpias, y tambien llevo buenas mantas para el abrigo.= Yo igualmente, dijo el M. R. P. fray Bartolomé, ofrezco á V. señora con tan grande voluntad mi cama franciscana.= De aceptar, replicó el dominicano, elegirá la mia, porque en ninguna otra puede la señora dormir con mas gusto.= No tanto, no tanto, padre presidente, dijo fray Bartolomé, no es cosa tan averiguada en donde dormiría la señora mejor, si en la cama de V. ó en la mia.= Y tan averiguado que está, replicó el dominico, ¿que duda puede haber en esto sabiéndose y estando experimentado que la cama de un dominico es y ha sido siempre mejor que la de un fraile franciscano? Demostrada está à priori esta verdad.= ¿Y por qué razon ha de ser mejor la cama de un dominicano que la de un franciscano? Preguntó fray Bartolomé manifestándose un poco incomodado.= Porque la cama de un franciscano, contestó el otro, está siempre desaliñada.= Ya, dijo el franciscano poniéndose en pié y echándose la capilla para trás, lo que V. quiere decir con eso que nosotros los franciscanos olemos á cochambre porque somos muy desaseados: y yo le digo á V. que los dominicanos apestan á sebo.= Solo un fraile francisco puede decir tal herregía, replicó el dominicano levantándose con tanta prisa que con la prontitud que se levantó, empujó la pantalla cayéndola en la lumbre.

Tanto se iban ya alborotando los frailes, que Doña Juanita causa ocasional de la desavenencia de los dos reverendos, para

apaciguarlos medió diciendo= Señores: no puedo menos de sentir lo mucho que VV. se han incomodado por una bien pequeña cosa: y como yo, sin quererlo, haya dado motivo á la disputa, para que no pase mas adelante el cuento, hago la declaracion mas franca, esplicita y terminante, diciendo que agradezco mucho los ofrecimientos que ambos me hacen, les doy las gracias, pero que de ningun modo acepto ni la cama de uno ni la del otro. Yo poco que mucho tengo que cenar, y mala ó buena cama, la mia es para mí la mejor. Así escusense VV. de empeñarse en disputas tontas, y de acalorarse tan simplemente rompiendo la buena armonía con que caminan.=

Esta resolucíon de Doña Juanita espresada con tanta firmeza, paró á los frailes, acabándolos de apaciguar las locuras de D. Eduardo que al propio tiempo que aquello sucedia, salió de repente dando un fuerte grito, y agarrándose á un brazo de Doña Juanita tiraba de ella diciendo con toda la fuerza de su voz.= Que vienen por mí, que me llevan, amparadme, Angel mio, aquí veo los dos condenados que vió Sta. Francisca Romana cuando fué llevada de el Sto. Arcangel Rafael á ver las penas del infierno, que cuando ella los vió los estaban degradando los ministros infernales, porque como eran del sagrado carácter, era preciso hacer esto primero para luego arrojarlos cabeza abajo en una fossa profunda horrible por la obscuridad, edor é inmundicia, donde yo los ví padecer, y dos de ellos se quisieron agarrar de mí, por lo que yo le supliqué á mi amigo el camarista que me sacase cuanto antes del infierno.= Y dando otro fuerte grito con los ojos saliéndose de sus órbitas, despues de una pequeña pausa, dijo= Ellos son, sí aquí están, no hay duda son los mismos, vamonos pronto de este sitio.= Y tirando de Doña Juanita se la llevó á un cuarto bastante retirado, á donde hizo llevar un brasero, y que allí le sirviesen la cena, porque ya no saldria de aquella habitacion sino para entrar en la galera.

Los frailes se quedaron mirándose uno á otro como aturdidos y asombrados sin poder comprender de pronto que aquella tempestad que les habia atronado, fuera producida por la locura de D. Eduardo, en quien no habian fijado su atencion hasta que él con los gritos llamó la de todos. Pero habiendo

salido de la sorpresa que tan extraño incidente les causara, con mas serenidad pudieron conocer que D. Eduardo podría estar demente; y preguntándole á Eleuterio si en efecto era así como ellos pensaban, este les confirmó en su pensamiento. Tambien le preguntaron si aquella niña, esto es, la Doña Juanita, era hermana ó muger de D. Eduardo, ó le daba alguno otro parentesco. A lo que no pudo satisfacer Eleuterio por decir que hacía dos dias que los conocía con motivo de caminar en una misma galera con otros viajeros que se habian juntado en las puertas de Madrid: y que él iba á Estremadura á establecer su bufete, á donde tambien se dirigían los demás que iban en la galera.

No le estuvo mal á Eleuterio declarar que era Abogado y probarlo con sus conocimientos en varios puntos que se tocaron. Los frailes con este motivo le convidaron á cenar, lo que hubo de aceptar manifestando que era muy gustoso en acompañarles, procurando de esta manera Eleuterio enmendar el desaire que Doña Juanita les habia hecho antes, como tambien las locuras de D. Eduardo; porque al fin estos eran compañeros de viaje de aquel, y por lo mismo parece estaba en el orden de que supliese las faltas de sus compañeros, menos la de acostarse en la cama de los frailes, porque estos con ninguna le brindaron, y aun cuando le hubiesen querido hacer este obsequio, dudo yo mucho que Eleuterio aceptará, por ser algo escrupuloso.

Sosegados los reverendos sin acordarse de la anterior disputa que ya no tenía objeto con la huida de Doña Juanita, tomaron chocolate mientras se preparaba la cena, y Eleuterio les acompañó en este refrigerio á que le convidaron con instancia: y habiendo concluido de tomar el chocolate, sacaron las cajas llenas de rico rapé, y como Eleuterio no tomase polvo, el padre presidente dominico le regaló un papel de cigarros habanos para que fumase. Entraron en conferencia sobre doctrinas de teología, que no era estraña á Eleuterio, y muy pacíficos y contentos discurrían.

Mas el demonio que no para, ni deja sosegar á las almas, y siempre las está azechando para ver como pesca alguna y llevársela, si son de clérigos, frailes y monjas es grande su triunfo

entonces, porque dice que las de estos son muy grandes, y con dos ó tres se llena una caberna del infierno, el maldito que todo lo sabe, supo aquella noche que en una posada de Maqueda se hospedaban dos frailes, y queriendo aprovechar la ocasion, hubo de entrar por la chimenea de la posada para turbar la paz en que estaban los dos religiosos. Así es que en la cocina eran todos los alborotos, y parecía que andaba, como se suele decir generalmente, el diablo suelto. Ya queda dicho como se enfadaron los dos frailes que tan hermanados caminaban, y lo cerca que estuvieron á romper con la diabólica disputa de las camas; pero que habiendo desaparecido la Doña Juanita, habia cesado la disputa quedando todos sosegados. Ahora vamos á ver lo poco que duró la paz entre aquellos dos, pues el diablo estaba muy interesado en perturbarla, porque queriendo pescar las almas de los dos religiosos, se hacía sin duda la cuenta que á rio revuelto ganancia de pescadores, y por eso era tanto su empeño en revolver.

Es el caso que el mesonero tenía un hijo y una hija tan rubios y tan blancos los dos que daba gusto al que los miraba. Ambos eran mellizos, y tendrían de 13, á 14 años: eran huérfanos de madre, y en su corta edad ayudaban al padre trabajando en las haciendas de casa. Gustó tanto á los dos frailes la disposicion tan gallarda de aquellas dos criaturas, que los buenos de los religiosos en sus mentes empezaron á hacer su composicion de lugar; el franciscano, colocando á la chica monja de Sta. Clara, y el otro queriendo entrarla monja de Sto. Domingo, y al hermano hacerlo fraile como la hermana querían hacerla monja. Pues tal era la solicitud en aquella época de hacer frailes y monjas tuviesen ó no vocacion, porque el objeto era llenar los conventos de gente, y á esta irreligiosa é impolítica indiscrecion se debió luego la rápida y completa relajacion de la disciplina monástica, como una consecuencia precisa y necesaria de aquel desorden, causa tambien principal de la estincion de las órdenes.

Los dos frailes pensando como se pensaba entonces, echaron cada uno sus cuentas, y el franciscano contando ya tener conseguido de los muchachos la voluntad y del padre el consentimiento, preguntó á los chicos = ¿Y vosotros niños estareis mas

á gusto entrando el uno de fraile, y la otra de monja de la órden de mi padre S. Francisco? ¡Que bien estareis los dos hermanitos! La racion no os ha de faltar; tampoco dulce ni chocolate por mañana y tarde, y á mas de estar libres de las faenas, trabajos, cuidados, miserias, y peligros de la vida de un seglar, podeis mas adelante, si teneis aplicacion y sabeis grangear el cariño de vuestros superiores, ser tu niña vicaria, ascender á abadesa, y luego jubilarte, y tantas monjas como en el convento haya, serán otras tantas criadas que tendrás á tu devocion, porque todas tienen obligacion á servirte y cuidarte. Tu hermano podrá á muy poco tiempo ser predicador primero, pasados dos años predicador segundo, á poco lector, luego defuidor, y por último sabiéndose manejar llegará á ser elegido para provincial, y vendrá á concluir en general de la órden, y si corre buen viento podrá arribar á cardenal y tal vez, á ser pontífice. =

Los muchachos mirándose uno á otro, lo echaron á risa. Pero el fraile dominico por el contrario; en vez de reírse se puso muy serio, y dijo = Para entrar de fraile francisco el niño, y su herinana de monja de Sta. Clara, mejor les estaba á los dos entrar en la religion de mi padre Sto. Domingo, donde se come mejor, se adelanta mas, es mas rica, y mas ilustre que la franciscana. = Sobre noble é ilustre hay mucho que hablar, padre presidente, y se conoce que la pasion le hace á V. hablar con tanta ofensa de mi órden. = No digo mas que lo que es en realidad, dijo el dominico, porque Dios y todo el mundo sabe lo que es un fraile dominico y otro francisco: hay tanta diferencia entre las dos órdenes que cualquiera la conoce: se vé en las comidas, en los habitos, en las personas, en sus conversaciones y trato, en todo se vé una diferencia notable. =

= Yo no advierto, dijo Eleuterio mediando en la disputa con intencion de que no pasase mas adelante, yo no advierto diferencia alguna entre unos y otros, porque para mí, creo que para las demás gentes son los franciscos y dominicanos tan frailes unos como otros, y no habiendo diferencia, no hay para que hablar mas sobre esto = No señor D. Eleuterio, replicó el fraile francisco, no es tan llano el asunto como V. lo mira, hay alguna diferencia, y bien se conoce y V. perdone que se

lo diga, que con ser letrado, ignora V. los grandes privilegios que mi órden tiene, y la distinguen de las otras: son privilegios que no tienen las demás órdenes. En 24 de Febrero del año de 1565, el señor Pio IV muy afecto á la religion de S. Francisco, espidió una bula concediendo en ella, *exmotu proprio*, á la órden seráfica, todas las gracias, privilegios, indultos, y escepciones que gozaban en aquel tiempo todas las iglesias, monasterios, tribunales, cofradías, hermandades y religiones: cuya bula la mandó publicar en Roma en aquel mismo año que se celebraba el santo jubileo, y se hizo solemnemente su publicacion en la Iglesia de los santos Apóstoles en Roma. De modo que la órden de S. Francisco á mas de los privilegios que tenía, reunió por esta bula las gracias y concesiones que tenían las otras órdenes conocidas, viniendo de esta manera á gozar de mas distinciones que ninguna otra, porque gozaba de las suyas propias, y de las de otras. En 24 de Marzo del año 1571, Gregorio XIII espidió otra bula que empieza, *ex benigna sedis Apostólica*, y en ella concede á las tres órdenes de nuestro padre S. Francisco la participacion de todos los privilegios, gracias, y escepciones de todas las otras órdenes mendicantes, y no mendicantes, sin limitacion alguna. Y á las monjas de Sta. Clara nuestras caras hermanas, en 2 de Junio del año 1590, el Sr. Bonifacio VIII espidió una bula que empieza, *dilectis in Christo filiabus abbatissis &c.* por la que releva á todas las religiosas de Sta. Clara de pagar diezmos á los ordinarios, ú á otras cualesquier personas á quienes pertenezcan dichas décimas por derecho, de todos los frutos de sus heredades, y haciendas. En fin es tal la preferencia y superioridad que mi órden tiene sobre las demás, que en cuantos pleitos ha tenido con las otras órdenes, sobre este particular de privilegios y grandeza, todos los hemos ganado siempre con las costas. Tal fué el pleito que mi órden de S. Francisco tuvo y ganó á los agustinos en Badajóz á 12 de Junio de 1618. Y el que tambien ganamos en 26 de Noviembre de 1678, á los padres capuchinos de Nulvo en la Isla de Cerdeña, que pretendían llevarnos la precedencia. Tan privilegiada y poderosa es la órden seráfica, que sin poseer cosa alguna, todo lo posee, y todo lo tiene. Un mes podría estar relacionando las bulas por las que

se conceden preeminencias á nuestra órden franciscana. Y con lo poco que he dicho ¿creen VV. todavía que un fraile franciscano es menor que uno de Sto. Domingo?==

== Padre definidor, dijo el dominico, todo lo que V. ha dicho es nada en comparacion de lo que yo pudiera decir sobre las preeminencias de mi órden. Tambien esta tiene sus privilegios, que la engrandecen sobre las otras. En 26 de Mayo de 1727, el señor Benedicto XIII por su bula espresa aprobó, confirmó, y de nuevo revalidó todos los privilegios en especie y número, escepciones, inmunidades, y gracias concedidas por sus antecesores á la religion de nuestro padre Sto. Domingo, con otras muchas gracias que de nuevo añadió á dicha religion, revocando, para mayor seguridad, cualesquiera bulas, decretos, prohibiciones, aunque fuesen hechos por concilios particulares, ó generales que fuesen contrarios á dichos privilegios, gracias, y escepciones: y esto que se manda por la citada bula, es la preeminencia mas grande que se puede conceder, porque el Papa no puede revocar los decretos hechos en concilio. Y no quiero referir otras muchas bulas á favor de mi órden, por no cansar con su narracion. Y concluiré diciendo que mejor asistidos habian de estar estos niños entrando en la órden de Sto. Domingo, porque nosotros tenemos obligacion espresa y terminante que nos impone la bula de Gregorio IX espedita en 7 de Abril de 1237 en Viterbo, y dirigida á los prelados del esclarecido órden de predicadores, por la que les obliga con mucha estrechez á que señalen religiosos de su aprobacion, para que asistan, consuelen, y dirijan á las religiosas de su órden, privando á otros de esta direccion por razones que para ello hubo. Y como esta obligacion, así como la de zelar por el aumento de las heredades que poseemos, sean cargas que pesan mas sobre los hombros de los padres priores, estos niños estarían entonces mas cerca de mi cuidado.==

== Si esas heredades, dijo el fraile francisco, estuviesen destinadas para el socorro de enfermos pobres, y de familias necesitadas que han venido sin culpa á desgracia, no tendrían tantos cuidados los padres priores de la órden de Sto. Domingo.== Y si los franciscos, replicó muy enfadado el dominico, estuviesen al servicio de los hospitales, estarían ocupados mas santamente.

— Señores, intercedió Eleuterio diciendo, uno y otro tienen VV. razon; pero ninguno la tiene para dar motivo á disputas desagradables que por nada empiezan y concluyen por mucho. No hay duda que la verdadera caridad cristiana, y la oracion mas grata á Dios es seguramente la que se reduce à obras, asistiendo á un enfermo, amparando á un huérfano, socorriendo à un necesitado. Sto. Domingo hijo de padres nobles y ricos desde su infancia se dedicó à la piedad, y ordenó á los de su órden la pobreza en sus habitos y en sus casas: en el año de 1120, tuvo un capítulo general de su órden en Bolonia; y en él fué establecido, que los frailes predicadores abrazarian la perfecta pobreza, renunciando para siempre las rentas y fondos de tierra: y conociendo próximo su fin hizo una plática á los novicios, encomendándoles la pobreza evangélica á todos sus hermanos, y haciéndose poner encima de la ceniza, murió el 6 de Agosto de 1221. S. Francisco fué igual à Sto. Domingo en toda su vida. Habiendo nacido en Asís, siendo su padre Bernardino mercader muy rico, desde su niñez manifestó una ternura particular para con los pobres, y à ninguno despedía, llegando el caso de dar hasta su propio vestido para cubrir al desnudo: y retirado á Engubio, se aplicó á servir á los leprosos, y tales fueron los principios de su santidad cuando aun no tenía mas que 25 años de edad; en su testamento, entre otras disposiciones quiso, que sus discípulos se aplicasen al trabajo, y los que no supiesen trabajar, aprendiesen para dar ejemplo, y huir de la ociosidad.

Me he detenido en referir lo substancial de las vidas de los dos santos, no porque VV. ignoren sus respectivas historias que deben saber mejor que yo, sino primero para que VV. sepan que yo tampoco ignoro, como dijo antes el padre definidor, los estatutos de una y otra órden y las bulas de privilegios concedidos á su favor; y lo segundo porque estándose á lo ordenado y estatuido tanto por Sto. Domingo como por S. Francisco, sus hijos obrarian mas conformes con la voluntad de aquellos, y mas arreglados à los estatutos de sus órdenes, y obrando así no tendrían VV. para que disputar sobre preferencias. Pero todas las cosas por buenas que sean, tienen su tiempo limitado; han de nacer, crecer, y perecer; y al paso de

los siglos, los establecimientos mas santos quedan hecho carril al interés particular, à los malos habitos, à la indisciplina, à la relajacion. Cuando nacieron las dos religiones de S. Francisco y de Sto. Domingo eran dos órdenes muy buenas que influían mucho en la mejora de costumbres con las prácticas evangélicas. Pero luego en el año de 1624, empezaron á decaer de aquel fervor, que habia hecho, durante un número de siglos, la gloria de la Iglesia, y la edificacion de los fieles. Los claustros, narra la historia eclesiástica, en otro tiempo depositarios de las eminentes virtudes, cuasi ya no eran sino de hombres ociosos, ignorantes, y que solo cuidaban de vivir y regalarse: y estos, afirma la misma historia, quizá eran los menos relajados, pues habia muchos entregados á los mas abominables escesos. Y yo pregunto ahora, si la relajacion habia empezado ya en el año de 1624 ¿que habrá sucedido despues del transcurso de algunos siglos? Claro es que todo lo bueno de aquellas órdenes ha acabado.

—¿Y quien ha causado la indisciplina, dijo el padre prior, y con ella traido el desórden sino los frailes franciscanos?— Como se entiende, salió diciendo el padre definidor, atribuir á nosotros un mal que hemos estado muy léjos de causar? Es una calumnia muy grande, y todavía mayor ofensa que tan injusta acusacion se haga sin respetar mi presencia. Yo digo, y es lo mas cierto, que los dominicos que poseen bienes, y por consiguiente tienen medios y mas proporcion para mantener vicios, son los que han relajado la vida monástica: no nosotros que siendo pobres, nada podemos.—

Viendo Eleuterio que la disputa se iba encrespando entre los dos religiosos, volvió à mediar como antes, diciendo— Señores; aquí no se trata de zaherir á nadie, ni de ecsaminar la conducta particular de este ó del otro: las particularidades son siempre odiosas: solo se trata de los abusos, y males morales y civiles en general. A mas que entre VV. no debe haber la mas pequeña disputa, y sí por el contrario mucha armonía y paz: porque el religioso de S. Francisco que no ama á los de Sto. Domingo, y el de Sto. Domingo que no ama á los franciscos, está en estado de condenacion por declaracion del Papa Clemente IV.—

Pero lo que contribuyó mas à concluir la disputa fué un perro y una gata que se interpusieron entre las piernas de los frailes. Habia una gata parida bajo del escaño del hogar donde estaban sentados, y como llegase un perro se abanzó á él la gata arañándole, y el perro defendiéndose empezaron una pelea tan reñida, que cayendo una olla de agua hirviendo que estaba á la lumbre, la vertieron y con ella quemaron los pies de los frailes, quienes con la fuerza del dolor que la quemadura les causó, se levantaron mas que de prisa quejándose lastimosamente, y pidiendo por Dios que corriendo llevasen de la botica algun remedio. Y con este incidente gato perruno hubo lo bastante para que no se pensase, ni hablase de otra cosa mas que de lo sucedido, y de buscar remedio al mal causado. Con mas razon podia haber dicho entonces el loco que estaba con Doña Juanita, que los diablos se habian escapado de los infiernos, y en forma de gato y perro se habian metido en la posada.



CAPITULO 10.

Recifíerese lo comprometido que se vió Eleuterio en Calavera de la Reina acompañando á Doña Juanita y á Don Eduardo, á una función que se tenía con motivo de la festividad de un Santo.

Acompañar á una señora no es diligencia tan sencilla como parece: tiene sus azares; pues ya por ser fea, ya por ser bonita la señora suelen correrse sus peligros en acompañarla, y el que vá con ella debe llevar apercebido su ánimo como aquel que vá en ocasion próxima de haberselas con un enemigo que le sale al encuentro. Digo que ya sea fea ya bonita la señora, suelen correrse sus peligros en acompañarla: porque si es bonita puede hacer atrevido al que con su hermosura inspire deseos; y si fea, podrá con su fealdad incitar la risa y burla del que la mire. Y tanto en un caso como en otro es siempre un lance comprometido para cualquiera que vá acompañando á una señora, porque le pone en la precision de salir á su defensa y pedir satisfacciones; ó empezar desde luego á garrotazos con el ofensor. Pues ¿que hombre, por poco que lo sea, permite que á la dama que vá acompañando, se la insulte con una accion libre, ó se la ofenda llamándola fea? Y cualquiera de estos insultos sucede frecuentemente por la falta de urbanidad en las gentes, por la relajacion de costumbres y libertinage en que se

vive: tan comun es comprometerse lances de consecuencias á causa de la licenciosidad que hay, y ningun respeto que se tiene á las personas: porque faltando la buena crianza y obediencia á las leyes, faltan los dos polos que en el mundo moral y civil mantienen el órden. Y como por desgracia, que el abandono de la educacion está causando generalmente, sean tan frecuentes los insultos, de aquí ser tan espuesto el acompañar á una señora sea bonita ó fea, y por lo que se ha dicho en la entrada del capítulo, no es diligencia tan sencilla y que esté libre de azares.

No son menos los compromisos que tambien suele haber acompañando á un loco. Con la diferencia que este es entonces el que con sus locuras compromete, aunque ninguna otra persona dé motivo. Cuan fácil esto sea, cualquiera lo conoce no habiendo quien ignore de cuanto sea capaz un loco. Porque si á este le dá la locura de dar una bofetada á la persona que encuentre, ó causarla otro daño, ¿que compromiso entonces para el que vá en compañía del loco? La persona ofendida acalorada, como es natural, con ofensa tan grande como es una bofetada, no esperará á que le den satisfaccion, y arremetiendo ciega de cólera, pegará con el loco y con el que le acompaña: y esta otra persona compañera del loco doliéndole el golpe que ha recibido, tampoco tendrá presente la razon porque le han dado, y todos reñirán, y el que menos razon tiene que es el loco, será el que menos sienta; y los otros se volverán mas locos que el loco, porque se pegarán palos á tontas y á locas, sin reflexionar en que un loco es el que ha dado ocasion á tanta locura.

Entre los dos escollos caminaba Eleuterio viajando en compañía del loco de D. Eduardo y de la bella de Doña Juanita. Ya se ha relacionado en los anteriores capítulos lo que aquellos dos pudieron comprometer tanto en Móstoles, como mas en Maqueda con lo ocurrido entre los frailes. Mayor todavía y de mas transcendencia fué el compromiso en Talavera de la Reina, donde se promovió un alboroto del que milagrosamente salieron con vida Eleuterio y sus compañeros.

Celebrabase la fiesta de un Santo, á cuya funcion se le antojó á Doña Juanita concurrir, y D. Eduardo tuvo la locura de

complacerla, porque locura es y grande el meterse con mugeres y niños en concurrencias bulliciosas donde hay pisadas, apretones, ahogos, pellizcos, y otras cosas que irritan la sangre y escaltan la bilis. Tambien Eleuterio por no quedar aburrido en la posada les acompañó, y los tres se fueron á disfrutar de la fiesta del Santo, que bien se puede asegurar que aquella noche hizo un milagro patente con ellos, sacándolos sin una contusion de entre las ruinas que el terremoto causara en la hermita donde se celebraba la fiesta del Santo.

Cualquiera que haya concurrido á las tales fiestas, habrá visto lo que son: muy parecidas á las que se hacían entre los gentiles en honor de sus falsos Dioses. Porque lo mismo que se veía en estas, se vé ahora en aquellos. La glotonería, la embriaguéz, la impudicia, en una palabra, la disolucion con todas sus inmundicias, es lo que forma el cuadro de tales fiestas; que por los grandes escándalos que en ellas se cometen y por los graves daños que causan, debian estar prohibidas: así como por iguales motivos el Papa Urbano VIII, por las representaciones que le hicieran varios zelosos Obispos, suprimió muchos dias de fiesta. Y en algunos concilios se redujeron los dias de fiesta en atencion á los daños que en tales dias resultaban, no solo para el cuerpo, mas aun mayores para el alma. El concilio de Cambray, celebrado el año de 1565, despues de referir los muchos desórdenes que se cometen los dias festivos, diciendo que la mayor parte de las gentes en los dias festivos se derraman á mas licenciosa vida, que en los demás dias, dejó la moderacion de su número al arbitrio prudente de los Obispos. El concilio de Burdeos que se celebró en el año 1583, espresando el motivo mismo de las culpas, con que comunmente se profanan los dias festivos, hace el propio encargo á los Obispos para que procuren reducir las festividades de sus diócesis al menor número que puedan.

En todos los cultos ó religiones hay estas fiestas y romerías sagradas; pero en ningunas hay tan innumerables relajaciones como las que se observan en las que celebran los pueblos civilizados. Parece esto una anomalía, pero es una realidad: y yo creo que esto que parece una contradiccion, consiste en que en algunos pueblos se hacen ya las fiestas religiosas por costum-

bre, y se concurre á ellas como se vá á una fiesta profana, á divertirse y holgar: y en los demas pueblos donde todavia se obra por instinto natural, se celebran las fiestas religiosas y se asiste á ellas por movimientos piadosos que se sienten en el corazon. En Jaggernaut-Pouri en la India se celebran actualmente doce fiestas, siendo la mas importante la de Ruth-Jattra, que tiene lugar en el mes de Junio ó de Julio, y á donde concurren mas de 200,000 personas. Y no obstante esta multitud, esta nube de devotos, en continuo movimiento y esaltacion, se observa el órden mas admirable, y un recogimiento de espíritu cuando están en sus oraciones que sería la virtud religiosa mas sublime la suya, si otra fuese la religion que profesaran. Todo el camino desde la ciudad al templo donde está el Dios Jaggernaut se vé un número considerable de devotos haciendo sus oraciones en las posturas mas incómodas y mortificantes. Ya se encuentran unos desnudos y acurrucados sobre pieles de tigre; ya otros con las manos juntas y las rodillas sobre el suelo; ya otros con los muslos y las piernas atravesadas por una banda horizontal; ya otros en equilibrio sobre su cabeza y los pies al aire: y ya otros derechos sobre una pierna, y con la otra formando un ángulo recto á la altura de la rodilla. Lo mismo se observa en Calcuta en la grande fiesta que se celebra á 10 de Abril en Churruck-Poujah, en honor de la Diosa Kali, donde se reunen y se empujan mas de 300,000 Indios, reina entre aquella inmensa multitud el órden mas admirable. En estas fiestas se verá mucha pompa en sus ceremonias, mucha afectacion y estravagancia en sus actos religiosos, y la barbaridad mas inaudita á que los conduce su atróz fanatismo (1). Pero ningun vicio ni desórden entre toda aquella turba que si

(1) En Calcuta antecede por la mañana á la marcha procesional de la Diosa Kali, los teatros para las danzas religiosas, los pabellones de cien colores que en todas partes se fijan, la multitud que se mueve vestida de blanco, los símbolos y representaciones mitológicas, que con los trofeos y teatros ambulantes preceden arrastrados por caballos ó bueyes: y tras todo esto van los penitentes armados de hierro incandescentes que se apli-

bien haciendo locuras en sus ceremonias y penitencias, serán excesos de sus preocupaciones religiosas, con que creen honrar á sus Dioses. Pero nada de aquellos desórdenes, de aquella disolucion que se observa en las fiestas y romerías que se hacen en la culta Europa en honor de algunos santos. En estas la prostitucion, el robo, el juego, la truhanería, la borrachera, las riñas, la impiedad y la profanacion del templo en una palabra, es lo que hacen las fiestas.

Llegando al lugar donde se celebran, se encuentra lo primero una turba de gitanos ojeando las caballerías que entran: luego mas de mil puestos de bebidas rodeados todos de hombres y mugeres emborrachándose, y preparándose para come-

can á los costados, ó pequeños puñales con los que se atraviesan la lengua ó el brazo. Y por la tarde se dirige toda la procesion á Boitacounah, arrabal de Calcuta habitado por el poblacho indio, y en el cual se elevan los *árboles jiratorios*; tales son unas máquinas destinadas á la espiacion, que consisten en un mastil de unos doce pies de altura clavados fuertemente en tierra y superados de una percha que, girando sobre su centro, tiene al propio tiempo un movimiento de columpio sobre aquel eje. A cada estremidad de esta percha hay una cuerda, la una con garabatos de hierro para el paciente, la otra para los Sacerdotes que deben levantarlo. Apenas comparece en la plaza de Boitacounah la benévola víctima cobijada de flores y escoltada por el colegio de bracmanes, todos los concurrentes prorrumpen en un grito de alegría. Detiénese el paciente al pié del árbol, contempla con indiferencia aquellos preparativos y dirige el suplicio por sí mismo. Entónces es cuando los bracmanes le sepultan en sus caderas dos enormes garabatos que penetran en la masa de los músculos longitudinales, y que se sujetan por medio de una ancha banda de lienzo colocada al rededor de los lomos. Terminada esta operacion, algunos hombres se abalanzan al otro extremo de la percha y levantan al infortunado á diez pies del suelo, en cuya altura se imprime á la máquina un movimiento de rotacion, al paso que el paciente difunde por la multitud manojos de flores ó nueces de coco. Algunos hay tan estremadamente fanáticos, que al punto que les van á clavar los garabatos, piden por sí mismos con instancia una prolongacion del suplicio.

ter mayores escesos: como manadas de zorras se ven andar las prostitutas haciendo gestos y ademanes torpes, esplicándose en términos obscenos y con palabras las mas groseras y sucias: arrimado á la pared del mismo templo bastante cerca de la puerta principal se tropieza con un tahur que con sus engaños y trampas està robando el dinero á los tontos: inmediato al puesto de este truhán está una vieja diciendo la buena y mala ventura: no muy lejos está otro con una mala guitarra cantando las coplas mas inmorales: á poca distancia se ven otros dándose de puñaladas; y con la bulla de la muchedumbre vuelan de una parte para otra los garduños metiendo con mucho disimulo y arte las manos en los bolsillos que los dejan limpios. Y parecen las tales fiestas á las que la fábula representa en las bodas de Pirithoo y Hippodamia, donde en vez de luminarias festivas ardieron tres llamas funestas: la del vino encendido en los centauros convidados, la de la concupiscencia, y la de la concupiscencia que suscitó entre Centauros y Lapytas la de la ira; porque como estas terminan tambien aquellas.

Eleuterio con D. Eduardo y Doña Juanita penetrando por entre las masas de gentes, pudieron, despues de haber vencido mil dificultades, entrar en lo interior del templo. Ya hacia un buen rato que estaban dentro sin que les hubiese ocurrido novedad alguna particular que interrumpiera el gusto que tenian en estar contemplando aquella santa funcion, que sin ser lujosa, con sus sencillos adornos, con el aseo de la Iglesia, con pocas luces bien distribuidas, y con multitud de vasos con flores naturales y macetas que aromatizaban el templo, y los arreglados cánticos sagrados que entonaban los sacerdotes, hacian impresion en los sentidos y en el alma elevándola á ideas celestiales y moviendo el corazon á la piedad. ¡Que dolor ver estas funciones religiosas profanadas con tantos escándalos, y que debiendo concurrirse á ellas para adorar á Dios, se vaya con fines opuestos á tan santo fin!

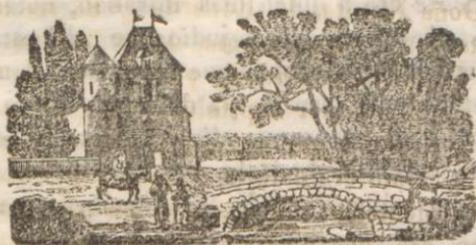
Lo que sucedió á Doña Juanita cuando estaba en el templo, y cuyo suceso hubo de comprometer un lance bastante pesado para Eleuterio y D. Eduardo, sucede muy frecuentemente en tales fiestas. Acercóse á Doña Juanita uno de los concurrentes

à la función, y bien porque este tocase à aquella, ó ya porque la dijese alguna cosa que la ofendiera, incomodada le reprendió, y como D. Eduardo observase la incomodidad de Doña Juanita, no pudo contenerse, y subiendo su locura de punto, dió una bofetada al sujeto que habia causado la incomodidad de Doña Juanita. Y este hombre vil y cobarde no atreviéndose con D. Eduardo, para vengarse de este, se valió del modo mas infame, porque á voz y grito pregonó la mas atroz calumnia diciendo que allí estaba un negro judío burlándose de los santos, y por haberle amonestado que se echase fuera del templo, habia recibido una bofetada. De esta manera tan inicua el malvado del hombre uniendo á sus torpes acciones la hipocresía, y à la hipocresía la mas vil venganza, puso en conmocion á la incauta muchedumbre, que en aquella época era muy fácil de alarmar con las voces de un liberal, un negro, un judío, se rie en la Iglesia, aunque estuviese llorando, y alarmada con estas voces toda la gente que estaba en el templo, miraban con ansia para todas partes para ver donde estaba el judío, y quemarle à él y á todos los que con él estuviesen.

Apretado era por cierto el lance no solo para D. Eduardo, sino tambien para Doña Juanita, y no poco para Eleuterio, que precisamente era á quien mas miraban, notándole sin duda como que el era el negro judío que allí estaba, ya acaso por la hechura de la chaqueta que reparasen alguna particularidad en la que tenia puesta, ya del chaleco, ya del pantalon ó de los zapatos, ó ya porque diese la casualidad de llevar el pelo un poco crecido, ó darla tambien de estar inmediato á una vela que alumbrándole, le descubría mas que à los otros.

Fortuna de los tres, que con el mismo movimiento que hizo la gente, y alboroto que se causara, un tunante de los muchos que habia dentro del templo, y esperaba ocasion oportuna para cortar la cola del vestido del santo que estaba puesto en andas à un costado de la Iglesia, pareciéndole aquella ocasion oportuna para ejecutar el robo que premeditaba, fué tan poco diestro cuando puso por obra su criminal intencion, que creyendo que tenia cortada la cola, tiró con fuerza para llevársela, y vino á

tierra el santo con las andas, y con la caída de este hubieron de herirse los devotos que estaban inmediatos. Otro fracaso sucedía junto al presbiterio entre unas mugeres que se hubieron de agarrar de las greñas, porque una había picado á otra con un alfiler, para hacerla levantar y quedar mas cómoda: en otro extremo de la Iglesia unos borrachos empezaron á pelearse con las navajas abiertas. Todos estos sucesos ocurridos simultáneamente, al mismo tiempo que el otro bribon gritaba que un judío negro se estaba burlando de los Santos, y que con este motivo la gente alborotada miraba á todas partes para ver quien era y donde estaba el judío, contribuyeron á aumentar mas la confusion. Y entonces Eleuterio D. Eduardo, y Doña Juanita aprovecharon la ocasion para escurrirse, y retirarse á paso mas que regular á la posada. Donde los dejaremos por ahora que respiren y descansen.



CAPITULO 11.

Comparecen Eleuterio, Doña Juanita, y D. Eduardo ante el Alcalde de Navalmoral por disposicion gubernativa de este: y se refiere lo que pasó en aquella audiencia pública, á la que tambien fueron comparecidos otros viajeros.

Si bien Doña Juanita, D. Eduardo y Eleuterio salieron milagrosamente y sin lesion alguna de la funcion del Santo de Talavera, á la que concurrieron, y en la que sucedió quanto se há referido en el anterior capítulo, no por eso se libró la primera del grande susto que aquel terremoto de gente alborotada la causase, como era natural sintiese segun su sesco; así como tambien Eleuterio del cuidado en que estuviera toda la noche como era consiguiente atendiendo á su mala suerte. Solo D. Eduardo fué el que durmió como si nada hubiese sucedido, porque su poca aprehension hacía que no se acordase de nada.

Al dia siguiente se pusieron en marcha para andar la jornada que hay desde Talavera de la Reina á Navalmoral, y si bien llegaron á este pueblo con felicidad, no Doña Juanita sosegada enteramente, ni Eleuterio sin recelo de que todavía pudiesen sentir en el camino antes de llegar á sus casas, las

resultas de lo ocurrido en Talavera. Mas no obstante de esta inquietud en que estuviesen, aquella noche que hicieron en Navalnoral, pudieron dormir mejor, porque habiendo llegado à la misma posada donde paraban otro huésped que habia salido de Talavera cuatro horas despues que ellos, preguntándole que novedad habia dejado á su salida, contestó que solamente la prision de unos ladrones que en la noche anterior habian intentado robar á un Santo en ocasion de estarse haciendo la funcion de Iglesia, y otros mas que habian sido tambien presos por haber alterado la tranquilidad pública causando mucho alboroto á causa de haberse dado de puñaladas dentro de la misma Iglesia: con cuyas prisiones todo se habia concluido y sosegado, sin que se dijese mas sobre lo ocurrido.

Con esta relacion que el recién llegado de Talavera hizo, se tranquilizaron algun tanto Doña Juanita y Eleuterio, y cenando con mas apetito pudieron dormir sin tanta zozobra. Pero volvieron á tenerla y muy grande cuando al otro dia llegaron al pueblo de Almaráz, donde á poco de haber llegado ocurrió un incidente que les puso en mayor cuidado que habian estado antes, pues se persuadieron que iban á ser presos.

El Alcalde de Almaráz ya por curiosidad ó ya por celo y disposicion suya que hubiese tomado para régimen y buen gobierno de la poblacion, celebraba todas las noches audiencia en ayuntamiento público, à donde segun órden que tenía dada, habian de comparecer personalmente todos los viajeros que pernoctasen en el pueblo, à los que comparecidos hacía las preguntas que tenía por conveniente, y se informaba por si mismo de muchas cosas, adquiriendo de este modo noticias y conocimientos que le servían luego de mucho para su acierto en el mando y buen gobierno. Algo gravosa era esta disposicion para los viajeros. Pero ¿cuantas otras hay mas pesadas, y de menos utilidad? Muchas son las órdenes que se dan, y disposiciones que se toman, que perjudican mas que remedian.

Verdad es que para Doña Juanita y Eleuterio fué bastante pesada aquella disposicion del alcalde de Almaráz, no tanto por la molestia que se les causaba de tener, á poco de haber llegado al pueblo cansados del camino, que comparecer ante la autoridad, quanto porque al hacerles saber por la mesonera

la orden que estaba dada, no supo ó no quiso detenerse á explicar el objeto de la comparecencia: ignorantes por consiguiente de la razon que la motivaba, entraron en muchísimo cuidado, á pesar de que veían que la orden para comparecer, era general para todos los viajeros que en el pueblo pernocaban. Todos eran cálculos entre Doña Juanita y Eleuterio, en los que tambien tomaba parte el loco de D. Eduardo, no precisamente por cuidado que le diese aquella orden, sino por ver tan apurada y afligida á su querida Doña Juanita. Cual pensaba que el Alcalde de Almaráz habria recibido algun exhorto de la justicia de Talavera para que los prendiesen á consecuencia de lo ocurrido en la fiesta del Santo, como principales actores en la tragedia que allí se representara: y cual discurría fuese la causa, el haber figurado como principes en el pueblo de Móstoles dejándose obsequiar como si lo fuesen en realidad; y que habiendo llegado á noticia del Rey, este en vez de despreciar y reirse de aquel entremés que se representara á costa de la simplicidad del cura y alcalde, y miras de interés del escribano de Móstoles, se hubiese ofendido el Rey graduando aquella broma como una usurpacion de sus reales derechos. Y el que mas pensaba pudiese ser esto último, sin dejar de parecerle pudiese ser tambien lo primero de lo sucedido en Talavera, era Eleuterio. Porque decia y no iba mal fundado, que los Reyes aun de ver que los comediantes en las representaciones teatrales toman las investiduras de monarcas, se encelan.

Pero Doña Juanita decia que, como tan pronto habia de haber llegado á noticia del Rey lo ocurrido en Móstoles, y mucho menos una ocurrencia tan liviana, porque todo ello bien considerado no fué mas que una broma, sin burla ni ofensa otra alguna directa ni indirecta hacia la real persona para darla importancia, y por lo mismo no siendo una cosa que tanto interesase al Rey saberla, no habia motivo para que tan pronto la supiese, por no ser tampoco creible hubiese persona tan mentecata que fuese á distraer la real atencion con una noticia tan despreciable, y mucho menos que hubiese Rey que tanto se degradase con dar importancia á un suceso tan insignificante.

Atendiendo á lo que un Rey debe ser muy circunspecto y detenido en oír las noticias que le dan, porque el Rey que es fácil y poco recatado en creer, abre camino al pérfido para dañar, Doña Juanita pensando así de los Reyes, no dejaba de tener razon. Mas tambien la tenia Eleuterio, porque decía: Que primero llegan los chismes á los oídos de los príncipes que la verdad y los buenos consejos; y mas que estos hacen impresion aquellos, por cuanto que suelen siempre afectar mas el ánimo de los Reyes: Y la mayor desgracia de todo gobierno es recibir con indiscrecion todas las noticias, y particularmente dar oídos á los agentes de policía y á las demás personas, aunque sean las mas autorizadas, que pretenden acreditar su celo ó su adhesion á los que están en el poder; porque con sus esagerados avisos, y precipitadas providencias agitan los ánimos, conmueven el pais, y dan importancia á personas y cosas que no la tienen.

Haciendo cálculos Doña Juanita y Eleuterio llegaron por último á las casas de ayuntamiento, y estando allí no dejaban de hacerlos cada vez con mas motivo por verse con aquella novedad, que ninguno de los muchos que ya habian concurrido á igual que ellos sabian explicar, por ser la primera vez que aquello veian, apesar de haber algunos de los circunstantes que habian viajado y visto mucho. Ya el Sr. Alcalde habiendo despachado los asuntos reservados de alcaldía, mando entrasen todos los viajeros que hubiesen comparecido, y haciéndoles sentar, les fué preguntando uno por uno segun el órden que guardaban en los asientos.

Un Italiano fué el primer interrogado. Preguntóle el alcalde ¿que oficio era el suyo, y si llevaba pasaporte? Contestó el italiano que si llevaba, y que su oficio era vender por los pueblos anteojos de última moda; y sacó uno para sí el Sr. alcalde gustaba de él.

Le dió las gracias el alcalde diciéndole: que él no estaba falto de anteojos, que mas falta le hacía un telescopio de nueva invencion para ver tanto como pasa en los pueblos, y las autoridades deben ver y corregir: que en aquel pueblo no tendria venta, porque los vecinos tenian tan buena vista que á media legua mataban un conejo. Y refrendándole el pasaporte, lo despidió.

Preguntó al que seguía; que contestó diciéndo ser tendero de cuchillos y navajas de Albacete, y pedia licencia para venderlas en el pueblo. = ¡Ola! puñalitos tenemos, dijo el alcalde, no lo permito: si fuesen herramientas para trabajar en algun arte, ó rejas y azadones para labrar la tierra le daría licencia ámplia para que vendiese, y si máquins se lo recomendaría á mas: pero puñalitos, de ningun modo le doy licencia para que venda ni uno siquiera; y mañana al salir el Sol, ha de salir V. de este pueblo, y no haciéndolo así, sufrirá un mes de cárcel y se le confiscará su hacienda si contraviene á esta mi orden. Y refrendándole el pasaporte lo despidió con enfado.

Preguntó á otro, que por sus andrajos y una mala manta con que se arropaba, no podia dudarse ser un pordiosero, quien contestó se ejercitaba en pedir limosna por los pueblos. = Y bien. ¿no podeis trabajar? volvió el alcalde á preguntar. = No señor, contestó el pobre, por estar impedido de una pierna. = ¿Y en cuantos pueblos habeis estado en todo este mes? preguntó otra vez el alcalde. En mas de veinte habré estado, dijo el pobre. = De ese modo habeis salido á muy cerca de pueblo por dia; y calculando unas distancias con otras á tres leguas y or lo menos de pueblo á pueblo, habeis andado en todo el mes noventa leguas, sin contar lo que dentro de los mismos pueblos habeis andado para buscar la limosna. ¿Es exacta mi cuenta? = No, señor alcalde, porque he andado mas por dia visitando un pueblo dos y tres veces al mes. = Pues quien tanto anda, hijo mio, no estará muy malo de las piernas, y bien puede mañana tempranito andar el camino para otra parte, que en mi pueblo no consiento que pida limosna. Y cuidado que así lo haga; sino quiere andar atado al palo de una noria; pues la mendicidad voluntaria es un delito. = El pobre no aguardó al otro dia. Así que le refrendaron el pasaporte, se marchó del pueblo con mas ligereza que una liebre cuando los perros la levantan de la cama.

Al lado del pobre haciendo contraste con este, estaba sentado un majo muy empatillado, y siendo preguntado si tenia pasaporte, contestó que sí, y que su ánimo era quedarse viviendo en el pueblo de Almaráz, para lo que pedia se le ins-

cribiese en el libro de vecinos, teniendole desde aquel dia como uno de tal= Muy bien, tanto que me place, dijo el alcalde, porque así se aumentará la poblacion y no habra tanta tierra inculta en este pais; pues cuanto mas se multiplica la gente, tanto mas ella multiplica con el trabajo los frutos de la tierra. Y ¿que oficio es el de V.? volvió á preguntar el alcalde= No tengo oficio alguno, contestó= Entonces dé que se mantiene? tiene V. alguna renta?= Ninguna.= ¿Se mantiene V. del aire?= No señor que como los demás comen y beben yo tambien como y bebo como ellos.= Me confundo con lo que V. acaba de decir, y por mas que discurro, no alcanzo como V. coma y beba, esté majo y gaste sin rentas ni oficio. Mi confusion no sería tanta si V. se mantuviese sin comer ni beber; porque podía decirse que vivia V. milagrosamente, ó por medio de algun arte que se hubiese inventado para vivir sin comer, ó por lo menos para entretener el hambre cuando esta se hiciese sentir en el estómago: y en este caso siendo V. portador de este arte, elevaríamos una estatua que representase á V. trayendo el consuelo á este pueblo, donde mucha hambre se padece. No teniendo este arte y no habiendo milagro en el modo de subsistir V., no puedo absolutamente comprender como V. come y bebe sin trabajar.= Señor alcalde, dijo el majo, Dios está en todas partes, y mantiene hasta las hormiguitas, asistiendo con su providencia á todas las criaturas; y muchas sin tener oficio como no lo tienen los pájaros, comen y beben.= Verdad es lo que V. dice, que hay criaturas que sin oficio como no lo tienen los gorriones comen y beben; pero es á costa del grano que roban al pobre labrador; y de estos gorriones hay muchos, unos que vuelan y otros que andan. Pero aun concediéndole á V. que se pueda comer y beber sin tener oficio ni beneficio, buscando los medios de vivir con yerbas y frutos que produce naturalmente el campo, ¿y ahvestir con guapeza y gastar con profusion? Esto no se puede hacer sino es de tres modos, ó por medio de un oficio lucrativo, ó poseyendo fincas que produzcan mucha renta, ó por medios ilícitos y criminales. Dice V. que ni tiene oficio ni rentas, luego saque V. la consecuencia, que yo ya sé lo que tengo que hacer. Mañana há de salir V. del pueblo y

no volver mas: y si V. no cumple, le echo á un presidio por vago. = Señor Alcalde ¿ que causa es la mia para que V. me quiera echar á un presidio? ¿ que delito he cometido yo? ¿ No soy dueño de mi persona para aveciudarme donde me dé gana, y vivir como se me antoje? = No señor, no puede V. hacer lo que quiera, sino lo que sea conforme á razon y justicia; y si V. há de vivir en sociedad, tiene V. por necesidad que sujetarse á sus leyes, y á los bandos de buen gobierno; y no acomodándole esto podrá irse á vivir con los salvajes, ó mas bien á un pais donde viva solo y sin obligaciones para con otros. Verdad es que el hombre es libre para obrar, pero no para hacer lo que quiera, esto es, para obrar contra la ley. Libertad para obrar mal, no es libertad, sino libertinaje. Dios es verdaderamente libre, y con ser libre y ser Dios no puede obrar mal = Pero, señor alcalde, estándome yo en mi casa, y no metiéndome con nadie ¿ que mal hago yo á ninguno? ¿ acaso el no ejercitarse en un oficio, es un mal? = Y muy grande, replicó el alcalde, porque el que no trabaja, es un ocioso; y la ociosidad es mala no solo para el individuo, sino tambien para todo un pueblo; porque los holgazanes y mal entretenidos son los que alborotan las poblaciones. Y como dice el adajio *la ociosidad es madre de todos los vicios*. Yo no puedo permitir, pues, que en mi pueblo haya viciosos; porque á mas de ser el vicio una enfermedad contagiosa, cuesta mucho mantenerle, y el vicioso para dar alimento al vicio no repara en medios aunque sean los mas criminales. Por todas estas razones escusa V. de insistir en su pretension y desde luego puede desistir absolutamente de su solicitud, y quod escripti, escripti. Mañana sin que haya lugar á recurso alguno, sale V. del pueblo. =

Preguntó el alcalde al otro hombre que seguía, si llevaba pasaporte y cual era su ocupacion? A lo que contestó poniéndose en pié y diciendo, que sí llevaba pasaporte sin faltarle refrendo alguno: y que se ocupaba en divertir á las gentes con varias clases de juegos en que encontraban su distraccion, y muchas veces su ganancia. =

= Su ruina, dijo el alcalde; un jugador es la peste de la sociedad; y una hora que un jugador esté en un pueblo es capaz

de inficionarle. Por consiguiente, yo le mando á V. que salga luego de este pueblo y no vuelva á entrar en él: y si desobedece á mi orden, le pondré en cuarentena en el rio tajo con la cabeza metida en el agua.==

=¿Y V. trae en regla y refrendado el pasaporte? preguntó el alcalde al otro forastero que seguía al anterior.==

=Si señor, sino es la única falta de no estar refrendado anoche, á causa de haber dormido en el campo, donde no habia quien lo refrendase, por lo demás está corriente.==

=Muy bien, dijo el alcalde, esa es pequeña y disculpable falta, y no me detendré en ella, porque jamás me he detenido en cosas que nada significan; pero sí quiero que V. me diga cual es su oficio porque esto me dá mas luz que todos los pasaportes. Por lo mismo tendrá V. la bondad de declararme, ¿que oficio es el suyo?==

=Maestro de primeras letras, contestó el interrogado.==

=¡Ah! exclamó el alcalde, de maestros de primeras letras si que tienen necesidad los pueblos, y su falta es una desgracia muy grande y de consecuencias muy lastimosas. Es en lo que deben los gobiernos poner todo su cuidado, y este debe ser el primero de los gobiernos: porque los maestros de leer y escribir son los primeros padres, que el gobierno público sustituye á los naturales. Yo le haré á V. un partido ventajoso, si quiere quedarse en este pueblo.==

=No puede ser, señor alcalde, porque estoy ya comprometido para enseñar en Oropesa.==

Ya tocó la vez á D. Eduardo que seguía en el asiento, y preguntado por el alcalde ¿que oficio era el suyo? Contestó, que el de enamorar.

=Oficio es ese, dijo el alcalde, que todos sabemos sin que nos lo enseñen; y como se auxilie tanto del dibujo, me atrevo asegurar que la señorita que está á su lado, será el objeto que mas retrate en su alma; y si el amor es verdadero, no hay duda que el retrato saldrá perfecto; pero si no hay verdadero amor, no será enamorarse, sino enamorcarse; y en este caso no saldrán retratos, sino mascarones, y estos no los permito yo en mi pueblo.==

=¿Y V. caballero que trae ó que se le ofrece? Preguntó el

alcalde á Eleuterio. =

= Yo ni traigo ni se me ofrece nada. He venido á presentarme en cumplimiento de la órden que tiene la autoridad dada, para que todo viajero que haga noche en el pueblo se presente al señor alcalde. Mi profesion es la de Abogado, y ahora me dirijo al pueblo donde está mi familia. =

= Sea enhorabuena, dijo el alcalde, y yo me alegro ahora mucho de tener en esta ocasion un letrado á quien consultar. Precisamente ha tocado á V. ser el último de los forasteros que en virtud de lo que tengo mandado tienen que presentarse en esta audiencia que es pública. Ahora la que voy á tener en seguida, es privada para los asuntos particulares de los vecinos del pueblo. Y yo suplico á V. que se quede, para que me aconseje sino voy acertado en las providencias que dé: pues no habiendo Abogado en el pueblo, tengo que valerme de los que transitan, y molestarlos con esta especie de portazgo. Pero es cuasi preciso, y deben conocer que siendo un bien el que hacen, yo les debo quedar agradecido, y que el servicio que prestan no es á mi solo, sino á muchos pobres, á quienes están obligados á defender.

Y habiendo quedado en audiencia privada, entraron dos mugeres con las caras arañadas por haber andado á la greña, medio calvas por el mucho pelo que se habian arrancado, y con los vestidos rasgados de arriba á bajo. Una de ellas sin esperar á que la preguntasen, y sin pedir permiso para hablar, empezó su defensa llenando de injurias á la otra, diciendo que era una picara, tunanta, alcahueta, ladrona, jurando que se las habia de pagar por los arañes que la habia hecho, y en fin esplicándose del modo mas soéz y con palabras las mas indecentes delante de la autoridad. Tanto iba diciendo con voces descompasadas, que el alcalde la mandó callar, y costó bastante trabajo conseguirlo.

Preguntó á la otra que tenía que esponer. = Y contestó confesando haber desgarrado los vestidos á aquella muger, y que no sabia si en la brega que con ella tuvo defendiéndose de sus garras, la causaría algun daño mas: que la insultada y bofetada habia sido la declarante sin haber dado por su parte motivo alguno á tan grandes injurias y ofensas, que habian llegado

hasta agarrársela al cuello para ahogarla. =

= Es mentira, es mentira, señor alcalde; dijo la primera muger. =

= Del juicio resultará la verdad, dijo el alcalde: ¿ Que testigos, preguntó, presenciaron la quimera ?

= Ningunos, dijo con descoco la muger que habló primero; porque estabamos solas. Pero no hay necesidad de testigos, señor alcalde; lo que yo digo es lo cierto, que esta muger me ha desgarrado el vestido, y ninguna hasta ahora ha tenido la insolencia de pegarme. =

= Si la he pegado señor alcalde, replicó la otra, ha sido defendiéndome de sus uñas con las que me ha desollado la cara y pechos: à la vista está la prueba de lo que digo, y haré sobre esto que declaro cuantos juramentos se quieran; y á mas puede preguntarse á todo el pueblo que dirá, quien es una y quien es otra. =

= Sí, señor alcalde, salió diciendo la deslenguada, preguntese á todo el pueblo, y dirá que esta muger es la mas mala del mundo: y si V. no castiga á esta indigna, yo la castigaré ahogándola entre mis manos: porque lo que yo digo es la verdad, la verdad, la pura verdad. Y sino se me cree, voto que he de...

= Silencio señora, dijo el alcalde, moderese V. sino quiere que mande la pongan una mordaza. La verdad está ya patente, y V. misma la descubre, manifestando con sus modales descompuestos, con la falta de respeto á la autoridad, con el atrevimiento que empezó á hablar, con el language que ha usado, y con las amenazas que ha dirigido á todos, que V. es la culpable. No se necesitan mas pruebas, ni hacen ya falta testigos para justificar el delito, y averiguar el reo. La conducta de V. en este acto está obrando contra V. y la declara criminal. Por el hilo se saca el ovillo. En su consecuencia, sufrirá V. la pena de un mes de prision con encargo de la limpieza de la cárcel: y á mas es V. condenada á resarcir los daños causados á esta otra señora. =

La condenada empezó á patear poniéndose furiosa con el fallo del alcalde; y sino entran los alguaciles que pateando y mordiéndose se la llevaron á la cárcel, era capaz con sus uñas de haber hecho trizas al alcalde.

Mandó luego que entrasen otros que fuera de la sala estaban esperando audiencia; y habia la misma dificultad con estos que en el anterior caso con las mugeres de no haber testigos ni documentos para probar la demanda que se presentaba. Decía el uno que habia prestado mil reales al otro y no se los quería pagar. Y si bien el que se le suponía deudor confesaba ser cierto haber recibido del otro los mil reales prestados, escepccionaba que los tenía ya pagados. Y no habiendo testigos ni documentos ni de una ni de otra parte, el alcalde discurrió un medio de averiguar la verdad, que fué el siguiente.

Preguntó al deudor en que mes y dia pagó, si hacia sol, llovía, ó estaba nublado. Contestó los habia pagado en el dia 31 del mes de Febrero de aquel año, y que estaba lloviendo.

Entonces el alcalde se levantó para ver el Calendario de aquel año que estaba colgado en la misma sala de audiencia, y viendo que el mes de Febrero no tenía mas que 28 dias; y que la luna daba buen tiempo: y que las personas que llamó para que declarasen si se acordaban haber llovido en la última semana de aquel mes, declararon tener muy presente que en todo él no habia llovido una gota, y sí habia hecho mucho sol, condenó al deudor al pago de la cantidad demandada, con mas à una multa por haber mentido.

Y con estos juicios concluyó la audiencia, retirándose Eleuterio con sus amigos á la posada, admirando el ingenio y capacidad del alcalde de Almaráz. ¡ Cuantos hombres se obscurecen en las aldeas con genio para gobernar una nacion; y cuantos otros brillan en las grandes ciudades y cortes sin talento para gobernar una casa!



CAPITULO 12.

Llega Eleuterio á Trujillo donde bien á su pesar tiene que detenerse dos dias: y se cuenta la graciosa aventura del duelo en la posada que paraba.

Sino fuera por las incomodidades que se pasan en el camino, particularmente el que camina como Eleuterio viajaba, no hay duda que sería gustoso andar siempre de viaje. Se ven tantas cosas que distraen y divierten, y al mismo tiempo enseñan al que se para á observarlas, que hacen no se sientan tanto las molestias del camino. Para el que viaja, hay no solo la naturaleza que presenta sus maravillas, sino tambien la sociedad que ofrece mucho que ver y aprender.

Cuando Eleuterio llegó á Trujillo, apesar de que ciertos motivos le detuvieron en aquella ciudad, y por consiguiente le causaron el disgusto de dilatar la llegada á su casa, cosa que tanto deseaba por ver y abrazar á su familia, no obstante estuvo algo divertido aquellos dias con las escenas que se representaron en la posada donde estaba hospedado. El amo de esta que era hombre acaudalado, y por lo mismo muy obsequiado y considerado hasta de las personas de alto copete, porque donde está el dinero está el ídolo de todas las clases y de todas las gentes, el amo de la posada que tenía mucho, pero que no por esto dejaba de padecer, estaba en cama muriendo de dolores; y su muger que era una hipócrita sentada á la entrada

del cuarto del enfermo, en cuya habitacion se guardaban las arcas de alhajas y metálico, tenía un ojo fijo en estas, y otro en continuo movimiento mirando á todas partes atendiendo á los que entraban y salían en la posada, que hacían los que dentro estaban, y si cogían algun puchero, echaban mas leña al fuego, ó vertían agua, ó la causaban algun gasto en alguna otra cosa. Y con toda esta atencion á las cosas mas menudas de la posada, tenía un rosario de cuentas muy gordas entre los dedos de la mano, que llaman camandula, y sin equivocarse al parecer en las cuentas que pasaba del rosario, rezaba con espíritu ó sin él, lloraba con sentimiento ó con gazmoñería, gruñía de voluntad, reñía con rabia, mandaba con imperio, pedia cuentas á los huéspedes que salían sin que olvidase un maravedís, y se informaba de los que llegaban haciéndoles muchas é impertinentes preguntas.

Eleuterio así que llegó á la posada y vió á aquella muger, formó juicio sobre ella, diciendo al que iba con él= que buena vieja me parece que es esta para gobernar los infiernos. Voy á saludarla, porque ella me mira mucho, y no será extraño me esté acusando la rebeldía por no haberme acercado á cumplimentarla, y en venganza me toque algun padre nuestro de los gordos que reza. Con esta clase de animaluchos es menester mucho cuidado, porque son venenosos y muerden sin sentirseles.=

Se acercó Eleuterio á ella y saludándola, le correspondió medio gruñendo, pero no sin dejar de preguntarle de donde venía, á donde se dirigía, si pararía mucho en Trujillo, y otras muchas mas preguntas que le hizo.= Eleuterio por su parte tambien la preguntó ¿parece que está V. algo incomodada?=
Es mi genio así, contestó ella, y no lo puedo remediar.= Entonces, volvió á preguntarla, ¿de que la sirve ese rosario que tiene en la mano y tanto como reza? Todos tenemos genio, y refrenándolo con la razon, es como se hacen méritos para ganar el cielo. *Beatos los mansos, porque de ellos será el reino de los cielos*, dice el catecismo en las Bienaventuranzas.=

= Ya lo hago yo así, dijo la vieja, y tanto me he moderado que una oveja no es mas mansa que yo. Si V. me hubiese conocido cuando mas niña, y tenía 70 años, hubiera V. visto aquí

una mugercita: de nadie me dejaba montar, sino de quien yo quería. A las mugeres las agarraba por el moño, y haciéndolas bajar la cabeza me montaba sobre sus pescuezos, las levantaba las enaguas, y à nalgas descubiertas en medio de la plaza con un zapato las pegaba unos azotazos tan á mi gusto que era una risa. A los hombres los agarraba por la garganta, y apretándosela fuertemente, tenía la complacencia de que sacasen una cuarta de lengua. Cuando iba á las funciones de Iglesia, que yo he sido siempre muy devota y temerosa de Dios como V. está viendo, llevaba siempre un alfiler como una lanza, y si habia mucha gente y me incomodaban, à fuerza de alfilerazos y de pellizcos hacía dejasen el puesto los que estaban á mi lado, y de este modo quedaba yo tan ancha y cómoda que hacía mis oraciones con todo recogimiento y gusto. =

= Señora, dijo Eleuterio haciéndose cruces, ¿y V. hacía todo eso que dice? Imposible me parece, y no lo creería si V. misma no lo confesase. ¿Quien habia de creer que una muger tan devota como V. manifiesta ser, habia de clavar alfileres en las carnes del prójimo y dentro del templo? ¿A eso vá V. á la Iglesia señora? Por cierto que es buen modo de orar. Que bien dijo Clemente XIV. *no habría el mundo ridicularizado tanto la devocion, si los devotos no le hubieran dado motivo. Solamente los falsos devotos hallan complacencia en irritarse. Los falsos devotos cuasi hacen tanto mal á la religion como los impíos mismos.*

A este tiempo se oyó quejar al enfermo como si fuera ya à morir. Entra Doña Coleta, que así se llamaba la devota muger, en el cuarto, y á poco de haber entrado sale muy diligente llamando á voz y grito à Mamerto que era el mozo que servía en la posada. Mamerto, llamándole cada vez con mas coraje porque no llegaba tan pronto como ella quería. muchacho, asistente mio ven, corre, vuela, llega al instante. = Ya estoy aquí, dijo el mozo luego que llegó, ¿que se la ofrece á V. señora Doña Coleta, ama y muy señora mía? = Que vayas en un vuelo, en busca del escribano D. Canuto para que venga corriendo. = ¿Pues que novedad hay? preguntó este. = Que tu amo, contestó Doña Coleta, se ha puesto muy malito, y se muere, se muere sin remedio. = Pero señora, dijo Mamerto,

¿ está V. en su entero juicio? ; Llamar al escribano! Yo no lo entiendo. Si fuese al médico para que aplicase al enfermo algun remedio, ó al cura para que le confesase y le administrase los Santos Sacramentos, ya era otra cosa fácil de entender, por ser lo que se practica con todo cristiano enfermo. ; Mas llamar al escribano! ; Entiende acaso este de curar enfermos como mi amo? = No, contestó Doña Coleta; pero entiende de hacer testamentos, y tu amo tiene necesidad de hacerlo para que no muera con este desconsuelo. = Pero señora.... Pero diablo, dijo Doña Coleta no dejando á Mamerto que continuase hablando; no aumentes mis penas, anda en busca de D. Canuto como te tengo mandado, no me preguntes ni te detengas mas, porque sino lo haces como yo deseo, te tiraré con un demonio. = Si señora, dijo el mozo, voy corriendo, y si supiese que mi amo me habia de dejar alguna manda, iría volando. =

= Salió Mamerto á hacer su diligencia, y Doña Coleta quedó diciendo: triste de mí, desdichada, infeliz, si muere mi esposo sin hacer testamento, ó si le tuviese hecho y no me dejase heredera de todos sus bienes ¿ que vá á ser de mí? ¿ á donde voy yo, y con que me sostengo? ¿ como me he de mantener con tres talegas tan solas que he podido hacer mias? Yo quisiera morirme tambien. =

= Señora, dijo Eleuterio que la oía lamentar, no quiera V. morirse tan pronto; todavía puede V. vivir mucho y bien con tres talegas; no se morirá V. de hambre con ellas por mucho que viva. Yo no tengo, no digo una talega, ni tampoco un bolsillo, y voy viviendo. =

En esta conversacion estaban, cuando llegó el escribano D. Canuto haciendo muchos vesamanos y genufleksiones, y acercándose á Doña Coleta la dijo = A los pies de V. mi señora Doña Coleta, pasando por la calle inmediata me ha encontrado Mamerto que parece iba en busca mia por orden de V. diciéndome que viniera con prisa. Ya me tiene V. aquí pronto á obedecerla en cuanto me mande que lo haré con el mayor gusto y mas fina voluntad ¿ que puedo yo serbiros, señora, que lo haré al momento? = Quisiera, dijo Doña Coleta, que entraseis en el cuarto de mi marido como deseoso de saber de su salud, y ver si por este medio indirecto para que él no sos-

peche, se le puede indicar algo à fin de que haga testamento, y conseguido esto puede V. luego hacerle presente mi cariño y situacion aconsejándole que me nombre heredera. Ya V. sabe, señor D. Canuto, que soy una pobrecita, y que moriré de hambre si V. no dirige bien la voluntad de mi marido para que se acuerde de mí y recompense el amor que le he tenido, la fé que le he guardado, y en fin cuanto por él tengo hecho, y V. no ignora, y sabrà decirle. — Ya os entiendo señora, dijo D. Canuto; pero no hay necesidad de hacer lo que proponéis, porque vuestro marido ya tiene hecho testamento. — ¿Que tiene hecho testamento? preguntó Doña Coleta toda sorprendida; ¿y me deja por heredera? — Tanto no puedo yo decir, contestó D. Canuto, por ser testamento cerrado. — Por Dios señor D. Canuto, suplicándole de rodillas Doña Coleta, no se pudiera hacer otro en que me dejase por heredera de todos sus bienes? El alma, la vida, el corazon daría porque revocase el que tiene hecho y haciendo otro de nuevo me nombrase heredera universal. —

El escribano que la vió tan apurada y humillante, apretó mas la mano ponderando la dificultad en lo que pedía, para que aumentándose el deseo, subiese la voluntad, y no bajase el premio, y la dijo — Señora: yo estoy dispuesto á hacer por V. todo cuanto pueda: pero el asunto es bastante arduo y difícil; y tanto es, que si yo no le saco adelante, ni los demonios son capaces de poder hacer lo que V. quiere. En fin voy à poner mano en la obra, y V. tendrá cuidado de que estén prontos los testigos. —

Doña Coleta salió en busca de personas de su mayor satisfaccion para que sirviesen de testigos; y cuando volvió de buscarlas, ya tenía el escribano conseguido del enfermo que revocase el testamento cerrado, y preguntándole delante de los testigos si dejaba á su muger por heredera, como no pudiese hablar el enfermo, declaró que sí bajando la cabeza que su muger tenía agarrada. Hecho esto salieron todos del cuarto á hechar el alboroque en otra sala; y luego que el escribano y testigos se retiraron muy satisfechos de Doña Coleta, esta entró á ver el enfermo, y no haría un cuarto de hora que habia entrado, cuando salió dando voces y suspirando, sin dejar de

llamar à Mamerto. Llega este muy poco á poco abrochándose el chaleco y diciendo con mucha calma ¿que hay? ¿que se la ofrece á mi señora? = Que tu amo, dijo Doña Coleta, se ha muerto; anda á prisa, porque vive Dios que si no andas mas vivo, haré porque vayas à hacerle compañía á la eternidad. = ¿Y yo que quiere V. que haga? replicó Mamerto; ¿tengo acaso virtud para resucitarle? Si se murió, buen provecho le haga, muchos años esté allá sin mí, angelon para el cielo que ya tenía motivo para morirse despues de tanto como ha vivido en este mundo. ¿Quiere V., señora, la preguntó, que vaya á llamar á D. Canuto, el que segun yo entiendo tiene habilidad para resucitar muertos? = Para eso te llamo majadero, dijo Doña Coleta: para que corriendo salgas en busca de D. Canuto. = Si yo soy adivino, y mi madre me parió profeta, dijo Mamerto entre dientes; yo bien dije para mí cuando la cosa del testamento, que D. Canuto es gorriato, y mi ama Doña Coleta gorriata, y que los dos se entienden en su lengua. =

Habiendo Mamerto salido en busca del escribano, Doña Coleta se fué á sentar junto á Eleuterio, y despues de haber llorado ó hecho que lloraba, dijo entre suspiros = Válgame Dios, caballero, cuantos trabajos se pasan en este mundo; pero el mas grande es quedar viuda como yo quedo. = Volvió à llorar otro poco, y continuó diciendo = Estrañará V. caballero que ande yo en una ocasion como esta tan triste llamando al escribano, y practicando otras diligencias dentro y fuera de casa como si nada sintiese. Pues no ha habido muger que haya sentido tanto la muerte de su marido, como yo siento ahora la pérdida del mio: creame V. caballero; pero es preciso que yo me ocupe como V. vé, porque si una no anda lista en estas ocasiones, despues son mayores los trabajos. Dios me dé buen acierto, y prometo una misa á las animas benditas del purgatorio, si salgo con bien; pues mis pocos años de mundo no me han dado todavía la esperiencia bastante para saberme dirigir en él. Sino doy estos pasos por mi difunto marido, que santa gloria goze ¿quien se ha de acordar de él? Si sus parientes entrasen á heredarle á abintestato, es bien seguro que no se acordarían de su pobrecita alma para rezar por ella un padre nuestro. Es muy religioso el dar estos pasos tan piadosos, porque es una

obra de misericordia enterrar los muertos y rogar á Dios por ellos. Y ahora mientras llega D. Canuto y Mamerto, voy con el permiso de V. á registrar unos escritorios, porque tambien es obra meritoria esta diligencia, por si hay algun papel que interese al alma de mi marido que en paz descanse.==

Se retiró Doña Coleta à hacer lo que habia dicho, y Eleuterio quedóse solo en su habitacion. Mas no tardó Mamerto en llegar, y tras de él D. Canuto que tuvo que esperar saliese Doña Coleta del cuarto del difunto, la que luego se presentó disculpándose de haber tardado á causa de haber estado ocupada buscando un crucifijo y unas velas para poner al difunto. Y preguntó á D. Canuto si estaban bien cogidos los cabos en el asunto consabido, y si ella podia descansar sin temor alguno. A lo que contestó aquel, que podia estar segura y tranquila: que no creía muriese tan pronto su marido; y cuando Mamerto le dió la noticia, habia quedado tan muerto como el difunto, no tanto por lo mucho que quería à este, sino por lo que se compadecía de ella viéndola tan sola reducida al estado triste y desamparado de viudedad. Pero que no tuviese cuidado que allí estaba él para acompañarla y se haría cargo de todo, si era gustosa y de él tenía confianza, y sería el mas firme protector de su persona y bienes.

Yo le doy á V. las gracias, dijo Doña Coleta, por tanto favor como me dispensa, y estoy sumamente agradecida á los servicios que me acaba de hacer, y quisiera poderle pagar con la mejor joya del mundo. Viva V. seguro que nadie mas que V. administrará mi hacienda, y la tendrá como dueño. Y mientras Mamerto amortaja à su amo, entraremos nosotros en este cuarto retirado para tratar algunos asuntos de importancia que tengo precision de comunicarle hoy mismo, y antes de que se dé sepultura á mi marido.==

Y habiendo llamado á Mamerto le dió un lio de ropas viejas para que fuese vistiendo al difunto. Mamerto se puso á desliarlo, y mirando à Eleuterio que se hallaba presente, decía á este== ¿Es verdad caballero que D. Canuto es un escribano hábil, que nota bien, hace buena letra, y otorga en poco tiempo en la cabeza de un tiñoso una escritura sin que la falte requisito alguno?== Sí, contestó Eleuterio, y tan diestro me pa-

rece que es, que en un abrir y cerrar de ojos vuelve por activa y pasiva un testamento aunque tenga mas clausulas que un formulista. = Por lo que veo, señor, continuó Mamerto diciendo y desliando el lio de ropa, sirvo en esta casa de mozo de paja, que fué para lo que entré en esta posada, de page ahora, y á mas, de amortajador, y quiera Dios pare en esto, y no pase á ser tambien medio entre mi ama Doña Coleta y su protector D. Canuto. Pero que zapatos son estos, ecsaminando las prendas de ropa que su ama le habia entregado: estos zapatos no tienen suela: en verdad que tampoco la necesitan para lo que han de servir; porque si mi amo se vá al cielo, es un piso muy liso y blando por donde tiene que andar, segun tengo entendido; y si le tocase ir al infierno, menos materia arderá á sus pies. No te digo nada de las medias, reparando cada cosa de las que cogía, la Reina de Hungría no se pone unas medias mas finas y de mas calados; el nublado de moscas que puede entrar por cada agujerillo, eclipsa al Sol. Y los pantalones, estos sí que son de mérito y de mucha hidalguía por su antigüedad; ya no se conoce si son de paño de tan viejos como son, y de agujeros que tienen. Y la levita, es la madre de las levitas, alhaja de mucho precio tambien por su antigüedad; no sé por donde agarrarla que no se haga polvo, sin duda es el gaban que Noé tenía puesto al entrar en el arca cuando el diluvio universal, y con la humedad que entonces tomó, se ha podrido segun se pega á los dedos. ¡Pobrecito amo mio! exclamó Mamerto, ¡que bien te paga Doña Coleta! =

= ¿Por qué? preguntóle Eleuterio. = Porque dejándola por heredera de todos sus bienes, y habiendo sido un marido tan bueno para ella, contestó Mamerto, le paga y corresponde tan mal, sacando cuatro trapos viejos podridos para amortajarle, que es lo mismo que dejarle en cueros vistiéndole. = Mal hecho es, dijo Eleuterio, porque á los difuntos debemos siempre darles honra, y mucho mas á aquellos que nos han honrado y beneficiado á nosotros, no debemos nunca olvidarnos de ellos, aunque estén muertos. Pero el que Doña Coleta haya buscado la ropa mas vieja para amortajar á su marido, tiene algun disimulo, y puede disculpársela, porque al fin no han de servir para abrigo, y la tierra ha de pudrir las y comerselas: lo malo

estará en que Doña Coleta haya correspondido mal al cariño y desvelos de su marido en vida. = Tampoco, dijo Mamerto, lo ha hecho bien con él. De veinte años que contaban de casados, solo diez dias, que fueron los primeros, lo hizo bien: por manera que á medio dia por año tan solo ha venido á corresponder con su marido. = Pues amigo Mamerto, dijo Eleuterio, esa es otra prueba de la verdad de un pensamiento mio: y es, que el obrar mal con los muertos olvidándonos pronto de ellos, consiste en que nos acostumbramos à no acordarnos de los vivos aunque de estos hayamos recibido beneficios. =

Al dia siguiente fué el entierro, al que asistió Eleuterio, como tambien estuvo en el duelo donde por no haber proporcion en la posada, estuvieron hombres y mugeres juntos: y aunque todos estaban incomodados, sufrían la incomodidad por el gusto que tenían de acompañar á Doña Coleta que habia quedado heredera de cuantiosos bienes, que á haber quedado sin ellos, no habría habido quien à Doña Coleta saludase, ni quien á su difunto marido acompañara á la Iglesia; porque se honra á los muertos por lo que se espera de los vivos. El duelo duró mucho; y Eleuterio pasó todo aquel tiempo en observacion riendose interiormente de lo que son los duelos. Como estaban mugeres y hombres reunidos en una sala, despues de un largo rato de silencio, una señora que sin duda era la mas descarada y habladora, fué la que no pudiendo sufrir tan pesada ceremonia, empezó á hablar acercándose á otra, y diciéndola en tono bajo, luego mas subido, y por último en tono alto, ¿sabe V. Doña Beatriz la dijo, que llegó anoche el novio de Mariquita Fortuna, y dicen si se casan mañana? = Mira que fortuna, contestó Doña Beatriz; nada sé, y estraño mucho que habiendo su madre hablado conmigo esta mañana, nada me haya dicho siendo así que somos tan íntimas amigas las dos. Pero no no lo estraño, porque ella es una cochínísima muger, una indecentona, y cualquiera otra que hable con ella, no puede menos de ser otra tal: vea V. la Doña Quijota tan amigas como somos que no se pasa dia sin estar juntas, y nada me dice =

Eleuterio que esto oia, no podia menos de reirse interiormente oyendo estas quejas y denuestos, que la misma que las daba se injuriaba así misma incluyéndose en el número de las

mugeres cochinas é indecentes, puesto que ella decia lo eran todas las que hablasen con Doña Fortuna.

Habiendo hablado una de las mugeres, ya las demás y los hombres igualmente salieron de aquella molesta situacion en que los tenia la ceremonia del duelo, y queriendo desquitarse del tiempo que habian estado forzados á guardar silencio, empezaron á hablar todos á un tiempo, y á causar tal algarabía que ya no se entendian.

Otra de las mugeres que estaba sentada no muy lejos de Eleuterio, entró en conversacion con la que estaba mas inmediata, y la preguntó ¿que se hace su vecinito de V. Doña Timotea? cuanto tiempo hace que no se le vé, si habrá roto con la Isabelita? = ¿Como puede V. creer Doña Agustina, contestó Doña Timotea lamiéndose los labios, por ser la murmuracion dulce, que por mas que me ando todo el dia asomando ya á una ventana, ya á otra, no he podido descubrir si está en casa mi vecino, y que es lo que hace? pero ya he dado con un agujero del doblado de mi casa, por donde espero que tengo que ver mucho. =

Doña Coleta que estaba muy encovijada, con la cabeza baja haciendo la viuda mas dolorida, puestos sus cinco sentidos en los bienes y el mucho dinero que su marido la dejaba, echando cuentas de lo que habia de hacer con tanto caudal, y haciendo en una palabra anatomía hasta de los trastos viejos, se aproxió muy disimuladamente á una señora que estaba á su derecha, y la preguntó = Dígame V. señora Agustina ¿su vecino de V. el comerciante es hombre de bien, y lleva buenas cuentas con las personas que ponen dinero en su poder? = No señora, contestó Doña Agustina ya engolosinada con la murmuracion, es un tramposo: yo estoy todos los dias observando su conducta, y me consta que es hombre de muy mala fé. Si V. quiere y trata de dar dineros á premio, yo hablaré á unos amigos míos que son personas de toda confianza. =

Otro hombre de los concurrentes al duelo, que llamaban D. Trifon, dirigía al propio tiempo la palabra á un jóven que á su lado estaba sentado, y le preguntaba = ¿Conocistes Juanito, si el que salió ahora es el hijo de D. Antonio Castellano? = El jóven contestó, que era el mismo que había salido y asisti-

do al duelo= ¡Que malo es! exclamó D. Trifón; no le puedo ver= Yo no le tengo por tal, dijo el jóven: todo lo contrario, me parece sin temor de equivocarme, que es un jóven virtuoso, y todos le apreciamos por su mucha bondad.= ¡Virtuoso dices que es!.. dijo D. Trifón como enfadado por lo que oía; ó tu no le conoces bien, ó eres otro tan linda alhaja como él. Si señor repito que es apreciable apreciableísimo.= Me incomodas, replicó D. Trifón, con eso que dices, y desde ahora declaro que tu eres mas loco que él.= Como el sea loco, dijo el jóven, no hay cuerdos en el mundo para V. Yo conozco muy bien á ese jóven, y me constan por haberle tratado sus buenas prendas; y le aseguro á V. que jóvenes mas juiciosos pocos hay. Dígame V., Sr. D. Trifón, ¿le há hecho á V. algun mal, ó sabe V. que se lo haya causado á otra persona? ¿Es por ventura borracho, quimerista, holgazán, jugador? ¿tiene por último algun vicio ó mancha en su conducta? = No lo sé, respondió D. Trifón; pero es malo, malísimo.= ¿Y en que se funda V., volvió á preguntar el jóven, para decir que es malo? = En que dicen que es malo, contestó D. Trifón; y en que además no es de mis opiniones.= De ese modo dijo el jóven, todos somos malos: porque los hombres nunca vamos conformes en un mismo modo de pensar, ó por lo menos pocas veces, sucediéndonos igual que á los relojes que nunca ó muy rara vez andan dos iguales entre tantos relojes como hay. Mas suponiendo debiese ser lo que V. quiere, y que pensase como V. piensa, resultaría, y disimule V. que lo diga, que niugun hombre sería bueno, si todos pensasen como V. porque son tantos los pensamientos de V. y tan varios, que no tiene uno fijo, y esto es lo mas malo que puede haber en los hombres, la volubilidad. Por último, Sr. D. Trifón, aunque la voz general pregone que una persona es mala, sino hay otros fundamentos para tenerla por tal, no es bastante por sí sola la voz general para creer lo que ella dice; muchas veces prueba lo contrario, que es bueno el sujeto que ella publica ser malo; porque las virtudes de este son tan relevantes, que no teniéndolas todos, muchos le tienen envidia. Y ahora me acuerdo con este motivo, que haciéndose el escrutinio en Atenas para el destierro de Arístides, un rústico presentó su conchilla al mismo

Aristides pidiéndole que escribiera el nombre, porque el rústico no sabía escribir, de tan grande hombre. Aristides entonces le preguntó ¿te há hecho algun agravio esa persona de cuyo destierro se trata? Ni aun la conozco, respondió el rústico; pero estoy enfadado de oír llamarle continuamente el justo. =

= Que entiendes tú de eso, dijo D. Trifón poniéndose muy enfadado; yo bien digo que tan loco eres tu como Castillito á quien defiendes, y aun eres peor que este por lo que te has atrevido à decir de mi, y te perdono en consideracion á tus padres, que sino fuera por estos me había de vengar de tí. Tu eres un charlatán que hà bebido en aguas muy turbias, y así no sabes distinguir de tiempos, causas y circunstancias ¿quieres venir à corregir à un hombre como yo? ¿quieres compararte conmigo que tengo rotas tantas càtedras? = Yo, señor Trifón, dijo el jóven, respeto à todos los hombres, y con todos soy tolerante; pero tambien estoy obligado à defender la virtud; y no permita Dios me pase por el pensamiento, ni sea movida mi voluntad á querer compararme con V., porque no sé si saldría mas perdido que comparándome con otros. Lo que digo, que los nombres de las cosas están cambiados; que á lo blanco se llama negro y à lo negro blanco: y que al jóven de quien hemos hablado, debe haberle hecho mal de ojo alguna de aquellas tres hijas feas, tuertas, que se dice nacieron de tres madres muy hermosas, porque de la paz nació el ocio, de la amistad el desprecio, y de la verdad el odio. =

Concluido el duelo por haberse retirado cada cual á su casa, Elenterio salió á respirar mejor aire y á pasear al zaguan de la posada; y D. Canuto quedando solo en la sala con Doña Coleta, dijo á esta. = Ya que hemos, señora mía, quedado solos y en libertad de poder hablar sin testigos que nos oigan, si V. gusta mi señora, podemos empezar el arreglo de sus asuntos. = Soy muy contenta, dijo Doña Coleta, y si à V. no se le causa molestia desde ahora mismo puede darse principio á este negocio, y no dejarlo de la mano hasta que de todo punto quede concluido. Y llamando à Mamerto encargó à este, que si alguna persona fuese á visitarla, dijera que no podía su ama recibir por estar en cama bastante mala. Y á mas para que no estuviese ocioso, le dió tambien el encargo de que

encomendase á Dios el alma de su marido, y rezase por la salud de su ama.=

Quedó enterado Mamerto en el encargo, y saliendo á pasar al zaguan con Eleuterio buscando con quien hablar, dijo á este.= ¿Que le parece á V. Sr. D. Eleuterio del encargo que me há dado mi ama? que reze por su salud, y encomiende á Dios el alma de su marido. Mejor le estaba á ella hacer esto, que no meterse en lios con el Escribano. Si yo rezo por mi ama y por mi amo ¿que dejo para el alma de mis abuelos? pero ¿no há observado V. lo alegre que está D. Canuto con la muerte de mi amo? ¿que significará tanta alegría? Lo que eso significa dijo Eleuterio, es lo que dejó dicho S. Juan Crisóstomo, *que el dia que muere un rico se parece al dia que se mata en qualquiera casa un puerco, que siempre cabe parte del contento á la vecindad.*=

Sentémonos en este poyete con el oido á esta ventanita, dijo Mamerto, y estaremos divertidos oyendo lo que tratan mi ama y D. Canuto, que serán asuntos curiosos, y nos han de divertir mas que la mejor comedia. Y si es V. compositor, Sr. D. Eleuterio, tendrá sobrada materia para componer una. Yo le aseguro á V. que aunque no sé mas que hacer unos malos versos, hé de componer un sainete de lo que pasa entre mi ama y el escribano.

En esto oyeron que D. Canuto decía à Doña Coleta= Mi satisfaccion, señora, está en servir á V., y de rodillas haré cuanto V. quiera y me mande. Y si V. viene en que me quede á consolarla en su soledad, y á que cuide de sus bienes, estoy pronto á hacer lo que me diga, y lo haré gustoso y sin interés alguno; y solo ecsijo en recompensa que desde ahora para en adelante me llamase su hijo, y V. fuese mi madre, porque por mi desgracia murió como V. sabe la que tuve, y el oficio de escribano no anda bien, sin embargo de que yo no dejo de amañarme, y agarrarme aunque sea de un clavo ardiendo, porque mis manos están acostumbradas á todo, y ya tengo hechos callos en ellas.=

= Oye V., dijo Mamerto à Eleuterio, ya vá D. Canuto entendiendo el testamento. Atendamos á lo que dice mi ama.=

Doña Coleta contestó á D. Canuto.= No, señor D. Canuto,

no, el título de madre no me pega, porque ni V. es tan niño, ni yo soy tan vieja, para que V. sea hijo mio. = Entonces ¿que título, preguntó D. Canuto, puede acomodar mejor á V. y que sea mas tierno? =

= Oye V. señor D. Eleuterio, dijo Mamerto, dándole con el codo para que atendiese; ya D. Canuto se acerca á la última y mas interesante clausula del testamento, pongamos atención, que ahora entra lo bueno. =

= Otro título que no sea el de madre y abuela, me agrada-
ría mas, contestó Doña Coleta. =

= Que le parece á V. mi ama, dijo Mamerto, que linda-
mente se esplica: por vida mia que no le cuesta á D. Canuto
mucho trabajo para hacer este testamento, porque mi ama se
esplica á las mil maravillas, y manifiesta muy claramente su
voluntad: y luego dirá que es una pobrecita, y que no tiene
esperiencia para manejarse en el mundo: ya se vé es una niña
de mas de setenta años. =

= No hallo, dijo D. Canuto, otro título mejor y mas tierno
despues del de madre, que el de esposa y esposo. ¡Que nom-
bres estos tan dulces! =

= Ya hechó D. Canuto signo y rubrica, dijo Mamerto. =

= Por mí, contestó Doña Coleta alargándosela mas la barba
con la alegría, no tengo inconveniente entrar en lo que V. me
indica. En mi estado de soledad absoluta, sin parientes, y con
muchos bienes, lo que me conviene es el matrimonio. Y si ya
no soy niña, tampoco soy vieja: mi edad es la de la madurez,
y la única para casarse con tino. =

= ¿No se asombra V. señor D. Eleuterio, dijo Mamerto, de
los milagros que hace D. Canuto? Un testamento que vino á
hacer, lo vá convirtiendo ya en escritura de esponsales: ni S.
Antonio hace tantos milagros: capáz es de casarnos á los dos
haciendo á V. muger. =

= Por mí, dijo D. Canuto, tampoco tengo inconveniente, y
con nadie mejor que con V. podré casarme, porque como dije
antes la amo de corazon, y Doña Coleta ha sido siempre para
mí muger de mucho aprecio, y con ninguna otra podría irme
mejor que con una muger de tanto juicio. Pero antes de entrar
en este asunto, salgamos primero de cuentas pendientes; y

concluidas que sean estas, entraremos luego en la otra que es mas delicada, y precisa ajustarla con mas detencion, y de este modo lo haremos sin error, porque cuentas hay como las del matrimonio que no se salvan los errores. Esto así, empiezo con los gastos de entierro, que suman el total de cinco mil rs. en la forma siguiente... ¡Jesus! exclamó Doña Coleta interrumpiendo á D. Canuto no dejándole concluir la relacion de los gastos. ¡Jesus María y José! ¡que monte de dinero!.. Con otra igual cantidad que se me cargue en cuenta, quedé reducida á la mayor miseria llevándose el diablo la herencia. Nada, señor D. Canuto, es necesario tomarse mas tiempo para examinar detenidamente estas cuentas. Dejelas V. aquí, y puede retirarse á su casa á descansar.— Entonces, dijo D. Canuto temiendo se frustrasen sus proyectos, adelantaremos la otra.— Menos, respondió Doña Coleta que con la cuenta del entierro se habian minorado los deseos de casarse; menos señor D. Canuto por ser cuenta todavía mas delicada. El que trate de casarse, ha de mirar no le suceda lo que al pez, que el que no ha entrado en la manga quiere entrar, y despues de haber entrado quiere salir.— Está muy bien, dijo D. Canuto, pero conmigo no la habia de suceder á V. nada de eso; porque repito que la quiero y la querré toda mi vida, y todo cuanto yo tengo, aunque sea poco ó nada, de V. es; y desde ahora hago donacion á su favor con toda mi libertad y muy gustoso de cuanto poseo, derechos y acciones que me correspondan. Y en prueba de esto mismo que digo, los gastos hechos en el entierro de su difunto marido los he pagado de mi propio bolsillo, y no los dato en cuenta para que V. me los pague, sino para que sepa lo que se ha gastado, y obre como es debido en las cuentas de testamentaria, porque toda esta formalidad es precisa. Yo repito cedo en beneficio de V. cuanto poseo, y tenga derecho á poseer.— Muy bien, doy á V. las gracias y estoy agradecida á tanto como V. ha hecho por mí, dijo Doña Coleta, y no necesita V. hacer sacrificios para persuadirme que me quiere. Pero si nos casamos y V. muere ¡que sentimiento será para mí no poder hacerle un entierro lucido como se merece por ser yo una pobrecita? Esta triste consideracion, señor D. Canuto, me tiene irresoluta sin saber que hacerme.—

—¿ Le parece á V., dijo Mamerto á Eleuterio, que mi ama es tonta? No señor, que es muy avisada apesar de los pocos años que dice tener, y ninguna esperiencia de mundo. Otro lazo necesita D. Canuto hechar à la vieja si la ha de casar: pero habia de ser al pescuezo con un cordel de cuatro cuartos, y apretarselo bien.—

—Para cuando ese caso llegue, contestó D. Canuto, ya dejaré yo todo prevenido en términos que nada tenga V. que hacer á mi muerte, y recojerá V. tambien las llaves de un baúl donde encontrará V. su felicidad.— Con tantas esperanzas y seguridades, dijo Doña Coleta, me decido à casarme con V.— Es lo que á los dos nos conviene, á V. por tener una persona propia que mire por sus intereses, y á mi por tener una muger que me cuide y asista.— Convenidos, dijo Doña Coleta, y pasados los nueve dias de duelo, podemos.... ¡ hay ! ¡ hay ! que me muero....

Doña Coleta se accidentó de pronto cayendo de la silla donde estaba sentada, y en su rostro aparecieron las señales de la muerte. D. Canuto que vió tan accidentada á Doña Coleta, empezó á llamar á Mamerto para que fuese en su auxilio. Al propio tiempo llegó á la posada un sobrino carnal de Doña Coleta, que con motivo de haber sabido la muerte de su tío político, habia pasado à Trujillo, ya con ánimo de acompañar á su tia en los dias de duelo, ó ya con la esperanza de si aquel le habia dejado alguna manda. Con esta novedad, y mas con la que causó tan repentinamente el accidente apoplético de Doña Coleta, quedó muy pensativo y triste D. Canuto, oyéndosele decir— se frustraron mis esperanzas; este accidente y este huésped con la llegada suya á estas horas há espantado la pájara que estaba ya dentro de mi red, y que pensaba yo desplumar dejándola tan pelada como la cabeza de S. Pedro.—

Entró el sobrino á ver á su tia, que ya moribunda sucumbía á la fuerza de la apoplejía. Y visto que pasaban horas, y que no volvía en sí por mas remedios que la hicieron, los facultativos que allí estaban, pronunciaron su fatál fallo de no tiene remedio, es mortal el accidente; y á poco tiempo era ya difunta. Y Mamerto con mucha sorna dijo.— Se ahorra ya mi

ama de los gastos en el entierro lucido que trataba hacer á D. Canuto cuando este muriese; y D. Canuto de los gastos que pensaba hacer cuando se casase con Doña Coleta. Murieron las esperanzas de los dos, y son tres muertes en una.

Llegó á Eleuterio la hora para él tan deseada de marchar á su pueblo; y pagando lo que debía en la posada, no quiso esperar á otro entierro, á otro duelo, ni á otra boda, ni á otra muerte. En los tres dias que se detuvo en Trujillo presencié estas cuatro cosas, y observó lo que pasa en cada una de ellas.

CAPITULO 13.

Llegada de Eleuterio á su casa de vuelta de Madrid.

Llegó Eleuterio á su casa y rodeado de toda su familia que habia salido á recibirle con una frugal merienda, pero mas sabrosa que el mejor banquete; porque en la primera la confianza y naturalidad la hacía abundante y sabrosa, y en el segundo la etiqueta y la envidia suele producir sin sabores y una alegría muy pasajera. ¿Qué satisfaccion para sus ancianos padres á quienes tanto habia costado la crianza y carrera de su hijo, verle ya en disposicion de poder coger los frutos que infames rateros quisieran hurtarle?... ¿Que alivio para su esposa acongojada que veía á sus inocentes hijos envueltos en la ruina del padre?.. ¿Que descanso para el mismo Eleuterio despues de tan injusta persecucion y contiúnas penalidades haber podido conseguir el medio de mantener su familia?... ¿Que júbilo y contento para todos? No obstante, en medio de toda

esta alegría venían à entristecer á Eleuterio algunas ideas desconsoladoras, que eran señales ciertas que le anunciaban otros males, así como se presiente, y se teme la segunda tempestad despues que se ha experimentado lo espantoso de la primera, y que en el no muy claro horizonte se observan señales de repetirse. Procuraba sin embargo disimular su tristeza por no interrumpir la alegría de la familia, esperando del Cielo, pues de los hombres con tanto como ya habia experimentado esperaba bien poco, esperando digo del Cielo, le concederia nuevas fuerzas, para poder otra vez entrar en lucha con la suerte, dándole valor para resistir à los infortunios que sobre él viniesen de nuevo, y que se dirán mas adelante.

En esta confianza respiraba, y con sus padres, esposa é hijos se le veía tambien alegrarse. Mas las señales que anunciaban la segunda tormenta, se hacían cada dia mas ostensibles y claras, y la naturaleza causando sus efectos en el corazon sensible de Eleuterio, no podia este disimular tanto. Se retiraba á su gabinete á ocultar los sentimientos que le afligían: un dia cuando mas estos le tenían agoviado, le sorprendió su esposa entrando con un niño que con sus inocentes gracias se dirigía á acariciar á su padre. La esposa que miró á su marido tan triste y con el dolor pintado en su semblante ¿como quedaría? En su corazon empezó á introducirse la pena como el agudo cuchillo penetra en las entrañas de una víctima. Agena de la pesadumbre que afligía á su esposo, ignorando la causa, se asustó, y con grande desasosiego le pregunta ¿que mal sentía? El por no acongojarla mas quiso ocultar su dolor con razones que mas aumentaron la inquietud de su muger, que la convencieron. No satisfecha con lo que su marido la dijo, volvió con ruegos á instarle la declarase que sentía, porque lo que la habia manifestado no la aquietaba, viendo como veía en su semblante señales ciertas del sentimiento que quería ocultar. Eleuterio se esforzaba en quererla persuadir que nada sentía; apuraba las razones, procuraba componer su rostro y animarle, buscaba disculpas à la tristeza que su esposa habia notado en él; ya lo atribuía á alguna leve indisposicion, ya al tiempo nublado, y ya á otras leves causas. Pero nada fué bastante para convencer á aquella que en los mismos discursos

de su marido veía todo el artificio de su disimulo. Mas recelosa, y mas en cuidado quanto mas aquel solicitaba ocultar sus sentimientos, importunaba cada vez para que se los esplicase, ó como ella decía, la permitiese ayudarle á sentir. En fin, tanto le dijo, tanto le instó, tanto le rogó, y tantas caricias le hizo, que el corazon de Eleuterio comprimido con tantas y tan vivas impresiones no pudo resistirlas, y vino á declararla el motivo que causaba su afliccion.

He querido ocultarte, querida esposa, la dijo, los pensamientos que me han empezado á distraer y que me afligen ahora; pero no he podido resistir á la fuerza de tus dulces instancias que han abierto mi pecho para que tu veas en él lo que yo tanto he procurado ocultarte. No porque en mi corazon descubras ni una señal de agravio, ni una desconfianza. Te amo con pasión, y te aprecio como discreta. Así ni otro amor viene á interrumpir hasta aquí el que te profeso, ni temo del tuyo abuso de una confianza. No, razon alguna agena de nuestro cariño y de nuestra mútua y cordial correspondencia, es la que me ha obligado á ocultarte mi sentimiento. Solo sí el que este no saliese de mi pecho para agitar tambien el tuyo, es la razon única porque tanto he disimulado, y tanto he resistido à declarártelo. Pero ya que el destino nos unió en amor, y quiere juntarnos en los trabajos, voy á declararte el motivo de mi afliccion. Habrás observado que los mas que á mi arribo han venido á visitarme, lo han hecho no por afecto, sino por satisfacer su curiosidad como recién llegado de la Corte, por saber como se suele decir, lo que en esta corre, lo que se piensa, y lo que se puede esperar en el estado político de España con ocasion de la guerra del ruso con la puerta otomana que tan ocupado tiene el pensamiento y atencion de todos, aunque en diferentes conceptos segun las opiniones é interés de cada uno. Y así los has visto despedirse con frialdad, y que no han vuelto á aparecer; que habiendo encontrado á los mismos en la calle, han vuelto la cara: que cuando los he buscado se han escondido; que si á alguno he podido hablar por casualidad para que entre el mucho trabajo que tienen por suerte ó mérito, me ocupen, se han desentendido, en una palabra, habrás notado indiferencias, desvíos; habrás esperimen-

tado desengaños, traicion; y verás que cuando á todos se les permite trabajar en sus respectivos oficios, á mi no se me permite ahora ejercer el mio en esta ciudad, despues de tanto como me ha costado aprenderlo, y tanto como he vuelto á gastar y sufrir para conseguir nuevo título. Esto nos constituye en el estado en que pudiera hallarse una familia que sola y desamparada en una desierta isla, no viese mas que bestias unas fieras, y algunas mansas; con la diferencia que si de las unas podia recibir daño, de las otras podia esperar poca utilidad ó ninguna. Pero no es esto lo que mas me acongoja; porque estoy acostumbrado, y es preciso acostumbrarse para poder vivir en sociedad, á sufrir las imperfecciones é impertinencias de los demás hombres, y á tolerar sus vicios, y muchas veces sus agravios: y ya porque nuestro aislamiento, no es absoluto. Vive mi padre, es honrado, sensible, verdadero liberal y amante de sus hijos. Este es nuestro amparo, y á su sombra somos menos desgraciados. Pero este padre queridísimo tiene su salud quebrantada con el trabajo, los pesares y los años: estos le llevan ya á la sepultura, y en ella se vá á empozar nuestro bien, nuestro protector, nuestro único apoyo. Nada nos deja mas que virtudes que imitar. ¡ Herencia grande! ¡ herencia celestial!... ¿ Mas será bastante?... ¿ podremos vivir con ella?... No; porque vivimos en una tierra ingrata, donde la virtud no se fertiliza, porque no se aprecia, y se la pisa. Y si alguno posee la virtud, y procura conservarla; ¿ cuantos envidiosos se lanzan contra él, no para adquirirla y poseerla ellos, sino por el disgusto que les causa verla en otros? Porque son como los niños que les causa envidia ver en otros un juguete que ellos no tienen, y lo quieren quitar, aunque no les guste tenerlo. He aquí la idea que tanto me acongoja, querida esposa, idea atormentadora que tan oprimido tiene mi corazon en momentos en que mas aliviado de penas anteriores, parece debería respirar ahora mas libremente en medio de objetos tan caros y tan embelesantes, celebrando la ventura de estar todos reunidos, y de haber podido conseguir lo que aun siendo tan justo, tanto trabajo ha costado. Sí, esposa amada, fuerza es que lo sepas, y te prepares para mayor mal de los que hasta aqui nos han afligido. Nos resta que

beber lo mas amargo del Caliz de la pasion. Vamos á experimentar la desgracia en toda su intensidad. Estos motivos de alegría que hoy tenemos, son transitorios, y no es mas que una tregua que la suerte ó los sucesos conceden, para empezar luego de nuevo à sentir mas agudas penas. Mi padre, como te he dicho, toca ya al término de su vida, los pesares se la quitan en su salud, y á su vuelo à la eternidad quedamos en el mayor desamparo, y mas grande afliccion. En su existencia está la nuestra; vivimos por él; los demás hombres, unos nos quitan los medios de vivir con sus injustos y crueles fallos, mientras otros ayudan con sus consejos, manejos, é intrigas: todos nuestros enemigos conspiran á la vez, obrando ya directa, ya indirectamente es nuestra ruina. Nuestro buen padre nos sostiene entre tanto, nos alimenta, nos libra de muchos insultos, y nos consuela en nuestro triste estado. Faltando él, faltó todo para nosotros; y entonces nuestra desdicha es completa, y la satisfaccion de nuestros enemigos la mas grande, porque se les quita el único estorbo que les impedía para ver toda la estension de nuestra desgracia... ¡ Ah esposa amada!... ¡ Ah hijos de mi corazon, inocentes criaturas!... ¡ Vuestro infortunio es la espina atravesada en mi corazon!...

Oprimido de dolor Eleuterio; no pudo continuar hablando, entorpeciéndosele la lengua. Consternada la esposa abrazó á su marido, y estrechándole tiernamente contra su pecho, llamó en su auxilio al niño mayor, que contaba seis años, para que trajese un vaso de agua con que humedecer á su acongojado padre. Esta inocente criatura, tan sensible como los que le dieron el ser, con un despejo natural y nada comun en su edad, parecía un Angel bajado del Cielo como con rostro sereno atendía á sus padres poniendo el agua fresca en los labios de los dos, los consolaba con sus dulces espresiones y filiales caricias, y les animaba con razones y discursos que parecían inspirados. Como el Sol disipa la densa niebla, y alivia á los mortales de aquel vapor grueso y humedo que tanto los melancoliza, así las razones del hijo haciéndose sentir vivamente en las dos unidas almas de sus padres, templaron el dolor de estos, disminuyendo la afliccion que los ahogaba. Sus rostros empezaron á animarse, y tomar otro giro la imaginacion, un profundo suspiro dilató

sus pechos, y dando salida á las lágrimas, empezaron á respirar mas libremente. Algo aliviados de la opresion en que los tenía el dolor, abrazaron al hijo, le prodigaron caricias, á las que él correspondía con otras tan tiernas y filiales, rebotando de alegría su inocente corazon en ver á sus padres que antes afligidos, y caidos en una especie de desmayo, empezaban á serenarse. = Padres míos, les decía con las manitas cruzadas en accion de súplica, no lloreis mas que os pondreis malos, y os podeis morir, y entonces yo me quedaré solito. ¿Y que será de mis hermanitos y de mí, si mis amados padres faltan?..

¡Ah pedazo de mi corazon!... le interrumpió el padre ¡sangre de mi sangre, por ti deseo vivir, y tu me atas á la vida, que tan penosa hace mi existencia!... La situacion desgraciada en que la perfidia, y la alevosía nos han puesto, me imposibilita trabajar en el bienestar de mi familia, y que considerando vuestra triste suerte, mi corazon sienta tanto, y mi dolor sea tan agudo y estremado. Pero este motivo que tanto me aflige, queridas prendas de mi corazon, es el mismo que ahora me alienta para desear la vida; porque si nada espero de los hombres, espero del Cielo que mirará por nuestra inocencia, y y que de algun modo me dará fuerzas y medios para que yo cuide de vosotros trabajando de una manera ó de otra, para que no os veais absolutamente abandonados. =

Si, esposo amado, dijo la consternada madre, no nos faltará el Cielo, y procura vivir alejando esas ideas tan mortíferas, ellas son el mayor mal que nos puede suceder, porque traen la corrosiva tristeza que mata poco á poco al que las abriga, y dá calor con su imaginacion. Resignémonos si Dios nos envía la muerte, pero no nos preparemos una que nos esté matando á cada instante, y no nos acabe tan pronto. A mas, que hasta hoy no hay motivo para tanto acongojarse, y abandonarse tanto al sentimiento; pues nos quedan otros parientes que pueden darnos la mano y....

¡ Muchos parientes! interrumpió Eleuterio. Si tienen medios y voluntad, tienes razon querida que nos buscan para darnos el consuelo: pero si no tienen voluntad, aunque tengan riquezas, les somos enfadosos con solo vernos en sus casas. =

Hay tambien amigos, insistió su esposa, que sirven de mu-

cho en las desgracias.==

Si, contestó Eleuterio; si son sinceros y buenos son fieles consejeros en la prosperidad, firmes apoyos en el infortunio, y en toda la vida unos dulces compañeros: pero si son malos, en la fortuna nos adulan, en la adversidad nos abandonan, y en toda la vida vendiendo nuestras confianzas la llenan de pesares.==

Pues bien, replicó la esposa, si no encontramos parientes, si no tenemos amigos, la providencia divina jamás nos faltará: yo pediré una limosna, y... No, nunca interrumpió el niño; no, yo la pediré y cojeré pájaros para que VV. coman y mis hermanitos no mueran de hambre: y voy ahora por la bucheta donde guardo el dinero que mis abuelitos me dan para vestirme.

Me traspassis el corazon, amadas criaturas, dijo el padre levantándose para abrazarlos. No prendas mias, no permitiré yo mientras tenga vida, que os veais en ese estado que tanto me estremece con solo indicármelo: mi último dia sería el primero que yo os viese ser objeto de la burla de tantos, y servir de motivo de satisfaccion para los que con palabras melindrosas y fugidas embaucan al incauto pueblo, y bajo la apariencia de hombres de bien, son unos verdaderos hipócritas que se rien interiormente de nuestras desgracias, con tanta mayor satisfaccion cuanto que han contribuido á causarlas: no, cien veces no, permitiré yo que llegueis á uno de esos que si os dá limosna, será en pago de una risa insultante, de una frase amarga, ó en pago del placer que interiormente siente de veros en la miseria. Bastante se complacen ya, bastante nos han insultado, y bastante nos atormentan. No me han abandonado las fuerzas, para que huyendo de estos caribes, separándome de los falsos amigos, busque entre las gentes sencillas un azadon con que sacar de las entrañas de la tierra, vuestro alimento. Si un justo dolor me ha hecho sentir en este momento y en otros que el pensamiento me hace ver la estencion de toda nuestra desgracia, sintiéndola tanto mas, cuanto mas la conozco, no he perdido del todo el ánimo, las reflexiones luego me sostienen, y vosotros me dais ejemplo de resignacion y firmeza. Natural es en toda criatura sentir la desgracia, y sentirla tanto mas, cuanto mayor es el amor que á su esposa é hijos tiene: doble es entonces el sentimiento, porque

doble es la fuerza que lo produce. Pero así como por vosotros siento, así por vosotros me animo ahora, viendoos tan animados. Ya conozco que no soy tan desgraciado cuando experimento que las personas por quienes sentía tanto, saben heroicamente vivir en este estado harto trabajoso, sin atormentarse con la imaginación fija en los bienes de que los hombres les privan tan injustamente. Esta vuestra conformidad y esta virtud, es el bien mas grande; y estando como estais en posesión de él, posesión que no os pueden quitar esos usurpadores, es el mayor consuelo que podemos tener. Los bienes de fortuna aumentan nuestros placeres, las consideraciones civiles y el rango que se tiene en la sociedad lisonjean poderosamente y llenan de satisfacción; y cuando todo esto perdemos, parece que el mundo se aplana sobre nosotros miseros mortales, y que toda consolación es perdida. No es entonces morir lo que sentimos, porque si nos es odiosa la vida en tal situación, no poder disfrutar de aquellos bienes, ni gozarnos con aquellas satisfacciones de que nos han privado, es lo que nos atormenta, y nos trae luego à una continúa penalidad. La falta de medios para alimentarse y abrigarse, no aflige tanto como desconsuela la privación de aquellos gozes y consideraciones: lo primero es una necesidad natural, que la misma naturaleza ha prevenido liberalmente por diferentes medios; y lo segundo son necesidades que se han creado en la sociedad, pero que esta ni ha sido tan sabia como aquella en producirlas, y menos en los medios y modos de satisfacerlas. Pero la razón, este don divino con que la criatura ha sido dotada, para que se sirva de él en todos los estados, es el recurso mas abundante, mas grande, mas poderoso que tiene para hacer frente, y no sentir estas necesidades sociales. La persona que mira el trén de un Marqués, la abundancia de un rico, el rango de un alto empleado, y que para su imaginación la fija en estos bienes de que ella carece, se siente de su falta, se aflige, y si dá en pensar sobre ello, se hace realmente desgraciado cuando antes pasaba alegre y tranquila vida tal vez con unas sopas que se proporcionaba con un trabajo bastante material y penoso. Esta desgracia es mayor, es mas afflictiva cuando la persona se vé privada de aquellos bienes de que antes ha disfrutado, y se contempla como el

último de la sociedad, segun se le trata. En esta situacion, solo la razon, la razon sola es la que puede suavizar la vida, y dar consuelo á la criatura. Escuchando su celestial voz, es como llegamos á conocer nuestros verdaderos intereses, y como llegamos á adquirir el mayor bien, cual es la virtud. Con esta alcanzamos aquella superioridad que se funda en la grandeza del alma, por la que nos sobreponemos á los trabajos, á las injurias, á las afrentas, y á los dicterios que turbarían, y serían mortales á tantos corazones que careciesen de aquel bien tan grande. Sujetos por necesidad á las adversidades de la vida, y espuestos á tantos males como todos los dias, y por todas partes la asedian, es el mayor bien, es el mas poderoso aquella superioridad, aquella grandeza de alma que se alcanza con la virtud. Verdad es que no es tan fácil conseguir este bien, porque se necesita sólido conocimiento y experiencia reflexionada. Pero cuando por este medio tardío y algo costoso no se obtiene, se logra con mas facilidad por medio de la crianza, que es la que modifica y forma á los hombres, haciéndolos virtuosos, ó malos, segun los egemplos que en su primera edad ven, ó las ideas y opiniones que se les inspiran. Yo aunque he procurado dar esta buena educacion, ya con la lectura de obras morales, ya con mis pobres conocimientos, y ya sobre todo acostumbrandoos á una vida sencilla y ocupada, haciendo que si bien disfrutaseis de los gozes que la sociedad presenta y nuestras facultades han podido proporcionar, espermentaseis tambien las privaciones, para que así por este medio practico os habituaseis á ser sufridos espermentando de todo, medio único de fortificar y preparar las almas para soportar los males de la vida, habituando al hombre desde un principio á ser sufrido, preparándole para que en lo venidero pueda resistir con firmeza las vicisitudes continuas á que están sujetas las cosas humanas, á la manera que por medio de los ejercicios militares tenidos en tiempo de paz, se hacen los soldados fuertes é instruidos para el tiempo de guerra; apesar de esta prevision mía, temía yo, y perdonarme este temor, que faltase en vosotros aquel buen uso de razon, porque entonces vuestra desgracia seria doble, y de vuestro doble sentimiento no podía yo menos de participar. Mas ya que veo en vosotros tanta conformidad, y

ánimo tanto, nada temo ahora, y resignado como vosotros lo estais con la suerte, y mas animado con vuestra propia heroicidad desafío desde luego al destino; y desde ahora podemos prepararnos aun mas de lo que estamos, para luchar con él; porque no debemos esperar que nuestra suerte mejore tan pronto, y si que empeore. Si todavia disfrutamos de la proteccion de un padre benéfico, esta dicha acabará mas breve que nuestra mala suerte concluya: un funesto presagio me lo está anunciando hace dias. Si... mi padre, mi buen padre... cansada su naturaleza con los trabajos y los años, nos va á dejar quedándonos solo la memoria de sus muchas virtudes.==

Papà, preguntó al instante el niño, que no se había separado de su lado ¿Parece que dà V. á entender que mi abuelito se vá á morir? ¿Pues está malo?== No hijo, contestó el padre besándole, Pero en su edad ¿que otra cosa hay que esperar?==

¡Ay Papà mio!.. ¿que malo que me pongo con lo que V. dice!... y las lágrimas empezaron á correr por sus tiernas mejillas, quedando la habitacion en un lúgubre silencio; porque los padres del niño tambien sintieron el dolor de tan penetrante y terrible idea.

A esta ocasion entró el anciano padre en la habitacion de sus hijos, y encontrándolos tristes y llorosos se sorprendió con tan estraña novedad, estraña para él, porque aquellos aunque en su interior padeciesen amarguras, procuraban siempre manifestarse alegres porque su padre no sintiera viéndolos tristes== ¿Que novedad es esta que observo? preguntó el bueno del septuagenario: ¿que os sucede, hijos mios, que os encuentro de una manera que tanto me sorprende? ¿que ha ocurrido que tan afligidos os veo? Te has caido, hijo mio? dirigiendose con los brazos abiertos y trémulos hacia su nietecito que suspirando estaba reclinado en el regazo de la madre, la que teniendo sus manos estendidas sobre la cara de su hijo, no le dejaba verse bien.==

== Señor, no se asuste V., dijo Eleuterio á su padre, haciendo un esfuerzo para serenarse y hablar, y anticipándose á disimular la verdad por prevenir sensaciones dolorosas á su anciano padre: no se asuste V. dijo á este, que ni el niño se ha caido, ni

daño alguno sucede. La tristeza que observa en nosotros, y ha fijado la atención de V., es efecto de nuestra imaginación que según las imágenes que se hace representar, ó los objetos que á las veces se le presentan, ya escitada por estos mismos objetos reales, ya por la memoria de estos, ó ya por la lectura, producen en nosotros alegría ó tristeza, como V. tantas veces me esplicó cuando estudiaba la filosofía; y por lo que diciéndole yo á V. la causa de nuestra tristeza, no debe V. de extrañar vernos tristes ahora. Estaba leyendo yo un hecho triste de la historia, que sucede muy frecuentemente, y como el día esté también tan nubloso, y las circunstancias sean poco lisongeras, todo ha contribuido á conmover fuertemente nuestras almas, y por lo mismo á ponernos melancólicos, como V. vé; y el niño ha llorado por yo no sé que le ha dicho su madre ¿Es verdad hijo? acercándose al niño porque dijese que sí, como lo hizo el inocente con lo que el padre le previno al oído, y el abuelo con esto quedó satisfecho, y dijo:— Pues para minorar la impresión que os ha causado esa historia triste que habeis leído, y desvanecer la tristeza que en vosotros ha producido, pues conviene desterrar la tristeza por ser esta un mal grave, voy yo ahora á contar otra historia que acaba de suceder con unos conocidos nuestros, y lo que les ha sucedido, os hará reír, y os servirá además de aviso para que vosotros procureis que no os suceda lance igual. Ya conoceis á D. F. y á toda su familia en la que no hay niño alguno de pecho ni viejo como yo, que todos están en la mejor edad para no tener miedo y poder sufrir cualquier trabajo, y que nadie que los vea, podrá creer lo que voy á contar de su desidia y cobardía.

Ayer, continuó el anciano, salió toda esta familia á tener un día de campo, y después de haberse solazado y divertido á su modo, se volvían al pueblo, cuando á un cuarto de legua antes de llegar á este y siendo ya puesto el sol, se quebró una de las ruedas del coche. No tuvieron daño alguno, porque las mulas quedaron paradas luego que el calesero las sujetó, y el coche quedó sostenido por las tres ruedas sanas sin novedad alguna. Pero tal y tan grande fué el susto que toda aquella familia recibió que, quedaron accidentados como si hubiesen

corrido el mayor peligro. No paró en esto solo el miedo. Este se aumentó y fué todavía mayor, lo que le sucede siempre á toda persona que se acobarda luego al mas pequeño contratiempo, que abandonando el gobierno de si misma, se entrega indiscretamente á cualquier suceso, sin dejar obrar á la razon, sucediéndole por consiguiente males mayores.

D. F. y su familia habiendo dejado pasar el tiempo sin pensar ni hacer cosa alguna por haber quedado como estupefactados con el susto, dieron lugar á que la noche se adelantase, y por consiguiente á que se aumentasen los inconvenientes para poder volver pronto y con bien á su casa. Así que se serenaron un poco, y pudieron pensar en los medios de llegar al pueblo, no acertaban con el modo de verificarlo á todo su gusto y comodidad, porque ni querían ir à pié, apesar de no distar mas de un cuarto de legua, y que todos tenían muy buenas piernas y muy bien calzados los pies; ni querían tampoco quedarse solos en el campo enviando al pueblo al calese-ro para que fuese ó por otra rueda ó por otro carruaje. Pensando ligeramente en todo y no resolviéndose á cosa alguna, pasó otra hora mas de noche, y los apuros eran mayores cuanto mas el tiempo pasaba, como suele suceder siempre que se desaprovecha, sin tomar una resolucion pronta para salir de un modo ú de otro de aquel conflicto ú accidente que no tiene espera en el remedio, y que si se dilata cualquier medida, luego es tarde cualquiera que se adopte, ó no es suficiente.

Pues os hago saber, hijos míos, que hay tales contratiempos ó males tan ejecutivos en la vida, y particularmente en la sociedad, que en la resolucion está el remedio. ¿Cuántos Generales por su falta de valor y resolucion en los peligros han causado la derrota de su ejército? Cuántos ministros por carecer de firmeza y energía y no tener resolucion para resolver en los casos apurados, han causado males sin cuento á la nacion, y muchas veces su ruina? Cuántos particulares en sus conflictos han luego sentido y llorado su irresolucion? Esto es lo que han experimentado y están experimentando nuestros conocidos, como vais á oír.

Despues de haber dejado pasar dos ó tres horas desde que se rompió la rueda del coche, determinaron por último que el

calesero fuese al pueblo á traer otros. Por ser ya tarde cuando llegó, no la pudo haber tan pronto, y pasó otra hora larga primero que la encontró. La noche obscureció mucho, y se puso según suele decirse como boca de lobo. Habiendo quedado D. F. solo en el campo con su familia metidos todos en el coche esperando al criado llegase con la rueda, ya podeis figuraros cuanto padecerían viéndose tan solos en un sitio no el mejor para estar á las diez ó las once de la noche, y que esta se hacía mas tenebrosa con la tempestad que amenazaba.

Mas por mucho que vosotros os figureis, no podeis formar cabal idea de lo que esta familia sufrió con ocasion de la avería del coche, contratiempo tan insignificante y despreciable en comparacion de lo que luego han padecido, porque lo que no era nada, ha sido luego mucho, todo originado por falta de resolucion de unos y de otros; y porque agravaron el mal anticipándose con su pensamiento otros males, que si pudieron haber sucedido por su falta de ánimo, al fin no sucedieron, y los sintieron como si hubiesen realmente sucedido, estando ahora en cama padeciendo. Cual de la familia al ruido del huracán, creía ver una manada de lobos hambrientos acometiendo y destrozando el coche haciendo fuerza para entrar y devorar las personas que dentro estaban: cual otro se persuadía haber visto á la ráfaga de un relámpago, una cuadrilla de facinerosos con sus feas caras, que cargados de puñales y pistolas rodeaban el coche con los trabucos en la mano: cual otro se encogía y hacía de su cuerpo un ovillo tapándose todo con la capa por no ver los relámpagos figurándose que era llegado el fin del mundo: cual otro menos temeroso consideraba que si la tempestad duraba mucho, era fácil que la noche la pasasen toda en aquel sitio, puesto que con la obscuridad de ella estaba espuesto á estraviarse el criado y que no pareciese con la rueda, ó que sucediese todavía otra cosa peor si llegaba con ella y se ponian en marcha, que caminando en tinieblas entrase el coche en algun mal paso donde fuese mayor la avería quedando muertos ó con alguna pierna ó brazo menos. Tanto en fin se atormentaban con lo que les había sucedido, y con lo que aun estaba lejos de suceder, que sentian

Los males que estaban solo en lo posible de los futuros acontecimientos, como si los padeciesen realmente. A todos, segun ha contado el calesero, los encontró desmayados y sin aliento cuando llegó al mismo sitio donde los había dejado. Y tan mal parados llegaron á casa, apesar de haber vuelto en coche con el auxilio de la rueda que el calesero llevó, que fué necesario llamar al médico que todavía continúa asistiéndoles despues de ocho dias que sucedió el lance; porque de sus resultados enfermaron y siguen doliéndose de todo el cuerpo como si les hubiesen verdaderamente apaleado.

— No he oido en mi vida suceso tan singular, dijo la hija riyéndose; y en verdad que podía servir de argumento para un sainete.—

— Y para ejemplo, replicó el padre, de lo que la educacion buena ó mala segun ella sea, influye en el hombre; y que este es como aquella ha sido, si buena es bueno el hombre y de provecho, y si mala es malo y para nada bueno vale. El influjo tan grande que la educacion tiene en las personas, se vé en el suceso referido. D. F. y sus hijos que han carecido de una buena educacion, no podían menos que manifestar siendo ya hombres, los vicios y malos hábitos contraidos en su mala crianza cuando niños. Acostumbrados á hacer su gusto, á que todos les sirviesen, á no pensar ni ejercitar su cuerpo, á no sufrir incomodidad alguna, y á vivir en completo abandono y en absoluta libertad de hacer lo que les diese gana: era preciso que con educacion tan mala y crianza tan muelle, saliesen unos hombres flojos y para nada; y que con los cuentos de brujas y duendes con que los entretenian sus ayas, llenasen sus cabezas de fantasmas, haciéndolos medrosos y pusilánimes. Si por el contrario, les hubieran dado mejor educacion, si cuando niños les hubiesen acostumbrado á hacer por si las cosas que en su edad pudieran hacer, á servirse asimismo cuando ya grandecitos, á no esperar la ayuda de otro para hacer las cosas que ellos mismos fuesen capaces de hacer, á oír celebrar acciones buenas y heroicas en vez de oír cuentos de viejas, y á ver en los demás de la familia una vida arreglada, laboriosa y activa, habrian entonces adquirido insensiblemente el hábito de trabajar en su provecho y tam-

bien en beneficio de la sociedad, de no aturdirse acobardándose en los trabajos de la vida, de buscar el remedio á los males que està sujeta; y en una palabra habrían evitado los sustos, la mala noche, y no estarían ahora padeciendo en cama: porque habiendo hecho uso de sus piernas cuando se quebró la rueda del coche, habrían vuelto poco à poco por sus pies á casa sin haber sufrido nada mas que la poca molestia de andar. Pero habituados à otra cosa distinta, enseñados á valerse de criados y criadas hasta para las necesidades mas precisas de la vida siendo ya hombres capaces de servirse asimismo, acostumbrados á no estar solos y á obscuras en una habitacion, y sobre todo á no sufrir privacion, ni pasar por incomodidad alguna, y sí por el contrario á hacer siempre su gusto y à que nadie se opusiese á sus caprichos, ¿que extraño es, que sean en todo tan raquiticos como lo ha sido su crianza? Repito como verdad que debe estarse siempre repitiendo por sus grandes resultados en la vida, que segun la educacion que se recibe, así es luego la persona. En materia de educacion no hay descuido que se pueda llamar venial ó pequeño; todo descuido es grave y universal en sus consecuencias; y nunca es cara una buena educacion.

Los males de la vida, hijos míos, están muy repartidos y á todos alcanzan. Si el poderoso se libra de algunos por medio de sus riquezas, estas traen otros disgustos y otros males consigo que llenan el hueco de los otros males de que ha podido librarse por medio de su poder. Son pues los males como el agua, tantos que, llueven en el mundo, y se nivelan sin dejar vacío en la vida. Pero estos males tan generales se prolongan mas y se hacen mayores, cuando encuentran en nosotros debilidad; y por el contrario se sienten menos cuando tenemos firmeza. Hay en nosotros un recurso poderoso, que aprovechándonos de él, es mucha la ventaja que por este medio conseguimos. Este consiste en hacer buen uso de la razon, y en ejercitarnos desde muy temprano en los trabajos en los términos que dejo manifestados: y el hombre que esto no hace, es doblemente desgraciado. Porque ¿no es doble desgracia la que está ahora sufriendo la familia de D. F...?

Abuelo, dijo el nietecito, yo no quiero ser como esos señores. —

= Está muy bien; contestó el abuelo, continúa siempre en ese buen ánimo, hijo mio, y serás hombre fuerte y de provecho. Acostumbrate desde ahora á andar por tus pies cuando vayas al campo, á comer de todo, ó contentarte con lo que te den, á cavar en el corral de casa y plantar cepas y árboles regándolos y cuidándolos tú mismo, divirtiéndote en esto en vez de hacer cosas perjudiciales á otros y á tí, á pasar algunas noches en vela cuando tu papá ó mamá estén enfermos, y sobre todo á no envidiar ni acongojarte cuando veas á otros con mejores vestidos que los tuyos. De esta manera te harás superior á los males, serás hombre verdaderamente grande y feliz cuanto se puede ser en la tierra.=

= Ya he dicho yo á mis Papás, dijo el nietecito, que no se pusiesen tristes ni llorasen, que yo mataré pajaritos para que coman, y pediré limosna.=

= ¿Que matarás pajaritos y pedirás limosna para que coman? Preguntó el abuelo manifestando sorpresa con lo que decía el nietecito. ¿Qué tus Papás no quieren comer en mi mesa? No entiendo bien lo que has dicho, ó lo que quieres decir. Me has sorprendido con lo que te he oido. Preciso es que te expliques mas, porque á la verdad es mucho lo que parece quieres decir, y no me darás gusto, y yo me enfadaré sino te explicas con toda claridad.=

Púsose encarnado el niño, pues aunque niño no dejaba de tener alguna advertencia para conocer su imprudencia, tanto mas que, mirando á su padre observó en el semblante y miradas de este, á las que estaba tan acostumbrado, la desaprobacion en lo que habia dicho, y la prevencion en lo que podia decir. Mas el inocente apremiado por el abuelo, y mas que todo no resaviado todavía con el engaño, puro su corazon como su misma inocencia, no podia hacer traiciou á la verdad, y acabó de explicarse con la misma sencillez que habia empezado, satisfaciendo á su abuelo entre el temor de desagradar al padre, y la verguenza de faltar á la verdad. Sin embargo, no dijo todo lo que habian hablado antes de entrar el abuelo, ya porque no se acordase, ya porque no supiera explicar todo, y ya porque usase de alguna reserva. Y solo dijo, que por ver triste á su papá, y oir á su mamá que decía, no

te afijas que yo pediré limosna para mantener á mi esposo é hijos, el había dicho aquello de matar pajarillos para que comiesen.=

= Te comprendo, dijo el abuelo, sin que te expliques mas, alcanzo ya la causa de vuestra tristeza: no proviene esta de tan solo haber leído un suceso triste en la historia; podrá esto haber sido ocasion, pero no la causa; otra es esta, y yo la conozco ya. Hijo mio, dirigiéndose á Eleuterio, ¿no estás bien en mi casa? =

= Si padre mio, abrazándole, tan bien estoy que nunca podré estarlo mejor como estoy ahora con tanta satisfaccion y alegría viviendo al lado de un padre que tanto ama á sus hijos, que tantos sacrificios tiene hechos por ellos, y tantas pruebas está dando á todas horas de su cariño verdaderamente paternal, siendo el modelo de los padres, porque con dificultad se encontrarán algunos que se impongan tantas privaciones por hacer bien á sus hijos.=

= Entonces, preguntó el padre, ¿que es lo que sientes? ¿que te aflige? ¿que te entristece? ¿porque tanto abatimiento? ¿Será acaso porque con el pensamiento te anticipes á sentir males, que aun no han llegado? Esto sería mal mayor; sería sentir dos veces los males, y consumir en el sentimiento anticipado, las fuerzas que deben reservarse para resistir á aquellos luego que lleguen. Por otra parte, si posible es que sucedan los males que nosotros preveemos, tambien es posible que no sucedan. Y en este último caso tendremos otro sentimiento, que será la acusacion de nuestra imprudencia por habernos anticipado á sentir males que no han sucedido. Por lo mismo que la vida está llena de males, es necesario economizar cuanto ser pueda los sentimientos, si hemos de vivir y si hemos de cumplir con el precepto tan natural de la conservacion. Y de no hacerlo así, obraremos contra nosotros mismos; y lo que es mas, haremos que otros sufran nuestros propios males, haciéndolos tal vez desgraciados, ó por lo menos contribuiremos á su desgracia. Porque si tú, hijo mio, te entregas al sentimiento justo ó injusto, por un mal que sientes sin haber sucedido todavía, ó aunque te suceda realmente, y este sentimiento labrando en tu interior te quita la salud, y con la pér-

dida de la salud pierdes tambien la vida, ¿no será este un mal todavía mas grave, gravísimo para tu esposa é hijos, para todos los que de ti pendan, y para las personas que te aprecien? He aquí como nuestros propios males pasan á serlo tambien de otros, porque los de unos influyen y contribuyen á los demás y porque se dice con tanta exactitud, *dichoso mal si vienes solo: y un mal llama á otros males.*—

Bueno y prudente es pensar en los males alguna vez que pueden temerse, para prevenirlos buscando el modo de evitarlos antes que lleguen, y cuando han llegado de remediarlos; pero nunca perderse de ánimo, y dejarse acobardar por el miedo. Preparados debemos estar siempre contra los males para que no nos cojan de sorpresa, y de este modo no sea tanta su impresion. Mas es indiscrecion fatigar nuestra imaginacion ideándolos mayores de lo que pueden ser en realidad, en términos que, nuestros recursos y fuerzas falten con nuestro ánimo, á lo mas crítico, y nos venga á suceder igual á la historia que acabo de contar de D. F...

Por último, hijo mio, del abatimiento á la desesperacion hay poco que andar. Tu tienes buen juicio, y puedes conocer cuan terrible es llegar á tal estremo, cuan grave mal es este para el propio individuo y para los demás, y sobre todo cuan grande ofensa se hace al criador. No desconfies en tus mayores afficciones de la bondad divina, fija siempre tus esperanzas en Dios, y este sumo bien sea tu consuelo en las desgracias. Yo he vivido ya bastante y así he tenido tiempo y ocasiones para ver y experimentar de todo. Si he disfrutado dias serenos y venturosos, tambien los he tenido muy amargos y aciagos. Cuantas veces acometido de los males, me abandonaba indiscretamente entregándome al sentimiento, y decía ¿porque he de sufrir yo tanto? ¿que es la vida para mí sino un tormento continuo? ¿Dios mio! exclamaba; ¿porque me tienes en este mundo haciéndome padecer tantas angustias! ¿porque otros son tan felices, y yo tan desgraciado!... En el delirio que me ponian los disgustos y las penas, hacía yo tan indiscretas exclamaciones, que son como efecto de todo corazon que se siente muy oprimido por algun infortunio ó pesar, y que en vano encuentra en tales exclamaciones el desahogo que

busca. Con este desengaño apelaba à la razon, y aconsejándome esta que tuviese resignacion y confianza en Dios, procuraba seguir sus divinos consejos, encontrando alivio en ellos. Despues de este celestial consuelo que tanto me tranquilizaba, y hacía me resignase, dias dichosos venian luego á mejorar mi situacion cuando menos lo pensaba. Reflexionando sosegadamente con mas tranquilidad asi que el delírio cedía con el dolor, conocia y me llegaba à convencer, que los mas de los males nos los causamos á nosotros mismos con nuestras imprudencias, con nuestras locuras, y nuestras cavilaciones: y que otros males que nos suceden, y parecen necesarios, son como medios por donde sin saberlo nosotros, y poderlo penetrar, Dios nos lleva al bien. La inquietud con que vivimos en este mundo, por no encontrar en él objeto que nos llene absolutamente; la ansiedad en que estamos durante este tránsito de la vida buscando en vano el descanso y perfecta felicidad en este corto periodo de nuestra existencia terrenal, es otra de las causas que produce nuestro descontento casi continuo, y nos hace odiosa la vida por deseársela mas feliz. Todas estas causas pierden mucho de su influjo por los medios que dejo indicados. Asi que, si pensamos en los males no ha de ser para que nos desalentemos y perdamos de ànimo en su consideración, sino para prevenirlos si ser puede con nuestro juicio; y sino puede ser evitarlos, resignándonos y fortaleciéndonos con nuestras propias reflexiones. De este modo no sufriremos tanto, y contentándonos con los bienes de que Dios ha provisto al hombre en esta vida, nos será mas grata; y esperando siempre y en las mas grandes aflicciones y males en la divina providencia que nos destinará à otra mas feliz, respetemos sus divinos decretos, y aguardemos con tranquilidad su cumplimiento. Por consiguiente, hijos mios, desterrar toda tristeza, y vamos á jugar al dominó, ya que el tiempo no nos permite pasear.



CAPITULO 13.

Nuevos infortunios sobrevienen á Eleuterio.

Debiendo seguir la serie de los sucesos que forman la historia de Eleuterio Mendieta, no se pueden pasar en silencio los que en este capítulo toca referir; aunque yo bien quisiera no llegar á ellos, para no afectar el ánimo de mis lectores.

No sin motivo Eleuterio presentía lo que habia de sucederle, y no sin motivo se predican las mas de las veces los sucesos futuros, que luego se ven verificados. El corazon es fiel intérprete del alma, y el alma es muy conocedora con la esperiencia. Eleuterio con el conocimiento de su posicion y esperiencia que ya tenía del mundo, no podia equivocarse. Presentía y presentía bien. Era muy natural que, su entendimiento instruído con estos conocimientos y tan identificado con ellos, juzgase libremente, y en su correspondencia el corazon sintiera, pareciendo inspiracion lo que solo es efecto de esperiencias anteriores respecto del entendimiento, y de simpatías con este respecto del corazon.

Eleuterio mas sereno con ver á su esposa é hijos resignados y preparados para todo, pasaba los dias, sino libre absolutamente de la tristeza, por lo menos mas mejorado su ulcerado corazon, y mucho mas tranquilo experimentando á cada momento las sensaciones deliciosas en medio de una familia amabilísima, donde el interés era criado que servía, y no árbítro que dominase. Cada cual de la familia buscaba en que ocuparse y trabajar en procomunal de la misma. Verdad es

que sus trabajos no correspondían á sus deseos, porque como queda dicho en los capítulos anteriores sobre el estado de Eleuterio, este, y no era este solo, estaban como aquellos que por las leyes romanas eran privados del fuego y del agua; ó como en tiempo de las excomuniones en que los entredichos ni podían hablar á persona alguna, ni nadie se acercaba á ellos. Muchos de sus amigos, que podían serle útiles, sin que él fuese á ellos gravoso, procuraban por cálculo ó por lo que se quiera; evitar hasta las ocasiones de saludarse. Y lo que es mas cruel, aprovechaban aquellas ocasiones en que ridiculizando y hablando mal de Eleuterio, contraían un mérito, y se hacían lugar entre las personas que dominaban entonces, y oían con gusto y satisfaccion grande, porque adulaban su despótico y sanguinario dominio. No hay que estrañarse de estas infidencias en la amistad, ó se llamen como mejor cuadre al lector, falsedades, traicion, alevosía. No hay que estrañarse, digo, de tan lindas cosas, porque son muy generales en el mundo: con sola la diferencia que, entre la gente comun se hace con menos reserva, y en términos y maneras mas vulgares, y entre la gente civilizada es con modos mas finos y mas políticos, pero que en el fondo y en los efectos, es claro que todo viene á ser una misma cosa.

Como Eleuterio, antes de estos sus trabajos, era muy nuevo en el mundo, y conservaba en su pureza sus primeros y sanos principios, padecía mucho viendo tanta volubilidad en los hombres, y experimentando en ellos tanta dobléz, tanta malicia y felonía. Habitado á considerar la sociedad como la buena moral nos la presenta, no habia llegado á figurarse que hubiese personas tan inmorales y tan prostituidas dentro del círculo mismo de lo que se llama ilustracion. Llegó á conocerlo, y á conocerlo de un modo duro por lo repentino y abundante de fatales esperiencias. De una vida natural, sencilla, candorosa, y toda risueña hizo de pronto un tránsito, ó mas bien la irresistible fuerza del tiempo y de los acontecimientos humanos le hizo pasar improvisamente a un estado triste por todas circunstancias: sucediéndole lo que à uno que estuviese viviendo en un paraiso, y saliese de pronto encontrándose luego como por encanto en un laberinto plantado de árboles fú-

nebres, habitado de animales horrorosos y fieros, de fantasmas feísimas y espantosas. Pero así como Eleuterio ó cualquier otra persona puesta en este fúnebre lugar, pasado tiempo de estar en él, se habría habituado à mirar objetos tan horribles, á igual Eleuterio se fué acostumbrando á los males. Práctico ya en el padecer, no sentía tanto, y aprovechaba mas. Es decir, que aleccionado con la esperiencia habia adquirido un conocimiento mas esacto del hombre, y sabiendo mejor como este obra, se sorprendía menos, y por consiguiente menos era la impresion que sentía cuando le veía obrar inicivamente; porque habiéndole experimentado y conocido, no se estrañaba tanto de que así obrase, y procurando aprovecharse de estas observaciones y esperiencias propias, se dedicó à reunir las, y formar un cuerpo de todas ellas para instruccion suya y de los suyos.

No hay cosa mas perjudicial al espíritu y al cuerpo, que la ociosidad y la absoluta soledad. En la necesidad natural y precisa de ejercitar las fuerzas mentales y corporales para no caer en una parálisis mortal que nos consuma con el fastidio que produce, debemos ocuparnos en cosas útiles y provechosas aun cuando otra necesidad no nos obligue, es decir, aunque tengamos todo lo necesario para la vida, y no necesitemos de trabajar para subsistir. La primera necesidad, esto es, la de ocuparse en algo, existe siempre, y no puede prevenirse como la otra acumulando riquezas: el que las tiene, y porque las tiene no trabaja, es el que mas siente aquella necesidad. Así se vé que muchos opulentos por no saber en que emplear el tiempo, pues en su educacion no se les inspiró amor al estudio, ni gusto à las bellas ocupaciones, buscan un remedio que los libre del fastidio que tanto les atormenta y abruma, y se entregan indistintamente á gastos ruinosos, á placeres, y entretenimientos criminales, con el fin de experimentar sensaciones que les den movimiento, y proporcionen alivio á su languidez habitual. Y como hay tambien muchos que son ociosos sin ser ricos, y si lo son, no tienen aliento para gastar por ser mezquinos y miserables hasta en los placeres, queriendo substraerse del fastidio que tanto les atormenta, se entretienen en averiguar vidas ajenas, en pensar mal de todos, y no hablar bien de persona

alguna, llevando á todas partes su displicencia, su necedad, y su presencia incómoda: enfadados hasta consigo mismos quieren que los demás sufran lo molesto y pesado de su negro humor; y llevan su incomodidad é impertinencia hasta el estremo de introducir la guerra en las familias, y la desunion en los amigos, con los chismes y enredos en que se entretienen.

Eleuterio en el retiro forzoso á que estaba condenado, y con tiempo sobrado para ocuparse, trató no solo de prevenirse contra los grandes vicios que trae consigo la ociosidad, sino tambien de evitar las cavilaciones atormentadoras que una imaginacion agitada por las fuertes impresiones del padecer está continuamente produciendo en propio daño. Apreciando el tiempo en todo cuanto vale, no quería tampoco desperdiciar un momento, y procuró aprovecharle en cuanto pudiera. A este efecto distribuyó las horas, y estableció un método en los trabajos, medio único para que no cansen haciéndose con orden y discrecion. Las primeras horas de la mañana las empleaba en el repaso de los estudios respectivos de su carrera literaria dando principio desde la filosofía, rectificando de este modo sencillo los conocimientos que ya tenia, y dándoles insensiblemente mas estension. Empleaba hora y media en este ejercicio, descansaba tomando aliento, paseándose otra media hora, ó paseándola en conversacion con la familia con quien se distraía contemplando los juegos infantíles de sus hijos que le rodeaban haciéndole preguntas y caricias. Tomado este descanso, pasaba á ocuparse en los trabajos que su padre le dejaba para despachar: en estos trabajos estaría cuatro horas hasta media antes de comer que las pasaba en cosas menos serias, y le servían como de descanso y recreo, pero buscando siempre la utilidad, como hacer alguna esperiencia de física, ó algun ensayo en la agricultura. Luego que comía, se acostaba un poco, ó paseaba segun el tiempo: y pasadas dos horas largas de haber comido, si su padre no le ocupaba, dedicaba el resto de la tarde en escribir alguna cosa. Salía de casa, y á media hora de noche volvía; y si su padre tampoco le ocupaba, leía á la familia por espacio de hora y media libros curiosos, divertidos é instructivos; y lo restante de la noche hasta que se recogía, lo empleaba encerrado en su gabinete en estudios serios y de medi-

tacion. Tenía con la familia sus dias de recreo, disfrutando en el campo los dias festivos cuando el tiempo convidaba à gozar de los placeres sencillos, naturales y positivos que naturaleza ofrece, y presenta liberalmente á los vivientes, y que nosotros mas superficiales que acertados en los gozes no sabemos apreciarlos: afectados mas de las ilusiones que de las realidades, es nula para nosotros toda la naturaleza, y mas parece que vivimos en un mundo de sombras y fantasmas que en un mundo real y verdadero. Salimos de la vida, y esceptos los años infantiles, no hemos sabido lo que es vivir.

Nos ha parecido oportuno circunstanciar el método de vida de Eleuterio, porque es una parte substancial de su historia, que sirve para mas inteligencia de ella, y para algo mas útil al lector. En este género de vida, no era Eleuterio un misántropo, como tal vez se les figurará à algunos, por aplicar este concepto á todo aquel que no pasa el dia de casa en casa, y de broma en broma. Eleuterio era amante de la sociedad, y en vez de huir de esta, buscaba ocasiones de llenar los deberes que la misma nos impone. ¿Cuantas veces se privó de lo que el mismo necesitaba por proveer á otra necesidad mayor que sabia estar padeciendo su prójimo? ¿Cuantas otras con peligro suyo iba á consolar á una familia huérfana, afligida, y necesitada en el centro de la misma sociedad? ¿Cuan diariamente era hacer alguna buena obra en medio de su imposibilidad? Pero se esforzaba por ser útil á sus semejantes. En estos oficios tenía él sus satisfacciones, y encontraba nuevos placeres desconocidos absolutamente para los avaros y egoistas por mas que parlén de sociedad, y de principios sociales, que no conocen, cuando no los sienten.

En este estado familiar, satisfactorio, y agradable á que Eleuterio se había acomodado buscando alivio á sus penas, pasaba la vida del modo mejor que podía pasarse en las circunstancias tan espinosas á que le habia traído la suerte. Las oportunas reflexiones de su padre, la proteccion de este, sus oficios francos y cariñosos, la armonía de la familia, y la paz en que vivían, hacían suave y dulce este estado, que como primero en el mundo es el mas natural, y que si supiéramos estar en él, haría mas gustosa nuestra mansion en la tierra. Abstraído por

este medio Eleuterio de las cosas de fuera que tan violentas y desagradables eran, no las sentía tanto, y en el centro de su familia con el plan de vida que había adoptado, se consideraba ya dichoso y feliz. Días serenos y apacibles se sucedían, y en esta fruición, en esta inocencia, en este destello de la edad de oro, nada mas podía desearse que, no acabara. Empero esto no puede ser en un mundo donde los males están encadenados con los bienes, y los mortales formando eslabón de esta prodigiosa cadena, tienen precisamente que sentir todos los movimientos dados por la mano del destino. Terrible fué en esta ocasion para Eleuterio, y como vez alguna había experimentado, su influjo fatal, segun se vá á manifestar en la narracion de este capítulo.

Al año de venir Eleuterio viviendo tan apaciblemente en el seno de su familia, un suceso el mas sensible para él, una nueva desgracia que no había experimentado en su vida, deramó abundante agua de amargura sobre la felicidad en que vivía, y todos los gozes se evaporizaron en un momento como la delicada flor se marchita repentinamente al sofocante soplo del aquilón. La muerte, esta cruel y espantosa dueña de los vivientes; desapiadada tendió su corva y sangrienta guadaña, y con ella segó súbitamente la temprana vida del hijo mayor de Eleuterio; penetrante dolor para un padre sensible!... ¡dolor agudo que abrió la herida mas profunda en el corazon tierno y amoroso del padre!... Era el que mas le acompañaba, el que mas solícito y cuidadoso, estándolo todos los de la familia, atendía á la salud de su papá; el que ponía en resorte sus tier-nas gracias para disipar con sus encantos, la tristeza de su padre; el que con sus inocentes razonamientos fijaba la atencion de todos, y los distraía; era el mismo de que hemos hecstro mérito en el capítulo anterior.

Eleuterio que no habia pasado por tan duro trance, que si por el órden natural esperaba y temía la muerte de su padre, no estaba preparado, ni habia pensado en la de su hijo; que amaba tan entrañablemente à este, y le veía tan sano y hermoso; que fundaba en él su mas dulce esperanza, y era su mas seguro amigo, quedó sumergido en el mas grande y profundo sentimiento con la muerte pronta é inesperada de su hijo. De

su hijo que por tantas veces habia curado las penas del padre con lo balsámico de sus palabras, con la pureza de su corazon, con sus gracias, y su amor filial. Las heridas ya cicatrizadas en el corazon de este desventurado padre, se abrieron de nuevo con esta desgracia. La tristeza, esta atormentadora afliccion volvió á tomar posesion de su ánimo, y á acongojarle con mas fuerza. Abrumado con tanto pesar y debilitada su imaginacion con el pensamiento fijo siempre en su desgracia, todo era para él lúgubre y triste, y sus ideas tomando este color imprimian en su cerebro las imàgenes mas espantosas. Huido el sueño de sus ojos pasaba las noches en continua vela sin que por un momento faltase de su memoria su querido hijo. Las sombras opacas de las noche, y el vibratorio movimiento de la luz de las estrellas, se le figuraba ser los espíritus de su hijo que del Olimpo descendian á darle consuelo. Absorto por algun tiempo con tan lisonjeras ilusiones, era cuando recibía algun descanso cediendo lo vivo de su dolor; porque entonces las imàgenes que su fantasía formaba, no eran tan fuertes y horrorosas, y alagando mas sus potencias, sentía mas placer, pues le presentaban en cierto modo á su hijo, cuya pérdida era la causa de su grande pena. Mientras de esta manera con los vuelos de su imaginacion se abstraía de este mundo, no sufría aquellas mortales ansias y congojas que se sienten á la pérdida de una persona muy amada. Pasadas estas ilusiones, su corazon quedaba mas oprimido con la tristeza, tocando su entendimiento con el desengaño. Todo el placer que sentía con las dulces impresiones que la fuerza de su aprehension producía se convertía luego en amargura con lo patente de la realidad, es decir, con no ver á su hijo como se lo habia figurado, porque lo habia visto muerto. Esta verdad tan manifiesta, y al mismo tiempo tan sensible, dolorosa, y terrible para Eleuterio, sacándole de sus falsas aprehensiones, le hacian caer en un mortal anonadamiento. Su razon como que le abandonaba, y un conjunto de ideas todas desconsoladoras, sin órden, sin enlace y en confusion producian en su cerebro una fermentacion desorganizadora que trastornaban su cabeza, y por interválos solía faltar su buen juicio. Su buen juicio, porque le tenía Eleuterio, apesar de las calumnias de sus enemigos, y de la injusticia de los malos

tiempos que en tan mala reputacion le ponían, y que tanto influyeron en su mala suerte.

Pues si tan buen juicio tenía, podrán reparar algunos ¿ como es que la muerte de un hijo le afligía tanto, y su razon era tan poca que no bastaba à moderar su dolor?— La naturaleza responderá por el historiador, si esta se dejase sentir en el que pregunte: los tiernos sentimientos que la naturaleza inspira en un corazon que todavía es suyo, serán los mejores fiadores de esto mismo que se escribe. La narracion de los sucesos adversos, que en seguida del que acabamos de hablar, sobrevinieron para mas desdicha de Eleuterio, como se referirà en lo restante de este capítulo, probarán si tenía buen juicio y grandeza de alma, y si supo con resignacion heróica sufrir toda la estension de su desgracia. Sentía, porque era muy sensible; pero templaba su sentimiento con su propia reflexion, sin vulgarizarse con deseos ni desahogos de venganza, ni movimientos de desesperacion. Noble como siempre hasta en la desgracia, donde no es tan fácil mantenerse con nobleza, fué generoso con sus enemigos, en las ocasiones que despues pudo hacerles mucho daño.

Estaban todavia los ojos de Eleuterio lánguidos y humedecidos con las lágrimas del dolor vertidas por la muerte de su hijo; aun no le había dejado respirar la pena que le causó esta desgracia, cuando otra igual le sucedió en seguida. No había cuatro meses que este llorado hijo había sido arrebatado de la vida y colocado en la silenciosa mansion del sepulcro, cuando la muerte, esta avara nunca satisfecha de conducir diariamente, á todas horas, en cada momento, en su fúnebre carro á tantos mortales como acaban la vida con su funesta presencia, sin dar lugar á descansar, y á que respirasen los dolientes, volvió en poco tiempo á entrar en casa de Eleuterio, y llevarse á su anciano padre, apoyo único de toda la familia. Con él perdieron todo su bienestar. Mucho pudo haber dejado, si lo que le sobraba de bondad, hubiera tenido de interesado. Murió pobre, como había vivido honrado. No hizo testamento, porque no tenía bienes ni intereses algunos de que disponer apesar de mas de cincuenta años de haber servido destinos, y desempeñado comisiones, que le habrían valido

mucho, si como otros hubiese sido, que en nada de tiempo y en circunstancias mas desfavorables se han visto salir ricos. Escasamente se encontró en los rincones de las gabetas el dinero necesario para hacerle un entierro humilde, y mantenerse la familia en los primeros dias de su luto. Y en esta necesidad ¿se presentó alguna persona para remediarla? Ninguna: conocidos, amigos y allegados, todos parecia que habian muerto al par que el difunto; y que los dolientes, esto es, su viuda é hijos habian quedado solos en el mundo segun la soledad en que estaban, sin ver ni sentir á persona otra alguna.

Ya pasados cuatro ó cinco dias, algunos sujetos tocaron con pausa los llamadores de la puerta de la casa mortuoria, y abierta entraron suavemente y con pasos muy lentos, y ceremonias al mismo compás tomaron asiento en la estancia ó sala donde la familia estaba reunida consolándose mutuamente con reflexiones cristianas que en otros tiempos y en otros infortunios habian aprendido del difunto, y en recordarlas como de este, sentían un consuelo que, aun cuando triste, aliviaba sus corazones, y suspendían sus lágrimas con tan dulces esperanzas como en los mismos se fijaban, respecto á la idea de otro mejor mundo.

La visita, como visita, siguiendo su ceremonial, esto es, pasado largo tiempo sin hablar palabra, porque si algunas dijeron, quedaron rebentadas entre dientes, y así no pudieron salir sino à pedazos sin poderse entender: hablaron luego abriendo mas la boca, y con voz clara é inteligible se esplicaron, pero alargando siempre las sílabas, con pausa y compáz, diciendo uno= siento... en tan mala ocasion.... tener que decir á VV.... pero... ya se vé... soy tan escrupuloso... con los intereses de mi amo... que... me veo precisado... à decir á VV... que vengo por.... los arrendamientos de la casa.. y poner en noticia de VV. hay quien... la habite con fiador abonado.=

Y yo, dijo otro sin dar lugar á que se contestase al primero, tambien siento mucho molestar á VV.... pero.. necesito llevarme los espedientes de mi difunto compañero =

Y sin dar tampoco tiempo á que se contestase à este, salieron con otros dos intrigantes socarrones, que el uno iba á espiar si en algun desahogo natural se dejaban los dolientes decir algo

contra el gobierno ó sus agentes, y el otro à explorar el plan que aquellos tuviesen para las resultas del destino que dejaba el difunto habiendo en la familia uno que podia optar à él, y destruir sus trabajos, preguntaron socarrónicamente los dos à la vez.=

Y á propósito ¿que piensan VV. hacer sobre la vacante?... ¿no hacen VV. alguna pretension?... No deben VV. estarse pasivos. ¡Que picardía! ¡que gobierno tan infame! ¡que tribunales tan injustos! Ahora debía Eleuterio entrar por rigurosa justicia en la vacante de su padre.=

De este modo se esplicó la pandilla comparsada; Eleuterio tomando la palabra contestó muy sereno à cada uno, diciendo al primero.= Presente tiene V. Sr. D. F... la causa de nuestra morosidad, si es que hay algun atraso; que me parece no hay retraso alguno; pues no cumple el arriendo hasta el mes que viene, estrañando mucho que tan adelantado ande V. ahora cuando en los demás años se ha mostrado tan generoso. Sin duda como V. vé que la muerte visita tanto mi casa, quiere ganarla en los pasos, y V. hace bien siguiendo el adagio que dice=*el llanto sobre el difunto.*= No, señor Eleuterio, que disparate... yo... á VV.... nunca les molestaría, y ahora menos sino mediara la grande necesidad de mi amo y señor, su señoría el señor Marqués que se haya muy apurado, sin poder cubrir tantas obligaciones como tiene.=

Muy bien, dijo Eleuterio, será V. satisfecho el mismo dia que cumpla el arrendamiento; porque yo tambien soy escrupuloso, y no quiero dar motivo á que el señor Marqués, hombre de tantas obligaciones y tan necesario en el mundo, se muera de hambre, y su administrador de ansias.= Y V. señor D. F. dijo al otro, podrá tomarse la molestia de venir mañana, y se formará la cuenta de los expedientes que están ya trabajados por el difunto, para saber que intereses corresponden á esta familia.=

¡Ah! ningunos, exclamó el administrador de justicia: esos expedientes ya son míos, y yo tengo que verlos, y trabajarlos de nuevo, y llevármelos ahora mismo para que la justicia no sufra retraso en su administracion.=

Tiene V. razon, señor D. F., los expedientes son de V. y

el verdadero heredero del difunto es V., porque en estos expedientes tiene V. el mayor interés de justicia, porque es lo mas florido que ha entrado en este año, y V. necesita recoger el fruto. Si señor, cargue V. enhorabuena con ellos, para que así alivie pronto à los interesados de sus intereses, porque de V. es toda la justicia, y es inútil disputarle su derecho. =

Como llevaba criado preparado, se los llevó en el acto, y con él se retiró toda la comparsa compuesta del administrador de su señoría el señor Marqués mi amo y señor, y los otros dos espiones, con quienes Eleuterio guardó el mas profundo silencio, sin darse por entendido, que es lo que en semejantes casos aconseja la prudencia se debe hacer.

Esta hipócrita visita fué para la familia de Eleuterio la señal mas cierta de la mala suerte que se les preparaba: señal que les puso de manifiesto, é hizo ver con toda claridad lo espinoso de su situacion; fué en una palabra, la señal con que se anunciaba el genio del mal, que contenido alguna cosa por respetos hacia el difunto, pues tambien los genios malos tienen su política, no se había antes atrevido á desplegar del todo su encono contra esta familia haciendo que sintiese lo duro de su trato. Llegada su ocasion, y sin motivo que ya le sujetase en sus malas obras, empezaba à hacer mal con tantas mas ganas quanto había estado contenido sin poder hacer todo el daño que el quería.

Por de pronto el mal genio quedó cojo, sordo y mudo à los parientes y amigos de Eleuterio, pues desde la muerte del padre tardaban mas en ir à su casa, y las pocas veces que iban, no hablaban mas palabra que aquellas generales que se usan para saludarse. Desamparada esta familia de todos, y ostigada por muchos, buscó el consuelo y los recursos en si misma. Sinó heredaron bienes de fortuna, heredaron virtudes; y en estas encontraron el alivio de sus penas, y los medios de subsistir aunque fuese con trabajo. Las lecciones que recibieron del anciano que acababan de perder, y la ejemplar vida de este, que tan à la vista tenían, sirvió de fuerte estímulo para imitarle, y para que se aprovecharan de sus consejos y razones, en la horfandad que quedaban. Acordábanse haberle oido decir razonando sobre la muerte que si era natural sentir esta, era racional mo-

derar el sentimiento, porque habiendo entrado en la obra del Universo, y no pudiendo este dejar de ser obra de una inteligencia infinita, de un poder infinito y una bondad infinita, debía esperarse en sus efectos un resultado conforme y en armonía con esta bondad, con este poder y con esta inteligencia. Por cuya razon siendo la muerte una consecuencia natural de la vida, y esta en el ente racional, consistiendo su principal y mas preciosa parte en las acciones, en las obras, en la moralidad, en una palabra, el que hubiese obrado bien debía mirar la muerte no como una destruccion absoluta del ser, porque si los seres se disuelven, no se aniquilan, sino como un tránsito de lo bueno á lo mejor. Estas y otras razones filosóficas y cristianas que habian aprendido del padre templaban el sentimiento que la muerte de este les había causado, y experimentaban una dulce mocion en repetir las tratando de consolarse unos á otros.

Mas aliviados de esta pena, con alguna mas tranquilidad de ánimo, se ocuparon luego de los medios de vivir, en lo que dieron pruebas de una virtud heroica. Esta familia que había disfrutado de algunas comodidades, que habían tenido una educacion muy decente, habiendo quedado sin recursos para subsistir, y sin poder ejercer sus nobles profesiones, porque se les había privado hasta de este natural y propio recurso, no les quedaba otro medio mas que el de ejercitar sus fuerzas fisicas trabajando materialmente en oficios mecánicos. Uno entró de dependiente de factor de un labadero de lana, que era el hombre mas idiota sin educacion alguna, y bajo cuya dependencia tuvo que sufrir el porte tosco y grosero de este hombre altanero é inmoral. Ni el sol, ni lo humedo, mal sano del lugar, y ni las malas comidas, nada era comparable al tormento que le hacía padecer aquel hombre con sus maneras brutales. Parecía que se complacía, y se burlaba de tener bajo su mando, como él decía, á un señorito capitán: y este acomodo se lo proporcionó un amigo de su infancia, y de quien era la lana, y tenía arrendado el labadero, como un acomodo importante por lo mucho que ponderó el servicio, y la prueba que daba con él de amistad. Otro de la familia se dedicó á pescar y cazar, y lo que cazaba ó pescaba, se vendía. Las mugeres se dedicaron á la costura y planchado para fuera de casa, y á frioleras de

masa para vender, empleando todo el día y la mayor parte de la noche en hacer todas estas labores. Buscaron una casa retirada del centro de la población que les costase menos, y tuviese corral espacioso y al campo; y Eleuterio lo labró por sí mismo, benefició y compuso plantándolo de garvanzos y legumbres que con su inteligencia, trabajo y cuidado, en poco tiempo se hizo un huerto, y empezó á fructificar, y corresponder al trabajo: y lo que se cogía, se vendía. Por la noche Eleuterio se ocupaba en escribir algunas copias que le daban. Todas estas ganancias, ó producto del trabajo de unos y de otros, entraban en el fondo comun que se hizo con lo que sacaron de la venta de alhajas y muebles. De este fondo no se sacaba mas que lo necesario para la precisa subsistencia de toda la familia, porque para vestir no tenían por entonces necesidad de hacer gasto alguno, mediante á estar todos equipados de ropa. Por manera que á los cinco ó seis meses ya tenían reunido sinó un capital, por lo menos intereses para poder negociar en algunas mercaderías. Pusieron en efecto una tienda, que aunque pequeña, era abundante en menudencias. Papeletos de todas especias, vinagre y aceite por menor, cuartos de alfileres, cuartos de hilo, adarnes de seda, papel para fumar, judías, arroz, garvanzos, y algun bacalao, y pan eran los géneros que se vendian, y que les dejaban alguna ganancia. En este despacho se ejercitaban las mugeres sin desatender sus oficios de costura, haciéndolo todo compatible á un mismo tiempo.

Lo mas de admirar en toda esta familia, es su heroica resignacion en todos sus trabajos tan continuados y penosos. Mecidos en buena cuna, y criados con buenas comodidades, supieron acomodarse con lo duro de las circunstancias. Ofendidos de muchos, de nadie hablaron mal, aun cuando alguna vez manifestasen sus heridas por lícito desahogo, pero siempre con decoro, y sin comprometer la fama y opinion del ofensor. Perseguidos por opiniones políticas, que tuviesen en época que no solo era permitido opinar libremente, sino que estas mismas opiniones formaban la ley de estado que el Rey tenía sancionada, y en manifesto declarado de su libre y espontánea voluntad, sin que motivo alguno le impeliese á dar tales mani-

fiestos que todos siguiesen aquella ley, que el la seguita el primero, no obstante de no estenderse á mas las opiniones de Eleuterio y su familia, y no obstante que las encerraron en sus pechos, tan luego como la volubilidad y falsía de los hombres hizo se declarase otra cosa, y se volvió á otra ley, fueron tan obedientes á esta como lo habian sido para aquella, y mejor observadores que los mismos que tanto se jactaban de defensores del altar y del trono: de los que se podian decir muchas y muy lindas cosas en prueba de esta verdad, sino temiésemos distraer demasiado la atencion de los lectores del asunto principal.

• Apesar de esta conducta irreprochable de Eleuterio y su familia, y de su virtud, los tenían por unos revolucionarios escaltados, por unos impíos, y por enemigos de todo orden social. Tal es el criterio de los hombres cuando son afectados en sus intereses, cuando miran las cosas por el prisma de su conveniencia, que las ven segun ellas son, sino segun su amor propio, su interés y su pasión se las pinta y figura, viniendo á juzgar erróneamente, y á dar en el mismo defecto que ellos reprueban, esto es, á ensangrentarse contra los que no opinan conforme al interés de ellos. Porque ¿ que mas escaltacion, que mas desorden, que mayor impiedad que perseguir cruelmente, y ensangrentarse con personas que mal alguno han hecho, á no quererse decir que no pensar como otro, es causarle mal? Si Eleuterio ó alguno de su familia se espresaba con vehemencia en sus opiniones, cuando le era permitido manifestarlas, era esto efecto de su naturalidad, de su convincion, de que se espresaban como sentían, sin dobléz, sin artificio, y sin aquella frialdad que dispone á plegarse á todo lo que la política de un egoísta, persuade. Por lo demás, Eleuterio sencible y afable, indulgente, humano, y habituado á la moderacion, á la templanza y á la equidad, era por consiguiente tolerante con todos los hombres, sin pararse en las opiniones: amaba á todos, y con todos era liberal y benéfico: noble y generoso, reflexivo y social; si resentido de alguno, la injuria recibida le provocaba á vengarse, se esforzaba por sofocar sus resentimientos procurando olvidar las ofensas, para no llegar á la venganza: franco y verídico odiaba las intrigas, y no hacia amistad con los intrigantes.

CAPITULO 15.

*Destierro de Eleuterio y otros trabajos que
pase camino á su destino.*

En quietud y apacible retiro vivia Eleuterio con su familia, y acomodados ya al plan de vida que habian adoptado, aunque trabajoso, cuando una noche, noche fatál, noche de proscripción para cien padres que en el seno de sus familias vivian tranquilos, noche terrible en la que reposando todo en un silencio sepulcral interrumpido solo por el lúgubre cántico del ave nocturna, á hora en que hasta el activo y diligente amor habia soltado la aljaba, y descansaba entregado en los brazos de Morfeo, cuando las dos osas se avecindaban al Ocaso, la policia se anunció dando grandes golpes en casa de Eleuterio. Despierta este, y en seguida su esposa, y los dos á la vez se preguntan ¿quien llamará? ¿que novedad será esta? ¿si responderemos? ¿que haremos?...

En esta incertidumbre de lo que sería, y que deberían hacer, los golpes se redoblaban con mas fuerza, y toda la familia iba despertando asustada, hasta que ya oyeron el nombre de la justicia. Luego que tan respetable nombre llegó á los oidos de Eleuterio, fijó su juicio y salió de sus dudas conociendo por la voz á uno de los que llamaban, llegando á entender que era la policia que trataría de registrar su casa, ó tal vez de ponerle en prision: pues habiendo el emperador D. Pedro entrado en Portugal para sentar en el Trono, bajo una constitucion á su hija Doña Maria la Gloria, era consi-

guiente que el tirano de S. Juan Capitan General de Estremadura en aquella época, procediese despóticamente contra los liberales de la provincia. Reflexionando de este modo Eleuterio y no teniendo donde ocultarse, ni pudiéndose fugar, se dispuso bajar á abrir la puerta; lo que visto por su familia, se opuso esta, y tuvo que animarla y convencerla para que le dejase hacer porque de lo contrario se esponian á peores resultados sino se abría, porque irritados con la resistencia echarían á tierra las puertas, y le tratarían con mas crueldad luego.

En efecto, ya estaban incomodados los de la policia porque se tardaba en abrir, y se disponían para hacerlo á la fuerza, á tiempo que Eleuterio franqueó la entrada, la que se verificó en términos mas parecidos á un asalto de facinerosos que á un acto serio de justicia. El que hacía de cabeza como encargado ó comisionado de la policia, era un escribano hecho tras de una retama, que en su poca edad no se había ejercitado en otra cosa mas que en pillerías, y en quitar cascarrías en un lavadero de lana, que era el oficio que tenía cuando se hizo escribano improvisado. Los que le acompañaban como dependientes de policia, el que menos había estado seis años en presidio por ladron. Ya se deja conocer como estos hombres inmorales, soezes y criminales tratarían al pobre de Eleuterio al tiempo de notificarle la injusta providencia de destierro que habia de ejecutarse en el término preciso de seis horas, sin escusa alguna, aunque estuviese en cama muriéndose. Mientras él arranca cascarrías, mal leía y notificaba, los otros llenaban de insultos á la familia de Eleuterio, y se entretenían en registrar la casa, y guardar lo que les acomodaba haciendo suya la cosa agena contra la voluntad de su dueño, y aunque en esto quebrantaban el séptimo mandamiento que manda no hurtar, sin embargo no tenían el mas pequeño escrúpulo, porque como defensores del Altar y del Trono, el Papa les absolvía, y el Rey les autorizaba, segun ellos mismos decían.

No hablaremos de la despedida de Eleuterio al tiempo de la cruel separacion de su amada familia: correremos sobre este triste paso la cortina del silencio, por no contristar á nuestros lectores con un acto doloroso. Nos limitaremos á dar noticia de los sucesos ocurridos á Eleuterio ya fuera de su casa, y

puesto en camino para el destierro. Sucesos que aunque trabajosos y lamentables, forman no obstante una buena parte de sus curiosas aventuras.

Ajustóse Eleuterio para hacer su viaje con un paisano que tenía un borrico, porque arreglándose à sus pocas facultades no podía montar mas alto, y porque el asno es siempre la cavalgadura mas propia de un desterrado por la analogía que este tiene con los que conducen à la horca, y por la mucha semejanza tambien con el viaje del bendito Patriarca S. José que se desterró voluntariamente de la Judea huyendo en una borrica à Egipto por sustraerse del tirano feróz y zeloso Herodes que temeroso por lo que se decía de haber nacido un nuevo Rey de los judíos, mandó degollar à todas las inocentes criaturas de dos años abajo. Convinieronse el arriero y Eleuterio en que este esperaría à una distancia fuera del pueblo, y que en el punto donde señalaron, montaría en el jumento que le había de llevar. Eleuterio estuvo puntual en el sitio y hora que habian convenido. No asi lo estuvo el arriero que tardando mucho, y no pareciendo, Eleuterio inquieto ya con la tardanza, y temeroso de que se presentase algun celador de policia, y se lo llevase atado por estar todavia dentro de la jurisdiccion de la villa, y pasado con esceso el término de las horas que se le señalaron en la órden para disponerse y salir, se resolvió à emprender su viaje à pié dejando à un pastor que allí estaba pastoreando el ganado, las señas del arriero con encargo de decir à este cuando llegase à aquel punto, que apresurase el paso que él iba andando. Pero el arriero no salió del pueblo hasta muy cerca de ponerse el sol, porque al tiempo de la marcha se presentó otro burro que le gustó, y se le antojó hacer cambio, deteniéndose en esto, sin considerar el perjuicio que estaría causando à Eleuterio. Este fué tanto lo que anduvo, que cuando miró por si, se encontró solo à dos leguas de su pueblo, con tres horas de noche, y amenazando una horrorosa tempestad. Eolo había abierto la caverna de los vientos, y estos silvando salían atropelladamente de la gruta odiosa, empañando las esferas con sus alientos, y el cielo cargándose de nublados é iluminándose de relámpagos, atemorizaba à Eleuterio que no sabía que hacerse en aquel des-

amparo, y en una noche tan tenebrosa. Si volvía para su pueblo, se esponía á caer en manos de los guardas de policía, ser atado y conducido á una dura prision: si permanecía en el sitio donde se hallaba, era el juguete de los vientos segun la fuerza con que estos batían en aquel sitio que era un pequeño puerto; y si continuaba el camino para el pueblo donde debía pernoctar, tenía que pasar luego un espeso monte, y le faltaban tres leguas.

En este estado sin saber que hacerse, si esperar ó andar, se acuerda que bajado el puerto, y pasado un valle hay unos castillos de los antiguos nobles que á sus sucesores estaban sirviendo de casas de campo; y entonces se determina á continuar su marcha con tanta mas esperanza que bajando el puerto no sería tan molestado de los vientos. No pensaba mal Eleuterio; pero no siempre lo que bien se piensa, sale bien. Desde el cerebro del hombre á la region de los futuros contingentes no abrió camino alguno la naturaleza; y donde no hay senda que guie al término deseado, cualquiera rumbo que se tome, lleva al precipicio.

La noche se puso en poco tiempo mas tenebrosa que se esperaba. Las negras nubes se engrosaron, y preñándose de rayos ponían en espanto á los mortales: la tormenta bramaba, y el retumbante trueno se hacia mas horrísono por la procsimidad de las sierras que repetian su espantoso ruido: abierta la nube caia el agua á torrentes, de modo que no parecia sino que el mar todo se habia subido á la region del viento, y desde allí se dejaba descolgar sobre la tierra. Eleuterio sin poder volver atrás por no dar en Scila huyendo de Caridis, no teniendo amparo alguno, ni habiendo un tomillo en todo aquel llano donde guarecerse acojido solo al áncora de su ejercitada paciencia, que es el ecsamen del valor de los hombres, seguía el camino adelante en medio de la mas horrorosa obscuridad, á la luz única de los relámpagos que si se sucedian unos á otros era para mas deslumbrar, y hacer mas terrorosa la noche.

Aun le faltaba que experimentar antes de llegar á los castillos ó casas de campo, otro trabajo pasando por otro peligro mayor. Hay un rio á media legua de aquellas casas, cuyo rio tiene un mal puente en estado de ruina, como lo están las

mas de las obras públicas de esta desgraciada nacion digna de mejor suerte, y Eleuterio que lo sabía, puso todo cuidado al pasar por él. Pero no bastó esto, y su diligencia no le pudo librar de un riesgo inminente. Un dilatado relámpago con su mucho resplandor impidió á Eleuterio ver la abertura que el puente tenía cuando ya estaba sobre su borde, y á dar el paso cayó por aquella anchurosa boca. El susto de Eleuterio fué cual puede cualquiera figurarse; y sino se ahogó, lo debió á su destreza en nadar, salvándose de esta manera de tan grande peligro. La capa se la llevó la corriente; y vertiendo agua á canales los vestidos que llevaba puestos, pudo yerto de frio encontrar á tientas el camino. Y cuando ya empezaba el aliento á porfiar con las fuézas, pudo arribar tropezando y cayendo á uno de los Castillos ó casas de campo. Llama, y entre el ladrido de los perros que había dentro la casa, oye que le contestan, y preguntan ¿quien vá? no se abre á nadie á estas horas. Insta Eleuterio rogando porque le abran, y diciendo no tuviesen cuidado alguno, que era hembre de paz que iba solo, porque el arriero que le habia de conducir no habia parecido, sin duda porque se habría quedado en el pueblo temiendo á la tempestad, ó por alguna avería que hubiese tenido en el camino. = No se abre á nadie, repitieron con decision los de la casa, y escuse V. de perder mas tiempo; cerca hay algunas majadas donde podrán recogerle, si quieren. =

Si frio iba Eleuterio con la ropa toda mojada, mas frio se quedó con la poca caridad ó mucho miedo de los que estaban dentro del Castillo. Un balazo no habia de haber sentido tanto, como sintió la negativa tan absoluta de aquellas gentes. Instó por tercera vez que le abriesen por Dios, que se compadeciesen de sus trabajos que habia estado para ahogarse, é iba hecho un mar de agua sin tener con que defenderse del viento por haberse llevado la corriente del rio la capa, los zapatos y sombrero: que se asomasen por una de las ventanas, y verían su miseria, y que nadie le acompañaba mas que su propia desgracia. A estas súplicas tan lastimosas, y á su voz que indicaba ser persona fina la que ellos tenían por hombre facineroso, mudaron de parecer, y no negándose mas, abrieron la puerta del Castillo, y la verdad les dió en los ojos, porque vieron á

Eleuterio todavía peor parado de lo que él les había dicho. Sus cabellos y sus vestidos parecían una canal maestra según el agua que vertían: sus pies llenos de espinas y heridos por haber andado fuera de camino y descalzo, chorreaban sangre, y en su cara no había color alguno, era la cara de un difunto que parecía salido de la laguna Estigia. Viéndole tan mal tratado, y compadecido de él, le franquearon entrada, y dieron lugar en el rancho ó círculo de personas que al rededor de una gran candela se calentaban. Recibió un consuelo tan grande Eleuterio al calor de la llama, como si hubiese entrado en la gloria. Templado el frío, y tomado algún aliento, se despojó de sus ropas, y cubriéndose con una manta que le dieron, las puso á enjugar al lado de la candela; y mientras se secaban, se ocupó en sacarse espinas de los pies, y dando á las heridas con aceite, aliviaba sus dolores.

Mas de dos horas eran pasadas desde su llegada al Castillo, cuando por el giro de la conversacion que tuvo con los caseros, supo que estaba en él la muger del Administrador. Eleuterio conocía mucho á este y á toda su familia, y con este motivo preguntó si podia ver á la señora. = Contestáronle los del rancho que no podían darle razon cierta: pero uno de los que allí estaban, se brindó á subir, y saber de la misma señora si podia verse. En efecto subió, y á poco bajó con la contestacion, que subiese el forastero que gustaba verle la señora, no obstante estar ya tan cerca la hora de recogerse. =

Vistióse Eleuterio con sus propias ropas que ya estaban secas á beneficio del calor de una abundante lumbre; y compuesto lo mejor que pudo, guiado por el mismo hombre que fué con el recado y trajo la contestacion, subieron ámbos por una escalera de caracol, y ya que estuvieron arriba, atravesaron salones hasta entrar en un gabinete en lo mas retirado del Castillo, donde la señora los recibió. Aunque esta conocía mucho á Eleuterio, como este iba tan mal parado, le costó trabajo conocerle, y aun empezó á recelar de él pensando fuese hombre de mala condicion. Con este recelo que concibió, mandó al hombre de casa que habia subido acompañando á Eleuterio, que no se fuera, y á mas llamó con recia voz á los otros criados que la servían mas de cerca. Eleuterio que conoció que

con sus malas trazas habia puesto en cuidado á la señora, trató luego, y aun antes de acabarla de saludar, de sacarla de sus sospechas y temores manifestando con pruebas y señales ciertas quien era, y en una breve relacion la dió cuenta de su desventura; con lo que, y con fijar mas la atencion en él, llegó á conocerle, y conociéndole á tranquilizarse. Le dijo se sentase, despidió á los criados, y llamando al ama de llaves habló con ella á la puerta de la habitacion, y así que aquella se retiró, se entró su señora, y tomó tambien asiento.

Sentados los dos al brasero, esto es, Eleuterio y la señora, reparó esta que Eleuterio estaba sin zapatos, y los pies liados en trapos como si los tuviera heridos. Preguntóle la causa; y él entonces con mas reposo se la esplicó con estension, y mas circunstanciadamente que lo habia hecho anteriormente. Compadeciósese mucho la señora, y al punto llamó á una doncella que llegó, como se dice, volando. Presente la doncellita, que por lo humilde que estaba delante de su señora parecía una novicia de Capuchinas, la mandó que trajese unos zapatos de los que su amo tenia siempre á prevencion para las veces que iba al Castillo. Los trajo sin dilacion la humilde de la doncella, y á instancia de su ama se los puso Eleuterio en sus pies entrapados.

Esta dueña que era bastante gorda, hoyada la cara de cuando pasó las viruelas, y la nariz algo aporrada, sentada en un ancho sillón ó poltrona con un grande rosario en una mano y la caja de polvo en otra, parecía con toda su gravedad y figura, un reverendo padre definidor; y hasta la conversacion era mas de padre maestro que de señora, por los capítulos que á un mismo tiempo puso en discusion. Si hubiese hablado menos, y con mas inteligencia y tino, Eleuterio en vez de sentir incomodidad, habría tenido placer en oirla, apesar de que su estómago mas deseaba entrar en materia de cena, y sus huesos en asunto de cama, que no en cuestiones de derecho romano, y en sistemas de gobiernos. Porque nada menos que sobre estas profundas materias se empeñó la buena de la señora en hablar, sin advertir que Eleuterio estaba muy rendido, y que mas era desmayo y sueño que atencion que ponía. Mas la buena de la muger equivocando lo uno con lo otro, teniendo

por gusto y atencion lo que era un verdadero desfallecimiento y cansancio, se regodeaba que era un contento deleitándose en sus mas que indigestos conocimientos, muy satisfecha que era un pozo de ciencia.

Yo estoy persuadido, aunque en los apuntes que han servido para esta historia no se dice, que Eleuterio debió sufrir mucho mas durante la conversacion de la señora, que, cuanto había padecido en todo el camino: porque los sufrimientos del espíritu son mas trabajosos que los del cuerpo. Gusta es verdad oír á una señora versada en alguna ciencia que entienda por los principios que ha tenido, y por el método con que ha estudiado y meditado; pero no hay cosa mas destemplada que la algarabía de una presuntuosa sin mas principios ni enseñanza que su propia presuncion. Es todavía esto mas áspero é incómodo que la garrulidad de un pedante y parlero literato á la veleta. Y no de esto se infiera que la ilustracion debe negarse absolutamente á las mugeres considerándolas incapaces de recibirla, como algunos con mucha injusticia las consideran, no dándolas razon, solidéz, y prudencia. La muger como el hombre tiene entendimiento, y no debe descuidarse el cultivo del de aquella, porque precisamente de este descuido ó abandono en que se las tiene por lo general, se originan muchos y males graves á la sociedad.

Dos horas iban ya de pesada conversacion cuando entró la doncellita con la buena nueva que la cena estaba dispuesta para cuando se gustase cenar. No parece que era mala moza, la criada: pero en esta ocasion pareció hermosa á Eleuterio que puestas en revolucion sus tripas, no podia valerse con ellas, viéndose tan comprometido sin encontrar medio con que sosegarlas por mas que se apretaba el estómago. Por lo que, cuando oyó el aviso que daba la doncella, fué tal la alegria y gozo que recibió Eleuterio que, se le figuró haber oido una voz celestial, y toda ella no una moza linda, sino un Angel que descendía del cielo anunciando paz á los míseros mortales. Y lo que es para sus amotinadas tripas, no se engañaba que les venía el remedio de apaciguarlas.

Estaba la dueña recitando una ley del código Teodosiano sobre sucesiones cuando se dió el consolador aviso de la cenas:

y Eleuterio viéndola tan metida en el cieno de sus ideas, y temiendo se la olvidase cenar, la dijo con mucha oportunidad. = Precisamente, señora, la hora que señala este reloj, mirando á uno de pared que allí había, es la misma hora en que los romanos cenaban segun se registra en sus antigüedades, y se indica en una de las novelas del Emperador Leon. = Y es la misma que yo sigo, y en la que acostumbro tambien cenar, dijo la dueña. = Siendo asi que esta es la hora de V., repuso Eleuterio, no quiero que por mí se altere tan sana costumbre, y desde luego podemos aprocsimarnos á la mesa, si V. gusta.

Dejó su poltrona la señora, y se encaminaron al comedor; y como Eleuterio sentía tanta necesidad, y con la necesidad su cabeza estaba tan débil, la fantasía le representaba visiones de todas especies; por lo que entrando en el comedor se le figuraba entrar en un cielo cristalino segun lo que brillaban los platos y botellas á las luces que allí había, y el olor tan grato que daban los guisados. Sentáronse á la mesa, y principió á servirse la cena, que no hay duda era muy buena por lo menos para Eleuterio que tenía muy buena hambre.

La dueña sin dejar de hablar, no dejaba de comer ó de tragar, y engullendo una pechuga de pavo, decía. = ¿Que le parece á V. señor D. Eleuterio? ¿está bien asado el zaucudo? ¿gustan á V. estos guisados? = Señora contestó Eleuterio, para mí están muy exquisitos, particulares; porque el mejor condimento es un buen apetito; y á mi me sobra este. =

Mire V. que está asado á la francesa, replicó la dueña. =

Señora contestó Eleuterio, se decía antes este guisado, esta ó la otra cosa, está á la italiana; ahora ya se acostumbra decir que está todo á la francesa: y pocas veces se han hecho, ó se dice que lo están á la española. Mas haya que comer, y no nos paremos si ha de ser á la francesa, á la italiana, ó á la inglesa, que si vá á decir verdad, bastantes entripados han causado á la España esos guisotes á la estrangera. Lo principal es que no falte el alimento: esta es la substancia, y lo demás son palabras huecas, que no llenan la barriga sino de aire. Por lo mismo, el que mejor proporciona las subsistencias, es para mí el que mas sabe, y el que mas beneficios produce al estado: los demás que vienen luego poniendo nom-

bres, y pintando estos precisos alimentos, no son mas que charlatanes vacíos de ideas sólidas.==

Es que este pavo, replicó la dueña, está compuesto á la francesa, porque el asador en que ha estado puesto para asarse en la candela, es una máquina de mucho ingenio traída de Francia que se ha inventado poco tiempo hace por un francés, y como la que hay en casa, no habrá otra en toda España: no la habrá V. visto.==

No, señora, contestó Eleuterio, la que V. dice, no la he visto.==

Ahora haré yo que la traigan, para que V. la vea, y se asombre de la suma inteligencia de los franceses.==

Y mandó á uno de los criados que rodeaban la mesa que fuese á la cocina por la máquina. Luego que la trajeron, y la entraron en el comedor, levantose la señora de su asiento para esplicar á Eleuterio pieza por pieza toda la máquina, y concluyó diciéndole.== ¿Vé V. amigo mio, que máquina de tanto ingenio? No se puede adelantar mas que han adelantado los franceses.==

Bueno está el invento, dijo Eleuterio; pero yo sé todavia mas de lo que V. ha esplicado de la máquina; y V. me disimulará le diga que la he visto antes que V., y que los franceses si V. mucho me apura.==

¿Como puede ser eso, exclamó la señora toda admirada, haber V. visto esta invencion antes de los franceses, cuando hace muy pocos dias que estos la dieron á luz, y esta que está V. viendo, será tal vez la única que hay en España?==

Pues si señora, repito que esta invencion de máquina la he visto yo antes que V., y si se apura mucho el hecho, la he visto tambien antes que los franceses. Y en prueba de ser así, pueden servir las noticias que tengo de su primer autor. En un libro de cocina impreso en Madrid en el año de 1676, está la estampa de esta máquina entre otras muchas que tiene el libro relativas á economía, como fogones, chimeneas &c. El autor de este libro y de estas máquinas lo fué un español llamado Juan Garcia Tejeda: y en la casa de mi abuelo me acuerdo haber visto una máquina en todo igual á esta que tenemos presente, con la diferencia que esta está nueva, y la de

mi abuelo ya estaba inútil por sus muchos años de servicio. Lo que hay, en una palabra, es, que los españoles hemos olvidado muchas cosas buenas, y propias nuestras, que los extranjeros nos venden ahora como nuevas, y como producto de su ingenio y saber. Esta manía de hacerlo todo á lo extranjero, es lo que nos tiene atrasados, porque no ejercitando nuestros talentos y fuerzas, estamos entorpecidos, á la manera de los niños que no habiendolos acostumbrado á andar, cuando son grandes no saben hacerlo sin andadores. Pero la cena señora se enfría; volvamos á la mesa á dar movimiento á la máquina de nuestros dientes, no sea caso que se entorpezcan, y no podamos luego comer sin un frances que nos enseñe: porque segun voy viendo tan poltrones é inútiles vamos quedando que hasta para las necesidades mas comunes de la vida, ha de ser preciso valerse de un extranjero que nos tenga por los sobacos.

Volvieron á la mesa, y como Eleuterio conforme iba satisfaciendo su mucha hambre, iba tambien moderándose en la comida, lo observó la señora, y le dijo, que se sirviese de los demás manjares y comiese.— Eleuterio contestó que ya lo habia hecho, y no debía escederse; que comer para vivir, no vivir para comer, era su mácsima. Porque si en los alimentos libra la vida, en el exceso de comer y beber, se pierde la salud: que la destemplanza espone al cuerpo, y le sujeta á enfermedades crueles y frecuentes, haciéndole vegetar en un estado de languidez y encontrando por lo comun una muerte prematura. Y debiendo evitarse todo lo que daña al cuerpo, todo lo que perturba las facultades intelectuales ó la razon, y aun nos espone á ser perjudiciales á los demás, sería imprudencia, y aun muchas veces criminalidad, comer y beber mas de lo que el cuerpo puede recibir.— Cierto es lo que V. dice, dijo la señora; mas por mucho que se coma y beba, el gusto no se acaba, y esto es ya un bien.— Aun consultando el gusto debemos ser siempre templados, replicó Eleuterio. ¿Porqué, como puede compararse el gusto de los grandes tragones que comiendo de los mejores y mas abundantes manjares, con el gusto con que un pobre trabajador despues de haber estado todo el dia cavando sin tomar alimento, come por la noche la parca cena que su muger le tiene preparada? Los organos de los

primeros, embotados con el abuso que de ellos han hecho, se ven reducidos á la necesidad de tener que buscar en los alimentos precoces, raros y costosos, los medios de reanimar un apetito estenuado: no abasteciéndoles ya su pais de nada bastante agradable, los vemos ocuparse con el mayor empeño en imaginar nuevas combinaciones, capaces de irritar sus paladares entorpecidos; y poner en contribucion los mares y los paises mas remotos para escitar sus desgastados sentidos. Todo, señora, está sujeto á economía, y el que mejor la sabe, ó encuentra este equilibrio en las cosas y en los goces, es el que mejor sabe vivir disfrutando. Hasta en los mas vivos placeres se acaba el gusto, cuando falta la economía en el uso que de ellos hacemos. =

Muy filósofo está V. señor D. Eleuterio, no parece V. el que era cuando estudiaba. =

La experiencia, señora, me ha hecho conocer muchas cosas que entonces ignoraba. =

De ese modo ya no gustará V. de bailes y otras diversiones que tanto le ocupaban antes. = =

Gusto de las diversiones, como gusto de este dulce que por postre estoy comiendo; pero las disfruto con la templanza que V. me ha visto cenar. El abuso de las cosas es de lo que no gusto; porque usando mal de ellas, las hacemos perder su valor segun la experiencia lo acredita por las mismas razones que he manifestado hablando de los goces de la mesa. Nada de vituperable tienen en si estos manjares que hemos comido, puesto que nos han sabido tan bien, particularmente á mi que ya tenía bastante necesidad, y puesto que es muy natural, y muy conforme á razon gustar de los alimentos agradables al paladar, y preferir estos á los insípidos ó desagradables. Pero sería obrar contra la naturaleza, y sería ir contra la razon usar de ellos sin medida; porque entonces en vez de hallar un bien, encontraría un grave mal, esponiéndose el que así obrase por satisfacer un ligero placer, á largas y penosas enfermedades, pena necesaria con que está sancionada la misma ley natural que infringía. Y lo mismo se puede decir relativamente á los demás placeres. Los espectáculos y diversiones que la sociedad nos ofrece, son descansos y recreaciones que

la razon aprueba siempre que no produzcan consecuencias perjudiciales. Si las comedias por ejemplo, presentan hechos de heroicidad y virtud que estimulen y entusiasmen al hombre á acciones grandes; si las tertulias no son otras resolanas donde el chisme y la murmuracion se alimenten, entonces estas distracciones son naturales y necesarias al ànimo para su desahogo; y tanto que, si el hombre no tuviese estas ú otras recreaciones, el fastidio le abrumaría, se perjudicaría asimismo y á los demás con su negro humor. Y como oportuno al caso y devota que es V. de los Santos, voy à referirla lo que sucedió á S. Antonio con unos forasteros.

Llegaron un dia unos forasteros al convento de aquel ejemplo de santidad, y notaron que sus monges se juntaban á conversacion y en honestas pláticas se reian de algunos graciosos dichos de sus compañeros, otras veces corrían mostrando la ligereza de sus pies, y otras para dar à entender la fortaleza que aun el continuo ayuno no les habia quitado, tiraban la barra, y saltaban; y se ejercitaban en otras diversiones propias de la edad, como mozos en quien el hervor de la sangre no podia dejar de hacer su costumbre. Maravillados de verlos los mal advertidos huéspedes, capitularon de poca modestia á los religiosos y à su acusacion respondió el discreto Abad de este modo. = Tomó un ramo, y atando à las dos puntas un cordél, vino á formar un arco, y dándosele á uno de aquellos habladores, le dijo: tirad bien de esa cuerda cuanto podais; y respondióle el que le tenía = Padre, si con mucha fuerza se tira, se quebrará y no podrá servir, que la madera es delicada, y no ha de poder sufrir lo que me mandais. = Entonces el Santo viejo algo enojado les dijo á los huéspedes = débil es, y de poco sujeto, la naturaleza humana, y para caminar à la virtud es grande el trabajo que lleva, y porque no falte en la mitad del camino, se le ha de conceder algun rato de sosiego y descanso. =

Ya vé V., señora mia, como hasta este santo anacoreta conocía la utilidad de las diversiones, aprobándolas como remedio para hacer mas sufribles y llevaderos los trabajos y penaldades de la vida. Lo que se reprueba, en conclusion, son aquellos placeres y recreos que traen daño al individuo, y à la so-

ciudad, porque afeminan nuestro corazon inspirándole máximas ponzoñosas, y fomentan pasiones ruinosas para las familias. Son en una palabra las diversiones, como la cama para el que está muy cansado y tiene un buen sueño, como me sucede ahora á mi.

Con esta indirecta tan significativa, la señora que tenía ganas de alargar la conversacion, y deseaba traerla al campo de la política, se contuvo en sus deseos, y compadeciéndose de Eleuterio le dejó en libertad para que se retirase à dormir, llamando á uno de los criados que le guiasse al cuarto que se le había preparado en uno de los tambores del Castillo, donde quedó Eleuterio encastillado, figurándosele que alguna hada le había encantado. Y así se lo soñó: cuyo sueño merece un capítulo aparte, que será el siguiente.



CAPITULO 16.

Sueño que Eleuterio tuvo en el Castillo.

Recogido ya Eleuterio, y habiéndose dormido, tuvo un sueño singular, pero que tenía relacion con todo lo que le habia pasado en el dia y parte de la noche antes de acostarse. Pues en los sueños se nos representan las cosas que hemos visto ó experimentado con ciertas formas y enlace que la fuerza de la imaginacion las dà, presentándolas de una manera sorprendente, aunque las ideas sean las mismas que ya tenemos de las cosas que hemos visto ó experimentado. Ya dormido Eleuterio se le representaba la tormenta de la tarde, y soñaba que iba viajando por entre los peligros de un mar embravecido y una tenebrosa noche, y por medio de una atmosfera que parecía arder de cuando en cuando con el continuo relampageo. Soñó que unos hombres, cuyas figuras horribles eran mas bien de monstruos que humanas, se habían apoderado de él, y arrancándole de los brazos de su esposa é hijos, lo habían sacado al campo, y despues de haberle maltratado, lo habían dejado solo y abandonado á su dolor. Que pasado algun tiempo, y siendo entrada la noche, trabajó por levantarse del suelo donde le habían dejado tendido como muerto, y habiendo conseguido á fuerza de muchas diligencias ponerse en pié, estuvo dudando que partido tomaría, hasta que se resolvió caminar adelante por no volver á encontrarse con aquellos monstruos, azotes de la humanidad.

Pero á poco de haber caminado, descubrió una grande bu-

mareda que parecía salir de un monte inmediato al camino, y sobre una colina. Del centro de aquella nube tenebrosa veía lanzarse de tiempo en tiempo unas llamas como de volcán. Este fenómeno se le representaba mas terrible, la obscuridad de la noche; y estendiéndose por todas partes veía que iba cubriendo toda la tierra. La luz de los relámpagos reflejada de un puerto por donde tenía que pasar, se la representaba en sueño la imaginacion, como un volcán extraordinario que vomitaba por cien bocas un diluvio de fuego; y el ruido de la tormenta, se lo representaba como erupciones acompañadas de un mugido espantoso, que resonaba en las profundas cavernas de la tierra.

Como la tempestad hechó tanta agua que el camino y el campo todo quedó hecho una laguna, como se ha dicho en el capítulo anterior refiriendo la salida de Eleuterio de su casa, soñó este que estaba en un mar donde los vientos embravecidos levantaban las olas hasta las nubes con estruendo horribundo, y que á la luz de los relámpagos veía como mil monstruos espantosos que combatían sangrientamente en la superficie de las aguas, y que estas se encendían, y el mar parecía una fragua ardiendo. A la vista de un espectáculo tan horrible, Eleuterio soñaba perecer entre los dos elementos de agua y fuego; cuando en el apuro de sus agonías sintió una mano que le tocaba, y que muy blandamente le sacaba de las aguas, poniéndole en tierra firme.

Después de un tránsito tan penoso y peligroso, soñó que pasaba á otros trabajos y peligros; porque continuando la noche obscura, y él ya desmayado y yerto de frio, no veía, ni sabía donde ampararse. En este conflicto permanecía resignándose con su mala suerte, sumiso á la voluntad del Supremo Hacedor, y confiando solamente en su vigilancia paternal, aguardaba con paciencia heroica le sacase de tantas penalidades.

En efecto; á poco tiempo soñó que oía una música celestial, que el campo se iluminaba con una luz azul, y que se dejaba ver una nube, y en ella un carro de nacar y de perlas, guarnecido de flores, y tirado por cisnes: que en el mismo carro venía una hermosura que realzaban sus dorados cabellos unas rosas, y el agrado que brillaba en sus ojos, la hacían toda

divina. Descendió la nube, y bajando dos preciosos niños de aquel carro de rubí, cogieron à Eleuterio, y le colocaron junto aquella hermosa muger, ó deidad. Entonces oyó que esta le habló con una voz que nunca Eleuterio habia oido ni mas suave, ni mas consoladora. = No temas, le dijo, yo soy la *Hada Benéfica* que premio la virtud, y la sostengo. = Sintióse Eleuterio con este divino consuelo tan animado, tan lleno de valor, y de una manera tal, como si habiendo muerto y pasado por el purgatorio, pasase á descansar à la region de los Angeles, segun se hallaba su alma gozando en tanta fruicion, pues ninguna cosa de la tierra sentía, y todo era tan puro como el entendimiento lo que por entonces percibía.

Mas no tardó mucho en desengañarse conociendo luego que no había salido de la tierra, porque volvió à sentir las cosas que pasan en esta. *Benéfica*, despues que hubo consolado à Eleuterio le dejó á la puerta de un Castillo, diciéndole, hijo mio, con la virtud y el valor se triunfa. = Y remontándose por los aires, desapareció como un ligero vapor. Al momento Eleuterio empezó á sentir frio, hambre, cansancio, dolores en los pies; y sobre todo à encontrar dificultades para entrar en el Castillo donde no le querian recibir negándole la entrada. Hasta que à repetidas instancias y enérgicas súplicas abrieron, dejándose ver dos Gigantes con larga barba, vestidos de pieles, empuñando por bastones dos gruesos troncos de encina, y rodeados de perros como leones. Así que esto vió Eleuterio, y ya dentro del Castillo los otros que había sentados al rededor de una candela, empezó á temer soñando hallarse en el pais de los Gigantes y leones. Pero acordándose de lo que *Benéfica* le había dicho cuando le dejó en las puertas del Castillo, cobró ánimo, y tomó asiento entre los mismos Gigantes junto á la candela, que no sirvió esta poco para reanimarle.

En seguida sueña que un Emano le toma por la mano, le hace levantar del asiento, y subiendo con él por una escalera espiral, que tardaron mucho en subir por lo empinada que estaba, le conduce á unas estancias, cuya magnificencia escedía en mucho al mas grande palacio regio. Las paredes de las habitaciones eran de plata y las ventanas de cristal de roca, brillando por todas partes el oro, y las piedras preciosas.

Habiendo pasado por algunos salones, entró por último en un gabinete entapizado todo de terciopelo con galones de oro, donde estaba una señora tan grave y tan sentada en una rica silla de almoadones de seda de damasco con franjas de oro fino guarnecidos que figuraba la buena de la señora mas que una Reina. Hizo que se sentase Eleuterio, y mandando retirar al Enano, tocó una campanilla, y al momento se presentó haciendo mil reverencias, una ninfa tan hermosa como las flores, adornada de guirnaldas, y el pelo suelto cayendo por los hombros, que parecía salida de las cristalinas aguas de la fuente Acidalia. A una señal que hizo la Magestad del Castillo, se retiró y volvió luego la ninfa con otras compañeras que traian vestidos, con cuyo primor no podian compararse los mas ricos de las indias: aguas y perfumes de todas esencias traían en cajas de oro, y en pomitos de diamantes. Rodearon á Eleuterio, y habiéndole limpiado y curado las heridas de los pies, derramaron por todo su cuerpo aquellas tan olorificas aguas, y le pusieron los magníficos vestidos. Despues de todo esto soñó que oía unos sonidos tan melodiosos que embelesaban con asombro; veía al propio tiempo adornarse el gabinete de todo lo mas esquisito que el arte puede haber producido tanto en telas como en muebles preciosos: y sobre todo lo que mas le asombró fué la mas abundante y espléndida mesa que de repente apareció puesta y cubierta de los manjares mas delicados, tortas, pastas, cremas, quintas esencias, helados, frutas de todas clases, naranjas, granadas, ananas, uvas, peras cristalinas, y de cuanto Dios crió en mar y tierra, sin que faltasen los mas esquisitos vinos. Solos se sentaron á la mesa aquella gran señora que habitaba el Castillo, y Eleuterio. Las demás personas servian á los dos; y estaban con tanta elegancia vestidas que parecían ninfas mas hermosas que Panopea. No así la Circe á quien servian, en quien se dejaba ver cierta cosa odiosa entre la gravedad y señorío con que quería cubrirse. Todas estas cosas eran muy bastantes para que Eleuterio se figurase en sueño estar encantado en aquel Castillo, segun las maravillas que veía. Y tanto mas se le figuraba estar encantado, con lo que en seguida empezó á soñar. Porque toda aquella suntuosidad de gabinete y comida, se trans-

formó en un instante al golpe que la señorona dió sobre la mesa, en un cuarto, con una escasa cama donde Eleuterio se acostó quedando todo en silencio, y él dormido. Pero como su fantasía estaba tan esaltada, no le duró mucho este tranquilo sueño.

Sucedió que, la dueña del Castillo habiendo cenado opíparamente, se la indigestó la cena, y fué acometida de un fuerte dolor cólico. Con esta novedad puso en movimiento á todos los de la casa causando el alboroto que era consiguiente. Como Eleuterio estaba tan rendido, no le despertó del todo, y solo hizo un poco de movimiento para volverse del otro lado quedando tan dormido como antes. Sin embargo, sintió siempre entre sueños aquel movimiento y carreras de una parte para otra de los criados, y este ruido fué lo bastante para que soñase, que, veía á una vieja de gesto regañon, y ojos llenos de malicia tan parecida á la Hada Carabosa de los Arabes, que metida en una grande calabaza aguijoneaba los sapos que arrastraban este carro por toda la casa, y que á una voz agria y terrible de esta muger, corrían todos los que estaban dentro del Castillo despavoridos á la claridad de mil fuegos subterráneos que taladraban el pavimento, y que otros quedaban sepultados entre las ruinas del mismo Castillo que se desplomaba á toda prisa. Conmovióse tanto Eleuterio creyendo ser realidad cuanto soñaba, que dió un fuerte grito, y salió de la cama con precipitacion y adormilado, causando no pequeño susto á los que se le encontraron por aquellos salones, porque iba corriendo con la sabana de la cama liada al cuerpo, y los ojos abiertos aunque dormido; por manera que estaba tan espantable que, mas parecía un alma en pena, que persona de este mundo. Al fin, despertó del todo, y enterado de la novedad que habia habido en la casa con la dueña, y diciéndole los criados que esta se habia aliviado y descansaba, él se volvió á su cama á hacer otro tanto.



CAPITULO 17.

*Continúa Eleuterio su marcha para el
destierro; y se cuenta lo que le
sucedió en Mérida.*

Apenas el rubicundo Apolo tendía por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos; y apenas las avecillas de mil colores, con sus harpadas lenguas, habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada Aurora, cuando ya se sentía el movimiento de vida en el Castillo y en todo aquel campo. Veíase á unos sacar las yuntas de bueyes, á otros cargar en jumentos los aperos de la labor, á las pastoras preparar sus canastas de huevos que iban á vender á la villa; y hasta las plantas y flores se las veía desabrocharse saliendo de su languidez y mostrando sus hermosos colores, á la llegada del Astro vivificador. Solo Eleuterio que cansado de los sucesos del dia anterior, y fatigado con los ensueños de por la noche, era el que no daba señas de vida segun el dormir tan profundo que tenía. El sueño que con su dulce embriaguez acude celoso cuando vé postradas las fuerzas del mísero mortal, á reponerlas, envolviendo en las nieblas del olvido los pesares que agitan sus potencias, tenía enteramente embargadas las de Eleuterio.

A este tiempo, llegó el arriero con quien se ajustó para hacer el viaje Eleuterio el dia que salió de su casa, y de cuyo arriero era el burro de que se habló en el capítulo anterior, que fué la causa de la detencion de aquel, y que por este mo-

tivo Eleuterio tuviese que montar en el caballo del Seráfico S. Francisco andando un piés tras otro tres leguas, solo y en una noche oscura y tempestuosa.

Este arriero se empeñó tontamente en ver y hablar á Eleuterio que entonces descansaba gozando de la dulzura de un sueño tranquilo y profundo; porque al desgraciado hasta el descanso se le interrumpe. A la voz de bocina de aquel, abrió Eleuterio los ojos, y aunque adormilado conoció al arriero. Nada le dijo de lo que por su culpa habia pasado, y de los peligros en que se habia visto: porque Eleuterio era prudente, y sabia disimular los males que ya no tienen remedio. Sintió mucho le incomodase en aquella hora que apenas el sol con su divina luz empezaba á desenlutar á la tierra: mas por otra parte no dejaba de alegrarse de ver allí á su perdido arriero, quien despues de lo que le habia hecho andar, le habia dado que pensar, teniéndole inquieto sobre el partido que abrazaría sino llegaba á reunirse con él venido el dia, ó pasaba adelante por otro camino, sin tocar en el Castillo. El arriero habia pensado sobre lo mismo, é ignorando el paradero de Eleuterio habia entrado en bastante cuidado. Y lo primero que hizo, fué procurar el hallazgo de su amo, antes que buscar un mulo que se le habia estraviado. Como salió de la villa ya puesto el sol, le cogió la aciaga noche en el camino, y pasó poco mas ó menos las misinas averías que Eleuterio. El resultado fué, que tuvo la suerte de ir á parar, y guarecerse de una cabaña que estaba á dos tiros de bala del Castillo, donde hizo la noche bajo el amparo de aquella choza, y favorecido de la caridad que con él usaron los pastores haciéndole lugar entre ellos para que descansase, y enjugara su cuerpo y sus ropas al fuego que tenían hecho cuando llegó.

Al otro dia, quando no se percivía aun la luz de la Aurora, despertó y dejando la cama de pieles que los pastores le habían puesto, salió al campo con el fin de indagar el paradero de Eleuterio. No era fácil en aquel sitio encontrar quien pudiese darle noticias; y pensando de pronto que tal vez se las darían en el inmediato Castillo, desde luego se dirigió á este llegando á ocasion que los hombres de la labor se preparaban para volver á las tareas del dia. Preguntóles, y aunque no le

dieron una razon cierta de la persona que allí se habia recogido por la noche, circunstanciaron tanto las señas de Eleuterio, y el recibimiento que habia tenido de la dueña del Castillo, que, el arriero ya no dudó fuese Eleuterio el que en aquel lugar se habia abrigado, y deseoso de verle y hablarle para quitar de encima el cuidado que le abrumaba, y quedar de este modo mas desembarazado para buscar el mulo que se le habia estraviado, no reparó en solicitar y empeñarse en ver à Eleuterio apesar de lo intempestivo de la hora. Dieron entrada al arriero, que subió á donde Eleuterio estaba, y alegróse en estremo de encontrarle: porque á la verdad le tenían con bastante inquietud algunos pensamientos volanderos que de vez en cuando pasaban por su cabeza sobre la suerte de su amo, temiéndose si se habría muerto de frio, si se habría ahogado, ó si le habría sucedido otra desgracia igual, y mañana ú otro dia le hacían responsable de esta muerte que era lo que él mas temía, y mas cuidado le daba, por suponerse que los dos habían salido juntos de la villa la tarde de la desgracia. Mucho sentía el estravio del mulo; pero mucho mas la pérdida de Eleuterio. El haber encontrado á este, fué para el arriero como si le hubieran quitado arrobas de plomo que oprimiendo su pecho, no le dejasen respirar, segun el aliento que tomó, y alegría que recibió cuando vió vivo á aquel. Así se lo manifestó al primer saludo, y no necesitaba manifestarlo con palabras, porque bien se le conocía en su cara. Y con este contento, salió ya mas espedito en busca de su mulo.

Eleuterio no queriendo desaprovechar el tiempo, porque este y la salud no se recupera como el dinero, y el tiempo le hacen mas breve nuestros descuidos. Mientras volvía el arriero, se ocupó en ecsaminar aquel Castillo, cuya antigüedad se pierde en la obscuridad de los siglos. Muy entretenido estuvo con este modo de ocupar las horas, porque la idea de aquel edificio le recordaba otras de nuestra historia, que le presentaban los tiempos en que la España gemía con las guerras sangrientas y continuas que los señores de feudos, bajo cuyo yugo y mano de hierro vivían los españoles, tenían entre si por los mas leves motivos. En aquellos torreones y en aquellas almenas del Castillo leía Eleuterio el origen de los que edificaron

aquella fortaleza, y para que la edificaran. No dejaban de tener alguna analogía con los motivos de su destierro aquellas paredes, para que dejasen de llamar su atención; y sobre ellas hiciese las mas tristes reflexiones respecto á su patria. Parece, se decía asimismo, que los hombres se han reunido en sociedad para destruirse, y hacerse esclavos. No hay palmo de tierra que en él no se vea algun vestigio de guerra ó de esclavitud. Se suceden los tiempos, y con poco interválo se ven suceder estos desastres, dejando señales fijas de la época y lugar donde sucedieron para vergüenza de los hombres, y escándalo de la razon. El género humano vé estos monumentos, lee en ellos hechos horriblos, y considera las desgracias y dias ominosos de sus antepasados. Pero los hombres olvidan bien pronto estas lecciones, y los sentimientos que escitan, se enfrían con la misma prontitud que aquellas se olvidan. En todos la razon se oscurece, y los unos dominando, y los otros dejándose dominar, siguen su curso los males, y la sociedad presentando el mismo cuadro que siempre con muy poca diferencia. Cuando estos Castillos se edificaron, fué en tiempo que los Reyes nada valían, y todo lo podían los señores de vasallos, quienes eran absolutos dueños de las tierras sin que tuviesen los demás hombres que las cautivaban, ni una cuarta de tierra suya propia; porque eran unos verdaderos esclavos que ni de su voluntad eran dueños no pudiendo disponer de sus acciones. Y lo peor de todo las guerras tan continuas y encarnizadas que estos señores se hacían á costa de la sangre de los infelices que vivían bajo su dominio. (1) Los Reyes con el tiempo y

(1) Cuando los bárbaros salidos del norte se apoderaron de toda Europa, consideraron sus rápidas conquistas como una propiedad comun á la que cada uno de ellos tenía derecho de participar; y así se repartían las tierras como propiedad que habían ganado con su espada, es decir por el derecho de la fuerza, quedando esclavos suyos los pacíficos habitantes, á quienes si habían quedado con vida, no les quedaban con bienes algunos, y les despojaban de aquellas tierras. Mas como estos mismos conquistadores tenían que defenderse no solo de los antiguos habitantes que permanecían haciendo la guerra en guerrí-

con la astucia debilitaron el poder de aquellos, y atrayéndolos por último á la Corte donde consumiesen sus fuerzas gastando sus riquezas, quedaron abandonados los Castillos sirviendo como sirven en la actualidad, el que no se ha arruinado, para fines mas razonables. ¿Y la humanidad ha adelantado algo? Mucho, no se puede negar. Pero no ha salido de su humillacion, y de su miseria. La mayor parte del género humano gime aun bajo la opresion y tiranía, y en vez de ser regido por leyes sabias y benéficas, es dominado por una pequeña porcion de

llas, sino tambien de nuevos aventureros que venian á disputarles sus conquistas, tuvieron necesidad de fijar su estado político y regirse por cierto sistema en vez de las asociaciones vagas en que vivían. Todo hombre libre, que lo eran solo los conquistadores á quienes se les había repartido las tierras conquistadas, estaba obligado por esto á tomar las armas contra los enemigos; y bajo el concepto de este servicio militar recibía y poseía las tierras. El Rey ó el General que habia hecho la conquista le tocaba porcion de tierra mas considerable. Por este medio podía recompensar los servicios, y comprar nuevos partidarios: con esta mira distribuía sus tierras, y los agraciados quedaban obligados á armarse en su defensa y seguirle al combate con un número de hombres proporcionado á la estension de terreno que habian recibido. Los principales Oficiales hacían lo mismo imitando el ejemplo de su Principe ó Gefe. Y he aquí el sistema feudal, que se asemejaba mas bien á un establecimiento militar, que á una institucion civil. Pero este sistema feudal contenía elementos de desórden y corrupcion como se esperimentó muy pronto. Los grandes señores habiendo arrancado ó con maña ó por fuerza muchas y considerables concesiones del Príncipe, y asegurándose de este modo la propiedad hereditaria de sus tierras y dignidades, tentaron felizmente empresas nuevas, y mas arriesgadas todavia. Obtuvieron el poder de juzgar soberanamente todas las causas civiles y criminales de sus territorios; el derecho de acuñar moneda; y el privilegio de declarar en su propio nombre, y de su autoridad privada la guerra á sus enemigos particulares. Se perdieron casi enteramente las ideas de sumision política, que los soberbios señores hicieron desaparecer con su preponderancia, y rompieron los lazos que unían á la corona los principales miem-

hombres que tratan á sus semejantes, como el niño trata á sus juguetes.

Desde las torres del Castillo se alcanzaban á ver otros muchos que estaban sirviendo tambien de casas de labor. La campiña es allí rica y hermosa con sitios muy pintorescos, y con un horizonte despejado y alegre; que si la naturaleza de aquellos lugares fuese ayudada con mas trabajo y gusto de los colonos, serían mas deliciosos aquellos campos, mas productivos, y aventajarían con mucho á los de otros países, do de la industria y la laboriosidad los hace ricos. Porque la E. tremadu-

ros del estado. Un reino considerable por su poder y estension, era desmembrado en tantos principados particulares, cuantos varones poderosos habia, y levantándose por todas partes mil causas de discordia y de celos, encendian otras tantas guerras. Y de aquí la necesidad de edificar tantos Castillos y fortalezas como se ven en todas partes. Cada region de Europa á quien aquellas querellas sangrientas sumergían en la desolacion, en las turbulencias, ó en alarmas continuas, estaba cubierta de Castillos y de fortalezas, construidas para defenderse, no de fuerzas estrangeras, sino de hostilidades domesticas. La anarquía reinaba en todas partes, substituyendo todos los desórdenes que la acompañan, á las dulzuras y utilidades que los hombres esperan encontrar en la sociedad. El pueblo, esa porcion de la mas numerosa, y la mas útil del estado, se veía reducido á una verdadera servidumbre, ó tratado como si fuera realmente esclavo. El Rey despojado de casi todas sus prerrogativas sin autoridad para formar ó hacer ejecutar leyes saludables, no podía proteger al inocente, ni castigar al culpado. Estos señores, á quienes ningun freno contenia, se destruían entre si con guerras continuas, oprimían á sus vasallos, y humillaban ó insultaban á su soberano. Los habitantes estaban privados de los derechos naturales, é innenagenables de la especie humana: no podian disponer de los frutos industriales por testamento, ni por acta alguna pasada en el discurso de su vida: tampoco tenían aun el derecho de señalar tutores á sus hijos en la menor edad; y estaban obligados á comprar de su señor á peso de plata la licencia de casarse: y por último se les esigia sin indulgencia ni compasión servicios de toda clase, de ordinario tan humillantes como penosos.

ra por su suelo, por sus aguas, por sus colinas y valles, por su situacion y por su cielo, es de las mas fecundas y sanas. El aire puro que se movía, la vista del rio, que sin ser caudaloso, no para su corriente cristalina, tantos manantiales de aguas diferentes y esquisitas, que reflejando los rayos del sol parecen espejos incrustados de distancia á distancia por toda la campiña; lo llano de esta verse terminar á una pequeña sierra, y por otra parte estar flanqueada con collados, en donde se ven tambien resplandecer los arroyuelos que serpenteando bajan al llano, y se esconden luego por entre peñas cubiertas de un verdor permanente; el campo todo matizado con infinita variedad de flores; la abundancia de caza; las arboledas, el balar de las ovejas, y el retozar de sus corderillos, todo este conjunto de objetos diferentes alegraba á Eleuterio; y aunque su corazon estaba tan oprimido con tantos pesares, y su semblante tan macilento, respirando aquel aire tan puro, y gozando de aquella vista tan agradable, sentía una mejoría notable, que parecía al que vuelve en sí de un fuerte desmayo. De todos estos encantos de la bella naturaleza estaba disfrutando, cuando mirando al camino alcanzó á ver que venía un hombre con dos caballerías, y no dudando que fuese su arriero que habría ya encontrado el mulo que se le había extraviado, bajó de las torres para ver la dueña ó administradora del Castillo, y despedirse de ella. Estaba ya esta aliviada de su cólico, que si en la cara había dejado hechos grandes surcos el dolor, en la lengua no había hecho mella, porque empezó à hablar como una cotorra. Tanto que, el arriero tuvo tiempo de llegar, hizo cuanto tenía que hacer, y la señora administradora no habia dejado la palabra: y segun continuaba charlando, no habría dejado de hablar en una semana, si el arriero cansado ya de esperar, no hubiese subido, y entrándose con franqueza en el cuarto de aquella, dijese manifestando alguna incomodidad, que los machos hacia una hora estaban cargados, y se hacia preciso marchar al momento. Con esto, se despidió Eleuterio mostrándose muy agradecido á la dueña por la buena acogida que en el Castillo habia tenido. Y sin incomodarse con el arriero por el modo imperativo que tuvo de anunciar la marcha, por saber que caminando con esta gente es preciso sujetarse á lo

que ellos dispongan, y andar à su paso, salieron los dos del Castillo con ànimo de andar todo el dia sin hacer parada alguna, à fin de adelantar lo que habian atrasado en el anterior. No perdieron tiempo, porque à muy buena hora llegaron à Mérida, que dista ocho leguas de donde habian salido. Hospedáronse en uno de los mesones inmediatos al puente, donde acostumbraba parar el arriero que le conducía. Y mientras este daba agua, y pensaba à las caballerías, y se componía la cena, Eleuterio salió por la Ciudad, que en otras ocasiones la habia visto, es poblacion que por sus muchas antigüedades presenta siempre objetos nuevos al curioso viajero que ha estudiado la historia de nuestra nacion.

Pasando por la plaza encontróse con unos amigos suyos que habian estudiado juntos en Salamanca. Tuvieron mucho gusto en verse, y estos se preparaban à llevarsele à sus casas, y obsequiarle, cuando en esto que preguntando uno de ellos por el motivo del viaje, y contestando Eleuterio que iba desterrado, quedaron suspensos sus amigos los Abogaditos mirándose unos à otros, y como si les irrogase infamia la compañía de Eleuterio, se mostraron en sus semblantes y miradas señales de arrepentimiento por haberse parado à hablar con él: y buscando pretextos para dejarle, cada cual fué esponiendo el suyo, y despidiéndose à toda prisa le dejaron solo, alejándose de aquel buen amigo que tan de corazon se habia alegrado de verlos, y que tan complacido con aquel satisfactorio encuentro de sus queridos condiscípulos, se congratulaba ya de pasar algunas horas de grata compañía con ellos, y recordar dulces memorias de aquellos felices años de la vida que disfrutaron en la bella é ilustrada Ciudad de Salamanca. ¡Que desengaños tan terribles se experimentan en la sociedad!

Eleuterio, aunque ya esperto en la milicia de la vida, y que por lo mismo parece no debió sorprenderle este desengaño tan cruel para un hombre de bien, para un inocente, para un amigo tan sincero, por haber experimentado ya otros iguales, no obstante sintió vivamente la felonía de sus miserables compañeros, porque así debe llamarse este porte tan ruin que tuvieron con una persona, que por el hecho solo de ser desgraciada merecía ser mas bien buscada y atendida, que huir de ella.

Pero tal es la fuerza de la desgracia, que hasta la virtud si es desdichada suele ser tenida por vicio; y el desgraciado, aun siendo inocente, por vicioso y criminal. Las desgracias tanto menos daño hacen cuanto mas se ocultan, pues basta el ser un hombre desgraciado para ser despreciado. Pesaroso, y haciendo tristes reflexiones retiróse Eleuterio á la posada, y sentándose en un tercio de las cargas de lana que estaban arrimadas en un rincon, sacó para distraerse el libro de memorias que llevaba siempre consigo, y con el lapiz principiaba á apuntar los sucesos de aquel dia, y por separado en el mismo libro sentaba las observaciones políticas ó morales que le ocurrían como resultados de la misma esperiencia que los hombres y la sociedad le daban. En esta ocupacion se entretenía, cuando un lance bastante desagradable y repentino puso en conflicto á todos los que estaban en el meson.

Fué el caso que uno de los arrieros que hospedaban en aquel, se habia acompañado con uno de aquellos hombres que viven á espensas de los tontos, de los descuidados, y de los que son algo aficionados á gréscas, y pasan de este modo la vida en las poblaciones tolerados por el poco celo de las justicias. Entraron los dos, el profesor de vagancia y el arriero, en un puesto de licores que habia inmediato á la posada á tomar aliento para continuar en la obra de corretería y broma que habian empezado desde por la tarde. Tuvieron algun disgusto, aunque no hemos podido averiguar cual fuese, y encendidos con el aguardiente que habian bebido, tiraron de las navajas saliéndose á la calle riñendo. El arriero que se sintió herido, se retiraba defendiéndose á la posada, y ya dentro cargó sobre él con tal ímpetu el quita vidas, que dándole en el corazon una puñalada, le dejó tendido y muerto en medio del zaguan, y el asesino salió huyendo.

Todos los que en el meson estaban, como no habían sentido la riña, ni tenían antecedente alguno, quedaron sorprendidos, dudando si dar crédito á sus ojos que estaban mirando aquella catástrofe tan inesperada y repentina. Dieron inmediatamente parte á la justicia, que vino luego con unos voluntarios realistas armados, á la posada. Embargan, prenden, y conduciendo á todos á la cárcel mientras el hecho se averigua, se

cierra la posada quedando un alguacil por custodia y amo. Ni súplicas del arriero, ni lamentos de la mesonera pudieron ablandar al Juez que los puso á todos incomunicados, colocando à cada uno en calabozo separado. Lo que consiguieron únicamente, fué que no les pusieran grillos. No participó de este favor Eleuterio. Por el contrario, fué tratado con mucha crueldad, y aprisionado con mas rigor que el delincuente mas criminal y feróz. La maldita casualidad de haber sido conocido por un realista de los que hacían la guardia à la cárcel, ocasionó à Eleuterio tan duros tormentos. En tiempo que este mandaba una compañía de Nacionales había perseguido à las muchas partidas de ladrones que infestaban la provincia, y que logró con su habilidad, y continua persecucion exterminar no dándoles lugar á que descansasen ni en sus mas ocultas madrigueras donde les buscaba luego que cometían un robo, y á donde se dirigía inmediatamente, haciendo la persecucion por el modo inverso que se hace regularmente, esto es, no dirigiéndose á donde se ha cometido el robo, sino à donde se oculta lo robado luego que se hace. A estas partidas de ladrones había pertenecido el realista que conoció á Eleuterio cuando entraban á este en la cárcel, el que lo mismo fué conocerle, que empezarle á insultar y amenazar. = Ols, dijo encarándose en Eleuterio, ¿tu por aquí picaro negro? Ya caistes como la perdíz en el lazo, y ahora vas á morir, y le amenazó con el fusil. ¿Que es eso? preguntó el Juez al realista. ¿Que và V. á hacer à ese preso? = Señor, contestó el realista, es un negro, un liberal = ; liberal! exclamó el Juez = Si señor, dijo el realista declarando lo que había sido Eleuterio = Cierto, replicó el Juez, ya hago yo memoria de este sujeto: oí hablar mucho de él cuando la constitucion. Cargarle de cadenas, porque el asesino no es otro mas que él; y sino ello dirá. Ya no hay que fatigarse mucho por buscar al matador del arriero; pues no puede ser otro el criminal que este negro preso. =

Alentado por el Juez, el mismo realista que había conocido á Eleuterio, le dió un fuerte empujón que le hizo caer en un calabozo subterráneo, donde le pusieron grillos, y amarrándole á una cadena para mas seguridad, le dejaron sepultado en vida.

Al otro dia se supo oficialmente quien había causado la muerte, porque el verdadero asesino se presentó acogiéndose à sagrado. Pero no por esto se pusieron en libertad ni à los arrieros, ni à la mesonera, ni menos à Eleuterio. Continuaron presos, y hasta pasados dias que ya se habían causado bastantes costas que poder cobrarse de los bienes embargados, no se proveyó el mandamiento de soltura que si bien alegró à los arrieros y mesonera, no fué sin mezcla de amargura de estos cuando se enteraron luego del mal estado de su hacienda, que se había reducido à menos de la mitad, habiéndose vendido la mayor parte para pago de costas causadas superflua é indebidamente. Peor quedó Eleuterio, porque quedó sumido en la mas grande desdicha, sepultado en una mazmorra, sin mas alimento que una media libra de pan de cebada al dia, y una cantarilla de agua, sin ver la luz del dia, y sin comunicar con persona alguna mas que con el duro carcelero cuando le entraba la comida. Cinco ó seis meses estuvo bajo los cerrojos de la perfidia, y hubiera estado años, á no haber tenido la felicidad que otro Juez mas justiciero y humano sucediese al fanático, furibundo y venal del anterior. Promovieron á aquel en mérito de su fanatismo, y en recompensa de la sangre que había vertido en la corte, y él había chupado á los pueblos donde había estado de Juez, le promovieron à la toga, y con tal motivo vino nuevo Juez à Mérida, que sin duda por error de cuenta hubo de ser nombrado Juez en aquellos tiempos.

Luego que llegó à Mérida, y tomó posesion, restableció el órden, y empezó à administrar justicia con imparcialidad, y à visitar con celo la cárcel. A la primera visita que hizo, se sorprendió viendo la manera en que tenían amarrado à Eleuterio, sujeto por los dos brazos con unas fuertes y pesadas cadenas, y à los pies unos gruesos grillos que apenas podia moverse, y mucho menos con la debilidad que habia contraido por la falta de alimento, lo mal sano del calabozo, porque estaba en un subterráneo que por todas partes brotaba agua, sin mas ventilacion que el imperceptible aire que pudiese entrar por la cerradura de la puerta del mismo calabozo que estaba por dentro y por fuera chapeada toda en hierro. Conmovido el Juez con la vista de este lugar de horror, y la situacion dolorosa del preso,

que mas figuraba espectro que persona humana, sintió un estremecimiento en todo su cuerpo que, conociéndose con poco valor para continuar viendo tan grande desdicha y tal extremo de crueldad, se salió del calabozo para orientarse de las circunstancias del reo y su causa, que la graduó por los delitos mas atroces, y al preso por uno de los reos mas criminales y feroces, cuando con tanto rigor le tenían aprisionado. Pregunta quien es aquel reo, y cual su delito ó delitos, que sin duda serán muchos é inauditos, y una fiera el reo cuando tan en rigurosas prisiones le tienen. Nadie le contestó; y volviendo á preguntar, todos dicen que ignoran quien sea el reo, y la causa porque está preso. Escandalizado el Juez con esta ignorancia, que desde luego la graduó maliciosa, se incomodó en términos de reprender agriamente al Alcaide, y le hizo cargo diciéndole que si no sabía quien era el reo, quien le habia preso, y porque causa, ¿como era que le tenía en aquel lugar tan horroroso, y asegurado con tantas cadenas? El Alcaide no sabiendo que descargo dar, contestó con la mentira, arma de todos los picaros, y dijo que hacía algunos meses que estando una noche en cama enfermo, habían preso á varias personas, y segun tenía entendido por lo que el encargado de la cárcel en aquella noche le habia dicho, el preso por quien se le preguntaba, lo habría sido sin duda en la referida noche; que era lo único que sobre el particular sabía y podia decir. — El Juez cada vez mas incomodado con tanta hipocresía y maldad, y viendo que en el acto no podia averiguar lo cierto, mandó por de pronto quitar á Eleuterio las cadenas, y que le sacasen del calabozo, à mejor prision.

Se ejecutó como el Juez mandó; y fué necesario que dos hombres sacasen cuasi en hombros á Eleuterio; porque por si solo no podia manejarse ya por lo estenuado que estaba, ya por engarrotados que tenía los músculos todos de su cuerpo á causa de la mucha humedad del calabozo, y ya porque saliendo de la obscuridad de este no podia sufrir la luz del dia que lastimaba sus mortecinos ojos. Tal era el estado mísero de este inocente, que no podia mirarsele sin salir con el corazon oprimido de tristeza para mucho tiempo. Si su esposa é hijos le hubiesen visto, habían de haber tenido mucha dificultad en

conocerle, según lo desfigurado que estaba. El cabello largo y lacio con la humedad caía sin orden por su espalda y hombros de una manera espantable; la barba igualmente crecida y hecha peloton cubría los huesos de su cara; los ojos hundidos no se veían; descarnado todo su cuerpo, presentaba solo el esqueleto; y su voz, era voz sepulcral.

Luego que le entraron en el nuevo aposento según la orden del Juez, mandó este que le sentasen en la cama, y le trajesen un caldo con un poco de vino. Hecho así, y animado algún tanto Eleuterio con el alimento, el Juez le hizo las mismas preguntas que al Alcaide, y Eleuterio contestó refiriendo la historia de su prisión, sin omitir de donde era, y á donde iba cuando le prendieron: y concluyó diciendo, que el único alivio que había podido conseguir durante todo aquel tiempo de su prisión, fué el de poder escribir á su familia, gracia que si le hubiesen negado, habrían hecho entonces mas dura su suerte, porque le habría estado atormentando continuamente la idea de la aguda pena en que estarían su esposa é hijos no sabiendo de él. Pero que habiéndosele concedido la gracia de que pudiese escribir á su familia, revisando la carta el Juez, lo había hecho manifestando que él estaba bien, y encargando no tuviesen cuidado alguno que él estaba contento y divertido, entreteniéndolos de esta manera con la esperanza de que pronto volvería á verlos, para que no diesen lugar al cuidado y al sentimiento.

Mientras Eleuterio hacía esta relacion al Juez, distintos y encontrados afectos movían el corazón de este. La inocencia de aquel y sus padecimientos le causaban compasión, al propio tiempo que, la dureza é iniquidad de los que así le habían tratado le llenaba de cólera. De muy buena voluntad habría puesto al Alcaide, y á todos cuantos contribuyeron á la prisión de Eleuterio, en el calabozo que estuvo este, y á él le hubiera dado en aquel momento la libertad, sino hubiese considerado que en tiempos de revolucion, la ley no se puede ajustar á lo que es enteramente justo, y que es necesario entonces apelar á la política para no malograr los actos de justicia. Buscó sin embargo en la actividad el medio de hacer pronto lo que en aquellos momentos no podía ejecutarse como él deseaba. Y or-

denó al escribano de visita que pusiese por diligencia cuanto sobre el asunto había ocurrido sin que dejase de estampar á continuacion la declaracion de Eleuterio. Lo cual hecho, proveyó el Juez en seguida auto mandando que los escribanos de la Ciudad en el término de seis horas buscasen en sus respectivos oficios, la causa á que hacía referencia la declaracion del preso, y la presentasen luego en la mesa del Juzgado. Mandó en seguida bajo la mas estrecha responsabilidad al Alcaide, que se tratase á Eleuterio como enfermo, y que no se le incomodase en nada, dándole todo el alivio que fuese compatible con la seguridad.

Retiróse el Juez á su casa, y no había pasado una hora desde que proveyó el auto, mandando que dentro el término de seis horas se presentase la causa, cuando ya el escribano de la misma compareció con ella. Porque siendo celosos y aplicados los Jueces ó cualquier otra autoridad ó Gefe, son tambien activos sus dependientes, que llenan mejor sus deberes temiendo mas á un superior diligente y callado, que no á un Gefe hablador que está siempre bullendo, proyectando, y amenazando. Registró el Juez la causa por si mismo, y viendo que estaba el sumario concluido que la parte fiscal pedía la absolucion libre para Eleuterio, que ecsaminada la causa resultaba completamente la inocencia de este, y que el verdadero criminal estaba acusado á la última pena como asesino declarado, proveyó el Juez inmediatamente auto sobreseyendo para con Eleuterio, y mandando se le pusiese en libertad, y en prision al verdadero delincuente. Este no había estado una hora en la cárcel, y tenía carta blanca, ó de seguridad, para andar y hacer lo que le acomodase: y es muy probable que á no haber dado la casualidad de llegar un Juez tan recto y justificado á Mérida, la causa se habrían comido los ratones ó con el polvo se habría apolillado antes que, hubiese tenido progreso.

Aunque se absolvió libremente y sin costas á Eleuterio, no dejó de costarle, como el lector conoce, y purgar las culpas de otros bajo la vara de hierro del carcelero. Ya hemos visto como el Juez encontró al preso, en que estado tan miserable y triste, que estenuado, y que espirante estaba cuando le sacaron del calabozo para conducirle á la enfermería. Como en esta no

estuvo mas que horas, por la mucha diligencia que el activo y recto Juez puso en buscar y ecsaminar la causa. La que ecsaminada y puesto en libertad Eleuterio, fué necesario le llevasen á una posada dos hombres en silla de manos; porque por si solo le era imposible dar un paso. A las dos semanas de estar en libertad, con solo el gozo de ver que lo estaba, y de respirar aire libre, y de vivir en comunicacion con sus semejantes, recobró fuerzas en disposicion tal, que á las tres semanas emprendió su viaje, como se dirá en el capitulo que sigue.

CAPITULO 18.

Se dá razon de la salida de Eleuterio de Mérida: de su llegada á Hornachos, pueblo de su destierro: del modo con que un Aquila le mantenía: y de otros sucesos dignos de contarse.

Hubiera podido Eleuterio estarse todo el tiempo que hubiese querido en Mérida, pues el Juez que le puso en libertad, le daba tambien permiso para estarse, asegurándole que podía sin cuidado alguno permanecer en aquella Ciudad, que si alguna orden se comunicara para que saliese, él sabría como había de librarle de modo que los dos quedasen á cubierto de toda responsabilidad. Pero Eleuterio que tenía motivos para conocer á las autoridades superiores que entonces gobernaban y mandaban en la Provincia de Estremadura, no quería esponer al resentimiento de estas, á un Juez que lo ha-

bia hecho tan bien con él, que tan íntegro y justiciero era. Y conociendo que su permanencia en Mérida podría comprometer à Juez tan bueno, se decidió à emprender la marcha para Hornachos pueblo de su destierro. Despidióse del Juez con las demostraciones mas sinceras y tiernas, dándole las mas espresivas gracias por el mucho bien que le habia hecho, reconociéndose sumamente agradecido, y asegurándole que no olvidaría jamás á su justo bienhechor. No estuvo menos atento el Juez y sensible á los males de Eleuterio, le manifestó sus sentimientos espresándole con palabras nada equívocas cuanto se dolía de su desgracia, cuanto le compadecía, y que deseaba saber como poder contribuir mas á la mejora de su suerte.

Y en efecto, sin hacer cosa que le pudiera comprometer en las delicadas circunstancias de aquella época, su corazon benéfico le sugirió medios de hacer mucho mas en favor del desterrado Eleuterio para que fuese menos afflictiva la situación de este. Aconsejóle solicitase certificacion del tiempo que habia estado detenido en Mérida por motivo de su injusta prision en un calabozo, en el que habia padecido una enfermedad que á su salida de la prision tuvo que pasar por una larga convalecencia. Y à esta y otras solicitudes que Eleuterio hiciese, tuvo siempre propicio al Juez providenciando este en todo como aquel pedía. Con estos documentos salió de Mérida sin tanto temor de que otras desventuras le sucediesen, si llegando al destierro se le hacía cargo de no haberse presentado en el tiempo prefijado. Pues en el pasaporte que le dió la autoridad de su pueblo se circunstanciaba la cualidad de desterrado, fijándosele término preciso é improrrogable para presentarse á la autoridad del pueblo donde se le destinaba, bajo las mas rigurosas penas si dentro de aquel tiempo no se presentase. Con estas circunstancias del pasaporte, y haberse detenido en Mérida por las causas que se han referido en el anterior capítulo, temía Eleuterio que luego que llegase al destierro, le hiciesen cargo de tanta detencion, y con este motivo le encalabozase la justicia otra vez, y temía que su desgracia llegase á tanto en la segunda prision que estuviese en esta por algunos años sino tenía la dicha de ser visitado por otro Juez tan bueno como el de Mérida. Mas con los documentos que este le facilitó,

que al propio tiempo de acreditarse por ellos la imposibilidad en que Eleuterio había estado para continuar su viaje, y poder llegar al tiempo señalado en el pasaporte, justificaban tambien su buena conducta, y la injusta prision que acababa de sufrir, quedó con esto mas sosegado y tranquilo considerando que ya no era tan fácil pudiesen hacerle cargo alguno en vista de aquellos documentos, y que la justicia del pueblo à donde iba desterrado, no le molestaría en virtud de los buenos informes que le acompañaban.

Sin novedad particular llegó Eleuterio à Hornachos, pueblo que veía por la primera vez, y aunque fundado en la subida de una empinada montaña, y que las casas pequeñas y miserables estaban colocadas en forma de gradas de anfiteatro que hace penoso el andar por las calles desempedradas, no le pareció mal la vista y situacion del pueblo, porque los tristes se acomodan mejor, y les parece lindo todo aquello que tiene semejanza con su propio estado. Sin embargo de ser pequeño el pueblo y mal situado, se encuentra siempre algo de agradable en él particularmente en verano con los deliciosos huertos de naranjos que regados por abundantes y cristalinas aguas que bajan de aquella sierra, amenizan aquellos sitios, y hacen algun tanto alegre al pueblo, cuya parroquia situada en lo mas elevado de la poblacion tiene tambien algun mérito en su arquitectura, y desde su atrio parece se domina toda la tierra segun la inmensidad de terreno que se descubre.

Eleuterio ignorando si habría posada, y sin direccion ni recomendacion á casa alguna donde hospedarse, sin conocer á nadie en aquel pueblo, iba pensativo meditando sobre este asunto, que no deja ocupar bastante la atencion de un viajero en tales circunstancias y en tales poblaciones; cuando ya à la entrada del pueblo vé á una vieja que hilando al sol estaba sentada à la puerta de una humilde casa. Acercóse á la anciana, y la pregunta ¿cuantas posadas hay en el pueblo, y cual es la mejor?— A lo que contestando la temblona hilandera dijo: que habia tan solo un meson como un palacio, porque tenía un zaguan como una dehesa, y caballeriza tan grande donde cabían todos los caballeros del mundo con sus caballerías.—

— Siendo tan grande la posada, volvió à preguntar Eleute-

rio, ¿tendrá cuartos convenientes y separados para los huéspedes y tambien camas y demás servidumbre?—

—Cuartos, dijo la vieja, no hay mas que uno con sola una cama donde duermen Antonia la mesonera con su sobrina Juana la Pachorra, que es la que compone las cenas a los arrieros, porque la Antonia su tia, como está tan gorda y con una fuente en la pierna derecha, no se menea de la silla, pasando todo el dia con el rosario en la mano, y llevando cuenta con los arrieros que entran para luego cobrarles la posada y gastos. Y aunque no perdona maravedís, y en los aliños de guisados, se aliña ella de manera que si son dos cuartos de pimienta, pone en cuenta cuatro, no está su casa ni su caudal como en tiempo de su marido Juan Carchas que guardaba tanto el dinero que cuando murió, encontraron mohosas las onzas de tan guardadas como las tenía en una olla, enterrada al pié de la cama. Pero ahora Antonia la mesonera las ha dado en gastar con el sevillano llamado Currito, que dice se ha de casar con ella, y yo estoy viendo que el dia menos pensado la deja el tal Currito mas sentada de lo que está en la silla á la tonta de Antonia. Y no será, porque no se lo avisan personas que bien la quieren, porque yo mas de un millón de veces se lo tengo aconsejado diciéndola que no se dejase engañar, que ese hombre solo trata de sacarla el dinero para luego darla un puntillón: y como ella no se haga caso de los consejos que sus amigas la dan, y continúe con mas fuerza en la amistad, de Currito pronostico que la bruta de la Antonia se ha de ver pronto peor que el gallo de Morón, y digo peor que el gallo de Morón, porque si este quedó sin plumas, quedó con aliento para cacarear; pero Antonia la Ciega, que así se la puede llamar, ha de quedar sin plumas y sin ánimo para poder cacarear.....

Viendo Eleuterio que la vieja murmuraba mas que hilaba, y que la tela de su murmuracion era mas larga que la que había podido curar en toda su longitudinalia vida, se despidió de la lengüera vieja dejándola con la palabra en la boca. No había andado Eleuterio muchos pasos, cuando le ocurrió de pronto un pensamiento que le detuvo á considerar sobre que haría para mejor alojarse. Y discurriendo por el informe que la vieja le había dado de lo mala que era la posada, que no

había en esta habitacion donde acomodarse, é ignorando el tiempo que el destierro duraría, era imposible poder subsistir en un mesón que no tenía para alojar á huespedes mas que el zaguan, pensó si en la casa de aquella vieja habría algun cuartito que aunque fuese pequeño, pudiese estar con alguna independencia, con menos ruido que en una posada, y retirado para su estudio y demás en que se ocupase. Este pensamiento le habría decidido desde luego à volver atrás, á no reparar en las bachillerías de la vieja que tuvo por una muger perjudicial, ya porque siendo tan habladora le fastidiaría las mas de las veces con sus chismes y cuentos, y ya porque siendo tan censora de vidas ajenas podría algun dia comprometerle interpretando mal alguna accion ó palabra casual ó indiferente que viera ú oyera en él; pues por lo regular son muy imprudentes viejas tan cuidadosas de la conducta de otros, porque mas obra en ellas la envidia y la malicia que la verdadera caridad.

Esta consideracion tenía atado à Eleuterio sin atreverse à resolver sobre el partido que debería seguir y mejor le estuviese, hasta que revolviendo ideas en su pensamiento consideró que una vieja tan habladora y noticiera podía por otra parte serle útil, en las circunstancias en que él se encontraba; porque á mas de ser forastero y tener por precision que residir en aquel pueblo, y serle ventajoso á todo forastero conocer las personas y costumbres del pueblo que ha de ser su residencia, Eleuterio por ser un desterrado que había de ser vigilado por la autoridad, necesitaba con mayoria de razon conocer á los vecinos de Hornachos, y saber sus opiniones políticas para poder conducirse con algun acierto en las relaciones que había de tener con aquellos vecinos, en la necesidad de tener que vivir entre ellos por todo el tiempo que permaneciera desterrado en aquel lugar. Y nadie mejor que la vieja podía instruirle, de lo que era cada persona; porque sin preguntárselo, daba cuenta de las interioridades de cada casa.

Esta utilidad que conoció Eleuterio, y que entonces era de mucho provecho para él, le decidió á volver donde la vieja estaba, y preguntarla si ella tendría un cuartito donde poderle alojar pagando lo que fuese razon por casa y otros servicios que diría. Al principio mostró, ó aparentó repugnancia la vie-

ja en quererle admitir como huésped, diciendo con palabras sueltas y á medio hilar y como si cayesen á manera de alistas que se desprendiesen del copo de lino á los tirones que daba con la barba, que desde que su buen Juan murió, que haría treinta años le enterraron, estaba viviendo sola sin que hombre alguno hubiese dormido en su casa, ni siquiera la siesta: que acostumbrada à vivir sola y con mucho silencio, sentiría que hubiese ruido en su casa, y no la dejasen con la bulla rezar sus oraciones.==

== Es lo que precisamente busco yo, retiro y silencio, dijo Eleuterio.==

== Pero V. querrá regalos que no se encuentran en mi casa, repuso la vieja: pues siendo yo una pobre, los mas de los dias paso ayunando.==

== Yo tambien estoy hecho á ayunar, replicó Eleuterio, porque no hace muchos dias que salí de una Cartuja donde he estado por dos meses largos encerrado, sin tomar otro alimento que escaso pan y mal agua.==

== ¿ Es V. fraile? preguntó la vieja.==

== No señora, contestó Eleuterio: pero he sido penitenciado, y tanto me he acostumbrado al silencio y al retiro que desearía me admitiera V. en su casa de huésped, por no ir á vivir entre la bulla de un mesón. Así V. me diría si tiene un cuartito la casa de V. donde yo pueda estar á mis solas, y cuanto he de dar al mes por habitacion, agua, luz y candela, que en lo demás yo me compondré.==

== Por el cuarto, que es este entrando la vieja á enseñarlo, aguala que V. quiera, luz para dos horas, y lumbre la de la cocina porque no tengo brasero á no echarla en un tiesto que puede servir á V. dentro del cuarto por copa, porque á mi me sirvió para este uso recien casada que estuve mala á resultas de un mal parto; y servicio para lavarse le pondré á V. la vacía que conservo de mi abuelo que la heredó del suyo, y fué el mejor barbero de esta tierra, que murió de la caída de un burro viniendo de hacer una sangría de una pastoría; pondré á V. la toalla mejor de dos que tengo y me regaló una hermana de mi madre que era la mejor hilandera de estopa que se conocía entonces, y por todo me dará V. cada mes ... pero si yo no se lo

que pedir, porque es la primera vez que tengo huéspedes: si V. quisiese esperar à que lo consulte con Antonia la mesonera..... y sino V. dirá lo que me ha de dar. = No señora, V. ha de ser la que lo diga, insistió Eleuterio, y si me pareciese mucho lo que V. pide, entonces me corresponde ofrecer lo que yo puedo dar.= No quisiera, dijo la vieja masticando, pedir un exceso y que V. se agraviara: mas ya que V. se empeña en quedarse en mi casa, y que yo diga lo que me ha de dar todos los meses por el cuartito, agua, lumbre, aderezar lo que V. traiga para comer, tiesto que sirva de brasero, vacía para labarse, toalla, y luz para dos horas, me dará todos los dias dos rs.= Eleuterio no quiso regatear, y conviniendo en el precio que la vieja habia puesto, se cerró el trato; y entró en seguida à tomar posesion de su alojamiento metiendo en él las alforjas y ropa que habia podido rescatar de los berberiscos que le prendieron. Presentóse inmediatamente al alcalde mayor de Hornachos que le recibió muy bien, lo que contentó à Eleuterio mucho conociendo por su cara antigua que si no habia letras en aquel Juez, habia mucha sobra de bondad.

Tenemos ya à Eleuterio en Hornachos, y con la satisfaccion de estar bajo la vigilancia de un Juez bondadoso, y en un pueblo donde no se conocían partidos políticos apesar de las malas influencias de un Reverendo Fraile Francisco muy rico que habia estado en América y residia en el convento que habia fuera del pueblo; porque todas estas cosas las supo luego Eleuterio que fué instruido de ellas por la vieja. Pero en un pueblo tan pequeño como es Hornachos, sus vecinos todos dedicados à las labores del campo, sin conocimiento alguno en el pueblo, sin negocios en que ocuparse ¿que método de vida iba à tener Eleuterio? Este pensamiento le abrumaba tanto que no le daba lugar à descansar, y retiraba de sus ojos el sueño.

Por último, despues de haber estado toda la mas de la primera noche en Hornachos pensando mucho en lo que haría para no estar ocioso y utilizarse en algo, se fijó en el plan de vida que le pareció el mas acertado. Se reducía este à continuar en lo mismo que en su casa se ocupaba, esto es, à leer y meditar en su soledad, y escribir el fruto de sus reflexiones. Tenía por las mañanas dos ó tres horas de estudio, y luego

salía á pasear y refrescarse, que solía hacerlo regularmente en los huertos de naranjos que como se ha dicho hay en aquel pueblo. A medio dia se retiraba, y así que comía alargaba sus paseos por aquellos campos internándose muchas veces en los montes. Se entretenía en buscar y analizar los vegetales con la idea y esperanza de poder encontrar en ellos alguna substancia nutritiva con que alimentarse si el destierro duraba mucho, y los medios de subsistir se concluían pronto, como era consiguiente segun los pocos recursos con que contaba para vivir. Y por la noche pasado un rato de tertulia con la vieja, se retiraba á su cuarto à continuar el estudio, hasta que pasaban las dos horas de luz, que la vieja no obstante ser temblona, no se verificó una noche que derramase en el candil que servía á Eleuterio una gota mas de aceite que la precisa para el alumbrado convenido de dos horas: tan buen tino era el de la buena vieja.

Esta era la vida que el desterrado tenía, y no la varió aun despues de haber entrado á pocos dias en conocimiento y relaciones con todos los vecinos del pueblo. El Juez se hizo su mayor amigo, y tanto que, en lo poco que su jurisdiccion le daba que hacer, lo consultaba todo con Eleuterio; y lo mismo hacía un yerno de este Juez, que estaba de alcalde mayor en Villafranca. Todos los dias recibía de este consultas, que sino iban acompañadas de premio, le valieron luego mucho à Eleuterio, como mas adelante se dirà. Y en este género de vida que mas se acercaba al estado de naturaleza que al llamado social, pasaba los dias tranquilos y serenos, haciéndose con su filosofía superior á sus desgracias: porque esta es la ventaja que sacamos de los males, cuando nos llegamos á convencer que es preciso pasar por ellos; y que el único medio de sentirlos menos es resignarnos, y sostenernos en la razon contra los caprichos de la suerte, y contra la injusticia de los hombres.

Sin embargo, la ausencia de su familia á quien amaba tan entrañablemente, no dejaba de causarle alguna tristeza. Por lo demás aunque estaba en la edad de la juventud, no sentía tanto la privacion de aquellas distracciones propias de aquel tan bello tiempo que tantos gozes da, ni echaba menos las comodidades con que se había criado, ni le atormentaban tampoco

la memoria de las diversiones que en las capitales había disfrutado, ni se afligía en extremo aunque se veía absolutamente sin recursos para poder vivir. Pues tal era su situación apurada, que á los dos meses de estar en Hornachos se consumió el pobre caudal que había llevado, y se vió en la necesidad ó de pedir una limosna ó morir de hambre. Acudir al recurso último de implorar el auxilio de otros en un pueblo tan pobre como el de Hornachos, era otro apuro bien triste. Mas nada de esto acobardó á Eleuterio con ser una idea tan aterradora la que le ocupaba, y una situación tan triste en la que se veía. Pensó con serenidad en el modo de salir de posición tan apurada, y discurrió el medio de alimentarse por de pronto con raiz tostada de escorcionera. Seis dias estuvo con solo este alimento, porque habiendo intentado el de cazar pájaros por medios de trámpas, porque ni tenía escopeta ni tampoco le era permitida, tuvo la desgracia de no caerle un solo gorrion. Al cabo de todo este tiempo, un dia que subió á lo mas encrespado de la sierra buscando vegetales para comer, como llegase fatigado y rendido con el mucho andar y poco alimento, se echó á descansar en el hueco de una peña que por su colocal grandeza dominaba á todas las demás de la sierra, y parecía romper las nubes. Estando descansando oyó un grande ruido que le hizo ponerse en pié para observar lo que era. Por de pronto nada pudo distinguir por lo muy elevada que estaba la peña. Pero á muy poco vió salir volando un corpulento pájaro que tampoco pudo conocer que clase de ave era. Entró en deseos de saber lo que había causado aquel ruido tan extraordinario, y no obstante su debilidad emprendió la dificultosa subida, hasta que á fuerza de trabajo y maña consiguió ponerse sobre la cúspide de la agigantada peña piramidal, desde donde se descubrían centenares de leguas de tierra, no se detuvo Eleuterio á reflexionar mucho sobre lo que á su vista se presentaba, que era abundancia de pan y carne, sino que en medio de su sorpresa elevó su entendimiento á la contemplacion de la divina misericordia con la que Dios por una que parecía casualidad, le socorría remediando así su extrema necesidad por medio de un Aguila que todos los dias le traía el alimento. Y fué el caso como se vá á referir.

En la punta de la peña en cuyo hueco se echó Eleuterio á descansar, había una gruesa encina que por su corteza manifiestaba tanta antigüedad como el mundo. En la copa de este árbol tenía un Aguila hecho el nido con cuatro hijos que aunque grandecitos, aun no volaban. La madre para sustento de los hijos había depositado en el mismo nido perdices, conejos, algunos pájaros pequeños, y pan que sin duda sacaría de las chozas de pastores descuidados ó satisfechos. A la vista de tanta provision y con la necesidad que sentía Eleuterio, se le alegró el corazon, y con toda la efusion de su alma dió gracias á Dios por el beneficio que le dispensaba por aquel medio tan extraordinario. Y recogiendo lo mas fresco y entero de todo aquel repuesto, se retiró lleno de alegría á su casa á componer y aliar lo mejor que pudo la caza que llevaba. Desde entonces no le faltó que comer, porque todos los dias iba á la misma peña donde encontraba mas carne de la que necesitaba sin faltarle el pan correspondiente. Y cuando ya los aguiluchos fueron mayores y se temió que tomando vuelo cesase la madre de proveerles el ordinario alimento, para prevenir este daño que Eleuterio temía le sucediese, ideó el medio de atar á los hijos á los ramos de la encina para obligar á la madre á que continuase alimentándolos con la acostumbrada caza. No faltaba ya mas á Eleuterio, para cubrir sus necesidades que, haber descubierto por entre aquellos montes un nido de Urraca donde se hubiese provisto de monedas para pagar la mensualidad que tenía contratada con su vieja aia; porque bien sabida es la inclinacion de las Urracas á robar dinero y alhajas, y ocultar el robo. Muchas habia en aquellos montes; pero poco dinero y alhajas que robar en Hornachos.

Algun disgusto le causaba estar debiendo un mes de casa á la vieja, y que esta por medios siuo muy claros, si muy directos le pedía, y no encontraba razones ni menos cosas con que satisfacerla y contentarla para que no le pusiese en la calle. Esto embarazaba mucho á Eleuterio, y él que era demasiado pundonoroso, le era muy sensible verse en aquel conflicto de no poder pagar luego. Ya un dia que cansado de mucho discurrir sobre el medio de salir de aquel cuidado que tanto le fatigaba, y no encontrando modo, lo había dejado en manos de la divina pro-

videncia, vió brillar un rayo de esperanza que le animó, y consoló. Una mañana fué á buscarle un vecino para que le hiciese un memorial solicitando que el Ayuntamiento le concediese un pequeño solar para fabricar una casa: otro le buscó para que le hiciese una hijuela de los bienes que trataba de dividir y entregar á cuatro hijos de su primer matrimonio que habiendo entrado en la mayor edad, trataban de emanciparse: otro le buscó para que le diese dictámen sobre el derecho que creía tener á los bienes de un intestado: y así aunque con algunos claros muy grandes, se le iban presentando algunos asuntillos que le dejaban para pagar á la vieja, y aun le quedaban algunas sobras, aunque no muchas, porque á mas de ser tan raros los negocios y de tan poco bulto, los litigantes tambien eran por el mismo estilo, muy secos de bolsa. Y todo esto Eleuterio lo entraba en el peso de su consideracion, para no ser él muy crecido en los honorarios, aunque su trabajo mereciese mas premio.

Por no alargar mas este capítulo, y ecsigir uno aparte el suceso que toca referir, se dará cuenta en el siguiente de la estraña y mas rara aventura que Eleuterio tuvo en casa de la vieja donde estaba hospedado; y se dará razon del modo que salió del inminente peligro en que estuvo su vida, y cuyo suceso dió motivo á que mejorase su suerte trasladándose al bonito y alegre pueblo de Villafranca de los Barros, en donde el genio del mal cansado ya de batir la constancia de Eleuterio, le dejó respirar por algun tiempo; pues aunque empezó su situacion á mejorar, sin embargo en medio de su bonanza sintió amarguras y padeció trabajos muchos, que podrán en algun dia formar la segunda parte de la historia de Eleuterio.



CAPITULO 19.

Donde se cuenta como Eleuterio temeroso de ser preso, se subió á esconder á una chimenea, de donde cayó poniendo con su caída en espanto y huida á todas las personas que estaban en el hogar; con lo demás que sucedió y es digno de contarse.



Descansaba una noche Eleuterio reponiendo sus fuerzas con las dulzuras del sueño, cuando á mitad de este y cuando ya ni aun vagas ideas agitaban su espíritu, unos fuertes y repetidos golpes á la puerta de la casa donde se hospedaba le despiertan, y pareciéndole oír ruido de caballos y que hablaban hombres en la calle, se incorpora quedándose sentado en la cama para ver si podía entender la causa de aquella novedad. Fijos sus cinco sentidos hácia donde era el ruido con el deseo de averiguar la causa que lo producía, no tardó mucho en conocer la voz de uno de aquellos mismos realistas que le prendieron en Mérida. Y á la manera que la gallina á la rápida sombra del gavilán que vé remontado en los aires, reúne precipitadamente sus polluelos, y se retira con ellos á ocultarse de las corvas niñas de aquel su enemigo, así Eleuterio al conocer la voz de sus gavilanes, dejó inmediatamente la cama sin detenerse á vestir, y salió corriendo del cuarto para ocultarse en la chimenea, único asilo que la casa tenía.

Mientras esto sucedía con Eleuterio, los de fuera redoblaban los golpes, y à fuerza de repetirlos despertó la vieja, y preguntando ¿que gente? La respondieron de fuera, *la hermandad*. Entonces la vieja dejando la cama, salió à tientas à la cocina, y encendiendo un candil en el rescoldo de la lumbre, se dirigió à la puerta de la calle, y antes de abrirla volvió à preguntar ¿*del Cielo ó de la tierra?* Y contestándola *que de los caminos*, les franqueó la entrada; y Eleuterio sintió entrar como hasta cuatro caballos que colocaron en la cuadra que tenía la casa. Y por mas que Eleuterio discurría sobre lo que pasaba y habia oido, no podia comprender el caso. Esta ignorancia tenía en afliccion grande el espíritu de Eleuterio, y colgado de la chimenea estaba puesto en tormento su cuerpo. Cuando por la voz conoció à uno de los huéspedes, se persuadió desde luego que su prision era solo el objeto de la llegada de estos. Mas así que observó los modos que la vieja tuvo de recibirlos dándose santo y seña y contraseña, con algunas otras palabras gitanescas que les oyó, empezó à concebir dudas, y à fluctuar entre muchos y variados pensamientos, sin poderse fijar en ninguno. Agarrado à unas estacas que clavadas habia en lo interior del cañon de la chimenea, y sin mas ropa que la camisa, esperaba ocasion de poder escapar sin ser visto. Con el peso del cuerpo colgante, que parecía un tocino puesto à curar, se le estiraban las cuerdas de los brazos, y sufría los dolores mas agudos que aumentaban las penas de su tribulado espíritu, y jamás se vió penitenciado mas atormentado. Pues para que pasase por todos los tormentos que la inquisicion inventó para castigar à los que perseguís, una fuerte tormenta arrojó torrentes de agua, y la que entraba por los ventiladores de la chimenea, venía à caer gota à gota como por destilacion sobre el cráneo del desventurado Eleuterio que ya iba perdiendo las fuerzas en aquella situacion tan violenta y penosa. Cesó de llover, pero no por esto cesó su tormento. La maldita vieja medio gruñendo y medio rezando aves marías se puso à hacer candela, y los señores huéspedes sentándose con mucha sorna al rededor del hogar alumbrados de la luz que daba un viejo candil que colgaron de una caña, sacaron unos bolsillos y luego que los vaciaron en una manta é hicieron separacion del

oro y plata que contenían, empezaron à hacer partes del dinero reunido.

Mas como la vieja pusiese muchas taramas en la lumbre, y se levantase una llama viva, llegó esta á chamuscar los cabellos de Eleuterio en tanto grado que, no pudiendo aguantar la accion abrasadora del fuego, quemándose ya todo vivo y en cueros, se dejó caer dando un grito tan fuerte y tan dolorido que poniendo en espanto á la vieja y á sus huéspedes salieron corriendo estos y la vieja tras ellos despavoridos y llenos de miedo creyendo sin duda fuese el diablo el que bajaba por la chimenea, porque tal fué su miedo que no solo salieron de la casa abandonandolo todo, sino que fuera del pueblo no dejaban de correr.

Eleuterio que vió el campo por suyo, hecho dueño de caballos, armas y dinero, tuvo la prevision de cerrar inmediatamente la puerta y atrancarla bien con ànimo decidido de defenderse si volvían; porque ya estaba averiguado lo que era la vieja, y lo que á su casa llevaban los hermanos de la hermandad de los caminos. Y para mayor claridad de lo que eran, encontró las pruebas en las alforjas que dejaron llenas de relojes, cadenas, zarcillos, y otros varios adornos de señoras, y entre todas estas alhajas una patena y un cáliz con una corona de plata de una virgen, indicios todos vehementes de ser unos ladrones aquellos caballeros, y la vieja una receptadora; porque todo aquel baturrillo de cosas todas de valor que mostraban claramente sus diferentes dueños y sus diferentes usos, indicaban bastantemente su mala procedencia.

Ecsaminado que hubo Eleuterio todo el equipaje que aquellos abandonaron, y no pareciéndole prudente el acostarse para no ser sorprendido en caso que volbiesen procurando por lo que habían dejado, pasó en vela lo que restaba de la noche, haciendo cálculos sobre lo que le estaría mejor hacer. Muchos pensamientos le ocurrieron como sucede en casos semejantes, y por último se determinó así que vino el día, á dar parte à la justicia de todo lo ocurrido, y á manifestar al mismo tiempo lo comprometido que estaba con aquellos hombres que no tardarían en volver al pueblo luego que de su gran susto volbiesen en si; y aunque todo había sido efecto de otro miedo que él

había tenido y no de intención de hacerles mal, para ellos sería una grave culpa de que le acusarían, y tratarían de castigar en su persona buscando oportuna ocasión de ejecutarlo, la que no tardaría en presentárseles, porque movidos por el grande interés que tenían en recobrar los caballos con lo demás que habían dejado abandonado, darían muy pronto la vuelta al pueblo.

El Juez oyendo con asombro la relacion que Eleuterio le hizo de todo lo ocurrido, se hacía cruces persuadiéndose que todo era brujería, y obra de la vieja á la que consideró desde luego por la hechicera mas completa. Esto mismo quería persuadir á Eleuterio tratando de convencerle con multitud de cuentos que aquel pobrecito señor habia aprendido en su niñez, y los conservaba en la memoria mejor que las leyes. Voy decia todo asustado á Eleuterio y sin parar de hacer cruces, voy á mandar al Alguacil que vaya inmediatamente á llamar al P. F. que es el mejor escorcista que tiene la órden de S. Francisco para que conjure la casa de esa endemoniada muger y todo cuanto hay en ella. =

= Señor Juez, dijo Eleuterio, mas acertado sería que V. S. llamase al escribano, y se empezasen sin perder tiempo ni ocasión las oportunas diligencias sumarias en averiguacion de los sujetos que tan pronto han huido sin haber hasta ahora vuelto á recobrar tantas alhajas y efectos de valor que con tanta facilidad han abandonado, con cuya fuga y ausencia aumentan las racionales sospechas que las dichas alhajas y efectos producen contra ellos presentando indicios claros de su criminal conducta. Si á escorcismos, señor Juez, han de reducirse los procedimientos, se reirán las brujas, y mas alentadas no tardarán en venir por esos aires sin ser sentidas á recoger lo que han dejado: y á mi sino vivo con cuidado me conducirán por el viento para dejarme caer desde las nubes, y complacerse en verme como me rebiento, y se hace mi cuerpo una tortilla con el terrible golpe de la caída que me hagan dar sobre el pico de una peña ó risco; porque los placeres de estas gentes son horribles como ellas son feroces =

= No vendrán por cierto, dijo el Juez, viva V. seguro y sin cuidado alguno que ya mandaré yo se pongan cruces en todas

las avenidas del pueblo, y en los tejados, y V. verá que seguros vivimos entonces, porque no osarán acercarse, y con solo ver las cruces huirán á cien leguas. =

= Aun así no temerán, replicó Eleuterio, pues están tan familiarizadas con las cruces y los cristos que con ultraje de tan santas cosas se sirven de ellas para santificar sus brujerías y maldades. =

= Jamás he oído, dijo el Juez, que las brujas traigan cruces; por el contrario que estos santos signos son remedio contra aquellas, es lo que he oído siempre, como lo son las reliquias de los santos para alejar á toda endiablada gente, porque siendo familiares del demonio huyen como este del nombre de Cristo y sus Santos. =

= Es, señor Juez, dijo Eleuterio; que hay brujas de muchas clases, así como hay animales de diferentes especies. Las brujas de esta noche que V. S. supone tales, forman rancho aparte de las demás, y nunca han temido ni á Dios ni á diablo, y quieren poder mas que estos dos. =

= Eso sí que no puede ser, interrumpió el Juez, es imposible que ningun demonio del infierno pueda mas que Lucifer, y que este con todo el infierno junto pueda mas que Dios. =

= Será imposible, y lo es en efecto: pero es lo cierto que trabajan por poder mas, y hacen cuanto pueden por conseguirlo. Dios crió al hombre, y le dotó de razon y de libre alvedrío: y demonios hay, á cuya familia pertenecen las brujas de anoche aunque en un orden inferior como sirvientas y esclavas de los principales diablos, que quieren privar al género humano de la razon y libertad que Dios le diera. Ya en esto quieren poder mas que Dios trabajando por destruir su obra, y la de su divino hijo Nuestro Señor Jesucristo, cuya doctrina aparentando que la siguen, practican diabólicamente lo contrario. Torrentes de sangre inocente se ha derramado por sus diabólicos manejos, y han agotado los medios de dar muerte cruel á las víctimas que por sus propias manos han sacrificado á los ídolos de su ambicion y fanatismo. En inventar suplicios, y en discurrir con su diabólica política modos para sostenerse, han aventajado al mismo Lucifer, y todo el congreso de demonios reunidos no han podido discurrir lo que esta clase de

diablos han inventado; porque tales son y han sido siempre sus brujerías que han tenido, y aun tienen en el día á la mayor parte de los hombres encadenados y encerrados en las mansiones de las hijas del obscurantismo. Por manera que quieren ser mas que el diablo, y por esta razon dije yo, señor Juez, hay brujas que nunca han temido ni á Dios, ni al diablo, y quieren poder mas que ámbos =

= Yo no dudo que habrá brujas de tanto atrevimiento, dijo el Juez; pero nunca convendré que haya brujas y diablos que usen de cruces y hagan buenas obras. =

= Si que hay, insistió Eleuterio; y contaré á V. lo que sucedió á un caballero con un duende ó brujo llamado Hudequin que hubo en la Sajonia. Un caballero le encomendó su muger para que se la guardase mientras volvía de un largo viaje que tenía que hacer; y Hudequin prometiéndole que fuera sin cuidado que no padecería la menor ofensa, fué tan fiel custodia y sujeto tan de bien en aquella ocasion que, cumplió con su palabra no obstante el gran trabajo que tuvo para servir al caballero; porque fueron tantos los mozos libres que acudían á la casa de este, que Hudequin atravesado en la escalera no descansó un momento haciendo retirar á golpes á los mozos todo el largo tiempo que duró la ausencia del caballero, que cuando este llegó de su viaje, Hudequin despues de asegurarle de la puntualidad con que le había servido, le añadió que otra vez que tratase de ausentarse, no tenía que hacerle aquel encargo, porque autes guardaría cuantos puercos había en Sajonia, que encargarse de guardar otra vez á su muger. Pero los brujos de nuestro cuento, continuó Eleuterio diciendo, no suelen hacer tan buenas obras: porque no hay doncella, viuda, ni casada que esté segura de sus brutales apetitos, y vez alguna se verifica que ya por un estilo ó ya por otro dejen de atropellar por donde quiera que pasan, porque son tan bárbaros para las mugeres como son tan crueles para los hombres y los niños. =

Y conociendo Eleuterio que el Juez no le entendía, y no queriendo esplicarse mas en su alegría, y por otra parte viendo al Juez tan enfrascado en los conjuros, le pidió permiso para retirarse, diciéndole, que iba sin mas detenerse á buscar habitacion en otra casa dentro del pueblo, y á mudarse en

aquel mismo dia, porque estando la casa de la vieja tan fuera de la poblacion y quasi en el campo no se conceptuaba seguro en ella, y màcsime cuando temía que volviesen los brujos en la prócsima noche con su protectora la bruja: y no queriéndose aprovechar la ocasion de poderlos prender à todos, porque la supersticion nada vé mas que sus fantásticos objetos, Eleuterio por su parte buscó otra casa donde estar con mas seguridad, que la que el Juez le prometía con sus místicas providencias.

Como Eleuterio lo había previsto, asi sucedió. El buscó, y encontró muy luego otra casa mas en el centro del pueblo, á la que trasladando inmediatamente su alforjado equipaje, y quedando cerrada la casa de la vieja con todos los muebles de esta dentro, los caballos, y efectos que habían dejado los huéspedes que con aquella huyeron, volvió al Juez para entregarle la llave de la casa que dejaba, y que él hiciese lo que quería; y como el Juez se resistiese à recibirla haciendo cruces y rezando oraciones al ver la llave, como si viese al mismo demonio, Eleuterio se la dejó sobre la mesa, y se retiró dejando á su señoría en la calle à donde habia salido huyendo de la llave, que como él decía estaba magnetizada con el contacto de las brujas, y cualquiera que la tocase, estaba espuesto á convertirse en gato ó perro por la virtud brujeril que se había comunicado á la llave.

Nada dispuso el Juez que fuese provechoso; y el resultado fué que la noche de aquel mismo dia, volvieron los ladrones como Eleuterio lo había previsto, y sin necesitar llave, como la puerta no estaba atrancada por dentro, la abrieron con facilidad sin duda con alguna ganzúa brujeril, y se llevaron cuanto habían dejado, y gracias á la prevision de Eleuterio que se libró de un golpe mas funesto que el que recibió, cuando cayó de la chimenea.



CAPITULO 20.

*Eleuterio se traslada á Villafranca de los
Barros; y la suerte principia
á serle favorable.*

A los dos dias de haber ocurrido lo que se ha manifestado en el capítulo anterior, llegó el alcalde mayor de Villafranca de los Barros, que ya queda dicho era yerno del de Hornachos, y visitándole Eleuterio por las relaciones que había empezado á tener con él, le hizo narracion circunstanciada de todo lo que le había pasado en los dias anteriores, sin omitir hablarle de la simplicidad de su suegro D. F. Abrén que creía brujería lo que era malicia y conducta criminal de una muger receptadora de ladrones, manifestando con este motivo el disgusto con que vivía en aquel pueblo, y cuanto deseaba mudar de domicilio.

El señor Melchor Valón alcalde mayor de Villafranca despues de haber reido mucho con la relacion que Eleuterio le hizo de los sucesos en los dias anteriores, propuso á este, y le instó con empeño se fuese con él á vivir á Villafranca donde tendría mucho que trabajar en la abogacia por ser un pueblo rico y de mucho trato que daban muchos y buenos negocios, con la ventaja de haber otras poblaciones inmediatas tambien muy ricas. Mucho alhagó á Eleuterio la propuesta: mas desterado con fija residencia en Hornachos, sin estar en su arbitrio poderse trasladar á otra parte, era este un obstáculo que le im-

pedía poder seguir el partido que se le proponía, y así se lo dijo al señor Melchor Valón. Pero este que en nada reparaba, y que con igual ligereza que las cosas se indicaban en su cabeza, con la misma prontitud las ejecutaba, le animó diciéndole no tuviese cuidado, que el obstáculo que oponía no era tan grande que no pudiese vencerse, asegurándole que él respondería de todo en caso que las autoridades superiores tratasen de hacerle algun cargo, porque él saldría al frente, siendo el Duque de Aragón su tío con cuya proteccion ni temía al Capitan General, ni al tribunal superior, ni á nadie. Por último, tanto instó, y tanta fuerza hizo á Eleuterio para que se fuese con él, que se resolvió seguirle á Villafranca fijando su residencia en esta poblacion, y abriendo su bufete.

Mudó Eleuterio de domicilio, y mudó su situacion social mejorando en mucho: porque así como variando de aire suele mejorar la salud de una persona que se haya enferma, así acontece tambien mejorarse el estado civil de la que varía de poblacion por aquello de que *= quien se muda Dios le ayuda. =* Hospedóse Eleuterio en la casa de un honrado labrador en la mejor calle del pueblo: una salita y una alcoba era toda su habitacion, adornada con algunos Santos de estampa ordinaria, media docena de sillas del país, y una mesa de encina mas angosta que ancha y larga con un cajón grande que suplía lo corto y ancho de la mesa. Estrecho y humildemente adornado aquel alojamiento, no por eso dejaron de visitarle las personas principales de Villafranca de los Barros, y sea esto dicho en justo tributo á las mismas, que no se pararon en lo que generalmente suelen otros hacer, pues aunque Eleuterio era un pobre proscrito, todos los vecinos sin distincion de personas ni de colores políticos le cumplimentaron, y se congratlaban con su compañía. Tan satisfactorio fué para Eleuterio el recibimiento que tuvo en Villafranca, que se olvidó absolutamente del destierro á que estaba condenado, y de cuanto habia padecido en él. Ya no vivía tan aislado haciendo una vida misántropa, como á la que le tenían reducido antes las circunstancias de los tiempos, la mala correspondencia de los amigos, y los grandes disgustos que tanto le habían trabajado en la sociedad tragando en ella tantas amarguras. Los Villafranquinos sin aquel

aparato de falsa cortesanía que tanto deslumbra en las Ciudades, vivían apaciblemente en sociedad, sus amistades eran mas sinceras porque eran mas naturales, en sus tratos habia mas buena fé, en sus tertulias, paseos, y romerías se reunían indistintamente todos sin que embarazase la diferencia de opiniones: y como ocupen mejor el tiempo, gozan mas positivamente de la vida, sin dañarse sus sentidos con el melindre de los cortesanos, que es como el moho que echa á perder el acero mejor templado. La labranza y cria de ganados, primera ocupacion del hombre, la profesion mas antigua y noble, tiene en continuo ejercicio á los laboriosos Villafranquinos, cuyas ocupaciones no dando lugar al peso abrumador de la ociosidad, no sienten los temibles efectos que el ocio produce, ó mas propriamente dicho, los estragos que causa: y al mismo tiempo que aprovechan para sí y para la nacion, disfrutan con mas intensión de los placeres que ofrece la sociedad en las horas que dando mano á sus respectivas tareas, se reunen para divertirse en sus tertulias, libres de las incomodidades que causa la etiqueta, y de la molesta observacion en que es necesario estar en aquellas otras reuniones en las que la política doble al mismo tiempo que superficial, ocupa el lugar que debe tener la franqueza y la naturalidad.

Con unas gentes de tan bello carácter y de tan buen trato, tan aplicadas y tan sociales, tan obsequiosas y tan divertidas, no podía menos de estar Eleuterio muy contento. El pueblo á mas de ser muy nuevo, están las casas tan blanqueadas que le hacen muy alegre: las calles anchas y á cordél: las casas habitables solo lo bajo, pero con todas las habitaciones necesarias, bien distribuidas, sanas y cómodas: la cocina en medio con escaños espaciosos para poder dormir en ellos con anchura, cuya oficina es por las noches de invierno donde se reunen las familias al rededor de una abundante lumbre, y una historia que se cuenta ó lee ó un juego que se pone, anima estraordinariamente aquellas reuniones, y prepara un sueño tranquilo y delicioso para volver con aliento á emprender el trabajo al otro dia: la poblacion está muy bien situada: caminando al mediodia hacia el sitio que llaman de las bodegas se vé y se recrea la vista con un dilatado terreno plantado todo de corpulentos oli-

vos que parecen encinas de grandes que son: y al otro lado opuesto mirando á Mérida están las tierras de labor que se pierde la vista por su llanura y estension. En tiempo de la recoleccion de granos es delicioso pasear por el Real de Heras, donde parece trasladados á él los antiguos campamentos de los Israelitas: familias enteras, mugeres, hombres, niños formando ranchos se ven, y multitud de caballerías unas trillando, otras cargadas acarreado el grano, y todos agitándose en continuo movimiento por todo aquel dilatado campo entre la inmensidad de hacinas, la diversidad de tantas cosas como se presentan bajo un solo punto de vista, las variadas ocupaciones en que allí cada cual se ejercita, y el continuo movimiento de todos, pone en accion los sentidos del que vé y observa todas aquellas cosas, alegra su ánimo con el abundante mantenimiento que asegura las subsistencias del año, y su alma se eleva á la contemplacion del Criador que con su divina providencia provee á los hombres de todo lo necesario á la vida, aunque luego los hombres no se sepan aprovechar gobernándose y viviendo en sentido contrario á las miras y disposiciones de aquel divino y universal Creador.

En seguida que concluyen con la recoleccion, alivian su espíritu y dan descanso á sus fatigados cuerpos buscando el desahogo y la distraccion en los medios mismos con que se preparan para emprender otra vez en otoño las tareas del campo. Estando Villafranca situada en el centro á dos y tres leguas de Zafra, los Santos, Fuente Maestre, Almendralejo, y otros muchos pueblos en la circunferencia de aquel radio, donde se celebran continuas ferias desde S. Juan hasta todos Santos, concurren á ellas los Villafranquinos á proveerse de los instrumentos y demás necesarios aperos para sus labores, y á hacer sus pagos unos, otros á vender sus sobrantes frutos, y formalizar contratos otros; y el camino está tan acompañado y divertido como lo están las mismas ferias; porque se encuentran por todo él, comparsas de gentes á cortas distancias unas de otras, todas alegres cantando las unas, parándose á bailar las otras y ninguna atormentándose con intriga de especie alguna, por la franqueza con que viven y se tratan. Todos procuran divertirse inocentemente suavizando con lícitos desahogos y honestas diversiones, las penalidades de la

vida con los gozes que la misma ofrece, y que muchisimas personas por seguir otros imaginarios y facticios, se alejan de los verdaderos y positivos. Como la naturaleza, ó mejor dicho su autor, es mas sábio que los hombres, son mas felices los que la siguen, que los que buscando otros gozes se separan de ella. Y como Eleuterio hubiese tenido lugar de estudiarla, y de hacer comparaciones con ocasion de los desengaños que llevaba esperimentados en la sociedad, su corazon se dilataba plácidamente tocado de sensaciones tan agradables y permanentes, progresaba notablemente en su salud, y cada dia se veía su semblante tomar color, como se vé á las flores desabrocharse y á todas las plantas manifestarse lozanas con los benéficos influjos de la primavera.

Tampoco faltaron á Eleuterio satisfacciones respecto à intereses, porque á muy pocos dias de haber abierto el bufete en Villafranca, tuvo la habilidad ó la fortuna de acreditarse con los primeros asuntos que se pusieron à su direccion, que se puede decir sin ecsageracion, fué el Abogado general de todo aquel país. De Zafra, los Santos, Fuente Maestre, Jerez, Ribera, Mérida, y otras muchas poblaciones le estaban consultando todos los dias, y los particulares encomendándole la defensa de sus derechos: sin ser tirano en sus honorarios, y trabajando de gratis mucho en consideracion á la escasa fortuna de algunos de sus defendidos y numerosa familia de muchos de estos, reunió en poco tiempo una cantidad, por la que calculó que ganando todos los años á proporcion de lo que habia ganado los tres ó cuatro meses que llevaba de residencia en Villafranca, aseguraba no solo la subsistencia anual de su familia, sino que á mas podia á su muerte dejar un capital ó patrimonio regular á sus hijos, objetos de sus desvelos, y estímulos de su trabajo. Meditó bien sobre estas ventajas, y despues de haber pensado sobre el plan que se habia propuesto de trasladar su familia á Villafranca con ánimo decidido de permanecer residiendo en aquel pueblo donde tan bien le iba, pasó ocultando su viaje à verse con su familia, para conferenciar con esta, y tratar lo que deberían hacer en el asunto.

Pero Dios que para dar una prueba de su existencia, ostentar su poder, y hacer visible su divina providencia, deja des-

cubrir su poderoso brazo para obrar portentosos efectos en los imperios de la tierra, y humillar á los orgullosos y soberbios que tiranizan á las gentes, obró con su infinito poder de un modo que produjo en el estado político de España la mudanza mas repentina, y por el medio mas incalculable é inesperado en aquellas circunstancias que tan contrarias eran á una variacion como la que se causó, que dejó burlada la presuncion de todos los políticos; variacion que alivió la dura suerte de millares de inocentes afligidos, cuando ni pensarse en el remedio se podia, ni esperanza alguna de alivio habia. Sola la providencia divina pudo obrar de un modo tan sorprendente y extraordinario: porque si bien es verdad que la historia nos demuestra que en la tierra los reinos, no menos que los individuos, experimentan á veces por sus propias faltas contratiempos que preparan su regeneracion futura, tambien es cierto que no podia esperarse entonces en España una regeneracion tan pronta y tan grande, aunque el camino que llevaban sus gobernantes la condujesen al término de una revolucion.

Llegó Eleuterio á su casa, y aun estaba en lo mas vivo de aquellas dulces y vehementes emociones que un corazon tierno experimenta al volver á ver las personas de su mayor cariño despues de una larga ausencia y de unos largos trabajos; aun su familia toda enjugaba los ojos humedecidos con aquellas lágrimas de alegría con que se desahoga el corazon oprimido con el estremo gozo que se siente á la vista repentina del objeto amado que se presenta de pronto, y cuando menos esperanza había de verle; aun no habían tenido tiempo los dos esposos para hablar de otra cosa mas que de las gracias de sus niños y complacerse en sus caricias, cuando la esposa de otro desterrado, pues la desgracia produce el fruto raro de la union, entra improvisadamente en casa de Eleuterio, y sin reparar en este porque el sumo gozo la llevaba distraida, se abraza á la muger de aquel, la dá mil besos, y sin oírse la otras palabras mas que, *las de ya se publicó el decreto*, no dejaba de besar y abrazar á la muger de Eleuterio. Y dejando á todos suspensos con tanto júbilo como en su semblante y acciones iba demostrando aquella buena amiga, aguardaron que esta esplicase la causa de tanto contento.

La que en efecto, luego que dió salida á tanta alegría que á su corazon tenia electrizado comunicándola al de su amiga por medio de aquellos desahogos, de aquellos abrazos tan sinceros y tan puros de la verdadera amistad, fuera de aquel embelesamiento que causan las fuertes impresiones cuando de pronto se sienten estas, observó que Eleuterio estaba allí, fueron dobles los motivos que tuvo de satisfaccion, y congratulándose con su amiga de encuentro tan á tiempo y feliz, la dijo entonces. = Amiga mia, me he llevado chasco: yo venía á ganar albricias trayendo la buena nueva de que verías pronto en casa á tu querido esposo; pero veo que él se ha anticipado, y yo supongo que habiéndose hecho acreedor al premio que le corresponde por su mayor diligencia, se lo habrás ya concedido: la mia no ha sido poca, porque como no puedes dudar, es producida tambien por el amor, y en alas de este he venido volando á traer la mas grata noticia que pudiera darte una amiga que tanto te ama. Yo venía toda enagenada de sumo gozo á sorprenderte con la buena nueva de haberse publicado el decreto de amnistía; pero yo soy la que he quedado sorprendida de ver ya en esta á tu esposo, sin poder comprender como habiéndose publicado antes de ayer el decreto en Madrid, lo haya sabido tan pronto en su destierro, y esté ya en tan poco tiempo en casa: es para mi esto una cosa como imposible atendiendo á las distancias y á la falta de comunicaciones: de todos modos yo te doy la mas cumplida enhorabuena. =

= Amiga, dijo la muger de Eleuterio, yo no merecería serlo tuya, sino hiciera de ti la mayor confianza manifestándote que mi esposo ha venido de oculto á ver su familia: nosotros nada sabemos de haberse publicado decreto alguno de amnistía. Así esperamos que tu nos lo espliques, para en caso de estar mi marido comprendido en ella, pueda sin temor quedarse en casa, y presentarse en público. =

= Nadie mejor que el mismo decreto podrá esplicarlo, contestó la amiga. Aquí traigo á prevencion un ejemplar de los muchos que F... ha remitido por extraordinario desde Madrid.

Y sacándole del pecho, se lo entregó á Eleuterio para que lo leyese y se enterase mejor. El que luego que lo hubo leído detenidamente; exclamó diciendo. = Esta sí que es verdadera am-

nistía: se conoce que está dada en aquellos ratos en que los Reyes obran libremente sin la importunidad de estrañas y maléficás influencias, quando se desatienden de estas y no se las oye, porque sucesos estraordinarios se interponen entre su oído y los oídos de los Reyes, y quando los mismos sucesos sacan á estos de aquel estado ordinario en que se encuentran siempre dentro de las cámaras de sus Palacios. A los Reyes sucede lo que á las demás personas, que una grande impresion causada por un suceso alegre ó triste interrumpe su ordinario modo de estar en la sociedad, para entregarse libremente á los sentimientos naturales del alma, obrando entonces conforme á los impulsos de esta, sin estudio ó mira de interés ó conveniencia suya ó de su allegado, y sin que estímulo de otra clase le afecte mas que el que es propio de un sentimiento puro y verdadero, ni otro objeto le preocupe. ¡ Felices los hombres si permanecieran siempre obrando de esta manera! Pero las pasiones nos inclinan mas á lo peor, que en armonía con la razon nos mueven á obrar el bien: nos parece mas grande satisfaccion la venganza en nuestro enemigo, que la que siente el liberal perdonando y obrando generosamente con su contrario: nos embriagamos con la adulacion, aunque conozcamos luego los malos efectos que causa; porque los sentidos perciben solo el sabor que deja la adulacion; y nos es ingrata la verdad, porque no se sienten tan pronto sus buenos efectos. Y el ocultar la verdad á los principes, ha sido siempre la causa de graves males que han sufrido ellos, y han hecho sufrir á los pueblos. Lo peor que puede suceder á un Rey es no oír la verdad; porque el que oye con gusto la mentira, está siempre rodeado de ministros perversos que le engañan y le venden. No habría la España perdido tanto si el decreto de amnistía se hubiese publicado á tiempo, ya que pérfidos consejeros impidieron que las cosas marchasen por su órden y curso natural, y la regeneracion política, que no puede menos de seguir su rumbo, no encontraría ahora los obstáculos grandes que tiene que vencer, y que se han aumentado con otros nuevos que se han formado en los diez años últimos. Pero Dios que por medios incomprensibles remedia los graves males que causan los hombres, aun quando estos le sean ingratos, nos favorece ahora con un bien, al que debemos estar,

muy agradecidos; porque de otro modo nada podíamos esperar tan pronto que pudiese mejorar nuestra triste situación, y millares de familias sucumbirían á la miseria antes que su remedio llegase. Así que demos gracias á Dios, y mañana tendremos una comida de campo, donde celebraremos todos en buena unión, el benéfico decreto de amnistía por el que volvemos á unirnos á nuestras familias y á nuestros amigos. —

Y aquí concluyen las apuntaciones de Eleuterio, quien con motivo de aquel decreto determinó quedarse en el pueblo residencia de su familia, y ejercer la abogacía en él. Y cuando ya parecía estar fijo y tranquilo en su casa, y con medios para subsistir decentemente, aparece la guerra civil con sus cien cabezas, los sucesos se complican de mil maneras contrarias, y Eleuterio comprometido por su patriotismo se lanza de nuevo en la arena política, vuelve á sufrir nuevos trabajos y nuevas persecuciones, aunque de otra especie, que pueden formar la segunda época de su vida civil, y por consiguiente la segunda parte de su historia que podrá escribirse otro día con mas oportunidad: y en la que sucesos de mas monta que podrán aleccionar mucho, y servir de desengaño y guía á tantos por las anomalías que ofrecen las revoluciones, harán mas interesante su lectura.

Dios quiera, ó mejor dicho quieran los hombres, porque Dios está siempre queriendo lo bueno, haya mas moralidad y mas patriotismo para que desaparezca esa guerra sorda, pero devastadora de partidos, y que haya una paz sólida para que con ella los españoles todos sean mas dichosos. Dia venturoso aquel, en que todos los españoles desengañados por la esperiencia se reúnan en un centro comun bajo una sola bandera de España libre é independiente, para combatir abusos y oponerse á extrañas influencias que la destruyen. Feliz España entonces, fuerte y poderosa nacion el dia que sus hijos conozcan sus verdaderos intereses, y se unan para jamás dividirse, olviden para nunca acordarse de lo sucedido, quedando solo la memoria de lo pasado para no mas que de leccion en lo venidero.

Pensamientos ó máximas morales y políticas que contiene esta obra; con la espresion de la página, línea, y tomo donde se encontrarán.

ADULACION.

El adulator es como el animal anfibio que arrastra como la culebra, y vuela como las Aguilas; porque la adulacion y la mentira son las dos alas con que se eleva à las alturas. Pág. 452. lin. 24. tomo I.

ALAGOS.

Los halagos de los perversos encubren siempre alguna perfidia. Pág. 469. lin. 7. tomo I.

APLICACION.

En los varios sucesos de la vida es donde se vienen à conocer las ventajas de la aplicacion que se ha tenido en la juventud. Pág. 38. lin. 15. tomo I.

AVARO.

El avaro no ama á nadie; porque su avaricia absorbe todos sus afectos. Pág. 45. lin. 26. tomo I.

AVARICIA.

La avaricia es el mal mas grande que puede haber entre los hombres; porque nunca se halla sola, y siempre vá acompañada, y son sus íntimas amigas, la mentira, la traicion, el robo, el juramento falso y el asesinato. Pág. 45. lin. 27. tomo I.

AMISTAD.

En las adversidades es donde mejor se conocen los amigos; porque en ellas es donde se quilatan los que lo son verdaderos,

cómo en el fuego el oro, se prueba en la adversidad el amigo.
Pág. 229. lin. 9. tomo I.

BIEN.

El bien verdadero solo le concede la fatiga; sin esta no se logra la fama Pág. 62. lin. 20. tom. I.

Bienes espera el que padece: males el que goza. Pág. 62. lin. 52. tom. I.

BENÉFICO.

No es benéfico el que se vende al ruego, que este no dá con liberalidad, sino vende el beneficio. Pág. 226. lin. 26. tom. I.

BENEFICENCIA.

La beneficencia no está reservada esclusivamente á los grandes y poderosos: todo hombre que tenga virtud puede ser benéfico dentro de la esfera en que la suerte le ha colocado. Pág. 226. lin. 30. tomo I.

BURRO.

No hay burro ninguno tonto para su propio interés. Pág. 45. lin. 28. tom. II.

CAVILACIONES.

Agravamos mas nuestras penas con nuestras cavilaciones. Pág. 454. lin. 22. tomo I.

CASAMIENTO.

No es casarse, y sí negociar, el hacer matrimonios por miras solo de interés. Pág. 483. lin. 43. tomo I.

CRIADOS.

Los criados son los enemigos mas próximos, y menos reconocidos de los amos. Pág. 484. lin. 44. tomo I.

El que quiera tener un criado fiel y que le ame de veras, ha de servirse asimismo con vigilancia y actividad. Pág. 225. lin. 46. tomo I.

COMER.

Comer para vivir, no vivir para comer, debe ser la regla. Porque si en los alimentos libra la vida, en el exceso de comer y beber, se pierde la salud: que la destemplanza espone al cuerpo y le sujeta á enfermedades crueles y frecuentes, haciéndole vegetar en un estado de languidez, y encontrando por lo comun una muerte prematura. Pág. 493. lin. 20. tomo 2.

COCINA.

Toda cocina abundante produce testamento pobre. Pág. 225. lin. 40. tomo I.

COMPRAR.

El que compra lo superfluo, no está léjos muchas veces de vender lo necesario. Pág. 225. lin. 43. tomo I.

CONFIANZA.

La demasiada confianza en otros ha sido la ruina de muchos. Pág. 225. lin. 48. tomo I.

El que no tiene enemigos se los fabricará su misma confianza. Pág. 44. lin. 35. tomo II.

CREENCIA.

En punto de creencias cada uno tiene las suyas, por mas que algunos aparenten tener las de otros, cuando les conviene creer como ellos. Pág. 93. lin. 37. tom. II.

CELOSOS.

Siendo celosos y aplicados los Jueces ó cualquier otra autoridad ó Gefe, son tambien activos sus dependientes, que llenan

mejor sus deberes temiendo mas á un superior diligente y callado, que no á un Gefe hablador que está siempre bullendo, proyectando, y amenazando. Pág. 245. lin. 45. tomo II.

DESPOTISMO.

No hay mas despotismo en un Rey tirano, que hay en un ministro infame.

DILIGENCIA.

Los hombres diligentes y laboriosos encuentran siempre remedio à sus necesidades; y mientras estos viven, los perezosos mueren, porque la pereza es el olvido de la vida. El que se ingenia en las desgracias, compone las felicidades propias. No hay cosa mas noble ni mas socorrida que la industria activa; y no hay mayor bajaça, ni mayor miseria que la holgazanería. Pág. 37. lin. 20. tomo II.

DISIMULO.

A los hombres disimulados se les ha de buscar agua arriba, para hallarlos en la corriente de la verdad. Pág. 60. lin. 48. tomo II.

DESEAR.

Las mas de las veces lo que se desea, hace perder la memoria de lo que se posee. Pág. 102. lin. 2. tomo II.

DESEOS.

Conviene mucho seamos contenidos en nuestros deseos, porque subiendo siempre de punto, por fuerza han de pasar de la esfera de lo difícil, y entrar en lo que es moralmente imposible. Pág. 102. lin. 34. tomo II.

DOMINAR.

Una pequeña porcion de hombres dominan la tierra, y tra-

tan á sus semejantes como el niño trata á sus juguetes. Pag. 207. lin. 4^a tomo II.

DESGRACIA.

Las desgracias tanto menos daño hacen cuanto mas se ocultan; pues basta el ser un hombre desgraciado para ser despreciado. Pag. 240. lin. 3^a tomo II.

ESPERIENCIA.

Ninguno debe aguardar á escarmentar en su propia experiencia, porque las lecciones de esta son siempre caras. Pag. 159. lin. 23. tomo I.

ERRORES.

Cuando los errores no provienen de voluntad, sino de entendimiento, se enmiendan luego las faltas asi que se conocen. Pag. 60. lin. 6. tomo I.

EJEMPLO.

Nada hay que impresione mas á los hombres que el ejemplo, y en particular el de aquel que los gobierna. Pag. 498. lin. 4^a tomo I.

ECONOMIA.

Todo está sujeto á economía, y el que mejor la sabe, ó encuentra este equilibrio en las cosas y en los gozes, es el que mejor sabe vivir disfrutando. Hasta en los mas vivos placeres se acaba el gusto, cuando falta la economía en el uso que de ellos hacemos. Pag. 494. lin. 9. tomo II.

EDUCACION.

En materia de educacion no hay descuido que se pueda llamar venial ó pequeño; todo descuido es grave y universal en

sus consecuencias; y nunca es cara una buena educacion. Pag. 164. lin. 19. tomo II.

ESPERANZA,

La esperanza es un bien que aunque imaginario à veces, es tan prodigioso que sin él no pudiéramos ecsistir; porque dando nuevo vigor á la poderosa imaginacion produce placeres reales.

FELICIDAD.

Solón decía= No juzguemos de la felicidad de un hombre hasta su último instante. Pag. 37. lin. 32. tomo I.

FALTA.

La falta de cuidado es à veces mas perjudicial que la ignorancia. Pag. 225. lin. 22. tomo I.

GRATIFICACION.

Retirar el Principe la mano á la gratificacion de los servicios, es lo mismo que estender el impulso á las decisiones de su imperio. Que solo se hallará, y abandonado de los suyos en la mayor urgencia, quien no los remunera, como sucedió à Dagón. Pag. 60. lin. 36. tomo I.

GUARDAR.

Guarde cada uno su casa, si quiere que su casa le guarde.

HAMBRE.

La hambre mira las puertas del hombre laborioso, pero no se atreve á entrar por ellas. Pag. 225. lin. 30. tomo I.

HILANDERA.

La hilandera activa, nunca está sin camisa. Pag. 225. lin. 26. tomo I.

HOMBRE.

Es el hombre opresor de si mismo. Hacemos agudos nuestros males, aumentamos mas nuestro dolor con el pensamiento y la imaginacion; y el temor de una desgracia incierta causa las mas veces una impresion mas funesta, que la certidumbre de un desgraciado suceso. Pag. 472. lin. 4^a tomo I.

HIJOS.

Muchos son hijos de Reyes sin saberlo que lo son; y otros muchos son Reyes, sin ser hijos de Reyes. Pag. 104. lin. 34. tomo II.

INSTRUCCION.

La instruccion desvanece muchas ilusiones; y la esperiencia con los desengaños muchas mas. Pag. 168. lin. 8. tomo I.

INTERES.

Los intereses particulares hacen olvidar facilmente los públicos, teniéndose mas cuenta con aquellos que con la religion, y con hacer los hombres lo que deben. Pag. 498. lin. 10. tomo I.

Los intereses particulares han dañado, y dañarán siempre á los consejos públicos, porque aquellos hacen que se olviden con facilidad estos. Pag. 83. lin. 5. tomo II.

INFORTUNIOS.

Entre los infortunios las mugeres se hacen varones, y entre las delicias los varones se hacen mugeres. Pag. 62. lin. 15. tomo I.

En este mundo no son menos variables los infortunios que las glorias. Pag. 63. lin. 24. tomo I.

INDUSTRIA.

La industria paga las deudas, la ociosidad las aumenta, y produce la afliccion y la desesperacion. Pag. 225. lin. 29. tomo I.

La industria y el trabajo á mas de producir riquezas, aumentan la fortaleza, dan ánimo, briosidad, y apartan á los hombres del ocio, alejándolos del crimen. Por el contrario, cuando el ansia del oro introduce el agiotaje y el monopolio en una sociedad, esta se pierde cuando mas parece que prospera. Pag. 255. lin. 15. tomo I.

JURAMENTOS.

No hay cofradía ni junta por mala que sea, que no tenga sus juramentos, sin duda por ser cosa que vale poco y se usa mucho. Pág. 184. lin. 26. tomo I.

LEY.

En tiempos de revolucion, la ley no se puede ajustar á lo que es enteramente justo; y es necesario entonces apelar á la política para no malograr los actos de justicia. Pág. 214. lin. 35. tomo II.

LIBERTAD.

Una nacion no puede gozar de verdadera prosperidad, sino se hallan juntas la seguridad y la libertad: pues esta dobla el valor y las fuerzas del hombre: y por los grados de libertad se mide la riqueza de un estado. Ahora si que esta libertad no ha de ser ilimitada que degenera en libertinaje. Porque asi como la libertad justa y racional hace feliz á una nacion, asi todo se pierde si degenera en libertinaje: y las mas de las veces se destruye la libertad por sus excesos que por sus enemigos. Pág. 27. lin. 2. tomo II.

LOCOS.

Los locos dan grandes mesas y festines, y los falsos amigos

los disfrutan. Pág. 225. lin. 42. tomo I.

LABRAR.

El que labra la tierra mientras duerme el perezoso, tendrá grano para vender y guardar; y obra hecha venta espera. Pág. 225. lin. 27. tomo I.

LISONJEROS.

No creais en los lisonjeros: estos aun cuando erreis, os celebrarán acertado; y es gran desdicha nos precipiten en los errores, los que deben elevarnos á los aciertos: todo lo que el adulador dice es sencillez en la lengua, y dobléz en el corazon; hable bien para el mayor mal, y pondera con elocuencia sabio, quien nada con elegancia dice. Pág. 8. lin. 44. tomo II.

MEZQUINDAD.

Los hombres por lo regular, cuanto mas ricos, son mas ambiciosos, y cuanto mas ambiciosos, mas mezquinos. Pág. 435. lin. 35. tomo I.

MUERTOS.

El obrar mal con los muertos olvidandonos pronto de ellos, consiste en que nos acostumbramos á no acordarnos de los vivos aunque de estos hayamos recibido beneficios. Pág. 442. lin. 8. tomo II.

Se honra á los muertos por lo que se espera de los vivos. Pág. 442. lin. 48. tomo II.

MALES.

Los males de la vida están muy repartidos y á todos alcanzan. Son pues los males como el agua, tantos que, llueven en el mundo, y se nivelan sin dejar vacío en la vida. Pág. 464. lin. 22. tomo II.

Hay contratiempos ó males tan ejecutivos en la vida, y particularmente en la sociedad, que en la resolucion está el re-

medio. Pág. 161. lin. 28. tomo II.
 Sino podemos con solas nuestras fuerzas evitar los males, podemos con nuestra resignacion quitar en parte su amargura. Pág. 217. lin. 42. tomo I.

Los males nos aleccionan con los desengaños. ¡Ay de aquel que no aprende en aquellas lecciones de la esperiencia! El mal es todo mal para él. Pág. 229. lin. 47. tomo I.

Los males que tienen una causa puramente física, no son tantos como se piensan: mas son los que sentimos originados por causas morales: y estas son las que traen mas generalmente la desgracia y ruina de una nacion, aunque sea la mas poderosa. La relajacion de costumbres es una corrosiva causa del bien público. Pág. 25. lin. 33. tomo II.

NEGOCIO.

Cada uno atienda á su negocio, y no se fie nunca del cuidado ageno. Pág. 225, lin. 49. tomo I.

OFERTAS.

Las ofertas de un desgraciado son mas verdaderas que las de uno que nunca lo ha sido: porque habiendo experimentado las desgracias, sabe lo que son estas, y por lo mismo lo que es una persona desgraciada. Pág. 34. lin. 44. tomo I.

OJO.

El ojo del amo es á veces mas activo y provechoso que sus manos. Pág. 225. lin. 20. tomo I.

OCIOSIDAD.

La ociosidad es para el hombre, lo que el orin para el hierro. Pág. 225. lin. 33. tomo I.

INDICE

de los capítulos contenidos en este segundo tomo.

AL LECTOR.	Págin.
CAPITULO I. — <i>Llegada de Eleuterio á su casa. Emprende nueva expedicion para Madrid: y se dá cuenta del raro encuentro que tuvo con un venerable anciano en las riberas del rio Tajo.</i>	5.
CAPITULO II. — <i>Cuéntase lo que sucedió á Eleuterio pasado el pueblo de Navalnoral.</i>	14.
CAPITULO III. — <i>Trabajos de Eleuterio el dia que salió de Talavera de la Reina.</i>	28.
CAPITULO IV. — <i>Anochece á Eleuterio en el campo, y haciéndosele tarde para llegar á una hora regular á Santa Olalla, resuelve quedarse á prado, y pasar la noche al abrigo de unas peñas: llegan al mismo sitio un Agote y una jóven andaluza: cuéntase la historia amorosa de estos.</i>	56.
CAPITULO V. — <i>Cuéntase lo que le pasó á Eleuterio en Santa Olalla con el Alcalde y la onza.</i>	55.
CAPITULO VI. — <i>Roban á Eleuterio cerca de Navacarnero: se reúne con unos estudiantes; y se refiere la graciosa aventura que tuvieron con unos ratones.</i>	66.
DE LO OCURRIDO EN NAVACARNERO.	69.
CAPITULO VII. — <i>Encuentro que los estudiantes tuvieron en el camino con un paquetito; y cuéntase lo que les sucedió con él. Llegan á Madrid; y se dá razon de los medios que se valieron para mantenerse.</i>	76.
CAPITULO VIII. — <i>Sale Eleuterio de Madrid hecho Abogado: y se cuentan los varios y divertidos sucesos ocurridos en la primera jornada.</i>	87.
CUENTA D. EDUARDO LO QUE VIO, Y LE PASO EN EL INFIERNO.	95.
CAPITULO IX. — <i>Cuéntase lo que pasó en una posada de Maqueda con un fraile Dominicano y otro Franciscano.</i>	105.

ERRATAS DEL TOMO I.º

<i>Págin.</i>	<i>Líneas</i>	<i>Dice.</i>	<i>Lease.</i>
40	25	la.	las.
44	46	docél.	dosél.
45	37	interezadas.	interesadas.
24	42	pertubar.	perturbar.
30	48	les.	las.
66	6	ecsanminar.	examinar.
75	37	dorar.	adorar.
104	38	embancadores.	embaucadores.
108	27	en.	de.
115	25	reboza.	rebosa.
120	28	Crhricopeya.	Crisopeya.
129	42	mal.	mar.
132	4	sy.	soy.
136	33	desazninará.	desanimará.
147	47	paroce.	parece.
157	47	ocacion.	ocasion.
159	33	público.	público.
192	24	aflicciones.	aflicciones.
236	25	trastono.	trastorno.
246	9	rueca.	recua.
282	20	cono.	conocieron.
298	36	haciéndose.	asiéndose.
315	32	le.	les.
315	32	frustare.	frustase.
317	3	regajo.	regato.
317	5	regajo.	regato.

ERRATAS DEL TOMO 2.º

Págin.	Líneas	Dice.	Lease.
4	7	inmediatáse.	inmediatas.
13	35	sigifica.	significa.
37	13	baran.	harán.
57	27	nobleba.	nobleza.
57	36	abscorecida.	obscurecida.
65	20	astante.	bastante.
85	34	pide.	piden.
100	9	diferencia.	deferencia.
102	27	haspedaje.	hospedaje.
103	47	paramos.	pararon.
123		Navalmoral.	Almaráz.
156	33	reflecciones.	refleciones.
163	32	asimismo.	asimismos.
		que las ven segun ellas	que no las ven según
182	47	son.	ellas son.
182	30	sencible.	sensible.
187	18	hembre.	hombre.
197	24	bumareda.	humareda.
205	22	cautivaban.	cultivaban.
223	15	tan buen tino.	tan viejo tino.
224	13	escorcionera.	escorzonera.
232	35	alegría.	alegoría.
234	7	Abren.	Abreu.

